17 CUENTOS TURBULENTOS

INÉDITO
BESTSELLER

POR LOS AIRES



EDITADO POR

STEPHEN KING

Y

BEV VINCENT

DEBOLSILLO

Editado por

STEPHEN KING y BEV VINCENT

Por los aires

Traducción de
José Óscar Hernández Sendín
y Miguel Marqués

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @editorialdebolsillo

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

La presente antología está dedicada a todos aquellos pilotos, reales o ficticios, que aterrizaron sus aviones tras un vuelo angustioso e hicieron posible que sus pasajeros llegaran a casa sanos y salvos. La lista incluye a:

Wilbur Wright
Chesley Sullenberger
Tammie Jo Shults
Vernon Demerest
Robert Pearson
Eric Gennotte
Tim Lancaster
Min-Huan Ho
Eric Moody
Peter Burkill
Bryce McCormick
Robert Schornstheimer
Richard Champion de Crespigny
Robert Piché
Brian Engle
Ted Striker

INTRODUCCIÓN

En este mundo moderno gobernado por la tecnología, ¿de verdad existe gente a la que le guste volar? Por difícil que resulte de creer, estoy convencido de que sí: los pilotos, la mayoría de los niños (menos a los bebés; los cambios de presión los alteran) y los variopintos entusiastas de la aeronáutica. Y eso es todo. Para el resto de los mortales, los viajes en aviones comerciales poseen el encanto y la emoción de un examen colorrectal. Los aeropuertos de hoy en día tienden a ser zoológicos atestados donde la paciencia, la cortesía y los buenos modales se ponen a prueba y se tensan al límite. Los vuelos se retrasan y se cancelan, los equipajes se arrojan de un lado a otro como sacos llenos de judías y, en numerosas ocasiones, no llegan a los pasajeros, que ansían desesperadamente una camisa limpia o al menos una muda de ropa interior.

Si tienes un vuelo a primera hora de la mañana, que Dios te ayude. Ello implica levantarte de la cama a las cuatro de la madrugada para soportar un proceso de facturación y embarque tan tortuoso y cargado de tensión como una huida de un pequeño y corrupto país sudamericano en 1954. ¿Tienes el pasaporte? ¿Te has acordado de meter el champú y el acondicionador del pelo en frasquitos transparentes? ¿Estás preparado para descalzarte y para que tus diversos dispositivos electrónicos sean irradiados? ¿Estás seguro de que no te ha hecho la maleta otra persona y de que nadie más ha tenido acceso a ella? ¿Estás listo para someterte a un

escáner de cuerpo entero y, quizá, para aguantar que encima te cacheen las partes íntimas? ¿Sí? Bien. Sin embargo, cabe la posibilidad de que aún descubras que ha habido sobreventa de billetes en tu vuelo, que este se ha retrasado por problemas mecánicos o debido a las condiciones meteorológicas, o que tal vez se haya cancelado por culpa de un colapso informático. Además, que los hados te asistan si figuras en la lista de espera; tendrás más posibilidades de que te toque un billete de lotería.

Tras superar estos obstáculos, entras por fin en lo que uno de los autores de esta antología describe como «un cascarón de muerte». Quizá lo consideres un pelín exagerado, por no decir contrario a la realidad. Concedido. Las aeronaves comerciales se incendian raras veces (aunque todos hemos visto inquietantes grabaciones hechas con móviles de motores escupiendo fuego a nueve mil metros de altitud) y solo en casos contados volar es causa de muerte (las estadísticas indican que es más probable que mueras al cruzar la calle, sobre todo si eres de esos pobres idiotas que caminan con los ojos fijos en el móvil). Aun así, lo cierto es que penetras en lo que en esencia no es más que un tubo lleno de oxígeno que descansa sobre varias toneladas de combustible altamente inflamable.

Una vez que ese tubo de metal y plástico se cierra herméticamente (como —traga saliva— un ataúd), abandona la pista de despegue y proyecta tras de sí la estela de su sombra menguante, solo puede afirmarse una cosa con certeza, una cosa que no sabe de estadísticas: todo lo que sube baja. La gravedad así lo exige. Las únicas incógnitas son dónde, por qué y en cuántos pedazos, siendo uno la cantidad ideal. Si el reencuentro con la madre tierra se produce en una pista de cemento (con suerte en tu

destino, pero cualquier superficie pavimentada servirá en caso de necesidad), todo habrá ido bien. Si no, las probabilidades matemáticas de sobrevivir caen en picado. Eso también es un hecho estadístico; un hecho, además, que hasta el viajero más curtido debe de contemplar cuando su vuelo atraviesa turbulencias de aire claro a nueve mil metros de altitud.

En momentos así no tienes ningún control sobre la situación. No puede hacerse nada constructivo excepto volver a comprobar que te has abrochado el cinturón mientras los platos y botellas traquetean en la cocina y los compartimentos superiores se abren y los niños lloran y el desodorante te abandona y por los altavoces se oye la voz de un auxiliar de vuelo que dice: «El comandante les ruega que permanezcan en sus asientos». Mientras el abarrotado tubo de metal cabecea y alabea, tiembla y chirría, dispones de tiempo para reflexionar sobre la fragilidad de tu propio cuerpo y sobre esa única verdad irrefutable: volverás a bajar sí o sí.

Tras haberte dado ya algo sobre lo que pensar durante tu próxima travesía por los cielos, permíteme que formule una cuestión pertinente: ¿existe alguna actividad humana, la que sea, más apropiada para una colección de relatos de terror y suspense como la que tienes ahora en la mano? No lo creo, damas y caballeros. Lo incluye todo: claustrofobia, acrofobia, pérdida del libre albedrío. Nuestras vidas penden siempre de un hilo, pero eso nunca se percibe con tanta claridad como durante el descenso hacia el aeropuerto de La Guardia a través de una espesa capa de nubes y una intensa lluvia.

En lo personal, este editor ha mejorado mucho como pasajero. Gracias a mi carrera de novelista, durante los últimos cuarenta años

he volado bastante y, hasta más o menos 1985, me aterraba de verdad. Entendía la teoría de la sustentación y todas las estadísticas de seguridad, pero ninguna de las dos cosas ayudaba. Parte de mi problema provenía de un deseo (que todavía albergo) de tener el control de cada situación. Me siento seguro al volante de un coche porque me fío de mí. Pero de ti... no tanto (lo lamento). Cuando te subes a un avión y ocupas tu asiento, cedes el control a personas que no conoces, a las cuales quizá jamás hayas visto.

Lo peor, para mí, radica en el hecho de haber afilado mi imaginación a lo largo de los años. Eso viene bien cuando me siento ante mi escritorio a inventar historias en las que unos sucesos terribles les acontecen a buenas personas, pero no tanto cuando me hallo prisionero en un avión que enfila la pista de despegue, vacila y luego sale disparado a velocidades que se considerarían suicidas en el coche familiar.

La imaginación es una navaja de doble filo y, en aquellos días en que por trabajo empezaba a volar con frecuencia, resultaba demasiado fácil cortarme con ella. Demasiado fácil pensar en la cantidad de piezas móviles del motor que veía al otro lado de la ventanilla, tantas que parecía casi inevitable que la armonía entre ellas se quebrara. Demasiado fácil preguntarse —en realidad, imposible no hacerlo— qué significaba cada pequeña variación en el ruido de esas turbinas o por qué el avión cambiaba de repente de rumbo y provocaba así que la superficie de la Pepsi en el vasito de plástico también se inclinara (¡y de forma alarmante!).

Si el comandante se daba un paseo para charlar con los pasajeros, dudaba de las aptitudes del copiloto (no podía estar tan cualificado, ¿verdad?, o no sería el componente redundante). Quizá el aparato

navegara en piloto automático, pero ¿y si de pronto se desconectaba mientras el comandante hablaba con alguien sobre las opciones de los Yankees y el avión empezaba a caer en picado? ¿Y si se soltaban los cierres de la bodega de equipajes? ¿Y si el tren de aterrizaje se congelaba? ¿Y si una ventanilla defectuosa, pero aprobada por un empleado de control de calidad que estaba pensando entonces en su novia, estallaba? Ya puestos, ¿y si impactaba un meteorito contra nosotros y la cabina se despresurizaba?

Entonces, a mediados de los años ochenta, la mayoría de esos miedos se diluyeron gracias a sufrir una experiencia cercana a la muerte tras despegar del aeródromo de Farmingdale, Nueva York, con destino a Bangor, Maine. Estoy seguro de que habrá un montón de personas ahí fuera —algunas quizá leyendo ahora este libro— que han vivido sus propios sustos aéreos y todo tipo de situaciones, desde trenes de aterrizaje que se parten hasta aviones que patinan en pistas congeladas, pero en mi caso, si hubiera sido un poco más cercana a la muerte, no lo habría contado.

Era última hora de la tarde. El cielo estaba despejado. Había fletado una avioneta Lear 35, que durante el despegue producía la impresión de tener un cohete atado al culo. Había volado muchas veces en esa Lear en concreto. Conocía y confiaba en los pilotos, ¿y por qué no iba a hacerlo? El que se sentaba a la izquierda había empezado pilotando cazas en Corea, había sobrevivido a decenas de misiones de combate y llevaba volando desde entonces. Llevaba decenas miles de horas de vuelo. Saqué una novela y una revista de crucigramas, mientras preveía una travesía tranquila y una bonita reunión con mi mujer, mis hijos y el perro de la familia.

Ascendimos a dos mil metros y me estaba planteando si podría

convencer a los míos para ir a ver una película esa noche cuando la avioneta pareció estrellarse contra una pared de ladrillos. En ese instante tuve la certeza de que habíamos colisionado en pleno vuelo y que los tres ocupantes del aparato —los dos pilotos y yo— íbamos a morir. La pequeña cocina se abrió de sopetón y vomitó su contenido. Los cojines de los asientos vacíos salieron despedidos. La avioneta se escoró..., se escoró un poco más... y luego se dio la vuelta del todo. Esa parte solo la sentí, porque no llegué a verla. Tenía los ojos cerrados. Mi vida no desfiló ante mí. No pensé: «Pero si me quedaban muchas cosas por hacer». No hubo ninguna sensación de aceptación (ni de negación, para el caso). Solo la seguridad de que había llegado mi hora.

Entonces la avioneta se niveló. Desde la cabina de mando, el copiloto gritó: «¡Steve! ¡Steve! ¿Va todo bien ahí atrás?».

Contesté que sí. Miré el revoltijo del pasillo, que incluía sándwiches, una ensalada y una porción de tarta de queso con fresa por encima. Miré las máscaras amarillas de oxígeno que colgaban de los compartimentos superiores. Pregunté —con admirable tranquilidad— qué había ocurrido. Los dos hombres de mi tripulación lo ignoraban, aunque sospechaban, y más tarde lo confirmaron, que habíamos estado a punto de chocar con un Delta 747, cuyos gases de escape nos habían atrapado y nos habían zarandeado como a un avión de papel en un vendaval.

En los veinticinco años transcurridos desde entonces he aprendido a tomarme los viajes en avión con más optimismo, tras haber experimentado de primera mano la cantidad de trauma que pueden soportar las aeronaves modernas y la calma y eficiencia con las que los buenos pilotos (que son la mayoría) manejan la situación a la

hora de la verdad. Uno me dijo: «Entrenas y entrenas una y otra vez para que, cuando seis horas de aburrimiento absoluto se conviertan en doce segundos de máximo peligro, sepas exactamente qué hacer».

En los relatos que se presentan a continuación encontrarás de todo, desde un duende encaramado al ala de un 727 hasta monstruos transparentes que viven muy por encima de las nubes. Encontrarás viajes en el tiempo y aviones fantasma. Sobre todo experimentarás esos doce segundos de máximo peligro, cuando las peores cosas que puedan salir mal en el aire *salen mal*. Encontrarás claustrofobia, cobardía, terror y actos de valentía. Si planeas viajar pronto en avión, ya sea con Delta, American, Southwest o cualquier otra aerolínea, acepta un consejo y mete en la maleta un libro de John Grisham o de Nora Roberts en vez de este. Y, aunque en tierra firme estés a salvo, te convendría abrocharte el cinturón.

Porque el viaje va a ponerse feo.

STEPHEN KING

2 de noviembre de 2017

CARGAMENTO

E. Michael Lewis

E. Michael Lewis, que pilotará nuestro vuelo inaugural, estudió Escritura Creativa en la Universidad de Puget Sound y vive en el Noroeste del Pacífico. Permite que su jefe de carga te acompañe a bordo de un Lockheed C-141A StarLifter (como el exhibido en el Museo del Aire McChord, del que se rumorea que está embrujado) a punto de despegar de Panamá con destino a Estados Unidos. El StarLifter es una bestia de carga en distancias cortas y es capaz de transportar hasta treinta toneladas. Puede llevar un centenar de paracaidistas, ciento cincuenta tropas de combate, camiones y jeeps, e incluso misiles balísticos Minuteman. También mercancías más pequeñas. Ataúdes, por ejemplo. Hay historias que te hielan la sangre, pero he aquí una que se te aferrará a la espina dorsal y reptará, centímetro a centímetro, hasta el cerebro, donde se quedará durante mucho, mucho tiempo.

Bienvenido a bordo.

Noviembre de 1978

He soñado con el cargamento. Miles de cajas abarrotaban la bodega del avión, todas fabricadas con madera de pino sin tratar, de la clase que te clava astillas a través de los guantes de trabajo. Estaban estampadas con números incognoscibles y extraños acrónimos que irradiaban ferozmente una tenue luz roja. Se suponía que las cajas contenían neumáticos de jeep, pero algunas eran grandes como casas; otras, pequeñas como bujías; la mayoría estaban bien

amarradas a los palés con correas que parecían sacadas de una camisa de fuerza. Intenté comprobarlas todas, pero había demasiadas. Las cajas se movieron, como si se arrastraran, y entonces se derrumbaron sobre mí. No logré alcanzar el interfono para avisar al piloto. La carga me estrujaba con un millar de dedos afilados mientras el avión cabeceaba, exprimiéndome la vida aun mientras caíamos en picado, aun mientras nos estrellábamos, y ahora el interfono emitía un chillido. Pero también se oía otro ruido, que procedía de la caja junto a mi oreja. Algo forcejeaba en su interior, algo húmedo y profanado, algo que yo no quería ver, algo que quería salir.

Se transformó en el repiqueteo de un sujetapapeles contra el armazón metálico de mi litera en la residencia de tripulantes. Abrí los ojos de golpe. El aviador —nuevo en el país, a juzgar por el sudor que le ribeteaba el cuello— me escrutaba sosteniendo la carpeta entre nosotros, como si tratara de decidir si yo era de aquellos que le arrancaban a uno la cabeza por hacer su trabajo.

—Sargento Davis —dijo él—, le necesitan en la línea de vuelo de inmediato.

Me incorporé y me desperecé. Me entregó la carpeta y el manifiesto sujeto a ella: un HU-53 desmontado, con tripulación de vuelo, maquinaria y personal de apoyo médico destinado a... un sitio nuevo.

—¿El aeropuerto de Timehri?

—En las afueras de Georgetown, Guyana. —Reparó en mi semblante inexpresivo y prosiguió—: Es una antigua colonia británica. Timehri era antes la base aérea Atkinson.

—¿Cuál es la misión?

—Una especie de evacuación médica masiva de expatriados de un lugar llamado Jonestown.

Norteamericanos en problemas. He pasado buena parte de mi carrera en las fuerzas aéreas rescatando estadounidenses. Dicho lo cual, salvarles el culo resultaba muchísimo más satisfactorio que transportar neumáticos de jeeps. Di las gracias al aviador y me apresuré a enfundarme en un uniforme limpio.

Tenía ganas de disfrutar de otro día de Acción de Gracias panameño en la base aérea Howard: treinta grados, pavo y relleno de la cantina, fútbol americano en la radio de las fuerzas armadas y suficiente tiempo sin rotaciones de vuelo para poder pasarlo bien y emborracharme. Los vuelos que llegaban desde Filipinas eran rutinarios y ni los pasajeros ni la carga daban problemas. Y ahora esto.

Las interrupciones constituían algo a lo que un jefe de carga terminaba acostumbrándose. El StarLifter C-141 era el avión de carga y transporte de tropas más grande del mando aéreo militar, con capacidad para trasladar a cualquier parte del mundo treinta mil kilos de carga o doscientos hombres listos para el combate. Largas como medio campo de fútbol americano, las alas en flecha, fijadas en la parte superior, se abatían sobre la pista como las de un murciélago. Con una cola en T, compuertas traseras que se abrían como pétalos y una rampa incorporada, el StarLifter no tenía rival cuando se trataba de trasladar mercancías. En parte auxiliar de vuelo, en parte agente de mudanzas, mi trabajo consistía en estibar y asegurar la carga lo máximo posible.

Con todo a bordo, y ya completadas las hojas de peso y centrado,

el mismo aviador de antes me encontró abroncando a la tripulación panameña de tierra por haber arañado el armazón de la nave.

—¡Sargento Davis! Cambio de planes —gritó por encima del gemido de la carretilla elevadora. Me entregó otro manifiesto.

—¿Más pasajeros?

—Nuevos pasajeros. El equipo médico se queda aquí. —Agregó algo ininteligible sobre un cambio en la misión.

—¿Quién es esta gente?

De nuevo tuve que aguzar el oído. O quizá lo oyera bien y, con el corazón encogido, quería que lo repitiera. Quería haber oído mal.

—Registro de tumbas —gritó.

Era lo que creía que había dicho.

Timehri era el típico aeropuerto tercermundista, largo como para acoger un 747, pero sembrado de baches y con una extensión de cobertizos herrumbrosos de acero corrugado. Parecía como si hubieran hecho retroceder la linde de la selva que rodeaba el terreno tan solo una hora antes. Los helicópteros zumbaban y un enjambre de militares estadounidenses pululaba por la pista. Entonces comprendí lo mala que debía de ser la situación.

Al bajar del pájaro, el calor que se elevaba desde el asfalto amenazó con derretirme las suelas de las botas antes incluso de que pudiera colocar las cuñas de las ruedas. Se aproximó un equipo de tierra formado por soldados estadounidenses ansiosos por descargar y ensamblar el helicóptero. Uno de ellos, con la camiseta atada a la cintura y el torso desnudo, me entregó un manifiesto.

—No se ponga demasiado cómodo —me advirtió—. En cuanto

despejemos el helicóptero, empezaremos a cargar. —Señaló a su espalda con un gesto de la cabeza.

Miré por encima de su hombro hacia la reluciente pista de rodaje. Ataúdes. Hileras e hileras de monótonas cajas funerarias de aluminio destellaban bajo el implacable sol tropical. Los reconocí de mis vuelos de Saigón seis años antes, mis primeras misiones como jefe de carga. Quizá se me removieran las entrañas por la falta de descanso o quizá porque hacía años que no transportaba un fiambre. Aun así, me costó tragar saliva. Comprobé el punto de destino: Dover, Delaware.

El personal de tierra instalaba una nueva unidad de servicio cuando me enteré de que tendríamos dos pasajeros en el siguiente vuelo.

El primero era un chaval, con aspecto de recién salido del instituto, cabellos negros erizados y un uniforme de faena almidonado que le quedaba demasiado grande; lucía el rango de aviador de primera.

—Bienvenido a bordo —le dije, y me dispuse a ayudarle a franquear la puerta de tripulantes, pero se apartó con un respingo y a punto estuvo de golpearse en la cabeza contra el dintel. Creo que, si hubiera habido espacio suficiente, habría retrocedido de un brinco. Me llegó su olor, fuerte y medicinal: Vicks Vaporub.

Detrás de él, y también sin ayuda, embarcó una enfermera de vuelo, seca y profesional en sus pasos, vestimenta y maneras. La reconocí como parte de uno de los grupos que había transportado en mis primeros días desde Clark, en Filipinas, a Da Nang y viceversa. Una teniente de cabellos plateados y ojos de acero. Había

sido muy específica —y más de una vez— al señalar que cualquier zoquete analfabeto desempeñaría mi trabajo mejor que yo. El nombre en su uniforme rezaba PEMBRY. Tocó al chico en la espalda y lo guio hasta los asientos pero, si me reconoció, no dijo nada al respecto.

—Siéntense donde quieran —les indiqué—. Soy el sargento Davis. Despegaremos en menos de media hora, conque pónganse cómodos.

El chico se detuvo en el acto.

—No me lo avisó —le dijo a la enfermera.

La bodega de un StarLifter es casi como el interior de una sala de calderas: todos los conductos de calefacción, refrigeración y presión están expuestos, a diferencia de los aviones comerciales. Los ataúdes formaban dos filas a lo largo de la bodega y dejaban despejado un pasillo central. Apilados de cuatro en cuatro, sumaban un total de ciento sesenta. Las redes de carga amarillas los mantenían asegurados en su sitio. Más allá, observamos desaparecer la luz del sol mientras la escotilla de carga se cerraba y nos sumía en una violenta semioscuridad.

—Es el medio más rápido para llevarte a casa —alegó ella, con voz neutra—. Porque eso es lo que quieres, ¿verdad?

La voz del chico rezumaba temerosa indignación.

—No quiero verlos. Quiero un asiento que mire hacia delante.

Si el chico hubiera echado un vistazo alrededor, se habría percatado de que no había ningún asiento que mirara hacia delante.

—No pasa nada —dijo ella mientras le tiraba del brazo—. Ellos también vuelven a casa.

—No quiero mirarlos —insistió él mientras la enfermera lo sentaba

cerca de una ventanilla. Como el chico permanecía inmóvil, Pembry se inclinó y le abrochó el cinturón. Se aferró a los reposabrazos como si hubiera montado en una montaña rusa—. No quiero pensar en ellos.

—Lo entiendo. —Fui a la parte delantera y apagué las luces de la cabina. Ahora solo las luces rojas gemelas iluminaban los largos contenedores metálicos. Cuando regresé, le llevé una almohada.

La etiqueta en la holgada chaqueta del chico lo identificaba como HERNANDEZ.

—Gracias —dijo él, pero no soltó el reposabrazos.

Pembry se ató a su lado. Guardé sus bártulos y completé mi última verificación.

Una vez en el aire, preparé café en el hornillo eléctrico de la unidad de servicio. La enfermera Pembry lo rehusó, pero Hernandez tomó un poco. El vaso de plástico le temblaba en las manos.

—¿Le da miedo volar? —le pregunté. No era algo tan inusual en las fuerzas aéreas—. Tengo dramamina...

—No me asusta volar —masculló él, apretando los dientes. Continuamente desviaba la mirada hacia las cajas que ocupaban el compartimento de carga.

Los siguientes eran los tripulantes. A ningún pájaro se le asignaba la misma tripulación, como en los viejos tiempos. El mando aéreo se enorgullecía de contar con hombres tan intercambiables que se podría reunir en un vuelo a una tripulación que nunca antes hubiera coincidido y pilotar cualquier StarLifter hasta los confines de la

Tierra. Cada hombre conocía mi labor, como yo conocía las suyas, del derecho y del revés.

Entré en la carlinga y los encontré a todos en sus puestos. El segundo ingeniero ocupaba el asiento más cercano a la puerta, encorvado sobre los instrumentos.

—El cuatro ya está compensado, reduce potencia —informó.

Reconocí su rostro alicaído y su acento de Arkansas, pero no supe de qué. Me figuré que, al cabo de siete años con los Starlifter, habría volado prácticamente con todo el mundo en un momento u otro. Me dio las gracias y le dejé el café en la mesa. Su uniforme lo identificaba como Hadley.

El primer ingeniero ocupaba el asiento del medio, el que solía estar reservado para los «sombrereros negros»: los inspectores de misión que se dedicaban a amargarles la vida a las tripulaciones del mando aéreo. Pidió dos terrones y luego se levantó y miró por la cúpula del navegante el cielo azul que se deslizaba a toda velocidad.

—Reduciendo potencia del cuatro, entendido —contestó el piloto.

Era el comandante designado, pero tanto él como el copiloto tenían un aspecto tan típico que podían haber sido la misma persona. Se tomaron el café con dos cápsulas de leche cada uno.

—Estamos tratando de superar una ligera turbulencia de aire claro, pero no será fácil. Avisa a tus pasajeros de que vamos a movernos un poco.

—Así lo haré, señor. ¿Alguna cosa más?

—Gracias, jefe Davis, eso es todo.

—Sí, señor.

Por fin, tiempo para relajarme. Cuando me dirigía a disfrutar de un

momento en horizontal en el módulo de descanso para la tripulación, sorprendí a Pembry husmeando en la unidad de servicio.

—¿Está buscando algo?

—Una manta extra.

Saqué una del armario entre la cocina y la letrina y rechiné los dientes.

—¿Algo más?

—No —dijo ella, tirando de una hebra imaginaria de lana—. Hemos volado juntos antes, ¿lo sabía?

—¿Ah, sí?

Ella enarcó una ceja.

—Seguramente debería disculparme.

—No es necesario, señora —repliqué yo. La esquivé y abrí el frigorífico—. Más tarde puedo servirle algo de comer si tiene...

Me puso la mano en el hombro, como había hecho con Hernandez, y demandó mi atención.

—Sí que se acuerda de mí.

—Sí, señora.

—Le traté con dureza durante aquellos vuelos de evacuación.

Ojalá hubiera dejado de ser tan directa.

—Hablaba con franqueza, señora. Me convirtió en un mejor jefe de carga.

—Aun así...

—Señora, no es necesario.

¿Por qué algunas mujeres no comprenden que disculparse solo empeora las cosas?

—De acuerdo. —La dureza de su rostro se fundió en una

expresión sincera y de repente se me ocurrió que ella necesitaba hablar.

—¿Cómo se encuentra su paciente?

—Descansa. —Pembry procuraba parecer despreocupada, pero yo sabía que quería desahogarse.

—¿Qué le ocurre?

—Fue uno de los primeros en llegar —dijo ella— y el primero en marcharse.

—¿De Jonestown? ¿Tan malo ha sido?

Una retrospectiva a nuestros vuelos de evacuación. La antigua mirada, fría y dura, regresó al instante.

—Despegamos de Dover con órdenes de la Casa Blanca cinco horas después de que recibieran el aviso. Es especialista en registros médicos, seis meses de servicio, nunca antes ha estado en ninguna parte, nunca en su vida ha visto un día de trauma. Y lo siguiente que sabe es que está en una selva sudamericana con un millar de cadáveres.

—¿Un millar?

—Aún no ha terminado el recuento, pero va camino de ello. —Se acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Muchos niños.

—¿Niños?

—Familias enteras. Ingirieron veneno. Era una especie de secta, según dicen. Alguien me contó que los padres mataron primero a sus hijos. No sé qué puede llevar a una persona a hacerle eso a su propia familia. —Sacudió la cabeza—. Me quedé en Timehri para organizar el triaje. Hernandez dijo que el olor era inimaginable. Tuvieron que rociar los cadáveres con insecticida y defenderlos de ratas gigantes hambrientas. Dijo que les ordenaron pinchar los

cadáveres con las bayonetas para aliviar la presión. Quemó su uniforme. —Arrastró los pies para mantener el equilibrio cuando el pájaro pegó una sacudida.

Algo nauseabundo me bajó reptando por la garganta mientras intentaba no imaginar lo que había descrito. Me esforcé para no torcer el gesto.

—El comandante dice que el vuelo puede ponerse feo. Será mejor que se abroche el cinturón.

La acompañé hasta su asiento. Hernandez boqueaba, tumbado en el suyo, con el aspecto, en todos los sentidos, de haber perdido una pelea de bar: es decir, malo. Luego volví a mi camastro y me eché a dormir.

Pregúntele a cualquier jefe de carga: tras mucho tiempo en el aire, el rugido de los motores es algo que pasa inadvertido. Uno descubre que puede dormir casi en cualquier circunstancia. Aun así, la mente se sintoniza y se despierta ante el ruido de cualquier cosa inusual, como en aquel vuelo de Yakota a Elmendorf, cuando un jeep se soltó y chocó contra un contenedor de raciones de campaña. Carne picada por doquier. Puede estar seguro de que la tripulación de tierra me oyó a base de bien por aquello. Conque no debería sorprender que me sobresaltara el sonido de un grito.

En pie, ya había abandonado el camastro y había dejado atrás la unidad de servicio antes de poder pararme a pensar. Entonces divisé a Pembry. Se había levantado de su asiento y se encontraba frente a Hernandez, esquivando los brazos de él, que se sacudían de un lado

a otro, mientras le hablaba con calma por debajo del ruido de los motores. Pero él no hacía lo mismo, claro.

—¡Los he oído! ¡Los he oído! ¡Están aquí! ¡Todos esos niños! ¡Todos esos niños!

Le agarré el brazo con fuerza.

—¡Cálmese!

Dejó de agitarse y una expresión avergonzada se abatió sobre Hernandez. Clavó sus ojos en los míos.

—Los he oído cantar.

—¿A quién?

—¡A los niños! Todos esos... —Señaló con un gesto de impotencia los ataúdes.

—Ha sido un sueño —dijo Pembry. Le temblaba un poco la voz—. He estado contigo todo el rato y no has podido oír nada, porque estabas dormido.

—Todos esos niños están muertos —prosiguió él—. Todos ellos. No lo sabían. ¿Cómo iban a saber que estaban tomando veneno? ¿Quién les daría veneno a sus propios hijos? —Le solté el brazo y me miró—. ¿Tiene usted hijos?

—No —respondí.

—Mi hija —dijo él— tiene un año y medio. Y mi hijo, tres meses. Hay que ser cuidadoso con ellos y tener paciencia. A mi mujer sí que se le da bien, ¿sabe? —Reparé por primera vez en el sudor que le reptaba por la frente y el dorso de las manos—. Pero yo tampoco lo hago mal; es decir, que en realidad no sé qué cojones hago, pero jamás les haría daño. Los cojo y les canto y... y si alguien intentara hacerles daño... —Me agarró el brazo con el que yo le había sujetado antes—. ¿Quién envenenaría a sus propios hijos?

—No es culpa suya —le dije.

—No sabían que era veneno. Siguen sin saberlo. —Tiró de mí y me susurró al oído—: Los he oído cantar. —Que me zurzan si las palabras que pronunció no me produjeron escalofríos.

—Iré a comprobarlo. —Cogí una linterna de la pared y me encaminé hacia el pasillo central.

Había una razón práctica para investigar el ruido. Como jefe de carga, sabía que un sonido inusual significaba problemas. Había oído una historia sobre una tripulación que no dejaba de oír el maullido de un gato, procedente de algún lugar del compartimento de carga. El jefe de carga no pudo localizarlo, pero supuso que aparecería en cuanto desembarcaran. Resultó que el «maullido» se debía a una endeble abrazadera que se combó en el momento en que las ruedas tocaron la pista y liberó tres toneladas de pertrechos explosivos, lo que provocó que el aterrizaje resultara muy interesante. Los ruidos extraños significan problemas y habría sido del género tonto no investigarlo.

Verifiqué todos los enganches y redes al pasar, me agaché y puse atención en busca de indicios de deslizamiento, correas desgastadas, cualquier cosa fuera de lo común. Revisé ambos lados e incluso comprobé las escotillas de carga. Nada. Todo estaba en orden; un trabajo bien hecho, con mi sello habitual.

Recorrí el pasillo en dirección contraria hacia donde estaban ellos. Hernandez lloraba, con la cabeza entre las manos. Pembry, sentada a su lado, le frotaba la espalda con una mano, como solía hacer mi madre.

—Todo en orden, Hernandez. —Volví a colgar la linterna en la pared.

—Gracias —respondió Pembry en nombre de él, y luego añadió—: Le he dado un valium, debería tranquilizarse.

—Solo ha sido una inspección de seguridad rutinaria —aclaré—. Ahora, descansen los dos.

Volví a la litera y me encontré con que mi camastro estaba ocupado por Hadley, el segundo ingeniero. Me tumbé en el de abajo, pero no me dormí enseguida. Trataba de alejar mis pensamientos de la causa de que los ataúdes estuvieran en el pájaro.

«Cargamento» era un eufemismo. Desde plasma sanguíneo hasta explosivos detonantes, pasando por limusinas del servicio secreto y lingotes de oro: los embalabas y los transportabas porque en eso consistía tu trabajo, nada más, y cualquier cosa que pudiera hacerse para bendecir el viaje era importante.

«Es otro cargamento más», pensé. Pero familias enteras que se habían suicidado... Me alegraba de sacarlas de la selva, de devolvérselas a sus familiares, pero los médicos que habían llegado allí primero, todas esas personas sobre el terreno, incluso mi tripulación, era demasiado tarde para hacer algo más que aquello. Me atraía la idea de tener hijos, aunque de una forma vaga y algo incierta, y me cabreaba enterarme de que alguien les hacía daño a los suyos. Pero, además, lo de esos padres fue a propósito, ¿no?

Me estaba costando relajarme. Encontré un viejo ejemplar del *New York Times* doblado bajo el camastro. «La paz en Oriente Medio en nuestro tiempo», rezaba el titular. Junto al artículo había una foto del presidente Carter y Anwar Sadat estrechándose la mano. Empezaba a adormecerme cuando creí oír que Hernandez gritaba otra vez.

Levanté el culo del camastro, no sin esfuerzo, y hallé a Pembry

apretándose la boca con las manos. Pensé que Hernandez la había agredido, así que me acerqué y le separé las manos de la cara, en busca de alguna herida.

No había ninguna. Al mirar por encima del hombro de ella, vi a Hernandez remachado a su asiento, con los ojos pegados a la oscuridad como un televisor con los colores invertidos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Le ha pegado?

—Ha... ha vuelto a oírlo —tartamudeó mientras se llevaba una mano al rostro—. Debería... debería usted ir a comprobarlo otra vez. Debería ir a comprobarlo...

El avión elevó el morro y ella se inclinó un poco hacia mí; cuando la sujeté del hombro para no perder el equilibrio, se derrumbó. Nuestras miradas se cruzaron con total naturalidad y ella apartó los ojos.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar.

—Yo también lo he oído —confesó Pembry.

Miré hacia el pasillo de sombras.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¿Era como lo ha descrito él? ¿Niños que cantaban?

Me di cuenta de que estaba a un tris de zarandearla. ¿Acaso los dos habrían enloquecido?

—Niños jugando —dijo ella—. Como... no sé, en un parque. Ruidos de niños jugando.

Me devané los sesos tratando de encontrar algún objeto, o algún conjunto de objetos, que una vez estibado en un StarLifter C-141 y volando a doce mil metros sobre el Caribe emitiera un ruido semejante a niños jugando.

Hernandez cambió de posición y los dos le dirigimos nuestra atención para interesarnos por él. Esbozó una sonrisa de derrota.

—Se lo dije.

—Iré a comprobarlo —indiqué.

—Déjeles jugar —rogó Hernandez—. Solo quieren jugar. ¿No es eso lo único que usted quería de niño?

Recordaba mi infancia como un vaivén de veranos interminables, carreras en bici y rodillas despellejadas, recordaba a mi madre riñéndome cuando volvía a casa al anochecer: «Mira cómo te has puesto». Me pregunté si los equipos de rescate habrían lavado los cadáveres antes de meterlos en los ataúdes.

—Averiguaré qué sucede —les aseguré. Fui otra vez a por la linterna—. Quédense aquí.

Me serví de la oscuridad para privarme de la vista y agudizar mis oídos. Las turbulencias ya habían amainado y solo utilicé la linterna para evitar tropezarme con las redes de sujeción. Estaba atento a cualquier ruido nuevo o inusual. Debía de tratarse de una combinación de factores, no de una sola cosa, pues ruidos así no cesan y luego se reanudan. ¿Una fuga de combustible? ¿Un polizón? La idea de que una serpiente o alguna otra criatura de la selva estuvieran acechando desde dentro de aquellos cajones metálicos alteró mi estado de ánimo y me trajo recuerdos de mi sueño.

Cerca de las escotillas de carga, apagué la linterna y escuché. El aire presurizado. Los cuatro turborreactores Pratt & Whitney. Los estertores en las grietas. El aleteo de las correas del cargamento.

Y, entonces, algo nuevo. Algo agudo y repentino, al principio apagado y extenso, como el ruido desde el fondo de una cueva,

pero luego puro y espontáneo, como la reacción a un fisgón sorprendido.

Niños. Risas. Como en la hora del recreo.

Abrí los ojos y alumbré con la linterna los cajones plateados. Los vi aguardando, apiñados, casi expectantes.

«Niños —pensé—. Son solo niños.»

Volví corriendo a la unidad de servicio. No sabría concretar qué vieron Hernandez y Pembry cuando pasé a su lado, pero si se parecía en algo a lo que observé en el espejito encima del lavabo, me habría sentido al mismo tiempo aterrado y redimido.

Miré el interfono reflejado en el espejo. Cualquier problema con la mercancía debería comunicarse en el acto —el procedimiento lo exigía—, pero ¿qué le diría al comandante? Sentí la necesidad de lanzarlo todo al vacío, eyectar los ataúdes y santas pascuas. Si avisaba de que se había iniciado un incendio en el compartimento de carga, descenderíamos por debajo de los tres mil metros para que pudiera hacer saltar los pernos y enviar toda el cargamento al fondo del golfo de México, sin más explicaciones.

Entonces me detuve, me puse derecho y procuré reflexionar. «Niños —me dije—. No son monstruos ni demonios, solo es el sonido de niños jugando. Nada que vaya a atraparte. Nada que pueda atraparte.» Me zafé de los temblores que me recorrían el cuerpo y decidí pedir ayuda.

En la litera, Hadley aún dormía. Un libro de bolsillo sobado que mostraba a dos mujeres entrelazadas en un abrazo apasionado descansaba sobre su pecho, abierto como una tienda de campaña. Le sacudí del brazo y se incorporó. Por un momento, ninguno de los dos hablamos. Se frotó la cara con una mano y bostezó.

Entonces fijó la mirada y observé que su rostro se arqueaba en un gesto de preocupación. Su siguiente movimiento fue coger la máscara portátil de oxígeno y en un instante recobró su cara de póquer.

—¿Qué sucede, Davis?

Lo tanteé a ciegas.

—El cargamento —dije—. Hay un... posible corrimiento de la carga. Necesito ayuda, señor.

Su preocupación se transformó de golpe en enfado.

—¿Ha informado al comandante?

—No, señor —respondí—. No... no quería importunarle aún. Puede que no sea nada.

Su rostro se crispó en una mueca desagradable y creí que me soltaría cuatro palabras, pero permitió que le guiara a popa. Su mera presencia bastó para resucitar mis dudas, mi profesionalidad. Mis andares se agilizaron, mis ojos se ensancharon, mi estómago ocupó su sitio en las entrañas.

Hallé a Pembry sentada ahora junto a Hernandez, los dos unidos en una fingida indiferencia. Hadley les lanzó una mirada desinteresada y me siguió por el pasillo entre los ataúdes.

—¿Les pasa algo a las luces principales? —inquirió.

—No sirven de mucho —respondí—. Aquí. —Le tendí la linterna y le pregunté—: ¿Lo oye?

—¿Si oigo el qué?

—Limítese a escuchar.

De nuevo, solo los motores y la corriente en chorro.

—No...

—¡Chitón! Escuche.

Abrió la boca y permaneció así durante un minuto; luego la cerró. Los motores se acallaron y llegaron los ruidos, mojándonos como vapor de agua, una niebla de sonidos a nuestro alrededor. No me percaté del frío que tenía hasta que noté que me temblaban las manos.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Hadley—. Parece...

—No —le interrumpí—. No puede ser. —Señalé con la cabeza los cajones de metal—. Sabe lo que contienen estos ataúdes, ¿verdad?

No dijo nada. El sonido parecía filtrarse a nuestro alrededor por momentos, de pronto cerca, luego más alejado. Intentó seguirlo con la linterna.

—¿Distingue de dónde proviene?

—No. Me alegro de que usted también lo oiga, señor.

El ingeniero se rascó la cabeza, con el rostro torcido, como si se hubiera tragado algo repugnante y no pudiera librarse del regusto.

—Que me zurzan —farfulló, arrastrando las palabras.

De repente, como había pasado la vez anterior, el ruido cesó y el rugido de las turbinas nos anegó los oídos.

—Encenderé las luces. —Me alejé vacilante—. No voy a avisar al comandante.

Su silencio lo hacía cómplice. Cuando regresé junto a él, estaba examinando una fila concreta de ataúdes a través de la red.

—Hay que efectuar un registro —sugirió, sin mucho entusiasmo.

No respondí. Había registrado cargamentos en pleno vuelo con anterioridad, pero nunca uno así, ni siquiera cuando eran cuerpos de militares. Si era cierto todo lo que Pembry había contado, no se me ocurría nada peor que abrir uno de aquellos féretros.

Los dos nos sobresaltamos con el siguiente ruido. Imagine una

pelota de tenis mojada. Imagine ahora el ruido que haría al impactar en la pista —una especie de golpe sordo y húmedo—, como un pájaro al estrellarse contra el fuselaje. Volvió a sonar y esta vez lo oí dentro del compartimento de carga. Luego, tras una turbulencia, el golpeteo volvió a sonar. Surgía claramente de un ataúd a los pies de Hadley.

No es un problema grave, intentaba expresar el rostro del segundo ingeniero. Solo nos lo imaginábamos. «Un ruido en un ataúd no puede derribar un avión —decía su rostro—. Los fantasmas no existen.»

—¿Señor?

—Tenemos que ver —indicó él.

La sangre volvió a acumulárseme en el estómago. «Ver —había dicho—. Yo no quería ver.»

—Ve al telefonillo y dile al comandante que evite los vaivenes —me ordenó.

Supe en ese instante que iba a ayudarme. No quería, pero lo haría de todas formas.

—¿Qué se proponen? —preguntó Pembry.

Se había plantado a mi lado mientras quitaba la red de sujeción y el ingeniero desabrochaba las correas de la fila de ataúdes en cuestión. Hernandez dormía con la cabeza gacha una vez que los tranquilizantes habían surtido efecto por fin.

—Tenemos que examinar el cargamento —declaré como si nada—. El vuelo puede haber provocado que la carga se haya desnivelado.

Me asió del brazo al pasar junto a ella.

—¿Eso era todo? ¿Un corrimiento de la carga?

La pregunta denotaba una pizca de desesperación. «Dígame que

me lo he imaginado —suplicaba su rostro—. Si me lo dice, le creeré y me iré a dormir un poco.»

—Eso creemos —dije asintiendo.

Los hombros se le relajaron y del rostro se le desprendió una sonrisa demasiado grande para ser real.

—Gracias a Dios. Creí que me estaba volviendo loca.

Le di una palmadita en el hombro.

—Abróchese el cinturón y descanse un poco —le sugerí, y ella obedeció.

Por fin estaba actuando. Como jefe de carga, podía zanjar este sinsentido. Así que me puse manos a la obra. Desabroché las correas, trepé a los otros ataúdes, desplacé el que había encima de todos, lo trasladé, lo aseguré, cambié de sitio el siguiente, lo aseguré y otra vez hice lo mismo. El deleite de la repetición fácil.

No fue hasta que llegamos al último, el ruidoso, cuando Hadley se detuvo. Se quedó mirándome mientras yo lo movía de su sitio lo suficiente para poder examinarlo. Su posición era firme, pero aun así denotaba repulsión, algo que entre los fanfarrones veteranos de las fuerzas aéreas y rodeado de unas cervezas podría esconder. Pero no ahora, no a mí.

Realicé un examen superficial del suelo sobre el que reposaba y de los ataúdes contiguos, y no percibí ningún daño ni defecto aparente.

Se oyó un ruido, un húmedo plaf. Proveniente del interior. Nos estremecimos al unísono. El frío asco del ingeniero era imposible de ocultar. Sofoqué un temblor.

—Tenemos que abrirlo —dije.

El ingeniero no rechistó, pero su cuerpo, al igual que el mío, tardó

en moverse. Se acuclilló y, con una mano plantada con firmeza en la tapa del ataúd, levantó los cierres de su lado. Yo abrí los míos y sentí que los dedos resbalaban en el frío metal y que me temblaban un poco cuando los retiré y aposenté la mano en la tapa. Nuestras miradas se cruzaron en un momento que se llevó nuestra última pizca de resolución. Juntos, abrimos el ataúd.

Primero, el olor: una mezcla de fruta podrida, antiséptico y formaldehído, envuelta en plástico con estiércol y azufre. Nos aguijoneó las fosas nasales mientras se difundía por el compartimento de carga. Las luces sobre nuestras cabezas iluminaron dos bolsas negras brillantes, pringosas de condensación y residuos. Sabía que serían cadáveres de niños, pero me sobrecogió, me hirió. Una de ellas tapaba de forma irregular la otra y comprendí de inmediato que dentro había más de un niño. Deslicé los ojos por el plástico empapado de fluidos y capté el contorno de un brazo, el esbozo de un perfil. Una forma se enroscaba cerca de la costura inferior, separada del resto. Era del tamaño de un bebé.

Entonces el avión se encabritó como un potro asustado y la bolsa superior resbaló y dejó al descubierto a una niña pequeña, de ocho o nueve años a lo sumo, con la mitad del cuerpo dentro de la bolsa y la otra mitad fuera. Encajada en el rincón como un contorsionista loco, con el vientre abultado, mostrando heridas de bayoneta, había vuelto a hincharse y las extremidades, retorcidas, tenían ahora el grosor de ramas de árbol. La piel pigmentada se había desprendido de todo el cuerpo menos de la cara, que era tan pura y tan inocente como la de un querubín celestial.

Fue su rostro lo que realmente me caló hondo, lo que realmente me dolió. Su dulce rostro.

El borde del ataúd se me clavaba en la mano, que adquirió una punzante blancura, pero no me atreví a quitarla de allí. Algo me atoró la garganta y me obligué a tragarlo.

Una mosca solitaria, gorda, húmeda y reluciente, salió reptando de la bolsa y voló perezosamente hacia Hadley. Este se puso de pie despacio y se preparó como para recibir un puñetazo. Observó al bicho elevarse y revolotear por el aire, siguiendo una torpe trayectoria. Entonces rompió el momento dando un paso atrás, blandiendo las manos y golpeando a la mosca —oí el manotazo— al tiempo que un sonido nauseabundo se le escapaba entre los labios.

Cuando me incorporé, las sienes me palpitaban y me flaqueaban las piernas. Me apoyé en un ataúd próximo, con la garganta saturada de algo rancio.

—Ciérralo —ordenó él, como si hablara con la boca llena—. Ciérralo.

Los brazos se me volvieron de goma. Tras mentalizarme, levanté una pierna y le di una patada a la tapa. Retumbó como un proyectil de artillería. La presión me azotó los oídos como si estuviéramos en medio de un descenso rápido.

Hadley puso los brazos en jarras y bajó la cabeza, mientras respiraba hondo por la boca.

—Cielo santo —graznó.

Percibí movimiento. Pembry se encontraba de pie junto a la fila de ataúdes, con el rostro alzado en una agria expresión de repugnancia.

—¿Qué... es... ese... olor?

—No pasa nada. —Descubrí que podía controlar un brazo y ensayé lo que esperaba que pareciera un gesto despreocupado—. Localizamos el problema, pero tuvimos que abrirlo. Vuelva a sentarse.

Pembry se abrazó a sí misma y retornó a su asiento.

Me percaté de que, con unas pocas inspiraciones profundas, el olor se disipaba lo suficiente para poder actuar.

—Tenemos que asegurarlo —le indiqué a Hadley.

Levantó la vista del suelo y vi que sus ojos parecían unas estrechas ranuras. Apretaba los puños y el ancho torso se erguía fiero y recto. En las comisuras de los ojos centelleaban las lágrimas. No dijo nada.

El ataúd recuperó su condición de cargamento en cuanto cerramos los pasadores. Lo encajamos de nuevo en su sitio, no sin esfuerzo. En cuestión de minutos, los demás ataúdes estuvieron estibados; las correas exteriores, en su sitio, y la red de sujeción, desplegada y asegurada.

Hadley me esperó hasta que terminé y luego me acompañó a proa.

—Voy a informar al comandante de que ha resuelto el problema —dijo— y a pedirle que nos ponga de nuevo a velocidad de crucero.

Asentí con la cabeza.

—Una cosa más —añadió—. Si ve esa mosca, mátela.

—¿No la...?

—No.

—Sí, señor. —No sabía qué otra cosa responder.

Pembry estaba recostada en su asiento, arrugando la nariz y fingiendo dormir. Hernandez estaba sentado erguido, con los

párpados medio abiertos. Me hizo señas para que me acercara, agachado.

—¿Les ha dejado salir a jugar? —preguntó.

Me quedé mirándolo y guardé silencio. En mi corazón sentí la misma punzada que notaba de niño cuando se terminaba el verano.

Tras aterrizar en Dover, un destacamento vestido con uniforme de gala descargó los ataúdes y se celebraron ritos funerarios completos para cada persona. Me han contado que, para los siguientes cadáveres repatriados, las formalidades se recortaron y un solo capellán de las fuerzas aéreas recibía a los aviones. A finales de aquella semana estaba de regreso en Panamá con el estómago lleno de pavo y ron barato. Después volé a las Islas Marshall para entregar suministros a la base de misiles guiados que había allí. En el mando aéreo militar nunca faltan cargamentos.

EL HORROR DE LAS ALTURAS

Arthur Conan Doyle

Además de sus relatos sobre Sherlock Holmes, Doyle escribió más de un centenar de cuentos, entre ellos, decenas de temática sobrenatural. Algunos carecen de esa cualidad propulsora, ese «tengo que saber qué va a pasar ahora», de los relatos de Holmes y la mayoría de ellos están protagonizados por distinguidos jóvenes ingleses que se enfrentan a algún horror sobrenatural y triunfan echándole agallas e imaginación, pero otros provocan un miedo genuino. «Lote número 249» es uno de ellos y he aquí otro. Como a su coetáneo Bram Stoker, a Doyle le fascinaban los nuevos inventos (se compró un automóvil en 1911 sin haber conducido jamás uno hasta ese momento) y eso incluía el aeroplano. Al leer «El horror de las alturas», recuerda que se publicó en 1913, solo diez años después de que el *Flyer* de los hermanos Wright despegara de Kitty Hawk y volara durante 59 segundos, con Orville a los rudimentarios mandos y Wilbur a la espera. Cuando el relato de Doyle se publicó en *The Strand*, el techo operacional de la mayoría de los aviones estaba entre los tres mil y, quizá, los cinco mil metros. Doyle imaginó lo que podría habitar en altitudes superiores, muy por encima de las nubes, y así creó su relato más terrorífico.

La idea de que la extraordinaria narración que se ha dado en llamar el «Fragmento Joyce-Armstrong» es una elaborada broma de mal gusto, pergeñada por una persona maldecida con un perverso y siniestro sentido del humor, ya ha sido abandonada por cuantos han investigado el caso. Hasta el maquinador más imaginativo y macabro vacilaría ante la perspectiva de asociar sus morbosas fantasías con

los indiscutibles hechos trágicos que refuerzan la declaración. Las aserciones contenidas en él, pese a lo increíbles y monstruosas que son, obligan por sí mismas a la inteligencia general a considerarlas como ciertas, además de forzarnos a reajustar nuestros paradigmas a la nueva situación. Nuestro mundo parece estar próximo a un peligro de lo más singular e inesperado, del que solo lo separa un ligero y precario margen de seguridad. Procuraré en esta narración, que reproduce el documento original en su forma necesariamente incompleta, exponer ante el lector el conjunto de los hechos conocidos hasta la fecha y, a modo de prólogo, comenzaré diciendo, por si hubiera alguien que dudara del relato de Joyce-Armstrong, que en absoluto pueden cuestionarse los sucesos que conciernen al teniente Myrtle, R. N. y al señor Hay Connor, quienes innegablemente encontraron la muerte en las circunstancias descritas.

El Fragmento Joyce-Armstrong se halló en el prado conocido como Lower Haycock, ubicado a un kilómetro y medio al oeste del pueblo de Withyham, en la frontera entre los condados de Kent y Sussex. Aconteció que, el día 15 del pasado mes de septiembre, un peón de campo, James Flynn, empleado de Mathew Dodd, de la granja Chauntry de Withyham, reparó en una pipa de brezo tirada cerca del sendero que bordeaba el seto de Lower Haycock. Un poco más adelante recogió un par de binoculares rotos. Por último, entre algunas ortigas de la cuneta, vislumbró un libro aplastado, con tapas de lona, que resultó ser un cuaderno de notas con hojas extraíbles, algunas de las cuales se habían desprendido y revoloteaban a lo largo de la base del cercado. El peón las recogió, pero algunas, entre ellas la primera página, nunca se recuperaron, y dejan un

lamentable hiato en esta importantísima declaración. Luego llevó el cuaderno a su patrón, quien, a su vez, se lo enseñó al doctor J. H. Atherton, de Hartfield. El mencionado caballero enseguida reconoció la necesidad de un examen a manos de un experto y por ello el manuscrito se remitió al aeroclub de Londres, donde permanece ahora.

Las dos primeras páginas continúan desaparecidas; la última también ha sido arrancada, si bien ninguna de ellas afecta a la coherencia global de la historia. Se conjetura que el inicio perdido corresponde al registro de las cualificaciones como aeronauta del señor Joyce-Armstrong, que pueden recopilarse de otras fuentes; se admite que estas no encuentran parangón entre los pilotos aéreos de Inglaterra. Durante muchos años se le consideró el más osado y erudito de los aviadores, una combinación que le permitió inventar y probar diversos y novedosos aparatos, entre los que figura el accesorio giroscópico de uso frecuente que recibe su nombre. En cuanto al cuerpo principal del manuscrito, está escrito de manera muy cuidadosa con tinta, pero las últimas líneas están a lápiz y son tan irregulares que apenas resultan legibles; exactamente, de hecho, como se esperaría que fuesen si se hubieran garabateado a toda prisa en el asiento de un aeroplano en pleno vuelo. Cabría añadir que tanto la última página como la cubierta presentan varias manchas que los expertos del Ministerio de Interior han dictaminado que son de sangre, probablemente humana y con toda certeza de mamífero. El hecho de que en la mencionada sangre se descubriera algo con un notable parecido al organismo de la malaria, junto con que es sabido que Joyce-Armstrong ha sufrido de fiebres

intermitentes, constituye un ejemplo excelente de las nuevas armas que la ciencia moderna ha puesto en manos de nuestros detectives.

Ahora unas palabras acerca de la personalidad del autor, cuya declaración marcará una época. Joyce-Armstrong, según los pocos amigos que lo conocían en cierta manera, era un poeta y un soñador, además de mecánico e inventor. Disfrutaba de una fortuna considerable, buena parte de la cual la había invertido en su afición por la aeronáutica. En los hangares que poseía cerca de Devizes tenía cuatro aeroplanos particulares y se dice que en el transcurso del último año realizó no menos de ciento setenta ascensos. Era un hombre reservado, con rachas de melancolía, durante las cuales evitaba socializar con sus colegas. El capitán Dangerfield, que lo conocía mejor que nadie, afirma que había momentos en que su excentricidad amenazaba con evolucionar hacia algo más grave. Su costumbre de llevar consigo una escopeta en el avión era una señal de ello.

Otra era el morboso efecto que el accidente del teniente Myrtle había tenido sobre su mente. Myrtle, en un intento de batir el récord de altitud, cayó desde algo más de nueve mil metros. Era horrible describir que la cabeza se había desvanecido por completo, aunque el cuerpo y las extremidades conservaban su conformación. Según Dangerfield, en todas las reuniones de aviadores, Joyce-Armstrong preguntaba con una enigmática sonrisa: «¿Y dónde está, si puede saberse, la cabeza de Myrtle?».

En otra ocasión, en la cantina de la escuela de aviación de Salisbury Plain inició tras la cena un debate acerca de cuál sería el mayor peligro permanente al que tendrían que enfrentarse los pilotos. Tras escuchar una sucesión de opiniones con respecto a las

bolsas de aire, los fallos de fabricación y la tendencia al sobrealabeo, terminó por encogerse de hombros y se negó a exponer sus propios puntos de vista, si bien dio la impresión de que diferían de cualquiera de los avanzados por sus compañeros.

Merece la pena destacar que después de su total desaparición se descubrió que había dispuesto de sus asuntos privados con una precisión que sugiere que tenía una fuerte premonición del desastre.

Aclaradas estas esenciales cuestiones, a continuación reproduzco la narración al pie de la letra, comenzando desde la página tres del ensangrentado cuaderno.

No obstante, durante la cena con Coselli y Gustav Raymond en Reims, encontré que ni el uno ni el otro eran conscientes de ningún peligro especial en las capas superiores de la atmósfera. No llegué a exponer realmente lo que me pasaba por la cabeza, pero estuve tan cerca que, si hubieran tenido alguna idea pertinente, no habrían dejado de exponerla. Aunque, por otro lado, no son sino dos tipos vacíos y jactanciosos que no piensan en más que en ver sus estúpidos nombres en el periódico. Es interesante apuntar que ninguno de los dos ha superado apenas los seis mil metros. Por supuesto, hay hombres que han alcanzado cotas superiores en globos aerostáticos o escalando montañas. Debe de ser muy por encima de ese punto cuando el aeroplano penetra en la zona de peligro (siempre suponiendo que mis premoniciones sean acertadas).

La aviación nos acompaña desde hace más de veinte años, por lo que bien podría uno preguntarse por qué iba a manifestarse este peligro solo en nuestra época. La respuesta es obvia. En el pasado, cuando los aparatos eran menos robustos y se consideraba que un motor Gnome o Green de cien caballos de potencia bastaba para cubrir cualquier necesidad, los vuelos estaban muy limitados. Ahora que los trescientos caballos son la norma más que la excepción, las visitas a las capas superiores son más fáciles y frecuentes. Algunos recordaremos cómo, en nuestra juventud, Garros se ganó una reputación mundial cuando consiguió llegar a los cinco mil setecientos metros y sobrevolar los Alpes se consideraba una proeza. Hoy en día, la norma ha variado

sustancialmente y los vuelos de altura se han multiplicado por veinte con respecto a los años anteriores. Muchos de ellos se han emprendido con impunidad. Se ha llegado a los seis mil metros una y otra vez, sin más perjuicio que el producido por el frío y el asma. ¿Qué demuestra esto? Un visitante podría descender a nuestro planeta un millar de veces sin ver jamás un tigre. Mas, sin embargo, los tigres existen y, si por azar aterrizara en una jungla, podrían devorarlo. Del mismo modo, hay junglas en las capas superiores del aire y hay cosas peores que tigres habitándolas. Creo que, con el curso del tiempo, esas junglas se cartografiarán fielmente. Incluso en este momento yo podría nombrar dos de ellas. Una se extiende sobre el distrito francés de Pau-Biarritz; la otra se encuentra justo sobre mi cabeza mientras escribo esto en mi casa de Wiltshire. Y sospecho que existe una tercera en el distrito de Homburg-Wiesbaden.

Al principio fue la desaparición de los aviadores lo que me llevó a pensar en ello. Como es lógico, todo el mundo decía que habían caído en el mar, pero esa explicación no me satisfacía en absoluto. Primero fue Verrier, en Francia; su aparato se halló en las cercanías de Bayona, pero jamás se recuperó su cuerpo. Luego vino el caso de Baxter, quien se desvaneció, a pesar de que el motor y parte de las guarniciones de hierro se descubrieron en un bosque de Leicestershire. El doctor Middleton, de Amesbury, que observaba el vuelo con un telescopio, declara que justo antes de que las nubes oscurecieran la visión, vio que la aeronave, la cual se encontraba a enorme altitud, apuntaba de pronto el morro hacia arriba y, perpendicular al suelo, ascendía dando una serie de sacudidas de una forma que el doctor habría creído imposible. Nunca más se supo de Baxter. Se publicó un intercambio de cartas en los periódicos, pero no condujo a nada. Se produjeron varios casos similares más y entonces acaeció la muerte de Hay Connor. ¡Qué cacareo armó el misterio aéreo sin resolver, cuántas columnas se escribieron en los panfletos de a medio penique y, aun así, qué poco se hizo para llegar al fondo del asunto! Hay Connor descendió con un planeo formidable desde una altura desconocida, pero no llegó a salir del aparato y murió en el asiento del piloto. ¿De qué? Una afección cardiaca, dictaminaron los médicos. ¡Tonterías! El corazón de Hay Connor estaba tan sano como el mío. ¿Qué declaró Venables, el único hombre que se encontraba junto a él cuando murió? Que estaba temblando y que tenía el aspecto de haber recibido un susto pavoroso. «Murió de miedo», sentenció Venables, pero este

era incapaz de imaginar qué pudo haberlo aterrado hasta ese punto. Pronunció una única palabra, «monstruoso», según creyó oír Venables. En la pesquisa judicial no supieron interpretarla. Pero yo sí. ¡Monstruos! Esa fue la última palabra del pobre Harry Hay Connor. Y, en efecto, murió de miedo, tal y como pensaba Venables.

Y luego estaba la cabeza de Myrtle. ¿Creen ustedes, lo cree alguien en realidad, que la fuerza de una caída puede seccionar limpiamente la cabeza de una persona? Bueno, tal vez sea posible, pero yo, por mi parte, jamás he pensado que algo así ocurriera en el caso de Myrtle. Y la mugre de su ropa, que estaba "toda pegajosa de grasa", declaró alguien durante la pesquisa. ¡Qué raro que nadie se sintiera intrigado! Yo sí, pero para entonces ya llevaba un buen tiempo cavilando. He realizado tres ascensos (¡y luego Dangerfield se burlaba de mi escopeta!), pero no he subido lo suficiente. Ahora, con el flamante aparato ligero Paul Veroner y su motor Robur de ciento setenta y cinco caballos, mañana debería alcanzar con facilidad los nueve mil metros. Tendré a tiro el récord. Y quizá también tendré a tiro alguna otra cosa. Naturalmente, será peligroso. Quien no quiera correr riesgos, que renuncie por completo a volar y se relaje en casa en zapatillas de franela y batín. Pero yo mañana visitaré la jungla aérea; y si hay algo allí, lo averiguaré. Si regreso, me habré convertido en un hombre bastante célebre. Si no, este cuaderno quizá aclare lo que pretendo hacer y cómo perdí la vida al intentarlo. Pero, POR FAVOR, nada de tonterías sobre accidentes o misterios, si tienen a bien.

He elegido mi monoplano Paul Veroner para acometer la misión. No hay nada como un monoplano cuando se tiene que hacer un trabajo de verdad. Beaumont ya lo descubrió en los primeros días de la aviación. Para empezar, no le afecta la humedad y el tiempo se parece a que nos adentráramos continuamente en una nube. Es un modelo pequeño y bonito, que me responde como un caballo boquiblando. Está equipado con un motor Robur rotatorio de diez cilindros, que desarrolla una potencia de ciento setenta y cinco caballos, y cuenta con todos los adelantos modernos: fuselaje cerrado, tren de aterrizaje retráctil, frenos, estabilizadores giroscópicos y tres velocidades controladas, siguiendo el principio de las persianas venecianas, mediante la variación del ángulo de las alas. Porto conmigo una escopeta y una docena de cartuchos cargados con postas. Deberían haber visto la cara de Perkins, mi buen mecánico, cuando le ordené

que los metiera dentro. Me vestí como un explorador ártico, con dos jerséis debajo del mono, calcetines gruesos por dentro de unas botas acolchadas, gorro con orejeras y anteojos de talco. Hacía un calor sofocante fuera de los hangares, pero estaba resuelto a superar la altura de las cumbres del Himalaya, de modo que tenía que vestirme en consecuencia. Perkins sabía que pasaba algo y me suplicó que lo llevara conmigo. Quizá me habría acompañado si me hubiera decantado por el biplano, pero el monoplano es cosa de una sola persona, si de verdad se quiere exprimirlo al máximo. Como es lógico, metí una bolsa de oxígeno; quien vaya a por el récord de altitud sin una se congelará o se ahogará, o ambas cosas.

Eché una buena ojeada a los alerones, la barra del timón y la palanca de elevación antes de subir a bordo. Hasta donde pude ver, todo estaba en orden. Luego arranqué el motor y constaté que funcionaba dócilmente. Cuando soltaron los amarres, la aeronave casi despegó en el acto a su velocidad mínima. Di una o dos vueltas en círculo por el campo de aviación para calentar el motor; entonces saludé con la mano a Perkins y a los demás, nivelé los planos y puse el motor a máxima velocidad. Mi avión surcó el aire como una golondrina volando a favor del viento durante unos doce o quince kilómetros hasta que levanté un poco el morro y empezó a subir trazando una gran espiral hacia el banco de nubes que había por encima de mí. Es de vital importancia ascender despacio para que el organismo se adapte a la presión sobre la marcha.

Era un día de calor bochornoso para tratarse de un mes de septiembre inglés; abrumaba el silencio y la pesadez de la lluvia inminente. De vez en cuando soplaban súbitas ráfagas de viento del suroeste, una de ellas tan fuerte e inesperada que me cogió despistado y por un instante casi me volteó. Recuerdo los tiempos en que las rachas, los remolinos y las bolsas de aire suponían un peligro (antes de que aprendiésemos a dotar a nuestros motores de potencia para dominarlos). Justo en el momento en que alcancé los bancos de nubes, cuando con el altímetro marcaba novecientos metros, empezó a llover. ¡Caramba, qué forma de diluviar! El agua tamborileaba sobre las alas y me azotaba en la cara, empañando mis anteojos de modo que apenas distinguía nada. Aminoré a la velocidad mínima, pues resultaba doloroso navegar contra la lluvia. Al ganar altura, se convirtió en granizo y tuve que volar de espaldas a la

tormenta. Uno de los cilindros dejó de funcionar —una bujía sucia, me figuré—, pero aun así continuaba ascendiendo a un ritmo constante, con potencia de sobra. Al cabo de un rato, el problema, fuera el que fuese, se superó y percibí el ronroneo pleno, profundo y grave, del motor, los diez cilindros cantaban al unísono. Ahí reside la belleza de nuestros silenciadores modernos; por fin podemos controlar de oído nuestros motores. ¡Cómo chirrían, crujen y sollozan cuando sufren algún problema! Todos esos gritos de auxilio se desperdiciaban antaño, cuando todo sonido lo engullía el monstruoso estruendo del aparato. ¡Qué lástima que los pioneros de la aviación no puedan resucitar para contemplar la belleza y la perfección del mecanismo, adquiridas a costa de sus vidas!

En torno a las nueve y media me aproximaba a las nubes. Por debajo, emborronada y ensombrecida por la lluvia, se extendía la vasta llanura de Salisbury. Media docena de máquinas voladoras, golondrinas negras recortadas sobre un fondo verde, realizaban trabajos de rutina a una altura de seiscientos metros. Me atrevería a decir que andaban preguntándose qué empresa me ocupaba en el reino de las nubes. De pronto, pareció desenrollarse una cortina gris bajo el aeroplano y sentí que los pliegues acuosos del vapor se arremolinaban alrededor de mi rostro. Hacía un tiempo deprimente, frío y húmedo. Sin embargo, volaba por encima de la tormenta de granizo y eso era ya una ventaja. La nube era negra y espesa como la niebla londinense. En mi anhelo por salir a cielo despejado, apunté el morro hacia arriba hasta que sonó la alarma automática y entonces empecé a deslizarme realmente hacia atrás. Los alerones del aeroplano goteaban, empapados de agua, la cual me había conferido un mayor peso del que había previsto, pero al poco me encontré en una nube menos densa y no tardé en superar la primera capa. Había una segunda, aborregada y de color opalino, a gran altura sobre mi cabeza; un techo blanco e incólume por encima y un suelo negro e incólume por debajo, con el monoplano pugnando en una vasta espiral ascendente entre ellos. Es una sensación de mortal soledad la que se experimenta en esos espacios entre nubes. En cierto momento me adelantó una gran bandada de pequeñas aves acuáticas, que volaban raudas hacia el oeste. El zumbido rápido de sus alas y sus musicales graznidos fueron una delicia para mis oídos. Imagino que eran cercetas, pero soy un zoólogo lamentable. Ahora que nosotros los humanos nos

hemos transformado en pájaros, deberíamos aprender a reconocer a nuestras especies hermanas a simple vista.

El viento que había debajo mecía y hacía ondular la extensa llanura de nubes. En cierto momento se formó un gran torbellino, un remolino de vapores, y a través de él, como por un embudo, vislumbré una lejana porción del mundo. Un biplano blanco de gran tamaño surcaba las profundidades por debajo de mí. Me imagino que sería el servicio matutino de correos entre Bristol y Londres. Entonces el vórtice volvió a cerrarse y nada más quebró la inmensa soledad.

Poco después de las diez ya rozaba el borde inferior del estrato superior de nubes. Se componía de un fino vapor diáfano que vagaba veloz desde el oeste. El viento había ido aumentando sin cesar durante todo este tiempo y ahora soplaba una brisa cortante de cuarenta y cinco kilómetros por hora, según mis indicadores. Ya hacía mucho frío, a pesar de que mi altímetro marcaba solo dos mil setecientos metros. El motor funcionaba a la perfección y avanzábamos con un firme zumbido. El banco de nubes era más denso de lo que esperaba, pero por fin se dispersó en una neblina dorada de la que, al cabo de un instante, salí disparado y me encontré con un cielo despejado y un sol radiante: todo azul y oro por encima, todo plata reluciente por debajo, una vasta llanura trémula y reluciente que se extendía hasta donde abarcaba la vista. Eran las diez y cuarto y la aguja del barógrafo apuntaba a los tres mil cuatrocientos. Subía y subía, con el oído puesto en el ronroneo grave del motor, los ojos fijos en todo momento en el reloj, el indicador de revoluciones, el nivel de combustible y la bomba de aceite. No es de extrañar que se diga que los aviadores pertenecen a una casta que desconoce el miedo. Con tantas cosas en las que pensar no queda tiempo para preocuparse por uno mismo. Fue en ese momento cuando advertí la escasa fiabilidad de la brújula a partir de ciertas alturas. A los cuatro mil quinientos metros la mía señalaba el este en un punto al sur. Menos mal que el sol y el viento me facilitaban la orientación precisa.

Había esperado hallar una quietud eterna a tanta altitud sobre la tierra, pero con cada trescientos metros de ascenso crecía la fuerza del vendaval. Todas las junturas y remaches gruñían y temblaban cuando volaba de cara a él y mi aparato era barrido como una hoja de papel cuando lo alabeaba en los virajes, deslizándose a favor del viento a velocidades a las que, quizá, ningún mortal haya viajado nunca. Sin embargo, me veía siempre obligado a corregir el rumbo

a barlovento, pues no solo perseguía batir el récord de altitud. Según todos mis cálculos, la jungla aérea se extendía por encima del pequeño Wiltshire y mis esfuerzos se malograrían si atacaba las capas superiores en un punto más lejano.

Cuando alcancé la cota de los cinco mil setecientos metros, algo que ocurrió hacia el mediodía, el viento era tan intenso que miraba con cierta inquietud las sujeciones de las alas, temiendo que de un momento a otro se partieran o se aflojaran. Incluso liberé el paracaídas a mi espalda y lo enganché a la argolla de mi cinturón de cuero, preparándome para lo peor. Era uno de esos instantes en los que una chapuza del mecánico se paga con la vida del aeronauta. Sin embargo, el aparato mantuvo su integridad con valentía. Todos los cables y puntales vibraban como cuerdas de arpa, pero era una visión espléndida contemplar cómo, a pesar de todos los zarandeos y golpes, la aeronave conquistaba una vez más la naturaleza y dominaba el firmamento. Existe con toda certeza algo de divino en el ser humano para haberse erigido por encima de las limitaciones que la Creación parece imponerle; para erigirse, además, con el desinterés, la dedicación y el heroísmo que ha demostrado en la conquista del aire. ¡Que se callen quienes hablan de la degeneración humana! ¿Cuándo se ha escrito hazaña semejante a esta en los anales de nuestra especie?

Estos eran los pensamientos que me rondaban la mente al trepar por aquel monstruoso plano inclinado, con el viento una veces azotándome en la cara y otras silbándome detrás de las orejas, mientras el reino de las nubes se hundía a tal profundidad por debajo de mí que los pliegues y montículos de plata se habían alisado y convertido en una llanura resplandeciente. Pero de pronto sufrí una experiencia terrible y sin precedentes. Ya sabía lo que conlleva encontrarse en lo que nuestros vecinos llaman un *tourbillon*, pero no a esta escala. Ese río caudaloso y arrollador de viento del que he hablado contenía en su interior, por lo visto, remolinos no menos monstruosos. Sin previo aviso, de repente me vi arrastrado al corazón de uno de ellos. Estuve girando sobre mí mismo durante un par de minutos, a tal velocidad que casi me quedé sin conocimiento, y entonces empecé a caer de lado, con el ala izquierda apuntando hacia abajo, dentro de la chimenea hueca en el centro. Caí como una piedra y perdí cerca de trescientos metros de altitud. Solo el cinturón me mantenía en el asiento, y la conmoción y la falta de aliento me dejaron pendiendo medio insensible sobre el

costado del fuselaje. Sin embargo, siempre he sido capaz de realizar esfuerzos supremos; eso constituye mi único gran mérito como aviador. Me di cuenta de que el descenso se ralentizaba. El vórtice era más un cono que un túnel vertical y yo había llegado hasta el vértice. De un terrorífico tirón, arrojando todo mi peso hacia un lado, estabilicé los planos y conseguí asomar la cabeza. Al cabo de un instante salía como una bala del torbellino y hendía el cielo. Después, vapuleado pero victorioso, levanté el morro y reanudé una vez más el esforzado ascenso en espiral. Describí un amplio barrido para evitar la zona de peligro y no tardé en hallarme a salvo por encima de él. Poco después de la una me encontraba a seis mil trescientos metros sobre el nivel del mar. Para mi alegría, observé que había coronado la cima del vendaval y que, conforme ganaba altitud, el aire se calmaba cada vez más. Por otro lado, hacía mucho frío y sentí esas peculiares náuseas que acompañan al enrarecimiento del aire. Por vez primera desatornillé la boquilla de la bolsa de oxígeno y de cuando en cuando aspiraba una bocanada del glorioso gas. Lo notaba corriéndome por las venas como una bebida espirituosa y me entusiasmé casi hasta el punto de la borrachera. Me puse a gritar y a cantar mientras me remontaba hacia un mundo exterior gélido y silencioso.

Para mí está muy claro que la insensibilidad que sorprendió a Glaisher, y en menor grado a Coxwell, cuando, en 1862, ascendieron en globo hasta una altitud de nueve mil metros, se debió a la velocidad extrema con que se emprende un ascenso perpendicular. Por el contrario, con un gradiente más suave que permita al organismo acostumbrarse gradualmente a la menor presión barométrica, no se manifiestan tan terribles síntomas. A esa misma altitud, descubrí que, aun sin el inhalador de oxígeno, podía respirar sin excesiva fatiga. Sin embargo, hacía un frío glacial y el termómetro marcaba dieciocho grados bajo cero. A la una y media, once kilómetros me separaban de la superficie de la tierra y continuaba ascendiendo a velocidad constante. No obstante, me percaté de que el aire enrarecido proporcionaba una menor sustentación a los planos y que en consecuencia debía disminuir el ángulo de ascenso. Era ya evidente que, a pesar de mi peso ligero y de la gran potencia del motor, llegaría un punto en el que debería detenerme. Para empeorar la situación, una de las bujías volvía a fallar y se oían petardeos intermitentes en el motor. El miedo al fracaso me encogió el corazón.

Fue en esos momentos cuando me sucedió una experiencia extraordinaria. Algo me adelantó a gran velocidad dejando una estela de humo, estalló con un estrepitoso siseo y despidió una nube de vapor. Por un instante me vi incapaz de imaginar qué había ocurrido, pero entonces recordé que la Tierra sufre un sempiterno bombardeo de piedras meteóricas y que nuestro planeta apenas sería habitable si gran parte de ellas no se vaporizaran al penetrar en las capas exteriores de la atmósfera. He aquí un peligro más para el aviador de grandes alturas, pues otros dos bólidos pasaron a mi lado cuando me aproximaba a la marca de los doce mil metros. No me cabe duda de que en el borde de la envoltura que recubre la tierra el riesgo sería muy real.

La aguja de mi barógrafo señalaba los doce mil seiscientos cuando comprendí que no podría ir mucho más lejos. Físicamente, el esfuerzo no era tan grande como para que mi organismo no lo soportara, pero el aparato había llegado su límite. El aire enrarecido no proporcionaba una sustentación sólida a las alas y la más mínima inclinación se convertía en un derrapaje; parecía responder con pereza a los controles. Quizá, si el motor hubiera funcionado a pleno rendimiento, habríamos tenido capacidad para cubrir trescientos metros más, pero seguía petardeando y dos de los diez cilindros parecían inutilizados. Si aún no había alcanzado la zona que andaba buscando, entonces ya no me toparía con ella en este viaje. Pero ¿no sería posible que lo hubiese logrado? Planeando en círculos como un monstruoso halcón sobre la cota de los doce mil metros, dejé que el monoplano se guiara solo y, con ayuda de unos prismáticos Mannheim, oteé con detenimiento los alrededores. El firmamento estaba limpio y despejado; no había indicio alguno de los peligros que había imaginado.

He dicho que planeaba en círculos. Me asaltó la idea de que me convendría dar barridos más amplios y trazar una nueva ruta aérea. El cazador que se interna en una jungla terrestre se abre paso a través de ella si desea encontrar a su presa. Mis razonamientos me indujeron a creer que la jungla aérea que había imaginado se extendía en alguna parte sobre Wiltshire. Debía de estar al sur y al oeste de mi posición. Me orienté por el sol, pues la brújula era inútil y no se divisaba ni rastro de la tierra; no se veía nada salvo la distante llanura plateada de nubes. De modo que establecí el rumbo lo mejor que pude y volé directo hacia el objetivo. Calculé que mi provisión de combustible no duraría mucho más de una hora; pero podía permitirme gastar hasta la última gota,

pues un magnífico planeo sin motor podría llevarme a tierra en cualquier momento.

De improviso fui consciente de que algo había cambiado. El aire ante mí había perdido su claridad cristalina. Estaba plagado de volutas largas y deshilachadas de algo que solo puedo comparar con el humo fino de un cigarrillo. Flotaban en guirnaldas y espirales, girando y enroscándose lentamente a la luz del sol. Cuando el monoplano las atravesó como una flecha, percibí en los labios un ligero sabor a aceite y la carpintería del aparato se impregnó de una espuma grasienta. Una suerte de minúscula materia orgánica parecía estar suspendida en la atmósfera. Allí no había vida. Era una forma embrionaria y difusa, de muchas hectáreas de extensión, que rezumaba flecos el vacío. No, aquello no estaba vivo. Pero ¿podrían ser acaso los despojos de una vida? Sobre todo, ¿podría ser acaso el alimento de alguna otra forma de vida, una forma de vida monstruosa, al igual que el humilde plancton del océano sirve de alimentos a las imponentes ballenas? Estos pensamientos me ocupaban la mente cuando alcé los ojos y contemplé la visión más asombrosa que un humano haya presenciado jamás. Albergo la esperanza de poder describirla tal y como la vi el pasado jueves, pero ¿seré capaz?

Imagínese el lector una medusa como las que navegan por nuestros mares en verano, con forma de campana y de un tamaño colosal; mucho mayor, a mi entender, que la cúpula de la catedral de San Pablo. Era de color rosa pálido con delicadas vetas verdes, pero el tejido en su conjunto parecía tan poco sólido que apenas era una silueta velluda recortada sobre el cielo azul oscuro. Latía con un ritmo sutil y regular. De la criatura pendían dos largos tentáculos verdes y deslavazados que se mecían adelante y atrás. Esta espléndida visión pasó suavemente, con silenciosa solemnidad, por encima de mi cabeza, tan ingrávida y frágil como una pompa de jabón, y siguió su majestuoso camino.

Había empezado a virar el monoplano, a fin de contemplar el avance de esta hermosa criatura, cuando, en un instante, me encontré en medio de una flota de ellas, de todos los tamaños, aunque ninguna tan grande como la primera. Algunas eran muy pequeñas, pero la mayoría eran tan voluminosas como un globo aerostático corriente, con una curvatura similar en la parte superior. Había una delicadeza en la textura y el color que me recordó al más fino cristal veneciano. Predominaban los matices de rosa pálido y verdes, pero todas

reflejaban una preciosa iridiscencia allí donde el sol rielaba a través de sus exquisitas formas. Varios cientos de ellas pasaron por encima de mí, una maravillosa y fantástica escuadra de bajeles celestiales, criaturas extrañas cuyas formas y sustancia se hallaban tan en sintonía con estas puras altitudes que nadie podría concebir cosa tan delicada en el rango visual y auditivo de la tierra.

Pero pronto mi atención se vio atraída por un nuevo fenómeno: las serpientes de la atmósfera exterior. Eran espirales fantásticas, largas y delgadas, de una materia vaporosa, que giraban y se enroscaban a gran velocidad, mientras revoloteaban tan deprisa que los ojos apenas podían seguirlas. Algunas de estas criaturas fantasmales tenían longitudes de entre cinco y diez metros, pero resultaba difícil calcular su contorno, porque sus formas eran tan brumosas que parecían diluirse en la atmósfera que las rodeaba. Estas serpientes aéreas eran de un gris muy claro, del color del humo, con algunas franjas más oscuras que les conferían el aspecto de un organismo bien definido. Una de ellas pasó rozándome la cara y tuve la sensación de un contacto frío y húmedo, pero su composición era tan insustancial que no pude asociarlas a ninguna impresión de peligro físico, igual que las hermosas criaturas acampanadas que las habían precedido. Su esqueleto no ofrecía mayor solidez que la espuma producida por una ola que rompe en la orilla.

Pero aún me aguardaba una experiencia más terrible. Descendiendo desde una gran altura, llegó flotando un retazo púrpura de vapor, pequeño al verlo por primera vez, pero que se agrandaba con rapidez a medida que se me aproximaba, hasta alcanzar un tamaño de decenas de metros cuadrados. Aunque moldeada en alguna sustancia transparente y gelatinosa, presentaba, sin embargo, un contorno más definido y una consistencia más sólida que cualquiera de las cosas que había visto antes. Se advertían también más indicios de una organización física, en especial dos placas circulares, enormes y sombreadas, una a cada lado, que podrían haber sido ojos, y entre ellas una protuberancia blanca, de perfecta solidez, con la curvatura y crueldad del pico de un buitre.

El aspecto general de ese monstruo imponía y emanaba un aire amenazador; mutaba de color sin cesar, de un malva pálido a un púrpura sombrío y furioso, tan denso que proyectó una sombra al interponerse entre mi monoplano y el sol. En la curva superior de su cuerpo se distinguían tres grandes

protuberancias, que solo puedo describir como burbujas enormes y, al mirarlas, me convencí de que contenían algún gas sumamente ligero que servía para que aquella masa informe y semisólida flotara en el aire enrarecido. La criatura se desplazaba deprisa y mantenía con facilidad la misma velocidad que el monoplano; por espacio de unos treinta kilómetros o más me hizo de terrible escolta, mientras se cernía sobre mí como un ave de presa que aguarda el momento de abatirse sobre su víctima. Su método de locomoción —tan rápido que no resultaba fácil seguirlo— consistía en lanzar hacia delante un apéndice largo y glutinoso que, a su vez, parecía atraer hacia sí el resto del cuerpo contorsionado. Tan elástica y gelatinosa era esa criatura que no conservaba la misma forma ni dos segundos y, sin embargo, cada mutación parecía más amenazadora y repugnante que la anterior.

Comprendí que tenía intenciones aviesas. Así me lo sugería cada arrebato púrpura de su asqueroso cuerpo. Los ojos inexpresivos y saltones, fijos siempre sobre mí, eran fríos y despiadados, llenos de un odio viscoso. Bajé el morro de mi monoplano para huir de esa cosa. En el mismo instante que yo hacía eso alargó un tentáculo, rápido como un rayo, desde esa masa de grasa flotante, que cayó como un latigazo sobre la parte delantera del aparato. Se oyó un fuerte siseo cuando por un instante se cerró sobre el motor caliente y, entonces, aquella cosa lo retiró deprisa, batiéndolo en el aire y contrayendo al mismo tiempo el cuerpo, como si hubiera experimentado un dolor repentino. Me lancé en picado, pero de nuevo el tentáculo cayó sobre el monoplano y la hélice lo rebanó con la misma facilidad con la que habría atravesado una voluta de humo. Una larga espiral pringosa, con aspecto de serpiente, se deslizó hacia mí por detrás, me rodeó la cintura e intentó arrastrarme fuera de la cabina. La arañé, hundí los dedos en la superficie lisa viscosa y logré soltarme, aunque solo por un instante, pues otra espiral me asió por una bota y tiró de mí hasta hacerme caer de espaldas.

Al mismo tiempo que caía disparé los dos cañones de la escopeta, aunque, naturalmente, aquello fue como atacar a un elefante con una cerbatana; no imaginaba que un arma de fabricación humana pudiera mutilar aquella mole imponente. Sin embargo, mi puntería superó mis expectativas, pues, con un fuerte estallido, una de las grandes ampollas sobre la espalda de la criatura explotó al ser perforada por las postas. Estaba claro que mi conjetura había

resultado acertada y que esas vejigas enormes y transparentes encerraban un gas aerostático que las dilataba, pues, al instante, la mole con forma de nube se derrumbaba hacia un lado, mientras se retorcía desesperada para recuperar el equilibrio, chasqueaba el pico y jadeaba con terrible furia. Pero yo ya había huido por la senda de descenso más pronunciada que me atreví a trazar, con el motor aún al máximo, lanzado hacia la tierra como un aerolito por la acción combinada de la hélice y la fuerza de la gravedad. Muy detrás de mí, observé una mancha púrpura y apagada que se empequeñecía deprisa y se fundía con el cielo azul. Había escapado sano y salvo de la mortal jungla de la atmósfera exterior.

Una vez fuera de peligro, ahogué el motor, pues nada destroza un aeroplano más rápido que precipitarse a plena potencia desde gran altura. Ejecuté un glorioso planeo en espiral desde una altitud de doce kilómetros, primero al nivel del banco plateado de plata; después, hasta la tormenta que rugía debajo y, por último, bajo el azote de la lluvia, hasta la superficie de la tierra. Divisé el canal de Bristol al desgarrar las nubes, pero, como aún quedaba algo de combustible en el depósito, volé treinta kilómetros tierra adentro antes de encontrarme varado en un campo a casi un kilómetro del pueblo de Ashcombe. Conseguí tres latas de gasolina gracias a un automóvil que pasaba por allí y, a las seis y diez minutos de esa tarde, me posé con suavidad en un prado de mi propia casa de Devizes, después de una travesía que ningún mortal sobre la tierra ha emprendido jamás y después ha sobrevivido para contarlo. He visto la belleza y he visto el horror de las alturas; y ni mayor belleza ni mayor horror que esos existen al alcance de la comprensión humana.

»Y ahora mi intención es regresar una vez más antes de presentar mis hallazgos al mundo. El motivo para ello nace de la obligada necesidad de mostrar una prueba tangible antes de relatar mi historia a mis semejantes. Es cierto que pronto otros seguirán mi camino y confirmarán lo que he dicho, pero quisiera ser convincente desde el principio. Esas preciosas burbujas iridiscentes del aire no deberían ser difíciles de capturar. Se dejan llevar a la deriva y un monoplano rápido podría interceptar su curso pausado. Es muy probable que se disuelvan en las capas más densas de la atmósfera y que ese montoncito de gelatina amorfa sea lo único que traiga a tierra conmigo. Y, aun así, algo habrá que sin género de duda me permita corroborar mi historia. Sí, volveré a subir,

aun cuando corra peligro haciéndolo. Esos horrores púrpuras no parecían abundar. Quizá no me encuentre con ninguno. Pero en el mismo instante en que vea uno, descenderé en picado. En el peor de los casos, siempre tendré la escopeta y el conocimiento de...

Aquí se ha perdido por desgracia una página del manuscrito. En la siguiente, con letras garabateadas, aparece escrito:

... trece mil cien metros. Jamás volveré a ver tierra. Están debajo de mí, tres de ellos. ¡Que Dios me asista, qué espantosa muerte de la que morir!

Tal es en su totalidad la Declaración de Joyce-Armstrong. De su autor nada ha vuelto a saberse. Se han recogido piezas de su monoplano destrozado en el coto del señor Budd-Lushington, en los límites entre Kent y de Sussex, a pocos kilómetros del lugar en que fue descubierto el cuaderno. Si se demostrara correcta la teoría del desventurado aviador de que esa «jungla aérea», como la llamaba, solo existe sobre la región suroeste de Inglaterra, se deduciría entonces que huyó de ella a la velocidad máxima de su monoplano, pero que fue sorprendido y devorado por esas criaturas espantosas en algún punto de la atmósfera exterior sobre el lugar donde se localizaron las funestas reliquias. Quien aprecie su salud mental preferirá no cavilar demasiado sobre la imagen de ese monoplano surcando el cielo, con horrores innombrables volando por debajo de él y cortándole el camino de vuelta en todo momento mientras estrechan gradualmente el cerco sobre su víctima. Son muchos los que, como sé bien, aún se mofan de los hechos que aquí he puesto por escrito, pero incluso ellos han de admitir que Joyce-Armstrong ha desaparecido y, por tanto, les encomiendo a sus propias palabras:

«Este cuaderno quizá aclare lo que pretendo hacer y cómo perdí la vida al intentarlo. Pero, POR FAVOR, nada de tonterías sobre accidentes o misterios, si tienen a bien».

PESADILLA A VEINTE MIL PIES

Richard Matheson

¿Nos hallamos ante el mejor relato sobre el miedo a volar jamás escrito? Es posible. No quiero parecer Rod Serling, pero imagina que eres la invención de Arthur Jeffrey Wilson, mientras el DC-7 en el que viaja despega: «Ahí estaba... a veinte mil pies sobre la tierra, atrapado en un cascarón aullante de muerte». Originalmente publicado en 1961, cuando aún se permitía fumar en los vuelos comerciales e incluso portar una pistola en el equipaje de mano, «Pesadilla...» transita en el filo entre dos posibilidades: o el señor Wilson está sufriendo una crisis nerviosa provocada por la ansiedad o de verdad está viendo por la ventanilla a una criatura amorfa sobre el ala que intenta derribar el avión. Sea como sea, no gozarás de un vuelo demasiado agradable. Mejor abróchate el cinturón.

—El cinturón, por favor —dijo risueña la azafata al pasar a su lado.

Casi al mismo tiempo, se iluminó la señal sobre el arco que comunicaba con el compartimento delantero —ABRÓCHENSE LOS CINTURONES—, junto con el aviso que la acompañaba debajo: PROHIBIDO FUMAR. Wilson respiró hondo, expulsó el aire en ráfagas y luego aplastó el cigarrillo en el cenicero del reposabrazos con ademanes de irritación, casi como acuchillándolo.

En el exterior, uno de los motores tosió monstruosamente y vomitó una nube de gases que se dispersaron en la noche. El fuselaje vibraba y Wilson, al mirar por la ventanilla, vio la llamarada de escape que brotaba blanquecina de la góndola del motor. El

segundo motor tosió y luego rugió, la hélice convertida en un borrón de revoluciones. Con docilidad tensa, Wilson se abrochó el cinturón sobre el regazo.

Ya estaban funcionando todos los motores y la cabeza de Wilson palpitaba al unísono con el fuselaje. Se puso rígido, con la mirada fija en el asiento de delante, mientras el DC-7 rodaba por la pista de estacionamiento y calentaba la noche con los atronadores chorros de escape.

Se detuvo al borde de la pista de despegue. Wilson observó por la ventanilla el leviatán resplandeciente de la terminal. Pensó que, a última hora de la mañana, duchado y vestido con ropa limpia, se encontraría sentado en el despacho de otro contacto más, hablando sobre un acuerdo engañoso más, cuyo resultado global no añadiría ni una pizca de sentido a la historia de la humanidad. Era todo un puñetero...

Wilson dio un resoplido cuando los motores iniciaron la carrera de calentamiento como preparación para el despegue. El ruido, ya de por sí fuerte, se volvió ensordecedor; ondas de sonido que se estrellaban contra los oídos de Wilson como garrotazos. Abrió la boca como para vaciarla. Los ojos se vidriaron como los de un hombre agonizante, las manos se le contrajeron como garras.

Dio un respingo y retrajo las piernas al sentir que le tocaban el brazo. Ladeó la cabeza de golpe y vio a la azafata que lo había recibido en la puerta. Le estaba sonriendo.

—¿Se encuentra bien?

Wilson apenas distinguió las palabras. Apretó los labios y agitó la mano como para apartarla. La sonrisa de ella se iluminó con un exceso de brillo y se extinguió cuando se dio la vuelta para alejarse.

El avión empezó a moverse. Letárgico al principio, como un titán pugnando por vencer la fuerza de su propio peso. Luego con más velocidad hasta desprenderse de la resistencia de fricción. Wilson se volvió hacia la ventanilla y vio la pista oscura deslizándose cada vez más rápido a su lado. En el borde del ala se produjo un gemido mecánico cuando descendieron los flaps. Entonces, de forma imperceptible, las ruedas gigantescas perdieron contacto con el suelo y la tierra empezó a quedar atrás. Por debajo, centelleaban los árboles, los edificios, el mercurio fulgurante de los faros de los coches. El DC-7 alabeó a la derecha despacio y se impulsó hacia el resplandor glacial de las estrellas.

Por fin se niveló y los motores parecieron pararse mientras el oído de Wilson se ajustaba. Entonces captó el rumor de la velocidad de crucero y un momento de alivio le distendió los músculos y le transmitió cierta sensación de bienestar. Pero pasó enseguida. Wilson permaneció inmóvil en su asiento, miró con fijeza el aviso de PROHIBIDO FUMAR hasta que se apagó con un parpadeo y entonces, sin demora, encendió un cigarrillo. Rebuscó en la bolsa del respaldo del asiento delantero y sacó su periódico.

Como de costumbre, el mundo se encontraba en un estado similar al suyo. Roces en círculos diplomáticos, terremotos y tiroteos, asesinatos, violaciones, tornados y accidentes, conflictos empresariales, crimen organizado. «Dios está en su Cielo. Y el mundo marcha bien», pensó Arthur Jeffrey Wilson.

Al cabo de quince minutos tiró el periódico a un lado. Se sentía mal del estómago. Levantó la mirada hacia las señales de los dos lavabos. Ambos, iluminados, indicaban OCUPADO. Extrajo su tercer

cigarrillo desde el despegue y, tras apagar la luz sobre su cabeza, echó una ojeada por la ventanilla.

Por toda la cabina las luces se atenuaban y la gente reclinaba los asientos para dormir. Wilson miró el reloj: las once y veinte. Soltó un resoplido de cansancio. Como preveía, las pastillas que se había tomado antes de embarcar no le habían surtido el menor efecto.

Una mujer salió del lavabo. De sopetón y agarrando su bolsa, Wilson se levantó y avanzó por el pasillo.

Su organismo, como era de esperar, no le brindó su cooperación. Wilson se incorporó con un gemido de cansancio y se arregló la ropa. Tras lavarse las manos y la cara, sacó el neceser y exprimió el tubo de dentífrico sobre su cepillo de dientes.

Mientras se cepillaba, con una mano apoyada en la mampara para apoyarse, miró a través de la portilla. A unos metros de distancia estaba el azul pálido de la hélice interna. Wilson imaginó lo que ocurriría si se desprendiera y, como un cuchillo de carnicero de tres hojas, se abalanzara hacia él hendiéndolo todo a su paso.

Se le encogió el estómago de súbito. Wilson tragó por instinto y por la garganta le bajó un poco de saliva mezclada con pasta de dientes. Sufrió una arcada, por lo que se volvió y escupió en el lavabo, y luego, apresuradamente, se lavó la boca y bebió agua. Dios santo, ojalá hubiera podido viajar en tren. Disfrutaría de compartimento propio, daría algún esporádico paseo hasta el vagón cafetería, se arrellanaría en una butaca con una bebida y una revista. Pero en este mundo no existía tiempo ni fortuna así.

Estaba a punto de guardar el neceser cuando sus ojos se posaron sobre el objeto envuelto en hule que llevaba en la bolsa. Vaciló por

instante; al fin puso el pequeño maletín sobre el lavabo, sacó el paquete y lo abrió sobre su regazo.

Se quedó admirando la lustrosa simetría de la pistola. La portaba desde hacía ya casi un año. Al principio, cuando se decidió a ello, era por el dinero que transportaba, para protegerse de los atracos, como prevención contra las pandillas juveniles de las ciudades que visitaba. Pero, en el fondo, siempre había sabido que no existía sino una única razón válida. Una razón en la que pensaba a diario. Qué sencillo sería... aquí, ahora...

Wilson cerró los ojos y tragó saliva rápidamente. Aún notaba en la boca un regusto a pasta dentífrica, un leve picor de menta en flor. Permaneció sentado en el frío palpitante del inodoro, con la engrasada pistola en las manos. Hasta que, de improviso, empezó a temblar de forma incontrolable. «¡Dios, libérame!», gritó su mente con brusquedad.

—Libérame, libérame. —Apenas reconoció el lloriqueo en sus oídos.

De golpe, Wilson se irguió en el asiento. Con los labios apretados, envolvió otra vez la pistola y la arrojó al interior de la bolsa, puso el pequeño maletín encima y cerró la cremallera. Se levantó, abrió la puerta y salió al pasillo; regresó a toda prisa a su sitio y se sentó al tiempo que deslizaba con precisión el bolso de viaje en el hueco bajo el asiento. Accionó el botón del reposabrazos y se reclinó hacia atrás. Era un hombre de negocios y tenía negocios que gestionar por la mañana. Así de simple. Su cuerpo necesitaba dormir, de modo que dormiría.

Veinte minutos después, Wilson estiró el brazo con lentitud, apretó el botón y se enderezó a la par que el asiento, con el rostro mudado

en una máscara de derrota. «¿Por qué luchar contra ello?», pensó. Resultaba obvio que permanecería despierto toda la noche. Fin de la discusión.

Había completado la mitad del crucigrama antes de dejar caer el periódico sobre el regazo. Tenía los ojos demasiado cansados. Se sentó derecho, hizo rotar los hombros y estiró los músculos de la espalda. «¿Y ahora qué?», se preguntó. No quería leer, no podía dormir. Y aún faltaban —comprobó el reloj— entre siete y ocho horas para llegar a Los Ángeles. ¿Cómo iba a pasarlas? Recorrió la cabina con la mirada y se percató de que, con la excepción de un único pasajero en el compartimento delantero, todo el mundo dormía.

Lo invadió una furia repentina y abrumadora. Quería gritar, tirar cosas al suelo, pegarle puñetazos a alguien. Con los dientes apretados y las mandíbulas doloridas en consecuencia, corrió las cortinillas con una mano espástica y lanzó una mirada asesina a través de la ventanilla.

Fuera, vio las luces de las alas que parpadeaban, ahora apagadas, ahora encendidas, y los fogonazos refulgentes que escapaban de los carenados del motor. Ahí estaba, pensó; a veinte mil pies sobre la tierra, atrapado en un cascarón aullante de muerte, surcando la noche polar hacia...

Wilson se crispó cuando un relámpago blanqueó el cielo y derramó una falsa luz del día sobre el ala. Tragó saliva. ¿Iba a haber tormenta? Lluvia, vientos fuertes, el avión convertido en una astilla en el mar del cielo... No resultaba una idea agradable. Wilson no soportaba volar. El exceso de movimiento siempre le sentaba mal. Quizá debería haberse tomado alguna dramamina para asegurarse.

Y, naturalmente, su asiento estaba junto a la puerta de emergencia. Imaginó que se abría por accidente, que era succionado y lanzado al vacío, que caía y chillaba...

Wilson pestañeó y meneó la cabeza. Sintió un débil cosquilleo en la nuca cuando pegó la cara a la ventanilla y miró hacia fuera. Se quedó inmóvil, bizqueando. Juraría...

De improviso, los músculos del abdomen se contrajeron en un violento espasmo y los ojos se le aguzaron. Había algo arrastrándose sobre el ala.

Wilson sintió un temblor repentino y nauseabundo en el estómago. Dios santo, ¿algún perro o un gato se había subido al avión antes del despegue y, de alguna manera, había conseguido sujetarse? Era una idea espeluznante. El pobre animal estaría enloquecido por el terror. Sin embargo, ¿cómo habría podido, en la superficie lisa y barrida por el viento, encontrar un lugar al que asirse? Tenía que ser imposible. Tal vez, después de todo, solo fuera un pájaro o...

Estalló un relámpago y Wilson vislumbró a un hombre.

No podía moverse. Estupefacto, observó la figura negra reptando por el ala. «Imposible.» En algún lugar, enterrada bajo capas de conmoción, una voz aseveraba aquello, pero Wilson no la oía. No era consciente de nada más que de los titánicos vuelcos que le daba el corazón y que casi le desgarraban el músculo... y del hombre que había en el exterior.

De pronto, como si le hubieran arrojado agua helada encima, hubo una reacción: su mente se abalanzó en busca del refugio de una explicación. Un mecánico que, debido a un increíble descuido, había despegado con el avión se las había apañado para aferrarse a

él a pesar de que el viento le había arrancado la ropa, a pesar del aire rarificado y gélido.

Wilson no se dio tiempo a refutarla. Se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Azafata! ¡Azafata!

Su voz era un sonido hueco que repiqueteó en la cabina. Clavó el dedo en el botón de llamada.

—¡Azafata!

Esta llegó corriendo por el pasillo, con las facciones tensas por la alarma. Cuando reparó en la expresión en el rostro de Wilson, se puso rígida.

—¡Hay un hombre ahí fuera! ¡Un hombre! —gritó él.

—¿Qué? —La piel le constriñó las mejillas, las comisuras de los ojos.

—¡Mire, mire! —Con mano trémula, Wilson se dejó caer en su asiento y señaló la ventanilla—: Está arrastrándose por...

Un estertor ahogado interrumpió sus palabras. En el ala no había nada.

Wilson temblaba. Durante un rato, antes de girarse, contempló el reflejo de la azafata en la ventanilla. Tenía una expresión vacía en el rostro.

Por fin se volvió y levantó la mirada. Vio que separaba los rojos labios como si quisiera hablar, pero no dijo nada; se limitó a cerrarlos y tragó saliva. Un intento de sonrisa distendió por instante sus facciones.

—Lo siento —se disculpó Wilson—. Debe de haber sido una...

Se detuvo como si hubiera concluido la frase. Al otro lado del

pasillo una adolescente lo miraba boquiabierta con curiosidad adormilada.

La azafata se aclaró la garganta.

—¿Quiere que le traiga algo? —preguntó.

—Un vaso de agua —dijo Wilson.

La azafata se alejó por el pasillo.

Wilson aspiró una profunda bocanada de aire y se escondió del escrutinio de la muchacha. Se sentía igual. Eso era lo más impactante. ¿Dónde estaban las visiones, los gritos, los puños golpeando las sienes, las manos mesándose el cabello?

Cerró los ojos de sopetón. «Había un hombre», pensó. Había un hombre, de verdad. Por eso se sentía igual. Y, sin embargo, quizá no. Lo sabía bien.

Wilson continuó sentado con los ojos cerrados y se preguntó qué haría en ese momento Jacqueline si se encontrara en el asiento contiguo. ¿Estaría en silencio, muda de asombro? ¿O se comportaría de la manera habitual, haciendo aspavientos, sonriendo, charlando, fingiendo que no lo había visto? ¿Qué pensarían sus hijos? Wilson sintió en el pecho la amenaza de un sollozo seco. Oh, Dios...

—Aquí tiene su agua, señor.

Wilson abrió los ojos, con el rostro bruscamente crispado.

—¿Quiere una manta? —preguntó la azafata.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Gracias —añadió, preguntándose por qué se mostraba tan educado.

—Si necesita cualquier cosa, no tiene más que avisarme —le dijo ella.

Wilson asintió.

A su espalda, mientras permanecía sentado con el vaso de agua

intacto en la mano, oyó las voces apagadas de la azafata y uno de los pasajeros. Wilson se puso rígido, presa del resentimiento. Se agachó de sopetón y, cuidándose de no derramar el agua, cogió el bolso de viaje. Abrió la cremallera, sacó la caja de somníferos y se tragó dos con el agua. Estrujó el vaso vacío, lo metió en el bolsillo del asiento de delante y luego, sin mirar, corrió las cortinillas. Ya estaba. Punto y final. Una alucinación no constituía demencia.

Wilson se giró sobre el costado derecho y trató de contrarrestar los movimientos intermitentes de la nave. Tenía que olvidarlo, eso era lo más importante. No debía obsesionarse. Sin esperarlo, descubrió que una sonrisa irónica se le formaba en los labios. Bueno, por Dios, al menos nadie podría acusarlo de sufrir alucinaciones vulgares. Cuando se lo proponía, hacía un trabajo soberano. Un hombre desnudo arrastrándose por el ala de un DC-7 a veinte mil pies de altitud... era una quimera digna del más noble lunático.

Su humor se desvaneció enseguida. Wilson sintió un escalofrío. Había sido tan clara, tan vívida. ¿Cómo habían podido ver sus ojos una cosa cuando no existía? ¿Cómo había podido el pensamiento que albergaba en su mente conseguir que el acto físico de ver sirviera tan bien a sus propósitos? No se había sentido aturdido ni mareado, ni tampoco había sido una visión amorfa y diáfana. Había sido nítidamente tridimensional, una parte integrante de las cosas que veía, aquellas que sabía con certeza que eran reales. Era lo más aterrador de todo. La alucinación no había poseído la más mínima cualidad onírica. Había mirado el ala y...

Con un impulso, Wilson descorrió la cortinilla.

No supo, en un primer instante, si sobreviviría. Tuvo la impresión de que todo el contenido del pecho y del estómago se le hinchaba

de una forma terrible, empujando el sobrante por la garganta hasta la cabeza, mientras le estrangulaba el aliento y le sacaba los ojos. Prisionero en aquella masa abotargada, el corazón latía acongojado y amenazaba con reventar su envoltorio mientras Wilson se quedaba paralizado en su asiento.

Apenas a un palmo, separado de él por un trozo de cristal, el hombre lo miraba fijamente.

Su rostro era de una malignidad repugnante, no era humano. La piel era mugrienta, de una aspereza porosa; la nariz, una protuberancia achatada y descolorida; los labios estaban deformes, agrietados, abiertos a la fuerza por unos dientes torcidos de tamaño y forma grotescos; los ojos, que parecían estar empotrados en las cuencas, eran pequeños... y no parpadeaban. Las facciones las enmarcaba una maraña de pelo sucio que también brotaba en tupidos mechones de los oídos y la nariz del hombre, como un pájaro, y le caía por las mejillas.

Wilson se quedó clavado a su asiento, incapaz de reaccionar. El tiempo se detuvo y perdió su significado. Cesaron funciones y análisis. Todo se congeló en un carámbano de estupor. Solo el corazón siguió latiendo, un solitario y desesperado salto al vacío. Wilson no podía ni parpadear. Sin aliento, con los ojos apagados, devolvía la mirada ausente de la criatura.

Entonces, de sopetón, cerró los ojos y su mente, despojada de la visión, quedó libre. «No está ahí —pensó. Apretó los dientes y las fosas nasales trinaron al respirar—. No está ahí, ¡no puede estar ahí, así de simple!»

Aferrado a los reposabrazos, con los nudillos pálidos, Wilson fortaleció el ánimo. «Ahí fuera no hay ningún hombre», se dijo. Era

imposible que hubiera un hombre ahí fuera, acuclillado sobre el ala, mirándolo.

Abrió los ojos...

... y se encogió contra el asiento con una inspiración asfixiante. El hombre no solo continuaba allí, sino que además sonreía burlón. Wilson cerró los dedos y se clavó las uñas en las palmas hasta que sintió una llamarada de dolor. Permaneció así hasta que en su mente no cupo duda de que estaba despierto del todo.

Entonces, poco a poco, Wilson empezó a alargar el brazo, tembloroso y entumecido, hacia el botón que invocaría a la azafata. No cometería otra vez el mismo error: gritar, levantarse de un salto, espantar a la criatura. Pero ahora los músculos se estremecieron de horror, porque el hombre lo observaba acompañando con sus ojitos el movimiento del brazo.

Apretó con cuidado el botón una vez, dos. «Venga aquí ahora mismo —pensó—. Venga aquí ahora mismo con sus ojos objetivos y vea lo mismo que yo ... Pero ¡rápido!»

Oyó como se descorría una cortina en la cola de la cabina y, de repente, se puso rígido. El hombre había vuelto su cabeza de Calibán en esa dirección. Paralizado, Wilson se quedó mirándolo. «Aprisa —pensó—. ¡Por amor de Dios, dese prisa!»

Acabó en un segundo. Los ojos del hombre volvieron a posarse en Wilson, una sonrisa de astucia monstruosa le cruzaba los labios. Entonces desapareció de un salto.

—¿Sí, señor?

Por un instante, Wilson experimentó la angustia absoluta de la locura. Su mirada no dejaba de brincar del sitio en el que había estado el hombre al rostro inquisitivo de la azafata, una y otra vez.

De vuelta a la azafata, al ala, a la azafata, el aliento contenido, los ojos llenos de consternación.

—¿Qué ocurre? —preguntó impaciente la azafata.

Fue la expresión de su cara lo que provocó una reacción. Wilson atenazó sus emociones. Ella no iba a creerle de ninguna de las maneras. Se dio cuenta al momento.

—Lo... lo siento —balbuceó. Tragó tan secamente que un chasquido brotó de la garganta—. No es nada... Disculpe.

Se notaba que la azafata no sabía qué decir. No dejaba de inclinarse para contrarrestar los bandazos erráticos de la nave, se sujetaba con una mano al respaldo del asiento contiguo al de Wilson y acariciaba con la otra la costura de la falda. Separaba los labios, como si pretendiera hablar pero no hallara las palabras.

—Bueno —dijo por fin, y se aclaró la garganta—, si... necesita algo...

—Sí, sí. Gracias. ¿Vamos a... atravesar una tormenta?

La azafata se apresuró a sonreír.

—Una pequeñita —dijo—. No hay nada de lo que preocuparse.

Wilson asintió con movimientos cortos y nerviosos. Luego, mientras la azafata se alejaba, inspiró aire de forma tan repentina que le ardieron las fosas nasales. Estaba seguro de que ya lo consideraba un chiflado, pero que no sabía de qué manera proceder porque, en el curso de formación, no le habían dado instrucciones sobre cómo manejar a los pasajeros que creían ver hombrecillos agazapados sobre el ala.

«¿Que creían?»

Wilson volvió la cabeza de sopetón y miró afuera. Contempló la silueta oscura del ala, la llamarada a chorro de los escapes, las luces

parpadeantes. Había visto al hombre, eso juraría. ¿Cómo podía ser plenamente consciente de todo cuanto lo rodeaba, es decir, estar cuerdo en todos los sentidos y, aun así, imaginar una cosa semejante? ¿Era lógico que la mente, al desmoronarse, en lugar de distorsionar toda la realidad, insertara una visión exógena en la estructura aún intacta de los detalles?

No, no era lógico en absoluto.

De improviso, Wilson pensó en la guerra, en los artículos de los periódicos que relataban la supuesta existencia de criaturas que habían hostigado en el cielo a los pilotos aliados durante sus misiones. Los llamaban «duendes», creía recordar. ¿Existían en verdad seres así? ¿Existían realmente allí arriba, sin caer nunca, cabalgando en el viento, con volumen y peso por lo visto, aunque inmunes a la gravedad?

Reflexionaba sobre ello cuando el hombre volvió a aparecer.

En un momento dado, el ala se encontraba vacía. Al siguiente, trazando un arco, el hombre descendió de un salto sobre ella. No pareció haber impacto. Aterrizó casi de forma precaria, extendiendo sus brazos cortos y peludos como para mantener el equilibrio. Wilson se puso tenso. Sí, había saber en su mirada. El hombre —¿debía considerar como un hombre a esa cosa?— comprendía de algún modo que había engañado a Wilson para que llamase a la azafata en vano. Wilson sintió que temblaba, alarmado. ¿Cómo podía demostrar a los demás la existencia del hombre? Miró desesperado a su alrededor. La muchacha del otro lado del pasillo. Si le hablaba con suavidad y la despertaba, ¿sería ella capaz de...?

No, el hombre desaparecería antes de que ella pudiera verlo. Saltaría probablemente a lo alto del fuselaje, a salvo de miradas,

donde ni siquiera los pilotos alcanzarían a divisarlo desde la carlinga. En un arrebato, se reprochó no haber comprado aquella cámara que Walter había pedido. «Dios santo —pensó—, ojalá pudiera sacarle una foto a ese hombre.»

Se inclinó hacia la ventanilla. ¿Qué hacía aquel hombre?

De improviso, la oscuridad pareció apartarse de un salto cuando un relámpago pintó de blanco el ala. Y entonces Wilson lo vio. Como un niño curioso, el hombre estaba agachado sobre el borde oscilante del ala y estiraba la mano derecha hacia una de las hélices.

Mientras Wilson lo observaba, con fascinación horrorizada, la mano del hombre se acercó cada vez más al emborronado remolino y entonces se apartó de golpe y los labios del hombre se fruncieron para proferir un grito silencioso. «¡Le ha cortado un dedo!», pensó Wilson, asqueado. Pero, de inmediato, el hombre volvió a alargar la mano, con el índice nudoso extendido, la imagen de una especie de niño monstruoso tratando de capturar el giro de la paleta de un ventilador.

De no haberlo considerado tan terriblemente fuera de lugar, lo habría encontrado divertido, pues, desde una perspectiva objetiva, en ese momento el hombre ofrecía un espectáculo cómico: un duende de cuento de hadas que había cobrado vida, el viento le azotaba el cuerpo y le agitaba el pelo, y toda su atención se centraba en el giro de la hélice. «¿Cómo podía la locura inventar algo así?», pensó Wilson de repente. ¿Qué revelación sobre sí mismo podría brindarle ese pequeño horror bufonesco?

Una y otra vez, mientras Wilson observaba, el hombre alargaba la mano. Una y otra vez retiraba los dedos de golpe, a veces, incluso, metiéndoselos en la boca como para enfriarlos. Y siempre, por lo

visto para cerciorarse de ello, echaba una ojeada por encima del hombro en dirección a Wilson. «¡Lo sabe! —pensó él—. Sabe que esto es un juego entre los dos. Si consigo que alguien lo vea, pierde. Si yo soy el único testigo, entonces gana.» La sensación de diversión se esfumó. Wilson apretó los dientes. ¿Por qué diablos no lo veían los pilotos?

El hombre, perdido ya el interés en la hélice, estaba acomodándose sobre el carenado del motor como si montara a horcajadas de un potro. Wilson lo miraba de hito en hito. Súbitos escalofríos se le trenzaron en la espalda. El hombrecillo estaba toqueteando las chapas que revestían el motor e intentaba meter las uñas debajo de ellas.

Siguiendo un impulso, Wilson estiró la mano y apretó el botón para llamar a la azafata. La oyó acercarse desde el fondo de la cabina y, por un segundo, pensó que había engañado al hombre, que parecía absorto en su tarea. En el último momento, sin embargo, justo antes de que llegara la azafata, el hombre lanzó una ojeada a Wilson. Entonces, como una marioneta a la que arrancan de un tirón del escenario, volvió a alzar el vuelo.

—¿Sí? —Lo miró con aprensión.

—¿Querría... por favor, sentarse? —preguntó él.

Ella vaciló.

—Bueno, yo...

—Por favor.

Se sentó cautelosa a su lado.

—¿Qué le ocurre, señor Wilson? —preguntó.

Él reunió valor.

—El hombre sigue fuera —dijo.

La azafata se quedó mirándolo.

—La razón por la que le cuento esto —se apresuró a añadir Wilson — es que ha empezado a manipular uno de los motores.

Ella volvió instintivamente los ojos hacia la ventanilla.

—No, no, no mire —le dijo—. Ahora no está. —Se aclaró la garganta viscosamente—. Se... va cada vez que viene usted.

Una náusea repentina se apoderó de él al comprender lo que la azafata debía de estar pensando. Al comprender lo que él mismo pensaría si alguien le contara una historia semejante, una oleada de vértigo pareció recorrerlo y pensó: «¡Me estoy volviendo loco!».

—La cuestión es —prosiguió, combatiendo aquel pensamiento— que si no me lo estoy imaginando, el avión corre peligro.

—Sí —contestó ella.

—Lo sé —dijo él—. Cree que he perdido el juicio.

—Por supuesto que no —replicó ella.

—Lo único que le pido es esto —dijo, luchando contra la marea de la ira—. Comuníqueles a los pilotos lo que le he contado. Pídales que vigilen las alas. Si no ven nada... pues muy bien. Pero si lo ven...

La azafata permaneció sentada en silencio, mirándolo. Las manos de Wilson se curvaron, puños que temblaban en su regazo.

—¿Y bien? —preguntó él.

Ella se puso en pie.

—Informaré a los pilotos —dijo.

Se alejó por el pasillo con un movimiento que a Wilson le pareció de una pobre ejecución, demasiado rápido para ser normal, pero sin duda contenido, como para tranquilizarle y no darle la impresión de que huía. Sintió que se le revolvía el estómago al mirar hacia fuera.

De improviso, el hombre apareció de nuevo y aterrizó en el ala

como un grotesco bailarín de ballet. Wilson observó cómo se ponía otra vez a trabajar, con las piernas gruesas y desnudas a horcajadas sobre la cubierta del motor, toqueteando las chapas.

Bueno, pero ¿por qué se preocupaba tanto?, pensó Wilson. Aquella miserable criatura no podría desprender los remaches con las uñas. En realidad, no importaba que los pilotos lo vieran o no, al menos en lo que atañía a la seguridad de la nave. En cuanto a sus propias razones personales...

Fue en ese momento cuando el hombre levantó el borde de una plancha de metal.

Wilson soltó un grito ahogado.

—¡Aquí, rápido! —vociferó al percatarse de que, en la parte delantera, la azafata y el piloto salían por la puerta de la carlinga.

Los ojos del piloto saltaron hacia Wilson y, de improviso, empujó a un lado a la azafata y avanzó dando tumbos por el pasillo.

—¡Aprisa! —gritó Wilson. Miró por la ventanilla a tiempo de ver como el hombre desaparecía en lo alto de un brinco. Pero ya no importaba. Ahora tenía pruebas.

—¿Qué está pasando? —preguntó el piloto, con la respiración entrecortada, cuando se detuvo junto a su asiento.

—¡Ha arrancado una de las chapas del motor! —exclamó Wilson con voz temblorosa.

—¿Que ha hecho qué?

—¡El hombre de fuera! —gritó Wilson—. ¡Le digo que ha...!

—¡Señor Wilson, baje la voz! —ordenó el piloto. Wilson dejó caer la mandíbula—. No sé qué está pasando aquí —dijo el piloto—, pero...

—¡¿Querría por favor mirar?! —gritó Wilson.

—Señor Wilson, se lo advierto.

—¡Por el amor de Dios! —Wilson tragó saliva deprisa, tratando de reprimir la rabia cegadora que lo invadía. Bruscamente, se recostó en el asiento y señaló la ventana con una mano paralizada—. ¿Querría por favor mirar?

El piloto inspiró con el aliento agitado y se inclinó. Al cabo de un instante, miró con frialdad hacia Wilson.

—¿Y bien? —preguntó.

Wilson volvió la cabeza. Las planchas estaban en su posición normal.

—Eh, no, espere —dijo antes de que irrumpiera el pavor—. He visto como levantaba esa chapa.

—Señor Wilson, si no...

—¡Le digo que lo he visto! —repitió Wilson.

El piloto se quedó mirándolo con la misma expresión retraída, casi horrorizada, que había mostrado la azafata. Wilson se estremeció con violencia.

—¡Escúcheme, lo he visto! —gritó. El quiebro repentino de su voz lo dejó consternado.

Al instante el piloto se sentó junto a él.

—Señor Wilson, por favor —dijo—. De acuerdo, lo ha visto. Pero recuerde que viajan más personas a bordo. No debemos alarmarlas.

Wilson se encontraba demasiado perturbado para entenderlo a la primera.

—¿Quiere decir... quiere decir que usted también lo ha visto? —preguntó.

—Por supuesto —dijo el piloto—, pero no queremos asustar a los pasajeros. Compréndalo.

—Claro, claro, yo no querría...

Wilson sintió que algo se le enroscaba de manera espástica en la ingle y el bajovientre. De repente, apretó los labios y miró al piloto con ojos malévolos.

—Lo comprendo —dijo.

—Tenemos que recordar que... —empezó el piloto.

—Ya puede parar —lo interrumpió Wilson.

—¿Señor?

Wilson se estremeció.

—Lárguese de aquí —le dijo.

—Señor Wilson, ¿qué...?

—¿Quiere parar ya?

Wilson, con el semblante pálido, le volvió la cara al piloto y fijó en el ala unos ojos como piedras.

Se giró de repente y lo fulminó con la mirada.

—¡Quédese tranquilo, no diré una palabra más! —espetó.

—Señor Wilson, intente comprender nuestra...

Wilson se retorció y fijó una mirada maligna en el motor. Por el rabillo del ojo, vio a dos pasajeros de pie en el pasillo mirándolo. «¡Idiotas!», estalló su cerebro. Sintió que le empezaban a temblar las manos y, por unos segundos, temió ponerse a vomitar. «Es por el movimiento», se dijo. El avión cabeceaba en el aire como una barca maltratada por un vendaval.

Se percató de que el piloto seguía hablándole y, estrechando los ojos, estudió el reflejo del hombre en la ventanilla. A su lado, guardando un silencio sombrío, se encontraba la azafata. «Idiotas y ciegos, los dos», pensó. No dio señales de haber notado su partida. Reflejados en el cristal, observó que se dirigían hacia la cola de la

cabina. «Ahora estarán hablando de mí —pensó—. Haciendo planes en caso de que me ponga violento.»

Deseó que el hombre reapareciera, que arrancase la chapa del carenado y que despiezara el motor. Le provocaba una sensación de placer vengativo saber que solo él se interponía entre la catástrofe y las más de treinta personas a bordo. A su elección, podría permitir que se produjera esa catástrofe. Wilson esbozó una sonrisa sin humor. «Sería un soberano suicidio», pensó.

El hombrecillo volvió a dejarse caer y Wilson advirtió que su primera intuición era atinada: había colocado la chapa en su sitio antes de irse. Pues, en ese momento, hacía palanca y la levantaba con facilidad, pelándola como una piel extirpada por un cirujano esperpéntico. El movimiento del ala era accidentado, pero el hombre no parecía tener dificultades para mantener el equilibrio.

Una vez más, el pánico invadió a Wilson. ¿Qué podía hacer? Nadie le creía. Si se empeñaba en convencerlos, seguramente lo reducirían por la fuerza. Si le pedía a la azafata que se sentara a su lado, conseguiría, en el mejor de los casos, un momento de gracia. En cuanto ella se marchara o, si se quedaba, se durmiera, el hombre regresaría. Aunque permaneciera despierta a su lado, ¿qué impediría que el hombre manipulase los motores de la otra ala? Wilson se estremeció de miedo y el frío se condensó en sus huesos.

«Dios santo, no hay nada que hacer.»

Se crispó cuando, por el cristal a través del cual observaba al hombrecillo, vio deslizarse el reflejo del piloto. La locura de ese momento casi provocó que se quebrara; el hombre y el piloto a unos metros uno del otro, ambos visibles para él, pero sin ser conscientes de su mutua presencia. No, no era cierto. El hombrecillo había

echado una ojeada por encima del hombro cuando el piloto pasó a su lado. Como si supiera que ya no había necesidad de ocultarse, que la capacidad de Wilson para interferir se había agotado. De repente Wilson se puso a temblar con una furia que le abrasaba la mente. «¡Te mataré! —pensó—, ¡te mataré, asquerosa bestia!»

En el exterior, el motor titubeó y se paró.

Duró solo un segundo pero, en ese lapso, a Wilson le pareció que su corazón también se había detenido. Apretó la cara contra el cristal, sin apartar la vista. El hombre había doblado la chapa del carenado y ahora estaba de rodillas, hurgando en el motor con una mano curiosa.

—No. —Wilson percibió el gemido de su propia voz suplicante—. No...

Una vez más, el motor falló. Wilson miró a su alrededor, presa del terror. ¿Todo el mundo estaba sordo? Levantó la mano para apretar el botón de la azafata, pero la retiró de golpe. No, lo encerrarían, lo contendrían de algún modo. Y él era el único que sabía lo que pasaba, el único que podía ayudar.

—Dios... —Wilson se mordió el labio inferior hasta que el dolor le hizo emitir un gemido. Volvió a girarse y se sobresaltó. La azafata corría por el pasillo. ¡Lo había oído! La observó con fijeza y advirtió la mirada que le dirigía al pasar junto a su asiento.

Se detuvo tres filas más allá. ¡Alguien más lo había oído! Wilson vio que la azafata se inclinaba y hablaba con el pasajero invisible. En el exterior, el motor volvió a toser. Wilson volvió la cabeza y miró afuera con los ojos pinzados por el terror.

—¡Maldito seas! —gimoteó.

Se dio la vuelta de nuevo y vio a la azafata acercarse por el

pasillo. No parecía asustada. Wilson la miró con ojos incrédulos. No era posible. Se giró para seguir su movimiento oscilante y la vio entrar en la cocina.

—No. —Temblaba sin poder dominarse. Nadie lo había oído.

Nadie lo sabía.

De repente, se agachó y sacó el bolso de viaje de debajo del asiento. Abrió la cremallera, extrajo el maletín y lo arrojó sobre la moqueta. Luego volvió a meter la mano, agarró el objeto envuelto en hule y se enderezó. Por el rabillo del ojo, advirtió que la azafata regresaba, devolvió la bolsa a su sitio con los zapatos y empujó el paquete a su lado. Se quedó muy rígido, con la respiración jadeante, mientras ella pasaba junto a él.

Acto seguido puso el paquete sobre su regazo y lo desató. Sus movimientos eran tan febriles que casi se le cayó la pistola. La asió por el cañón, luego la empuñó por la culata, con tanta fuerza que los nudillos palidecieron, y quitó el seguro. Echó un vistazo afuera y notó que el frío se propagaba por sus entrañas.

El hombre lo estaba mirando.

Wilson apretó los labios, que no cesaban de temblar. Era imposible que el hombre conociera sus intenciones. Tragó saliva y trató de recobrar el aliento. Deslizó la mirada hacia donde la azafata estaba ofreciendo unas pastillas al pasajero de más adelante y luego la fijó otra vez en el ala. Las manos del hombre se afanaban de nuevo con el motor. Wilson apretó la pistola con más fuerza. Empezó a levantarla.

De repente la bajó, pues se dio cuenta de que la ventana era demasiado gruesa. La bala podría rebotar y matar a uno de los pasajeros. Se estremeció y miró al hombrecillo. El motor volvió a

fallar y Wilson vio como una erupción de chispas proyectaba su luz sobre las facciones animales del hombre. Se armó de valor. Solo quedaba una solución.

Bajó la vista hacia el tirador de la puerta de emergencia. Tenía una tapa transparente. Wilson la soltó y la dejó caer. Miró afuera. El hombre seguía allí, acuclillado y palpando el motor con la mano. Wilson inspiró un trémulo aliento. Apoyó el pie izquierdo en el tirador de la puerta y lo probó. Empujó hacia abajo pero no se movió. Parecía que se accionaba hacia arriba.

Wilson abandonó la operación y dejó la pistola sobre el regazo. «No hay tiempo para discusiones», se dijo. Con las manos temblorosas, se abrochó el cinturón sobre los muslos. Cuando se abriera la puerta, se generaría una irresistible fuga de aire. Por la seguridad de la nave, no debía dejarse arrastrar con ella.

Ahora. Wilson recogió la pistola, con el corazón desbocado. Tendría que ser rápido y certero. Si fallaba, el hombre podría saltar a la otra ala o, aún peor, al ensamble de cola, donde, sin perturbaciones, podría cortar cables, deformar alerones y destruir el equilibrio de la aeronave. No, esa era la única manera. Dispararía bajo y procuraría alcanzar al hombre en el pecho o en el estómago. Wilson se llenó los pulmones de aire. «Ahora —pensó—. Ahora.»

La azafata se acercaba por el pasillo mientras Wilson empezaba a accionar el tirador. Por un instante, paralizada, no pudo decir nada. Una expresión de terror estupefacto deformó sus facciones mientras alzaba una mano como si le implorara. Entonces, de repente, su voz chilló por encima del ruido de los motores.

—¡Señor Wilson, no!

—¡Atrás! —gritó Wilson y levantó la manilla.

La puerta pareció desvanecerse. En un momento dado la tenía entre las manos. Al siguiente, con un rugido sibilante, había desaparecido.

En el mismo instante, Wilson se sintió envuelto por una succión monstruosa que trató de desgajarlo de su asiento. La cabeza y los hombros dejaron de estar dentro de la cabina y, de pronto, se encontró respirando un aire exiguo y gélido. Por un momento, con los tímpanos casi reventando por el tronido de los motores y los ojos cegados por los vientos árticos, se olvidó del hombrecillo. Le pareció oír un leve chillido en el torbellino que lo rodeaba, un grito lejano.

Entonces vio a la criatura.

Caminaba por el ala, una figura retorcida encorvada hacia delante, alargando con anhelo unas manos con forma de garras. Wilson levantó el brazo y disparó. La explosión fue como si descorchara una botella en medio del violento bramido del aire. El hombre se tambaleó y luego arremetió contra él. Wilson sintió que una flecha de dolor le perforaba la cabeza. Disparó de nuevo, a bocajarro, y vio que el hombre se desplomaba hacia atrás. Entonces, de improviso, desapareció, no más sólido que un muñeco de papel barrido por un vendaval. Wilson se sintió atontado, un estallido de insensibilidad en el cerebro. Notó que la pistola se le caía de los dedos cada vez más débiles.

Luego todo se perdió en la oscuridad invernal.

Se agitó y masculló algo. Algo cálido le corría por las venas y tenía los miembros como de madera. En la oscuridad, oyó ruido de pies arrastrándose, un delicado remolino de voces. Estaba tumbado, boca

arriba, encima de algo que se movía, que se zarandeaba. Un viento frío le humedecía el rostro y sentía que la superficie debajo de él se inclinaba.

Suspiró. El avión había aterrizado y lo transportaban en camilla. Una herida en la cabeza, probablemente, más un sedante que le habrían inyectado.

—Nunca había oído una forma más descabellada de suicidarse que esta —dijo una voz en algún sitio.

Wilson sintió el placer del regocijo. Quienquiera que hubiera hablado se equivocaba, naturalmente. Como pronto quedaría establecido, cuando revisaran el motor y le examinaran la herida con más detenimiento. Entonces se darían cuenta de que los había salvado a todos.

Wilson durmió sin sueños.

LA MÁQUINA VOLADORA

Ambrose Bierce

Aunque Bierce llegó a vivir en la era de la aviación (murió en 1914), uno duda si llegó a volar alguna vez. La estampa que sigue a continuación no trata tanto sobre aeroplanos como sobre la credulidad de la gente que desea invertir en ellos, y a buen seguro ayuda a explicar el apodo de su autor, que era «el Amargado». Mi *bon mot* favorito de Bierce: «La guerra es el medio que tiene Dios de enseñar geografía a los norteamericanos».

Un hombre ingenioso que había construido una máquina voladora invitó a una gran concurrencia a presenciar su funcionamiento. A la hora señalada, con todo ya dispuesto, subió a bordo del vehículo y accionó el motor. En el acto, la máquina demolió la inmensa subestructura sobre la que estaba erigida y se hundió en la tierra hasta perderse de vista, mientras el aeronauta brincaba fuera apenas a tiempo para salvarse.

—Bueno —dijo el hombre—, he hecho lo suficiente para demostrar la precisión de mis detalles. Los defectos —añadió, echando una mirada a la obra arruinada— son meramente básicos y fundamentales.

Ante semejante aserción, la gente se presentó con suscripciones para construir una segunda máquina.

¡LUCIFER!

E. C. Tubb

He aquí la verdad sobre el transporte aéreo: una vez que el avión despega, has de permanecer en él la duración del vuelo. Tubb combina ese hecho simple e irrefutable con una visión sumamente original —y siniestra— del viaje en el tiempo. Añadir más arruinaría este escalofriante relato, único en su especie. Edwin Charles Tubb fue uno de los autores británicos de ciencia ficción más prolíficos. A lo largo de su carrera, que abarcó casi sesenta años, escribió al menos ciento cincuenta novelas y más de una docena de antologías. Editó la revista *Authentic Science Fiction* de 1956 a 1957 y él mismo, firmando con una variedad de seudónimos, se encargó de escribir la mayoría de los cuentos (además de la columna de reseñas). «¡Lucifer!» es uno de sus mejores relatos, por el que recibió un Premio Especial al Mejor Relato Corto en la primera Eurocon, en 1972.

Era un dispositivo de enorme conveniencia social y todo el mundo lo utilizaba. Todo el mundo, en este caso, solo englobaba a la Gente Especial, personas todas ellas ricas, encantadoras y triunfadoras en la sociedad. Quienes viajaban para estudiar una amena cultura primitiva y quienes, por motivos personales, preferían permanecer en un mundo que les permitía ser peces muy grandes en un océano minúsculo.

La Gente Especial, diletantes del Círculo Intergaláctico, protegidos y mimados por su ciencia, tejían sus juegos con los nativos y cuidaban siempre de preservar su anonimato. Pero los accidentes

acontecen, incluso a un superhumano. Sucesos estúpidos que, debido a su bajo grado de ocurrencia, eran estadísticamente imposibles.

Como un cable de acero que se partía cuando la caja fuerte que sustentaba colgaba a seis metros de altura. La caja cayó al suelo y agrietó la acera, pero no causó ningún otro daño. El cable, liberado de repente de tensión, restalló como un látigo y el extremo se sacudió en un movimiento aleatorio imposible de predecir. Las probabilidades de que no impactara en un punto concreto eran astronómicas. Las probabilidades de que una Persona Especial no se encontrara justo en ese sitio en el momento preciso eran tan altas como para negar su contingencia. Pero sucedió. El extremo deshilachado del cable azotó un cráneo, trituró hueso, cerebro y tejido hasta formar una masa impía. Un mecanismo implantado quirúrgicamente envió una señal de socorro. Los amigos del hombre recibieron la llamada. Le entregaron el cadáver a Frank Weston.

Frank Weston, anacronismo. En una era moderna, ninguna persona debería verse obligada a arrastrar un pie zambo a lo largo de sus veintiocho años de vida. Sobre todo cuando posee el rostro de un ángel renacentista. Pero, si se parecía a un ángel, era a uno caído. Los muertos no sufrían, pero sus familiares sí. Dile al padre de una suicida que su hija muerta estaba embarazada. A una madre amorosa que la niña de sus ojos padecía una odiosa enfermedad. No se molestaban en comprobarlo, ¿para qué? E, incluso si lo verificaban, ¿qué? Cualquiera podía cometer un error y él era un simple celador del depósito de cadáveres, no un médico.

Examinó sin apasionamiento la nueva entrega. El cable le había destrozado la cara a base de bien: la identificación visual resultaba

imposible. La sangre había arruinado el traje, pero quedaba lo suficiente para mostrar que el portador tenía gustos caros. La cartera contenía pocos billetes, pero muchas tarjetas de crédito. Había algunas monedas sueltas, una pitillera, un encendedor, llaves, un reloj de pulsera, un alfiler de corbata... Los objetos parecían crepitar mientras Frank los introducía en un sobre. Se detuvo cuando vio el anillo.

A veces, en su trabajo, un hombre desaprensivo podía ganarse un dinerillo extra. Frank no tenía escrúpulos, solo tomaba precauciones. El anillo podría haberse perdido antes de que el fiambre llegara a su custodia. Tenía la mano cubierta de sangre coagulada y quizá nadie hubiera reparado en él. Incluso si se diera el caso, sería su palabra contra la de ellos. Si conseguía sacárselo, limpiar la sangre, ocultarlo y actuar como un inocente, el anillo sería suyo. Y lo sacaría aunque tuviera que destrozar la mano. Los accidentes a veces producen heridas extrañas.

Una hora más tarde llegaron para reclamar el cuerpo. Unos hombres callados, dos en concreto, bien vestidos y de calmada resolución. El muerto era su socio. Dieron su nombre y dirección, la descripción del traje que llevaba, información adicional. No existían indicios de delito y no había razón para retener el cadáver.

Uno de ellos miró a Frank con severidad.

—¿Es esto todo lo que portaba encima?

—Correcto —asintió Frank—. Ahí está todo. Firmen aquí y es suyo.

—Un momento. —Los dos hombres se miraron el uno al otro y luego el que había hablado se volvió hacia Frank—: Nuestro amigo lucía un anillo. Se parecía a este. —Extendió la mano—. El anillo

tenía una gema y una banda ancha. ¿Podríamos recuperarlo, por favor?

Pero Frank era obstinado.

—Eh, yo no lo tengo. Ni siquiera lo he visto. No lo llevaba cuando llegó aquí.

De nuevo, la silenciosa conferencia.

—El anillo no posee un valor intrínseco, pero sí sentimental. Estaría dispuesto a pagar cien dólares por él, sin hacer preguntas.

—¿Y a mí qué me cuenta? —replicó Frank con frialdad. En su interior sintió la creciente calidez que brotaba del placer sádico. Ignoraba cómo, pero estaba haciéndole daño a ese hombre—. ¿Van a firmar o qué? —Hurgó en la herida—. Si creen que he robado algo, llamen a la poli. Si no, lárguense de aquí.

En la hora de descanso examinó lo que había sisado. Sentado en su rincón habitual de la cantina, encorvado, enmascarado con un periódico, otra pieza del mobiliario para el resto de parroquianos. Giró el anillo despacio. La banda era gruesa y ancha, con una parte saliente, una prominencia que podía alisarse con la presión de un dedo. La piedra era plana, apagada, probablemente un pobre espécimen del grupo semiprecioso. El metal quizá fuera algún tipo de aleación chapada, en cuyo caso habría decenas de anillos similares que podrían comprarse con cien dólares.

Sin embargo, ¿un hombre vestido como iba el fiambre llevaría esa baratija?

El cadáver apestaba a dinero. La pitillera y el encendedor eran de platino con gemas engastadas, demasiado llamativos para pensar en

robarlos. Con las tarjetas de crédito podría haber dado la vuelta al mundo en primera clase. ¿Llevaría un hombre así un asqueroso anillo de cien dólares?

Perdió la mirada en la cantina, confundido. Frente a su mesa, tres hombres tomaban café. Uno de ellos se puso derecho, se levantó, desentumeció los músculos y se dirigió hacia la puerta.

Con el ceño fruncido, Frank bajó los ojos al anillo. ¿Había tirado a la basura cien dólares por un trozo de chatarra? Rozó la protuberancia con la uña. Se hundió un poco y, con impaciencia, la apretó hasta alisarla.

No ocurrió nada.

Nada aparte del hecho de que el hombre que se había levantado de la mesa de enfrente volvía a estar sentado en el mismo sitio. Mientras Frank observaba, se puso de pie, desentumeció los músculos y caminó hacia la puerta. Frank apretó aquella especie de botón. No ocurrió nada.

Literalmente nada.

Frunció el ceño y volvió a intentarlo. De improviso, el hombre se encontraba otra vez sentado a la mesa. Se levantó, desentumeció los músculos, se dirigió hacia la puerta. Frank volvió a presionarlo y lo mantuvo apretado mientras contaba. Cincuenta y siete segundos y, de repente, el hombre estaba de nuevo sentado a la mesa. Se levantó, desentumeció los músculos, se dirigió hacia la puerta. Esta vez, Frank dejó que se marchara.

Ahora entendió qué era lo que tenía.

Se reclinó, henchido de asombro. Nada sabía de la Gente Especial, pero su propia raza había criado científicos y, por sádico que fuera, Frank no era tonto. Cualquier persona querría guardarse algo así

para sí misma. Debería tenerlo a mano en todo momento. Debería adoptar una forma que pudiera usarse con rapidez. Y ¿qué mejor que un anillo? Compacto. Estético. Probablemente eterno.

Una máquina del tiempo de un único sentido.

Suerte, la combinación fortuita de circunstancias favorables, pero ¿quién la necesita cuando se sabe qué va a ocurrir con una antelación de cincuenta y siete segundos? Pongamos un minuto. ¿Que no es mucho?

Prueba a contener la respiración ese tiempo. Prueba a apoyar la mano en una estufa al rojo vivo durante treinta segundos. En un minuto puedes andar cien metros, correr cuatrocientos, tropezarte tres veces. Puedes concebir, morir, casarte. Cincuenta y siete segundos dan para un montón de cosas.

Para darle la vuelta a una carta, para que caiga una bola, para que rueden un par de dados. Frank era un ganador infalible y en más de un aspecto.

Desentumeció los músculos, disfrutó de la ducha, el impacto del agua caliente a presión. Giró el regulador y resopló cuando el agua se tornó hielo y le puso la piel de gallina. Un baño frío en invierno es una penuria cuando no se tiene otra elección, un acicalamiento placentero cuando uno lo escoge. Volvió a abrir el agua caliente, aguardó, entonces cerró el grifo y salió de la ducha secándose con una mullida toalla.

—Frank, querido, ¿vas a tardar mucho?

Una voz femenina con la peculiar entonación de las clases altas endogámicas; una miembro de la aristocracia por matrimonio y

nacimiento. Lady Jane Smyth-Connors era rica, curiosa, aburrida e impaciente.

—Un momento, cariño —replicó, y dejó caer la toalla.

Se miró el cuerpo con una sonrisa. El dinero se había ocupado del pie zambo. El dinero se había ocupado de un montón de cosas más; sus ropas, su acento, la educación de sus apetitos. Seguía siendo un ángel caído, pero el flamante dorado de sus alas rotas resplandecía.

—¡Frank, querido!

—¡Ya voy!

Apretó las mandíbulas hasta que le dolieron los músculos. ¡Aquella zorra pretenciosa y altiva! Se había colado por su rostro y reputación, e iba a pagar cara su curiosidad. Pero eso podía esperar. Antes la araña tenía que atrapar debidamente a la mosca en la tela.

Una bata de seda para cubrir su desnudez. Cepillos para asearse los cabellos. Un espray para el mal aliento contra la halitosis. El semental estaba casi listo para actuar.

El cuarto de baño tenía ventana. Descorrió las cortinas y contempló la noche. Mucho más abajo, unas luces dispersas alfombraban el suelo brumoso. Londres era una ciudad bonita; Inglaterra, un bonito lugar. Maravilloso, sobre todo para los jugadores: no pagaban impuestos sobre las ganancias. Y ahí, más que en ninguna otra parte, había importantes premios que ganar. No solo dinero, eso era para plebeyos, sino contactos. Haz los contactos adecuados y todos los días serán Navidad.

Londres. Una ciudad que la Gente Especial guardaba en alta estima.

—¡Frank!

Impaciencia. Irritación. Arrogancia. La mujer deseaba ser

atendida.

Ella era alta, con una angulosidad peculiar, una colegiala crecida que debería vestir ropa de tweed y empuñar un palo de hockey. Pero las apariencias engañaban. Generaciones de endogamia habían hecho más que moldear la distribución de carne y huesos. Había desarrollado una decadencia madura y creado una masa de frustraciones hirvientes. Era una enferma mental, pero la gente de su clase nunca tenía pensamientos dementes, solo «excéntricos», nunca estúpidos, solo «irreflexivos», nunca maliciosos o crueles, solo «graciosos».

Abrió los brazos, la acogió entre ellos y le hundió la base de los pulgares en los ojos. La mujer se arqueó por el dolor repentino. Apretó con más fuerza y ella gritó de agonía, el estómago constreñido por el miedo a la ceguera. En la cabeza de él, un reloj mental contaba los segundos. Cincuenta y uno..., cincuenta y dos...

Los dedos presionaron el anillo.

—¡Frank!

Abrió los brazos y la acogió entre ellos, con el corazón aún palpitante por el placer del dolor infligido. La besó con experta destreza, pellizcándola suavemente con los dientes. Le deslizó las manos por el cuerpo y la tela fina susurró al caer de los hombros de la mujer. Mordió un poco más fuerte y sintió que se ponía tensa.

—¡No hagas eso! —soltó bruscamente ella—. ¡Detesto que me hagan eso!

Un suspenso. Frank contaba los segundos mientras alargaba la mano al interruptor de la luz. Con la oscuridad ella se retorció, se zafó de su abrazo.

—¡Odio la oscuridad! ¿Por qué no has de ser como todos los

demás?

Dos suspensos. Faltaban veintidós segundos. Tiempo para una rápida exploración más. Las manos tantearon, establecieron contacto, se movieron con entrenada determinación. Ella suspiró de placer.

Activó el anillo.

—¡Frank!

Abrió los brazos y la acogió entre ellos, esta vez sin ningún intento de mordisquear o morder. La ropa de ella cayó al suelo con un frufrú y la piel resplandeció como una perla a la luz. La miró, con audaz admiración, y las manos se movieron del modo en que proporcionaban placer.

Ella cerró los ojos y le clavó las uñas en la espalda.

—Háblame —ordenó ella—. ¡Háblame!

Empezó a contar los segundos.

Más tarde, mientras ella yacía en un sueño saciado, él descansaba, fumando, pensando, extrañamente risueño. Había sido el amante perfecto. Había dicho y hecho las cosas exactas que ella quería en el orden exacto en que las quería y, lo más importante, las había dicho y hecho sin que ella se las indicara en ningún momento. Había sido un reflejo de ella. Un eco de sus necesidades, y ¿por qué no? Se había esforzado en trazar un mapa de sus deseos. Explorando, investigando, borrando todos los falsos comienzos y errores. ¿De qué otra forma podía haber salido sino a la perfección?

Se dio la vuelta y observó a la mujer, viéndola no como un ser de carne y hueso, sino como el peldaño de una escalera que conducía a

la aceptación. Frank Weston había recorrido un largo camino y tenía intención de seguir ascendiendo.

Ella suspiró, abrió los ojos, miró la belleza clásica de las facciones de él.

—¡Querido!

Dijo lo que ella quería que le dijera.

Ella volvió a suspirar: mismo sonido, diferente significado.

—¿Te veré esta noche?

—No.

—¡Frank! —Se incorporó, encabritada por los celos—. ¿Por qué no? Dijiste...

—Sé lo que dije y hablaba muy en serio —la interrumpió—. Pero tengo que volar a Nueva York. Negocios —añadió—. Al fin y al cabo, he de ganarme la vida.

Ella picó el anzuelo.

—No tienes que preocuparte de eso. Hablaré con papá y...

Le cerró los labios con los suyos.

—Aun así, tengo que ir —insistió él. Bajo las sábanas, las manos se ocupaban de lo que ella quería que se ocuparan—. Y cuando vuelva...

—Pediré el divorcio —concluyó ella—. Y nos casaremos.

«Navidad», pensó él, mientras el alba clareaba el cielo.

«¡*Ven, vuela conmigo*!», decía la canción, donde «conmigo» representaba un flamante avión Comet, dos auxiliares de vuelo que eran todo piernas, ojos y cabellos sedosos, con pose de «puedes mirarme porque soy preciosa, pero nunca jamás me toques», una

tripulación y setenta y tres pasajeros más, de los cuales solo dieciocho viajaban en primera clase. Espacio para todos y Frank se alegraba de ello.

Se sentía cansado. La noche había sido frenética y la mañana, no mucho mejor. Daba gusto poder sentarse y relajarse en una butaca ergonómica, con el cinturón de seguridad intachablemente abrochado, mientras los reactores engullían aire y expulsaban un huracán artificial que impulsaba al avión por la pista y lo lanzaba al cielo. Londres desapareció a un lado, las nubes se desmoronaron como jirones de algodón sucio y entonces solo hubo sol, una pupila vigilante en un iris inmenso de azul.

«Ve al Oeste, joven», pensó con actitud petulante. ¿Por qué? Por ninguna razón más que por su afición a viajar y porque una corta ausencia acrecentaba el cariño. Y volar encerraba una cierta satisfacción. Le gustaba mirar abajo y pensar en todo el vacío que lo separaba de la tierra. Sentir que la acrofobia le atenazaba el estómago, esa deliciosa sensación de terror experimentado en condiciones de perfecta seguridad. En un avión la altitud no significaba nada. Lo único que había que hacer era mirar al frente y uno bien podría creer que viajaba en autobús.

Se desabrochó el cinturón, estiró las piernas, miró por la ventanilla; mientras, la voz del comandante brotaba de los altavoces, informando de que volaban a una altitud de diez mil metros y a una velocidad de ochocientos sesenta kilómetros por hora.

Por la ventanilla no se divisaba mucho. El cielo, las nubes debajo, la punta temblorosa del armazón metálico que era el ala. Lo de siempre. La azafata rubia, sin embargo, era todo lo contrario. Se acercó cimbreando por el pasillo, captó su mirada, respondió con

inmediata atención. ¿Estaba cómodo? ¿Quería una almohada? ¿Un periódico? ¿Una revista? ¿Algo de beber?

—Brandy —pidió él—. Con hielo y soda.

Ocupaba el asiento interior, junto a la pared de la cabina, de modo que tuvo que abandonar el pasillo para bajar la bandeja y disponer en ella la bebida. Él levantó la mano izquierda y le tocó la rodilla, la deslizó por el interior del muslo, notó su rigidez, vio la expresión de su rostro. La componía una mezcla de incredulidad, indignación, interés y especulación. No duró mucho. Extendió la mano derecha y le hundió los dedos en la garganta. La sangre congestionada le amoratá las mejillas, los ojos se le salieron de las órbitas, el contenido de la bandeja se derramó mientras batía las manos con impotente angustia.

En su mente, el reloj automático desgranaba los segundos. Cincuenta y dos..., cincuenta y tres..., cincuenta y cuatro...

Apretó la protuberancia de su anillo.

El alerón hizo un pequeño ruido sordo al quedar en reposo; el brandy, un gorjeo líquido al verterse desde la botellita sobre el hielo. La azafata le sonrió mientras abría la lata de soda.

—¿Eso es todo, señor?

Frank asintió, observándola mientras le servía, recordando la suave calidez del muslo, el contacto de la carne. ¿Sabía ella que casi la había matado? ¿Podía acaso imaginárselo?

No, resolvió mientras ella se alejaba. ¿Cómo iba a saberlo? Para la azafata, nada había ocurrido. Le había servido una copa y nada más. Pero ¿eso era todo?

Meditabundo, contempló el anillo. Al activarlo, se retrocedía en el tiempo cincuenta y siete segundos. Todo lo que uno hacía durante

ese período se borraba. Uno podía matar, robar o causar destrozos de forma descontrolada y nada de ello importaría porque no habría sucedido. Pero la cuestión era que sí, ocurría de verdad. Uno se acordaba de ello. ¿Podría uno recordar lo que jamás ha tenido lugar?

Esa chica, por ejemplo. Había sentido su muslo, la cálida región entre sus piernas, la tierna suavidad de su garganta. Habría podido sacarle los ojos, multiplicar sus chillidos, mutilarle el rostro. Eso y más les había hecho a otras, entregado a su sadismo, a su amor por infligir dolor. Y había matado. Pero ¿qué significaba matar cuando podían deshacerse los inconvenientes de un crimen, cuando veía al cadáver sonreír y marcharse andando?

El avión se balanceó un poco. La voz que brotó del altavoz sonó tranquila, pausada.

—Señores pasajeros, abróchense el cinturón, por favor. Nos dirigimos hacia una perturbación atmosférica de poca importancia. Puede que vean algún relámpago, pero no hay absolutamente nada de lo que preocuparse. Estamos volando muy por encima del área de la tormenta, por supuesto.

Frank hizo caso omiso de la advertencia, aún absorto en el anillo. La piedra sin pulir parecía un ojo muerto, de pronto malévolo, de algún modo amenazante. Malhumorado, apuró la copa. El anillo no era sino una máquina.

La rubia pasó a su lado, chasqueó la lengua con desaprobación cuando advirtió el cinturón suelto y le instó a abrochárselo. Le hizo un gesto con la mano, tanteó con torpeza las correas y se dejó el cinturón abierto. Ni lo necesitaba ni le gustaba. Con el ceño fruncido se recostó, cavilando.

Tiempo. ¿Transcurría en una línea única o en una con múltiples

ramas? ¿Era posible que cada vez que activaba el anillo se creara un universo alternativo? ¿Que, en alguna parte, hubiera un mundo en el que hubiera matado a la azafata y tuviera que pagar por su crimen? Pero la había atacado solo porque sabía que podría borrar el incidente. Sin el anillo, no la habría tocado. Con el anillo hacía cuanto le placía porque siempre existía la opción de rebobinar y escapar a las consecuencias. Por lo tanto, la teoría del universo alternativo no se sostenía. Entonces ¿qué?

Lo ignoraba y le traía sin cuidado. Tenía el anillo, y eso bastaba. El anillo por el que le habían ofrecido cien asquerosos dólares.

Algo impactó en el techo de la cabina. Hubo un sonido de desgarro, una ráfaga de viento, una fuerza irresistible que lo arrancó del asiento y lo lanzó al espacio. El aire escapó de los pulmones cuando empezó a caer. Tragó, tratando de respirar, de entender. El frío ártico le entumeció la carne. Se retorció, vio con ojos llorosos el avión, un ala resquebrajada, el metal desprendiéndose mientras miraba, el aparato que acompañaba su caída hacia el mar ocho mil metros más abajo.

«Un accidente», pensó con espanto. Un bólido, un meteorito. Quizá fatiga del metal. Una grieta en la pared de la cabina y la presión interna se encargaría del resto. Y ahora caía. ¡Caía!

Apretó los dedos en frenética reacción.

—Por favor, señor Weston. —La azafata rubia se acercó al levantarse él del asiento—. Debe permanecer sentado y con el cinturón abrochado. A no ser que... —Con diplomacia, miró hacia el aseo en la parte posterior del aparato.

—¡Escuche! —La agarró de ambos brazos—. Dígale al piloto que cambie el rumbo. Dígaselo ahora mismo. ¡Dese prisa!

Un bólido o un meteorito podrían esquivarse. Podrían escapar del peligro si variaban el rumbo con la suficiente celeridad. Pero ¡tenían que ser rápidos! ¡Rápidos!

—Deprisa. —Corrió hacia la cabina de vuelo, con la chica pisándole los talones. ¡Condenada zorra estúpida! ¿No lo entendía?—. ¡Es una emergencia! —gritó—. ¡El piloto tiene que cambiar de rumbo inmediatamente!

Algo impactó en el techo del avión. El compartimento superior se abrió con un repentino estallido, el metal se curvó como la piel pelada de un plátano. La rubia desapareció. El chirrido del metal al rasgarse se perdió en la ráfaga explosiva del aire que se escapaba. Frank se aferró desesperado al asiento, sintió que le arrancaban las manos del tejido, que el cuerpo era absorbido hacia la abertura. Una vez más fue eyectado al espacio para empezar la larga y vertiginosa caída de ocho mil metros.

—¡No! —gritó, en un frenesí de terror—. ¡Dios santo, no!

Lo activó.

—Señor Weston, debo insistir. Si no necesita ir al baño, tengo que abrocharle el cinturón.

Frank se encontraba de pie junto al asiento y la rubia mostraba señales de enfado. ¡Enfado!

—Esto es importante —dijo él, pugnando por mantener la calma —. En menos de un minuto este avión se hará pedazos. ¿Lo entiende? Vamos a morir todos a menos que el piloto cambie de rumbo inmediatamente.

¿Por qué permanecía ahí parada con esa pinta de idiota? ¡Ya se lo

había explicado todo antes!

—¡Estúpida! ¡Apártate de mi camino! —La empujó a un lado y se abalanzó hacia la cabina de vuelo. Tropezó, se cayó, se puso en pie, enrabietado—. ¡Cambien de rumbo! —vociferó—. ¡Por el amor de Dios, escuchen y...!

Algo impactó en el techo. De nuevo el rugido, la ráfaga, la fuerza irresistible. Algo le golpeó en la cabeza y se halló por debajo de las nubes cuando consiguió recobrar el control pleno de sí mismo. Lo activó y se encontró aún en el vacío, tragando aire enrarecido y tiritando por un frío despiadado. A un lado el avión destrozado flotaba como suspendido, una masa de residuos que se desintegraban al caer. Unos fragmentos diminutos lo rodeaban; uno de ellos, quizá la rubia.

Atravesó las nubes. Debajo, el mar desplegaba una extensión resplandeciente de luz y agua. El estómago se le constriñó de un terror sobrecogedor mientras miraba las olas, despertaba su vaga acrofobia y se le desgarraban todas las células. El impacto contra el mar sería como estrellarse contra un suelo de cemento sólido y estaría consciente hasta el mismo final. Entre espasmos, lo activó y, en el acto, volvió a encontrarse en el aire, a más altura, con casi un minuto de gracia durante el cual caer.

Cincuenta y segundos de puro infierno.

Repetido.

Repetido.

Repetido una y otra vez, pues la alternativa era estrellarse contra el océano que le aguardaba debajo.

LA QUINTA CATEGORÍA

Tom Bissell

Tom Bissell es uno de los escritores más interesantes de Estados Unidos y también uno de los mejores (algo que no siempre coincide). Además de su obra de no ficción, como el ensayo *Extra Lives: Why Video Games Matter*, ha escrito guiones para videojuegos como *Gears of War* y coescrito la aclamada por la crítica *The Disaster Artist: My Life Inside The Room, the Greatest Bad Movie Ever Made*, que se convirtió en una galardonada película protagonizada y dirigida por James Franco. Bissell, que como periodista cubrió las guerras del Golfo, también ha encontrado tiempo para escribir unos cuentos extraordinarios. Este, en el que el autor de varios controvertidos memorandos legales se despierta en un avión vacío que ha despegado de Estonia, es uno de sus mejores relatos.

John se despertó en algún lugar sobre el océano Atlántico. Sintió el cuerpo cargado de electricidad estática, el cerebro desnutrido. Era extraño, sin embargo, que no se acordara de haberse quedado dormido, ni siquiera de haber tenido sueño. Jamás dormía en aviones. Trabajaba. Su último recuerdo: bebía una Coca-Cola Light mientras charlaba con su vecina de asiento, Janika, una estonia alta con cara de hada traviesa que le había contado que iba a ser su primera visita a Estados Unidos. No recordaba nada de haberse tapado hasta la barbilla con una manta ni haberse colocado detrás de la cabeza la almohada de extraordinaria suavidad que ahora percibía allí. Y se habría acordado. Un hábito suyo a la hora de

acostarse, que se remontaba a la infancia, era poner un recordatorio de la postura que adoptaba —de cuchara, de tijera, de muerto, fetal, despatarrado— justo antes del fundido en negro final. Solo dos veces en su vida se había encontrado en la misma posición al despertarse. John consideraba el sueño como una especie de viaje en el tiempo. Ocurrían cosas, se formaban ideas, se movían partes del cuerpo... y uno nunca se enteraba.

Janika no estaba. Probablemente había decidido levantarse para estirar las piernas. Los europeos y su calistenia durante el vuelo, sus aplausos tras el aterrizaje. Todas las persianas de las ventanillas de la cabina estaban bajadas. La única iluminación la proveía el brillo de las elipses naranjas de las luces guía en el suelo. John levantó la persiana de su ventanilla.

Lo que vio era imposible. Su avión tenía previsto aterrizar en Nueva York a las cuatro de la tarde. El suyo no era un vuelo nocturno. Y, aun así, en el exterior, era de noche. Advirtió entonces que el asiento de Janika no era el único que se hallaba vacío. También lo estaban las restantes cuarenta y pico plazas de clase preferente. Buscó a tientas la hebilla del cinturón de seguridad.

Los acogedores asientos emparejados de la clase preferente se distribuían espaciosamente por la cabina y ninguno de los compartimentos superiores dificultaba sus movimientos en torno a ellos. Muchos estaban cubiertos de mantas enroscadas. Otros tenían auriculares aún conectados a las conexiones del reposabrazos. Había media docena de almohadas tiradas por el suelo. Los equipajes de mano permanecían embutidos bajo varios asientos. Al final del pasillo, alguien había dejado la bandeja extendida y en ella reposaba una botella de vino tinto, del tamaño de un frasco de perfume, y un

vaso de plástico. Cerniéndose sobre cada asiento se percibía la misma sensación de abandono repentino.

Había ocurrido algo, pensó John, algo que había atraído la atención de todo el mundo hacia la clase turista. Un puñetazo de un finlandés borracho a una auxiliar de vuelo. Un ataque al corazón. Por el momento, tachó con una nítida X mental cualquier otra posibilidad. Descorrió la fina cortina azul que tan solo permitía a aquellos de la clase turista imaginar sus privaciones. La mano buscó la realidad estabilizadora de la mampara gris moteada de blanco de la que colgaba la cortina.

Ante él se extendían treinta filas sombrías de asientos vacíos. Presa de la conmoción, dio un único paso adelante. Echó mano al iPhone y notó su ausencia antes incluso de que los dedos tocaran el bolsillo. A pesar de la oscuridad, vislumbró algunas formas toscas en la primera fila: libros, periódicos, un maletín. Todo se volvía más lóbrego a medida que avanzaba, como si estuviera aventurándose en una jungla sintética.

Qué sensación de esencial desorientación le producía recorrer el estrecho pasillo de un avión comercial. Cuando alcanzó el compartimento de popa, angosto y oscuro, se sintió atrapado en un armario desconcertante y extraño. Buscó a tientas el braille del mundo visible. Los asientos de los auxiliares de vuelo estaban plegados. Adyacente a uno de ellos había una linterna montada sobre un soporte, de donde la desprendió. Una hoja de luz acuchilló la cocina, cuyos cajones largos y plateados parecían más propios de un submarino, y cayó sobre un carro de comidas vacío metido en el hueco más profundo del compartimento. Se giró, iluminando un botiquín de primeros auxilios, y luego dirigió el haz hacia una de las

salidas del avión, algo inmenso que parecía menos una puerta que la fachada de un iglú. A través de una ventanilla minúscula, John vio capas de nubes aladas arremolinarse en la noche sin estrellas. Se volvió hacia el panel de control de la tripulación, complicado por los numerosos mandos y botones. Aunque era un vuelo de Finnair, todo estaba en inglés. En la parte inferior había un botón rojo de evacuación. Recorrió el tablero en sentido ascendente, pasando por varios botones de aviso (todos apagados), una pequeña pantalla verde que difundía información totalmente incomprensible, un botón para mensajes a bordo y, por último, el cuadro de luces, que no contenía botones, sino reguladores, todos los cuales empezó a girar.

Bajo la nueva luz descarnada, abrió la puerta del aseo, medio esperando descubrir una estancia de dimensiones mágicas en la que los varios cientos de personas que habían embarcado en el avión estarían aguardando con gorros puntiagudos de fiesta y confeti. Pero se hallaba vacío, irradiaba una blancura asombrosa y olía a mierda y a hierbabuena. Ampollas transparentes de agua estancada adornaban el lavabo de metal.

Se abalanzó hacia la clase turista, atravesó a la carrera la preferente y se encontró ante la puerta de la cabina de vuelo, que tenía aspecto de ser gruesa y resistente. «Templada» era el término técnico, o eso creía. John no tenía claro cómo proceder. Cualquier demostración de fuerza tan cerca de los pilotos le parecía poco aconsejable y posiblemente ilegal. Así que llamó con los nudillos. Como nadie respondió, trató de abrirla. Cerrada. Volvió a llamar. Reparó en un armario pequeño, a la altura de las rodillas. Dentro había cuatro chalecos salvavidas amarillos y una especie de compresor de aire, de acero. Miró hacia la salida a proa, otra

inmensidad glacial que dudaba que pudiera descifrar cómo abrir. Pero ¿por qué querría intentarlo? Comprendió que considerarla como una posible escapatoria no presagiaba nada particularmente bueno.

Había empezado a sudar. Su cuerpo, como si por fin hubiera aceptado, analizado y rechazado la información que el cerebro le había transmitido, iniciaba alguna suerte de contraataque sin sentido. Desde el estómago, la base de operaciones, el cuerpo escupió su comida más reciente en los recodos intestinales. John permaneció en el sitio, contraído, escuchando el corazón latir, los pulmones llenarse y vaciarse. La cortina que separaba las funciones voluntaria e involuntaria se había desgajado de su riel. El sistema nervioso parecía encontrarse a un único lapso de concentración de desconectarse.

Aporreó la puerta, vociferando que había ocurrido algo, que necesitaba ayuda. Cuando por fin se detuvo, apoyó la frente en el revestimiento exterior de la puerta. Su respiración era tan agria y microbiana como una placa de Petri. Se sentía débil, expuesto, vulnerable. Entonces escuchó algo al otro lado de la puerta y dio un salto hacia atrás. Despacio, se arrimó aún más a la puerta, acoplando la oreja a la copa formada con la mano contra el metal frío. Al otro lado, en la cabina de vuelo de un avión sin pasajeros, alguien lloraba.

Le habían aconsejado que no viajara fuera de Estados Unidos; su abogado, los colegas de la universidad que lo habían apoyado (más de los que imaginaba; en las reuniones de facultad, John no era sino la afabilidad personificada) y los pocos del departamento de Justicia

a los que aún hablaba. Pero cuando, hacía seis meses, lo habían invitado a participar en un congreso («Ley internacional y el futuro de las relaciones entre América y Europa») en Tallin, Estonia, John hizo lo que acostumbraba: consultarlo con su mujer.

Uno de los aspectos que más apreciaba de haber dejado de colaborar con el gobierno era que, de nuevo, podía hablar de su trabajo con su mujer. Cualquiera que viviese en el interior de su mente en la misma medida en que John lo hacía no pedía nada más perfecto que una compañera capaz de adentrarse en esa mente cuando se le invitara y de marcharse antes de que se lo solicitaran. Durante los dos años anteriores, ella había sido su confidente, su centinela, su enfermera y su contrapeso. Sin embargo, una de las noches más largas y difíciles de su matrimonio acaeció cuando se filtraron varios de sus denominados memorandos de tortura, que luego, sin que nadie le avisara, se desclasificaron y rechazaron. Su mujer no era la única persona con la que se había mostrado capaz de aclarar sus intenciones al redactarlos. Cualquier periodista que invirtiera tiempo en ver a John terminaba invariablemente reconociendo que el presunto hombre lobo parecía de una especie bastante decente.

Tras contarle a su mujer lo de la invitación al congreso, admitió:

—Mi primera idea fue rechazarla. Pero creo que me apetecería ir.

Dos años antes, se había presentado en un tribunal alemán una demanda en la que se acusaba a John de crímenes de guerra; los engranajes de la justicia apenas se habían movido desde entonces. Hacía seis meses, en un tribunal de California, un terrorista estadounidense convicto y su madre habían interpuesto otra denuncia en la que alegaban que los memorandos de John habían

conducido a la tortura del hombre mientras se hallaba bajo custodia de Estados Unidos. John no ponía en duda —aunque, desde luego, no podía confesarlo— que a aquel desgraciado no lo habían tratado bien, pero haber ido tirando del hilo hasta llegar a él evidenciaba una suerte de ingenuo creacionismo legal. Aunque el viaje de John no estaba de modo alguno formalmente prohibido, la idea de abandonar el espacio aéreo norteamericano le llenaba de una aprensión desconocida para él. Le asustaba, pero también lo envalentonaba.

—No hagas escala en Alemania —le dijo su mujer—. Ni en Francia. Ni en España. Ya que estamos, yo también evitaría Italia.

Se dio cuenta de que ella creía que bromeaba con lo de querer asistir y esperó un momento antes de contarle lo que le gustaba de Estonia, un país joven con recuerdos de opresión auténtica. Siempre había mostrado interés por las naciones del antiguo bloque soviético y, en general, por los países poscomunistas. (A fin de cuentas, la huida de sus padres del comunismo coreano era la única razón de que él fuera norteamericano.) No veía ningún motivo para temer Estonia, que había sido aliado estadounidense oficial en la guerra. ¿Su mujer era consciente de que solo había un millón de estonios en el mundo? Quizá se tratara de un rasgo coreano, pero sentía una extraña afinidad por las naciones pequeñas que habían sido invadidas con frecuencia y vapuleadas de manera rutinaria. Admiraba, decía con cierta presuntuosidad, sus ambiciones provincianas. Y ahora apelaba descaradamente a los complicados sentimientos de su mujer con respecto a su herencia vietnamita.

Ella le preguntó cómo podía tener la certeza de que no se trataba tan solo de una trampa para humillarlo en público. Para eso él

disponía ya de algo parecido a una respuesta. Los organizadores del evento le habían prometido, *motu proprio*, que no se hablaría de ningún tema del que John no estuviera dispuesto a debatir. Estaban al tanto de las demandas judiciales y le habían prometido una cápsula de escape durante cualquier línea de interrogación. («Cápsula de escape.» Palabras de ellos, no suyas. Como cualquier empollón que hubiera crecido en los años setenta, John veía referencias a *La guerra de las galaxias* en todas partes.) Más aún, la embajada de Estados Unidos estaba «al tanto» de la invitación a John. («Al tanto.» Palabras de ellos, no suyas. Una embajada mediana como la de Estonia sin duda estaba plagada de lacayos del gobierno y turistas profesionales. Dado que John era el único exmiembro de la Administración que insistía en hablar sobre las decisiones que había tomado mientras había formado parte de ella, era tan popular entre ellos como una campana de leproso).

—Pero hablarás de ello de todas formas —dijo ella—, ¿verdad?

John a menudo sumía a su abogado en una frustración similar. No le asustaba defenderse a sí mismo, siempre y cuando su interlocutor no cargara de forma evidente con una antorcha y leña. Después de que John concediera una entrevista a *Esquire*, su abogado no le dirigió la palabra en una semana. Luego leyó el perfil, que al final no había sido del todo desfavorable, y le dijo a John: «Es usted todo un zalamero, señor consejero».

John sonrió a su esposa. Por supuesto que hablaría de ello. Sabía qué podía y qué no podía decir. Era abogado.

Cuando confirmó su asistencia al evento, los organizadores se mostraron tan sorprendidos como entusiasmados. Sería el único estadounidense, le dijeron, y una parte inestimable del debate.

Convinieron en que hablaría solo, para cerrar el congreso, por espacio de una hora, y que seguiría un turno de preguntas, algunas de las cuales, le advirtieron, podrían ser hostiles. John les respondió por correo que le parecía bien. Se había enfrentado a más salas sedientas de sangre de las que imaginaba que Estonia podía reunir. Antes de aceptar, se puso en contacto con la embajada en Tallin. Le dieron el visto bueno y le desearon buen viaje. Lo único que oiría de ellos, sospechaba.

Seis meses después, tuvo que hacer una escala de dos horas en el aeropuerto de Helsinki. Cuando dos guardias fineses se detuvieron a charlar cerca de la puerta de John, se puso nervioso sin saber por qué. No era como si la Interpol hubiera emitido una orden de arresto, pero ¿quién podría relajarse de verdad sabiendo que los tribunales de dos continentes contemplaban la posibilidad de que hubiera cometido crímenes contra la humanidad? Suponía que era valiente por el mero hecho de estar allí. Pero en realidad no. Esa idea le repugnaba. Era profesor y abogado, en ese orden. No recordaba la última vez que había alzado la voz. No recordaba ni una sola ocasión, en sus cuarenta años de vida, en que hubiera hecho daño a alguien a propósito. Los guardias fineses se alejaron.

Embarcó en el vuelo a Tallin con revigorizante anonimato. Para cuando vio aparecer por la ventanilla de estribor los capiteles y los tejados rojos de su destino, supo que había tomado la decisión correcta. Era mediodía cuando llegó a su hotel en el casco viejo de la ciudad. El registro fue agradable por lo surrealista. Los organizadores del congreso habían enviado flores. Los llamó para preguntar la dirección de la sala de conferencias de aquella noche, que resultó estar a menos de tres manzanas de distancia, en otro

hotel, el Viru. No, no, gracias, podía ir solo. Su charla estaba programada para las ocho. Eso significaba que tenía la tarde libre. La pasó durmiendo la catástrofe circadiana provocada por saltar diez zonas horarias.

A las cinco estaba despierto, duchado, vestido con un traje color cemento y una camisa azul (sin corbata) y vagando por el casco viejo de Tallin en busca de un sitio donde comer. Los organizadores le habían ofrecido enviar a alguien, pero rehusó. Quería anunciar su presencia en el congreso con el mismo y repentino ímpetu con que entraba en sus clases. Si alguno de los participantes buscaba realmente enfrentarse a él, cuanto menos tiempo tuvieran para descubrir puntos de presión, mejor.

Los encantos de la ciudad vieja de Tallin eran una miríada y a la vez totalmente ridículos. Ningún ser humano de verdad podría vivir allí: parecía el escenario de alguna epopeya élfica. Las calles —adoquinadas con la mayor rabia que jamás había visto— parecían mudar de nombre en cada intersección. La mayoría lo condujeron por pubs, restaurantes, tiendas que vendían ámbar y nada más. Era fácil distinguir a los lugareños de los turistas: estos no trabajaban. En el exterior de un restaurante medieval junto a la plaza mayor, unos jóvenes estonios vestidos como las doncellas y escuderos de la Liga Hanseática observaban a sus compañeros reconstruir una lucha a espada. En una bocacalle, lo apresó una ráfaga de viento saturado de metano: el curso de las aguas residuales a través de conducciones de trescientos años de antigüedad era una porción del pasado de Tallin que no hacía falta recrear. La similitud de las muchas ornamentadas agujas negras del casco antiguo logró confundirlo. Cada vez que fijaba una como brújula para regresar al

Viru, se daba cuenta de que era la torre equivocada. Durante dos horas estuvo siempre perdido, al menos en parte.

Por su altura y diseño brutalista, acertó al suponer que el Viru había sido el Hotel Intourist durante la era soviética. En el vestíbulo encontró un Muro de la Fama en el que figuraban algunos de sus huéspedes más notables: deportistas olímpicos, músicos, actores, príncipes árabes y el presidente en persona. Había una carta enmarcada, con el membrete de la Casa Blanca, dirigida al director del hotel: «Gracias también por el bonito jersey y el sombrero». Tras las preguntas pertinentes en recepción, un viaje en ascensor hasta el piso del evento y un bombardeo con napalm olfativo, cortesía de una mujer perfumada que subía con él, John se encaminó por un opulento pasillo enmoquetado hacia la mesa de inscripción. El joven sentado a ella señaló hacia un grupito de personas que esperaban educadamente a que terminara la ponente que intervenía en ese momento. A John le tocaba en media hora. Se unió a los asistentes que esperaban fuera de la sala de conferencias, una caverna dorada con arañas de luces.

La ponente era alemana. Por la traducción proyectada en la pantalla detrás de la mujer (en francés, estonio e inglés; a él también le habían pedido que enviara con antelación el texto de su charla a los organizadores, después de arrancarles la promesa de que lo traduciría un angloparlante nativo), John supo que iba a tener una noche una poco más dura de lo que había previsto. Había oído antes todos los tropos de la charla de la alemana. Terminó entre aplausos y respondió las preguntas, tras las cuales se anunció un descanso de diez minutos. Mientras la gente se levantaba de sus asientos, otra mujer al final de la sala se volvió, divisó a John y, con

una sonrisa de reconocimiento, se acercó a él. John se encontró con ella a medio camino, maniobrando entre la contracorriente humana del intermedio.

La mujer era Ilvi, una de los organizadores, su contacto y profesora de Derecho de la Universidad de Tartu. Una profesora de Derecho muy joven, quien enseguida se mostró cordial con el hombre de aspecto juvenil que aún era John. Se estrecharon la mano, después de lo cual Ilvi empezó a entrelazar los dedos como si moldeara una pelota de arcilla. Después, los temas de rigor: vuelos, horas de sueño, Tallin.

—¿Está preparado? —le preguntó ella.

John se echó a reír y respondió que eso creía. La mujer también rio y su esmalte emitió un ligero reflejo amarillo. Ilvi tenía los labios agrietados y una seta de cabellos rizados castaños. El rostro, alargado y anguloso, era casi cubista y su inusual hermosura solo arraigaba después de observarla durante un tiempo.

Por alguna razón incomprensible, Ilvi guio a John hasta la ponente germana que había concluido su intervención con una condena a Estados Unidos. Hablaba con cuatro personas a la vez, que la rodeaban. La mujer parecía acostumbrada a ser el centro de atención; ellos parecían acostumbrados a brindársela. Todos esos congresos eran siempre igual, como si obedecieran a un guion y los asistentes tuvieran papeles asignados. Cuando Ilvi presentó a John, todos se volvieron a mirarlo. Él sonrió, con la mano extendida, y solo una persona, un hombre mayor que llevaba una gruesa chaqueta de lana, se dignó a estrechársela, aunque lo hizo con el aire dubitativo de un prisionero al encontrarse con su carcelero. La sonrisa de John

se transformó en el intento de un hombre moribundo por mantener la serenidad. Nadie medió palabra después de aquellos.

Durante un momento mucho más largo de lo que John apreció, Ilvi permaneció a su lado —mortificada o inconsciente, no tenía modo de distinguirlo— y luego lo escoltó hasta otros grupitos de asistentes. Lo recibieron con solo unas pocas calorías más de cordialidad. Por fin, ella lo condujo al estrado. Se dejó caer en una silla solitaria y sacó del bolsillo las notas de la charla. Ilvi se plantó en el atril de arce y miró su reloj con aire de institutriz.

Para entonces él ya era inmune a que lo trataran como a un paria, algo que no significaba que no le doliera. Algunos estudiantes (nunca los suyos; sus clases siempre tenían exceso de matriculados) se ponían brazaletes negros y aguardaban en silencio en las escalinatas de la facultad de Derecho a que John pasara de camino a su despacho. En un par de ocasiones habían llevado monos naranja. Siempre les deseaba buenos días. Una vez, y solo una, se había detenido a hablar con ellos. Sus quejas eran tan numerosas y multidisciplinares que había sido como discutir con poesía beatnik. Salió de todas esas experiencias menos aturdido que decepcionado. John no quería que ellos, ni cualquier otra persona, estuvieran de acuerdo con él. Respetaba el disentimiento sopesado. Lo único que quería era que alguien aparte de sí mismo admitiera que era complicado.

En los inicios de la guerra habían capturado a dos prisioneros. Uno era ciudadano estadounidense; el otro, australiano. ¿Qué ley se les aplicaba? Como descubrió John, había que remontarse muy atrás en la historia de la jurisprudencia norteamericana —las Guerras Indias, la ley de piratería— para encontrar analogías apropiadas desde el

punto de vista legal. Algunos miembros del departamento de Justicia optaban por la doctrina Miranda, pero todos los tribunales del planeta aceptaban que el comportamiento en el campo de batalla lo regían leyes más amorfas. Tratar a esos hombres como delincuentes implicaba la pérdida de lo que conocían. John alegaba que el estadounidense y el australiano detenidos no gozaban de los derechos reconocidos a los prisioneros de guerra según el artículo III común a las Convenciones de Ginebra. Sin rango, sin ejército definido y sin una clara cadena de mando —prerrequisitos del artículo III común—, esos hombres no podían considerarse prisioneros de guerra bajo ningún concepto legal.

Cuando el tercero al mando de al-Qaeda fue capturado en Pakistán, se requirió que John proporcionara consejo legal a la CIA. Eso le llevó buena parte del verano de 2002 y John no recordaba haber trabajado más duro ni más a conciencia en un informe como entonces. Tuvo que determinar si las técnicas de interrogatorio empleadas por la CIA fuera de Estados Unidos violaban las obligaciones norteamericanas según la Convención contra la Tortura de 1984. De modo que buscó qué implicaban esas obligaciones. Lo primero que descubrió fue que se consideraba tortura a «todo acto por el cual se infligía intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales». Así pues, la palabra «grave» formaba parte de la definición legal. Estados Unidos, en su instrumento de ratificación, había definido la tortura como todo acto «con el propósito específico de infligir dolores o sufrimientos graves, físicos o mentales». Pero ¿qué era un «dolor o sufrimiento grave»? ¿Y qué significaba en realidad «propósito específico»? John revisó la literatura médica importante. ¿Podía la medicina precisar qué era un

«dolor o sufrimiento grave»? No. ¿Y la ley? Tampoco. El hecho era que uno podía escudriñar documentos legales de cabo a rabo en busca de una definición básica de «dolor o sufrimiento grave» y no encontrarla jamás. De modo que John, a disgusto, elaboró una: para ser constitutivo de tortura, el «dolor o sufrimiento grave» debía alcanzar «un nivel que en condiciones normales se asociaría a estados físicos de suficiente gravedad, como la muerte, un fallo orgánico o una incapacidad seria de las funciones corporales». En cuanto al «daño mental prolongado», otra expresión indescifrable de la Convención contra la Tortura, no aparecía en ninguna ley estadounidense, ni en la literatura médica ni tampoco en los informes internacionales sobre los derechos humanos. De nuevo, John tuvo que aportar su propia definición. Para que un simple dolor o sufrimiento mental equivaliera a tortura y satisficiera el requisito legal del «daño mental prolongado», el resultado final, juzgó, debía ser equiparable a un trastorno de estrés postraumático o a una depresión crónica de duración significativa; es decir, de meses o años. John había pretendido que esas directrices se aplicaran únicamente a la CIA y solo con respecto a lo que se conocía como «objetivos valiosos de inteligencia», jamás a prisioneros normales y especialmente no en Irak, donde el artículo III común de la Convención de Ginebra era de obligado cumplimiento. Debido a las restricciones que los agentes del FBI en Guantánamo insistían en imponer en los interrogatorios —querían que toda la información obtenida se sostuviera en un juicio, olvidando (o eligiendo olvidar) que ninguno de esos hombres serían juzgados en cualquier otro sitio que no fuera un tribunal militar—, a los prisioneros no se les podía ofrecer ni siquiera un Twinkie sin que se considerara coacción. Hasta

el memorando de John. Poco después de que su guía se convirtiera en una práctica generalizada y, para John, imprevista, el abogado principal del FBI redactó su propio memorando, en el que afirmaba que los interrogatorios que sus agentes presenciaban en Guantánamo eran ilegales. El día en que se desclasificaron los documentos, en una rueda de prensa, Gonzales negó su relación con ellos, alegando que «no reflejaban las políticas de la Administración». John nunca se lo perdonaría.

La audiencia al menos aplaudió tras la presentación de Ilvi, un perezoso plagio del currículum vítae que John le había enviado. Se acercó al atril, se inclinó hacia el micrófono, echó un vistazo a la pantalla a su espalda, se inclinó hacia el micro y volvió a mirar la pantalla a su espalda. Se inclinó hacia el micrófono una última vez y, tras cerciorarse de que su voz, ya de por sí suave, era tan afable como una aspirina infantil, dijo que no estaba seguro de qué discurso debería empezar primero. Unas cuantas risitas dispersas, seguidas por carcajadas auténticas. John se giró hacia la pantalla una vez más para comprobar si el primer párrafo de texto traducido había aparecido de manera servicial. «Vale —pensó—. Bien.»

Alisó la primera página de su charla, que ya había dado en varias ocasiones, y observó el puntillismo facial de su audiencia. ¿Trescientas personas? Creyó percibir expresiones más curiosas que hostiles. Algo entonces le vino a la cabeza tan de improviso como las palabras que habían aparecido en la pantalla a su espalda: había ido demasiado lejos. Era profesor numerario de Derecho en una importante universidad norteamericana. Se preguntó, una vez más, por qué estaba tan decidido a defenderse a sí mismo. ¿Era tan importante el consuelo de saber que podía hacerlo?

A principios de septiembre de 2001, John tenía treinta y cuatro años y revisaba un tratado cuyo aspecto más sustantivo, desde la perspectiva legal, tenía que ver con los osos polares.

Antes de regresar a su asiento, John probó un par de cosas. Golpeó la puerta de la cabina con el compresor de aire hecho de acero unas cuarenta o cincuenta veces. Después volvió a popa, al panel de control de la zona de tripulantes, mantuvo apretado el botón de mensajes a bordo y gritó. Ponerse histérico no resolvió nada. Más tranquilo ahora, y sentado, trató de formular una explicación lógica para lo que estaba ocurriendo. No creía que lo hubieran drogado. No había comido nada ese día y solo había bebido una lata de Coca Cola Light al poco de embarcar. Se la había dado una auxiliar de vuelo y John mismo la había abierto.

Reprodujo varios fragmentos de la memoria a corto plazo. El vuelo matutino desde Tallin. Los cuarenta y cinco minutos en Helsinki. El calvario bovino del embarque. Hizo memoria de cuantos pasajeros pudo. Janika, la estonia parlanchina que iba de visita a Estados Unidos. El hombre sin cuello con pinta de rana toro junto al que se había sentado en la puerta de embarque. La joven de cejas espesas con una sudadera de la Universidad de Oxford que había sonreído a John cuando pasó de camino a la clase turista. (Ningún asiático olvida a una chica blanca que le sonríe, cejijunta o no.) Un hombre joven del que solo se acordaba porque era negro. Una chica estudiosa de cabellos lacios con una holgada blusa blanca. Un veinteañero con una camiseta que decía DAS PUTA PENA. Las azafatas y sus pantalones de color azul pálido. John había sido consciente de

su condición asiática en ese vuelo de Finnair, en ese clima septentrional, y recordó ahora el alivio anticipado por regresar a California, a su ciudad universitaria, al bufet multirracial de sus aceras, a sus tiendas de música y sus restaurantes, a las variedades de floración de cannabis.

Pero estaba la cuestión de su iPhone. Era evidente que alguien se lo había quitado. Lo había buscado debajo de todos los asientos de clase preferente. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? El compresor de aire había causado daños a la puerta, había conseguido abollar el revestimiento y arrancar el pomo, que John se había guardado en el bolsillo por si necesitaba arreglarlo más tarde, aunque no tenía ni idea de cómo. Encontró varias herramientas en un armario de popa, que ahora ocupaban el asiento a su lado. La puerta no había cedido.

Con la repentina necesidad de reafirmar la existencia del mundo exterior, sacó una revista de la bolsa de malla en el costado del asiento y sintió la portada plastificada tan fría y resbaladiza como cristal. El catálogo de la tienda aérea de Finnair. Incluso en esas circunstancias, el atractivo de comprar a bordo de un avión continuaba siendo un misterio. Aun así, a manotazos, hojeó las páginas gruesas y limpias. Collares de perlas por cincuenta euros. Barras de desodorante Dolce & Gabbana por veinte. Bases de maquillaje L'Oréal por treinta. Páginas de chocolates y dulces europeos. Llegó a las últimas páginas, electrónica, y se fijó en un teléfono BlackBerry Curve 8310 de 245 euros, alimentado por energía solar. Casi con toda certeza, decenas de pasajeros del avión llevaban móvil, muchos de los cuales quizá aún siguieran en los equipajes de mano. Aunque era improbable que tuviera cobertura, quizá encontrara un dispositivo que permitiera el envío de un

mensaje o un correo electrónico guardado una vez que el avión alcanzara una menor altitud.

En el momento en que se levantaba, el avión tembló como si se resistiera a una reentrada atmosférica. Se sentó y se abrochó el cinturón. Su miedo, que casi había tenido bajo el control de la esperanza, parecía indomable de nuevo. Respiró hondo. No estaba seguro de qué hora era, ni de cuánto tiempo llevaba en el avión, pero la persiana de su ventanilla, al igual que el resto de primera clase, estaba ahora levantada y, una vez más, perdió la mirada en la oscuridad glacial de la troposfera. Pensó en su mujer, en sus alumnos, en la preocupación que manifestaban por él y, de nuevo, se levantó.

Le extrañó sentirse mejor una vez que tuvo reunido en torno a su asiento todo el equipaje de mano de la clase preferente. Permanecer cerca del sitio que le habían asignado parecía importante, aunque no sabría explicar por qué. Procedió a registrar las maletas y bolsas de viaje, la mayoría de las cuales eran pequeñas. Las personas que pagaban un pasaje de clase preferente no dudaban en facturar el equipaje. No tenían que esperar en la cola del taxi; aterrizaban y se encontraban con hombres jordanos que sostenían carteles con sus apellidos. John abría cremalleras y deslizaba la mano en una apertura tras otra, palpando, apretando, buscando. No quería desordenar innecesariamente las cosas de nadie. Cualquier objeto que le pareciera prometedor lo extraía a través de la cremallera de su membrana. Al finalizar el registro, se sentó entre kits de afeitado, cámaras digitales, iPods, botellas de vodka libres de impuestos con alfabeto cirílico, varias plumas Montblanc y un torpedo de plástico rosa que había tardado en reconocer como un juguete sexual.

También había media docena de maletines de ordenador, todos ellos vacíos.

Se trasladó a clase turista, pero antes de que hubiera conseguido vaciar un solo maletero, el estómago envió otra dosis de abrasadores residuos hacia su punto de salida. Se dirigió dando tumbos al aseo mientras se desabrochaba los pantalones y evacuó antes de pudiera situarse encima del anillo de plástico del inodoro metálico. El olor no tenía equivalente que pudiera nombrar. Apestaba, por alguna razón, a naranjas. Su espita intestinal volvió a abrirse; los excrementos escaparon de él en ráfagas ávidas. Ahora sentía náuseas y vértigo, y el cerebro como un inválido a quien nadie se había acordado de visitar en meses. Al cabo se lavó las manos.

El decoro ya no le preocupaba. Recorrió el primer pasillo abriendo compartimentos y arrojando con violencia sus contenidos al suelo. Pronto se encontró hundido hasta las rodillas en equipaje. ¿De verdad iba a revisarlo todo? No. Su rabia era ahora demasiado primordial y tuvo que obligarse a regenerar el cuidado y la atención que se requería para registrar las maletas. Pasó al segundo pasillo, apretando los botones de los portaequipajes mientras lo atravesaba. Las puertas se abrieron poco a poco con un estallido suave y satisfactorio. Gran parte de ese avión se mantenía entero por medio de bisagras de plástico. Estaba dentro de un tubo de metal, surcando los límites del espacio exterior, mientras a quince metros de él unos motores enormes vomitaban llamas invisibles a unos mil grados de temperatura. ¿Era eso menos extraordinario que la realidad en la que ahora se hallaba atrapado?

Descubrió a Janika en el antepenúltimo compartimento, aunque,

dado que estaban conectados de tres en tres, ella los ocupaba todos, si bien de forma desventurada. El rostro amoratado, con los ojos bizcos y la boca tapada con cinta adhesiva mandaron a John al suelo con tanto estrépito como si hubiera recibido un puñetazo. Cuando por fin alzó la mirada, vio que uno de sus brazos había resbalado de su confinamiento. La mano le temblaba un poco debido a las turbulencias que él ya no percibía. La sacó del hueco con cuidado. Cuando todo el cuerpo estuvo libre, pareció ganar cuarenta kilos de forma espontánea. John cayó hacia atrás y Janika lo hizo sobre él, encima de un lecho de maletas y sus contenidos protuberantes.

Los ojos bizcos de Janika, tan próximos a los de John pero incapaces de encontrarlos, parecían atormentados por un indeseado conocimiento final. Costras secas de sangre rebosaban de las fosas nasales. Las mejillas estaban cubiertas de telarañas de capilares rotos; las venas subcutáneas de la frente y las sienes, lívidas. John la apartó a un lado y profirió unos ruidosos alaridos de primate. Trató de despegar la cinta de la boca de Janika, pero el sonido de la piel muerta tirando de la musculatura era de pesadilla, tan fangoso que John echó a correr gritando hacia la clase preferente.

Decidió volver a golpear la puerta de la cabina de vuelo con el compresor de aire. Esta vez, sin embargo, no pararía. Entró en clase preferente para encontrar que la pantalla en la que se habían emitido anuncios de servicio público antes del vuelo estaba bajando. Las luces se apagaron en silencio. El pánico lo envolvió. Dio dos pasos, tropezó y cayó. Incapaz de ver y retrocediendo a rastras hacia la clase turista sobre un arrecife de maletas, sus pensamientos se volvieron neandertales. Regresar, regresar al refugio. Pero no

había ninguno. Lo que había experimentado hasta ese momento no era miedo. El miedo era líquido; viajaba por el torrente sanguíneo; buscaba el embalse del cerebro. El verdadero miedo, descubrió ahora, adquiría su poder no de lo que podría suceder, sino de lo que uno comprendía que sucedería. Sobre él sonaba un ronroneo de maquinaria. Lo reconoció como lo que era: por toda la cabina de pasajeros se desplegaban pantallas más pequeñas. John miró la más cercana. Estaba encendida, pero en negro. La pantalla brillaba como el vinilo: más oscura, de algún modo, que la verdadera oscuridad.

Entonces, una imagen con nitidez de vídeo digital, aunque en la franja inferior parpadeaba vagamente una forma de onda. John estaba demasiado lejos para darle un sentido. Se enderezó. Lo que vio cuando se acercó lo suficiente fue una pequeña habitación de madera contrachapada filmada desde el ángulo característico e impersonal de las cámaras de vigilancia. En la habitación había dos figuras. En una silla, tras una mesa pequeña, una mujer. Dando vueltas en círculo alrededor de ella, un hombre con botas, pantalones negros holgados, camiseta negra sin mangas, pasamontañas negro. El audio sonaba metálico, distante, claramente grabado sin micrófono. En la imperfección ventiscosa del vídeo digital poco iluminado, John tardó en reconocer a Janika. Parecía estar atada a la silla y lloraba con una desesperación callada y serena. El hombre miró a la cámara, se acercó a ella y luego alargó la mano y la agarró. El dispositivo no estaba fijada a ningún tipo de sistema de vigilancia: era una cámara de mano. La imagen entró en un torbellino, pero se estabilizó enseguida, salvo por unos cuantos vaivenes.

Un segundo hombre, con idéntico atuendo, entró en la habitación

por una puerta inadvertida hasta el momento. Miró directamente a cámara y cerró la puerta con extraña suavidad. El hombre que grababa ahora debía de haber hecho un zoom mientras el segundo se aproximaba: su rostro enmascarado no llenaba la pantalla, se adueñaba de ella a la fuerza. John observó al hombre que le devolvía la mirada. Eso también era viajar en el tiempo. Ahora que había desaparecido de la vista, los sollozos húmedos y débiles de Janika se hicieron más agudos, más plañideros. O tal vez solo reaccionaba a la entrada del segundo hombre.

El individuo en cuestión no medió palabra. Los ojos, inanimados, no destacaban de manera especial. Cuando, por fin, se dio media vuelta, se afanó en algo sobre la mesa. John se percató de que estaba escribiendo algo y, una vez que terminó, se colocó de cara a la cámara. Sostenía una hoja de cartulina blanca llena de letras de contigüidad casi perfecta. John no esperaba que dijera lo que decía. Sin embargo, se sintió agradecido, pues ahora entendía lo que sucedía y por qué. El hombre colocó la cartulina sobre la mesa antes de fijar su atención en Janika, que ahora chillaba. En cuanto al mensaje, John aún podía leerlo: CATEGORÍA 1.

Tras la charla, Ilvi le preguntó a John si le apetecía ir con ella y algunos más, incluida la ponente que lo había precedido, a tomar una copa en el casco antiguo. ¿De verdad era tan estúpida? John consiguió rehusar la oferta con una reverencia sumisa, una alegación de agotamiento y múltiples gracias. Empezaba a sentirse odiado y espectral, no tanto un hombre sino como una idea desagradable. Mientras se abría paso hacia la salida, la gente se apartaba de su

camino como si él estuviera tirando petardos encendidos. Se preguntó durante cuánto tiempo sería su vida así.

Algunas de las preguntas habían sido en efecto hostiles, la más mordaz planteada por una mujer mayor de la primera fila con un rostro de piel tan estirada como un kayak. Había preguntado malhumorada qué haría John en el caso de que el Tribunal Penal Internacional lo acusara formalmente de crímenes de guerra. John le contestó que no preveía que eso sucediera y luego mintió: «Si le soy sincero, no me preocupa».

John había planeado pasar otro día en Tallin. Al pensar en ello una vez fuera de la sala de conferencias, se metió en un aseo de caballeros junto al pasillo y clavó el dedo en el iPhone hasta que estuvo conectado a internet. El congreso había pagado el vuelo de John pero, a petición suya, había dejado abierta la vuelta. En cuestión de minutos había cambiado el billete. Magia. Menos mágico era el hecho de que ahora era mil quinientos dólares más pobre. Era difícil no considerar aquello como una ganga.

John salió del aseo de caballeros y se encontró con un hombre de tez reluciente y lampiña, que lo esperaba. Su atuendo era una versión carnavalesca de un ejecutivo tecnológico: americana azul marino, sin corbata, vaqueros, zapatillas de correr. Sin duda era estadounidense. El rostro rebosaba de una expresión de reconocimiento unilateral a la que John aún no había llegado a acostumbrarse, debido casi con certeza a que era una expresión que nunca conseguía admitir como unilateral. El hombre sabía quién era John; por lo tanto, John estaría encantado de conocerlo. Todo el mundo era la estrella de su propia historia.

Pronunció el nombre de John y extendió la mano. Apareció una

tarjeta de visita engalanada con el membrete de la embajada. RUSSELL GALLAGHER, OFICIAL DE ENLACE CULTURAL. Según la limitada experiencia de John, términos como «cultural» u «oficial» solían servir de camuflaje en operaciones de inteligencia.

John trató de devolverle la tarjeta, pero Gallagher insistió en que se la quedara. Se la guardó en el bolsillo y preguntó:

—¿Es usted mi enviado?

Gallagher tenía la risa de un niño acosado a cosquillas, aunque la edad empezaba a realizar su trabajo en torno a los ojos y el nacimiento del pelo había empezado a retroceder.

—Por desgracia, no. Usted no es demasiado popular en la embajada. Quizá ya lo sepa, pero trataron de que le retiraran la invitación a este sarao.

John era consciente de que, entre los vestigios residuales partidarios de la Administración, podía esperar declaraciones de persona non grata. Pero que una embajada intentara impedir su participación en un congreso internacional parecía asombroso. ¿Es que esa gente no tenía nada mejor que hacer?

—De hecho —le dijo a Gallagher—, no lo sabía.

La indiscreción provocó más risas en el oficial de enlace cultural. John pensó que se esforzaba demasiado.

—Resulta que a una amiga suya, la profesora Armastus, no le gusta que la presionen. También tiene amigos. Cuantas más presiones ejercía la embajada, más determinados estaban en tenerle a usted aquí. Gran charla, por cierto.

—La he conocido esta noche. Pero gracias.

—Escuche —prosiguió Gallagher, consciente de que el asunto del que quería hablar se movía por el filo—, estoy aquí por voluntad

propia para decirle que muchos de nosotros le agradecemos lo que hizo.

—Gracias otra vez.

Miró a John, con una expresión de amable descaro en el rostro.

—Mi padre era veterano de Vietnam, del setenta uno al setenta y dos. Estuvo involucrado en el programa Fénix. Siempre decía que la razón de que aquel nombre tan malo era porque lo habían creado genios y lo habían ejecutado idiotas. Pero incluso en esa época fue lo más eficaz que lanzamos contra el Viet Cong. Los comunistas lo admitieron después de la guerra. Mi padre estuvo en Saigón y me contó que, en 1972, la esperanza de vida media de un líder de una célula comunista en la ciudad era de unos cuatro meses. Y nada de lo que defendía usted era peor que las cosas de las que mi padre se enorgullecía de haber hecho en el programa Fénix. Solo quería que supiera que somos muchos los que le admiramos.

Mientras preparaba los memorandos, John había investigado el programa Fénix. Se enteró de que la CIA había hecho promesas internas de que «operaría de acuerdo a las leyes normales de la guerra». También descubrió que varios oficiales estadounidenses involucrados en el programa solicitaron que los relevaran de sus funciones porque consideraban inmoral lo que hacían. John se quedó mirando a Gallagher. Su destino en un objetivo pobre como Estonia hablaba por sí solo. Su padre cazaba comunistas. La acción más peligrosa que el hijo podía emprender consistía en desafiar a su embajada para decirle a John que mantuviera la cabeza alta. El conservadurismo del cual Gallagher era sin duda discípulo no constituía una filosofía propiamente dicha. Era simplemente mal

humor. Ninguno de los dos pronunció palabra durante unos segundos.

—¿Le apetece un trago? —preguntó Gallagher—. Tiene pinta de necesitar uno.

John no quería beber, pero quizá le viniera bien. Salieron juntos del Viru a la persistente luz solar que había a las diez de una noche veraniega en Tallin. John le preguntó a Gallagher cuánto tiempo llevaba destinado allí.

—Estuve antes en Grecia. Diez años. Y antes, en los marines. Me hicieron capitán en 1998. Me perdí toda la diversión.

Caminaron hacia el centro del casco antiguo. A la luz desfalleciente, los edificios parecían brillar como celdas de animación. La gente bebía en las terrazas de los bares, mientras paseaban, mientras esperaban a que el cajero les sacara una lengua de dinero. John se fijó en las pandillas de jóvenes rusos, de miradas duras y andares vacilantes; en los escoceses que cantaban, entrelazados los unos a los otros por la cintura, en los fumadores que se tambaleaban a la puerta de cada uno de los pubs. También reparó en las mujeres mayores que pedían limosna, con vestidos andrajosos, impropios de la estación, todas ellas con aspecto de haber sufrido una inquebrantable maldición gitana.

—¿Con qué clase de culturas hace usted de enlace aquí? —preguntó John.

Gallagher lo miró.

—Se sorprendería. Pero es una ciudad divertida para vivir, aunque los estonios son algo inescrutables. Un colega mío que toca el bajo me contó que en todos los sitios del mundo en los que ha vivido siempre ha sido capaz de actuar en sesiones de micro abierto. Todo

el mundo necesita un bajista. Cuando llegó a Tallin, se presentó a una y había cinco estonios esperando con sus bajos, buscando un guitarrista. Este es un país de bajistas.

Los ojos de John se engancharon en dos diosas nórdicas que caminaban hacia él, con tacones altos y vaqueros ceñidos como una segunda piel. Las dos mujeres se movían con el aire aguerrido de quienes codician en secreto un acoso continuo de baja intensidad, el cual estaban consiguiendo. A su paso dejaban una sarta de súplicas vociferadas en ruso.

Gallagher también se fijó en las mujeres.

—Y también está eso, por supuesto. En Tallin hasta las chicas feas son bonitas a su manera. Lo contrarresta el hecho de que hasta las inteligentes son también un poco estúpidas.

Prosiguió mientras caminaban. La cháchara sobre mujeres dio paso a una cháchara sobre Finlandia, la cual derivó en otra cháchara sobre las fuerzas especiales soviéticas, que a su vez se convirtió en una narración condensada de los acontecimientos que tuvieron lugar en los años noventa. Las transiciones de un tema a otro eran inexistentes. Pronto el soliloquio regresó a su padre, pero John ya no escuchaba. En vez de eso, estudiaba a Gallagher. Tenía los cabellos finos, lacios y del color del centeno, y se los atusaba hacia delante con frecuencia, un tic de colegial travieso que se había reactivado en la mediana edad para ocultar las entradas. Hablar de su padre llevó a Gallagher a regodearse en quejas inespecíficas, aunque aún insistía en reírse cada tres o cuatro frases.

—Y eso es lo que siempre decía mi padre —concluyó.

John, que no había logrado captar lo esencial del colofón de Gallagher (en caso de que lo hubiera), asintió con la cabeza.

El otro hizo lo propio y luego:

—Murió hace solo un año, ¿sabe?

—Lamento su pérdida.

—Cuando se filtraron sus memorandos, incluso hablamos del tema. Le pregunté su opinión y predijo que los terroristas usarían nuestros propios tribunales en nuestra contra. Dijo: «Joder, yo violé en persona el artículo III de la Convención de Ginebra. ¡Y varias veces!».

Unas arrugas de preocupación se formaron en la frente de John. Aquello era un error.

—Aquí estamos.

Gallagher señalaba un bar subterráneo junto a Pikk, una calle de absurda belleza por la que John había deambulado arriba y abajo ese mismo día. De las ventanas del sótano colgaban luces de Navidad; no había ningún letrero. John no bebía, al menos no en el sentido con que conceptualmente se honraba a lo que la gente quería decir con «beber». Una copa de vino cada dos o tres noches, siempre con algo de picar; alguna que otra cerveza de importación las calurosas tardes de domingo; un whisky de malta después de una cena cara. Cuando Gallagher propuso un trago, John se imaginó a los dos en un bar de vinos tomando una copa de coñac. Era una de esas normas sociales que uno rompe solo con un gran riesgo: nunca vayas a ningún sitio con nadie a quien no conozcas bien.

John siguió a Gallagher por unas escaleras de cemento propias de un refugio antiaéreo. Sintiéndose ya incómodo, su inquietud se acrecentó cuando Gallagher abrió la puerta —con un saludo jovial— y se dirigió sin dilación a la barra, donde intercambió unas palabras con la preciosa aparición que trabajaba detrás. John decidió retarse

a sí mismo a un jueguecito para ver cuánto tiempo duraba allí. Encontró una mesa y esperó a que Gallagher se le uniera, pero cuando miró atrás, el hombre le sostenía la mano a la camarera. Le dio la vuelta y le recorrió la palma con el índice, como un adivino trazando un elaborado augurio. Con una sonrisa, la camarera se soltó y maniobró la espita mientras Gallagher miraba alrededor con suficiencia. Ella le lanzó un beso mientras le tendía dos pintas y él alzó los vasos. En el momento en que él le dio la espalda, la camarera dejó de sonreír.

En cuanto a los demás clientes... no parecía haber ninguno. John había escogido como base la mesa situada más en el centro de las cuatro que había en el local. Sentadas a lo largo de un reservado trágicamente mullido en la pared había media docena de jóvenes, mirando al techo con los brazos cruzados y sus bolsos en el regazo. Al otro lado del local, otra mujer bailaba en un escenario no mayor que la mesa a la que John se había sentado. Por suerte no estaba desnudándose ni parecía interesada en hacerlo, sino que se contoneaba con movimientos lánguidos y aburridos al ritmo de una música que sonaba con tanta timidez que John apenas la oía. Las paredes y la alfombra eran de color rojo infierno, el único motivo decorativo reconocible. Que así fuera exactamente como John imaginaba el averno no reducía la impresión. Gallagher se plantó en la silla frente a John y empujó una cerveza hacia él.

—Lo normal es que esto se anime a partir de la una o las dos.

John hizo un gesto con la mano.

—¿Qué es esto?

A medio trago, Gallagher enarcó las cejas. Cuando bajó el vaso, la lengua le afeitó con agilidad el bigote de espuma.

—Un lugar para caballeros entendidos. No se preocupe. No es ningún sitio en el que no quisiera estar.

Acto seguido, la bailarina se acercó y se sentó junto a John. Era de una belleza agresiva y llevaba un vestido negro que habría cabido en un monedero. El baile la había dejado sudorosa y radiante, un ecosistema en miniatura.

—Gallagher, por favor. —John miraba con aire lastimero a su anfitrión, que rompió a reír de nuevo.

—Solo un trago, consejero. Este es un buen lugar para relajarse si se deja llevar. —Y dirigiéndose a la bailarina, dijo—: Cariño, *davei*. Ven a sentarte conmigo.

Ella obedeció. La siguiente mujer que se acercó hizo caso omiso de los gestos de Gallagher para que se marchara y se sentó junto a John.

Le estrechó la mano. Las piernas eran una ruina de delgadez y los pantalones elásticos se ceñían a los muslos, pero apenas mantenían la forma en las pantorrillas. El cuello era un tronco de caña venoso. Sorbió por la nariz de manera afectada y se sacó dos horquillas plateadas del pelo negro. Eran un mero adorno: ningún cabello díscolo le cayó sobre el rostro. Examinó las horquillas como quien busca oro en el lecho de un río. Estaba esperando a que John hablara. Volvió a ponérselas y se estudió el pie mientras taconeaba sobre la alfombra roja, que parecía haber sido receptora de múltiples pesares gástricos. Las uñas eran del color del papel de aluminio. John seguía sin hablar. Gallagher, entretanto, congeniaba con la bailarina. Sinceramente. Parecía que mantenían una conversación seria. La mujer junto a John encendió un cigarrillo y le dio una de esas caladas largas y crepitantes que hacían que fumar pareciera

atractivo. El humo se escurrió por la comisura de los labios. Después de un minuto así, la mujer se marchó y John se quedó a solas con su cerveza.

Lo que no le preguntaron tras la charla fue si había sentido alguna reserva a la hora de redactar los memorandos. Las había tenido de forma esporádica. Como todos. Al principio, le preocupaba que los interrogadores no se vieran contenidos por los mismos escrúpulos morales que él, John, sentiría. También le preocupaba la «escalada de fuerza», cuando la fuerza aplicada sin éxito conduciría sin remedio a una intensificación de la violencia. Al fin y al cabo, los interrogatorios «mejorados» se disculpaban solo si se presuponía que la persona detenida sabía algo. Era la razón por la que nunca imaginó que se aplicaría a nadie que no fuera miembro de al-Qaeda.

John entendía que sus argumentos fueran controvertidos y a veces incluso repulsivos, pero se basaban en valoraciones más legales que éticas. John no había elaborado políticas ni había concebido las formas que adoptaba el «interrogatorio mejorado». Se había limitado a sopesar su legalidad frente a los estatutos pertinentes. Los memorandos se habían ocupado de dieciocho métodos, divididos en tres categorías. La primera se restringía a dos técnicas: gritos y engaños. La segunda comprendía doce: posturas de estrés, aislamiento, encadenamientos en posición vertical de hasta cuatro horas, explotación de fobias, documentos falsos, supresión de salas de interrogación estándar, interrogatorios de veinticuatro horas, variaciones en la comida, desnudamiento, depilación forzada, privación sensorial y música alta. La tercera categoría, cuyo uso se reservaba a los casos más difíciles, se descomponía en cuatro técnicas: contacto físico moderado,

escenarios que amenazaban la vida del prisionero o de su familia, exposición extrema a los elementos y ahogamiento simulado. Había también una cuarta categoría, sobre la que, por fortuna, nunca le habían pedido que emitiera ningún fallo. Era también la más solitaria. Su única técnica: rendición extraordinaria.

John se había dicho, mientras sopesaba la idea de abandonar el departamento de Justicia, que las cosas mejorarían una vez que estuviera fuera. Paseos otoñales por un claustro, alumnos devotos esperando a la puerta de su despacho, toda la atmósfera intramuros que Washington solo podría proporcionar como una aproximación corrompida. Justicia era un museo y sus pasillos de mármol frío conducían a una suerte de progeria intelectual: hasta los jóvenes envejecían con premura. Addington fue a quien más entristeció la marcha de John. «¿En serio quieres dar clases a niños ricos malcriados que acaban dando un buen nombre a las masas proletarias asesinas?», le había preguntado.

Transcurridos unos meses desde la marcha de John, muchas de sus disposiciones se retiraron y luego se suspendieron. John se enteró más tarde de que Addington había protestado, alegando que el presidente confiaba en los puntos de vista de John. En ese caso, respondieron, quizá el presidente hubiera infringido la ley. Cinco meses después, Abu Ghraib. Siete meses después, los memorandos de John se desclasificaron. Gonzales, en la rueda de prensa, afirmó que quería mostrar a los medios que se habían llevado a cabo las debidas diligencias e investigaciones legales en cada paso del proceso de interrogación mejorada. Eso era lo que él creía realmente que estaba en tela de juicio.

John jamás olvidaría la energía viperina que se enroscaba en

aquellas reuniones del Consejo de Guerra. Estaban todos tan seguros de sí mismos como si fueran maoístas. Feith, Haynes, Addington, Gonzales, Flanigan... hombres a la vera del presidente. Los abogados de los abogados. La nación había sufrido un infarto y ellos manejaban las palas del desfibrilador, trabajando codo con codo a fin de improvisar estrategias legales para algo que ninguna ley existente era capaz de contener. Se reunían en el despacho de Gonzales en la Casa Blanca, a veces en Defensa. Reuniones sencillas, de las que no quedaba constancia, sin catering, en las que el mayor lujo lo componían unas cuantas Coca-Colas light. A menudo, durante esas reuniones, John miraba a Gonzales y luego a sí mismo. John era estadounidense de primera generación; Gonzales, hijo de inmigrantes tan pobres que ni siquiera tenían teléfono. Y, aun así, ahí estaba, bosquejando políticas durante la crisis de seguridad nacional más grave del último medio siglo, actuando de consejero personal del hombre más poderoso del mundo. Ese era el país por el que John había estado dispuesto a hacer cualquier cosa legal para protegerlo.

Después estaban Feith y Addington, androides que consideraban a los demás seres humanos como poco más que un interesante conjunto de disfunciones mentales. Los hoyuelos en el arrugado rostro de teleñeco de Feith eran embalses de veneno. Hizo circular memorandos sin información de remitente ni destinatario, de modo que nadie podía comprobar a quién se enviaban, y con copia a personas que nunca llegaron a recibirlos. Pronunció discursos sobre la santidad de Ginebra solo para acentuar la incongruencia de que su sagrado sudario lo estuvieran mancillando los terroristas. La suya era una abogacía tan manifiestamente confusa que aquellos que

oían a Feith hablar sobre Ginebra salían pensando que el artículo III se aplicaría a cualquiera que Estados Unidos capturara. Al término de uno de sus monólogos, Feith consiguió que un jefe del Estado Mayor Conjunto creyera erróneamente que las dieciocho técnicas de interrogación mejorada se encontraban autorizadas por el manual de campo del ejército. En realidad, ninguna de ellas lo estaba. ¿La idea de crear una nueva agencia de inteligencia llamada Conciencia de Información Total, cuyo logo era un demencial ojo masónico que vigilaba el mundo? Solo de Feith.

En cuanto a Addington: los ojos de un icono ruso, el porte de Lincoln, la disposición de una granada de mano. Tras los ataques, Addington empezó a llevar en el bolsillo un ejemplar de la Constitución tan sobado y maltrecho que parecía que hubiera servido de pañuelo, de posavasos o de ambas cosas. Siempre que alguien discrepaba de él, lo sacaba y empezaba a leer extractos. Era el don especial de Addington para formular argumentos legales y morales en términos bélicos, mientras que cualquier discusión sobre la guerra de verdad la envolvía en eufemismos diáfanos. Quizá fuera esa la razón por la que, de todos ellos, solo Addington se libró. Únicamente él había conseguido que su nombre no apareciera en ningún documento importante.

Habían intentado legislar en una atmósfera en la cual se trabajaba con la hipótesis de la bomba de relojería en vez de con un remoto Plutón estadístico. John se daba cuenta ahora, pero solo se trataba de una forma de verlo. Otra era esta: la inteligencia era la capacidad de discernir la aplicabilidad de la información externa recibida. La mejor parte del conocimiento consistía en saber lo que uno podía permitirse olvidar.

Tres personas habían sido víctimas del método del submarino. Tres personas. Y por ese motivo él tenía que afrontar preguntas sobre crímenes de guerra. John había oído que su sucesor accedió a someterse al submarino antes de emitir un fallo sobre si excedía los límites. La respuesta: sí. Pero, a pesar de todo, a pesar de todo el debate y las carreras cercenadas, aún se permitía a la CIA usar el ahogamiento simulado (John prefería ese término, más sincero), y justo como John había argumentado al principio. El núcleo de su razonamiento permaneció intacto. Por supuesto, ningún miembro del departamento de Justicia quiso autorizar el uso de esa técnica, pero el presidente encontró a su hombre. Como siempre. Pero eso era amargura y John no estaba resentido. Le habría gustado ver a Feith, a Gonzales o a Ashcroft, a cualquiera de ellos, solos en una ciudad europea, respondiendo preguntas sobre políticas que ellos mismos habían aprobado y de las que ahora se avergonzaban.

John perdió la mirada en el vaso de cerveza, ahora un pozo de cristal vacío. De algún modo se había terminado la pinta. Podría quedarse rumiando allí, lo sabía, toda la noche y dejarse arrastrar por un oleaje de oscuridad.

—Me voy a marchar ya —le dijo a Gallagher, que seguía manteniendo una instructiva conversación con la bailarina.

El otro miró a John.

—Espero que haya reservado tiempo para visitar mañana el museo de la Ocupación.

—No puedo. Salgo por la mañana. —John miró el reloj. Era más de medianoche.

Gallagher se reclinó en la silla.

—Una pena. Tallin es un buen sitio para pasar el día.

—Gracias por la cerveza —dijo John, y se puso en pie—. No hace falta que me acompañe. Podré encontrar el camino de vuelta.

El hombre permaneció sentado, pero extendió la mano.

—Espero que algún día nos volvamos a ver. Que tenga un buen vuelo mañana.

En la puerta, John echó un último vistazo a Gallagher. Estaba ya al teléfono, encorvado en la silla, mientras la bailarina se levantaba y se iba. Se dio cuenta de que John se entretenía en la puerta y le dirigió un saludo militar algo torpe. Era difícil creer que aquel tipo fuera un marine. John se preguntó, solo por un instante, con quién habría estado hablando.

La película del interrogatorio de Janika duró veinte minutos o dos horas. Era imposible no perder la noción del tiempo en la oscuridad. La luz proveía de asideros e indicadores al curso del tiempo. El tiempo pasado en la oscuridad era como conducir por un campo de maíz: una similitud interminable, colmada de lo invisible.

Qué reacción pretendían provocarle con aquello lo desconocía John. No se compadecía ni más ni menos que antes de aquellos que habían torturado con su ayuda. Lo habían malinterpretado. No comprendían aquello por lo que había abogado. Aquellos al mando del avión y, ahora, de su vida no tenían nada que obtener de él, aparte de alimentar su sadismo. En contrapartida, él no tenía nada que pudiera darles, aparte del regalo de su tormento. La tortura, había escrito, era una cuestión de intención. Ahora sabía que era mucho más que eso. El intercambio de conocimientos oscuros, una

revelación de capacidades ocultas, la aniquilación de la comunicación.

De pronto, John se encontró con la mirada fija en el techo de la cabina, en las toberas vagamente quirúrgicas que difundían aire a chorros. Las luces volvían a estar encendidas. Se retorció en el asiento de clase turista del que se había apropiado, pero no estaba preparado para ver el cuerpo quebrado de Janika, aún enredado en el equipaje. Al levantarse, ráfagas de aire aliñado con vómito escaparon por las chimeneas de tela de su ropa.

Después de que el torturador de Janika hubiera completado la categoría I y las técnicas visualmente operísticas de las categorías II y III, varios hombres más entraron en la habitación. Lo que sucedió a continuación lo espantó más que cualquier otra cosa que John hubiera presenciado jamás. Se negó a mirar la mayor parte del tiempo y solo abrió los ojos cuando los ruidos de lucha por parte de ella cesaron. Mientras los hombres confirmaban la ausencia de signos vitales en Janika, la película terminó.

John regresó a su plaza asignada. En ella descansaba su iPhone, blanco como una oblea. Una muda riada de pensamientos inundó las hondonadas de su mente. Una de ellas era sobre Gallagher, la única persona que sabía que John había cambiado su vuelo. Su tarjeta seguía en el bolsillo del pecho. La sacó y miró, tocando con el pulgar el sello en relieve de la embajada. Se preguntó cómo sabía Gallagher que no tiraría la tarjeta. Se preguntó cómo podía ser que Janika apareciera en el vídeo del interrogatorio con la misma ropa que llevaba en el avión. Se preguntó cuánto tiempo había estado en realidad inconsciente y si ese era el mismo avión en el que había embarcado. Se preguntó en qué parte de la nave se ocultaban

quienes le estaban haciendo eso. Se preguntó, además, cómo era posible que su iPhone tuviera cobertura, pero ahí estaban: dos barras. Le vino la respuesta a una de las preguntas: Gallagher no había previsto que John guardara su tarjeta. John ya había marcado cuatro dígitos cuando la aplicación reconoció el número; lo habían añadido a los contactos.

Gallagher contestó al tercer timbrazo.

—Tallin es un buen sitio para pasar el día. Debería haberme hecho caso.

¿Qué podía decir John? Tenían lo que querían.

—¿No hay nada que quiera preguntar? No le culpo. Tiene problemas más graves, consejero. Probablemente debería darse la vuelta ya mismo.

Eso hizo. Un hombre con un pasamontañas negro y una camiseta que decía DAS PUTA PENA golpeó a John en la cara con un instrumento romo de formidable metal. Cuando las rodillas tocaron la moqueta, reconoció el objeto: el mismo compresor de aire que había usado para aporrear la puerta de la cabina. La cabeza de John mutó de dolor. No recordaba el segundo golpe, pero debieron de asestárselo, porque despertó, de nuevo bruscamente, en una habitación de madera contrachapada, atado a una silla. Estaba ciego de un ojo. Le habían desaparecido varios dientes y sentía la lengua tan hinchada y llena de sangre como una sanguijuela. Se miró la ropa: un mandil de carnicero. El motor del avión seguía en sus oídos. Las turbulencias sacudieron la habitación. Oyó llantos en algún lugar cercano. Sentado frente a John estaba Gallagher, que juntaba las manos encima de otra cartulina. No se la enseñaba a John, pero pudo leer lo que ponía. Gallagher le dijo a John que podía prometerle

preguntas, pero no respuestas. También le dijo que aquel era un territorio nuevo para todos los involucrados. Ni siquiera estaba seguro de adónde les conduciría.

—¿Está listo? —le preguntó Gallagher—. Tengo que saber si está preparado.

John asintió, codiciando de algún modo un trago de su propia sangre. La puerta detrás de él se abrió. Ruido de pasos. Manos como hocicos desdentados lo apresaron.

La categoría V había empezado.

DOS MINUTOS Y CUARENTA Y CINCO SEGUNDOS

Dan Simmons

Dan Simmons ha escrito novelas de ciencia ficción galardonadas (*Hyperion*), novelas de terror premiadas (*Los vampiros de la mente*) y relatos que contienen elementos de ambos géneros. He aquí uno de sus mejores cuentos, extraordinario por su claridad y brevedad. Simmons sugiere que dos minutos y cuarenta cinco segundos puede ser la duración de una canción pop..., un viaje en una montaña rusa... o el tiempo justo para contemplar la muerte que se dirige sin freno hacia uno.

Roger Colvin cerró los ojos, la barra de acero se asentó con firmeza sobre su regazo y emprendieron la pronunciada ascensión. Oía el traqueteo de la pesada cadena y el chirrido de las ruedas de acero contra los raíles mientras subían la primera colina de la montaña rusa. A su espalda, alguien soltó una risa nerviosa. Pese a su vértigo y a que el corazón le martilleaba dolorosamente las costillas, Colvin echó una ojeada por entre los dedos extendidos.

Los raíles de metal y la estructura de madera blanca aparecían casi cortados a pico ante él. Colvin iba en el primer vagón. Bajó las manos y se aferró con fuerza a la barra de seguridad, donde notó el sudor seco de otras palmas pasadas. Alguien rio tontamente a su espalda. Volvió la cabeza solo lo suficiente para atisbar el borde de los raíles.

Estaban ya a mucha altura y continuaban ascendiendo. El paseo central de la feria y los aparcamientos menguaban por momentos, los individuos eran indistinguibles y las muchedumbres se convertían en simples alfombras de color que se fundían en un mosaico mayor de geometrías conformadas por calles y luces mientras se hacía visible la ciudad entera, luego todo el país. Ascendían con estrépito. El azul del cielo se oscureció. Colvin alcanzó a ver la curvatura de la tierra en la distancia brumosa. Se dio cuenta de que estaban muy por encima de la orilla de un lago cuando captó entre las traviesas de madera el reflejo de la luz en las crestas de las olas kilómetros por debajo. Colvin cerró los ojos mientras atravesaban por un instante el aliento frío de una nube y los abrió de golpe cuando el estruendo de la cadena cambió de tono, mientras la pendiente se reducía, mientras coronaban la cima.

Y la rebasaban.

No había nada más allá. Los dos raíles se curvaban hacia abajo y terminaban en el aire.

Colvin se aferró a la barra de seguridad mientras el vagón salía despedido hacia delante. Abrió la boca para gritar. Se inició la caída.

—Eh, ya ha pasado lo peor.

Colvin abrió los ojos y vio que Bill Montgomery le tendía una copa. El sonido de los motores del Gulfstream era un rumor sordo bajo el suave siseo que brotaba de la boquilla de ventilación. Colvin aceptó el ofrecimiento, redujo la intensidad del aire y miró por la ventanilla. El aeropuerto de Logan quedaba ya detrás de ellos, fuera de la vista, y Colvin vislumbró la playa de Nantasket, muescas de minúsculos triángulos blancos de vela en la extensión de la bahía y el océano más allá.

Seguían ascendiendo.

—Joder, no sabes cómo nos alegramos de que decidieras venir esta vez, Roger —le dijo Montgomery—. Es estupendo reunir a toda la banda. Como en los viejos tiempos.

Montgomery sonrió. Los otros tres hombres de la cabina alzaron sus vasos.

Colvin tocó la calculadora en su regazo y le dio un sorbo al vodka. Respiró hondo y cerró los ojos.

Miedo a las alturas. Desde siempre. Seis años y en el granero, el tropiezo en el altillo, la caída aparentemente interminable, el tiempo estirándose, los dientes afilados de la horca apuntando hacia él. El aterrizaje, la respiración cortada, la mejilla y el ojo derecho contra la paja, a escasos diez centímetros de las púas de acero de la horca.

—La empresa está a punto de ver días mejores —dijo Larry Miller —. Dos años y medio de mala prensa es suficiente. El lanzamiento de mañana vendrá bien, echará las cosas a rodar otra vez.

—¡Bien dicho! —exclamó Tom Weiscott.

Aún no era mediodía, pero Tom ya llevaba demasiadas copas encima.

Colvin abrió los ojos y esbozó una sonrisa. Contando con él, había cuatro vicepresidentes en el avión. Weiscott aún era director de proyectos. Colvin apoyó la mejilla en la ventanilla y vio pasar por debajo la bahía de Cape Cod. Calculó que debían de estar a una altitud de tres o cuatro mil metros y subiendo.

Imaginó un edificio de más de catorce mil metros de altura. Desde el pasillo enmoquetado del ático entraba en el ascensor, cuyo suelo era de cristal. El hueco se extendía cuatro mil seiscientos pisos por debajo, cada uno de ellos señalado con luces halógenas, luces

paralelas que convergían a lo largo de catorce kilómetros de aire negro hasta que se fusionaban formando un borrón en el fondo.

Levanta la mirada a tiempo para ver cómo se parte el cable, cómo se separa. Cae, aferrándose en vano a las paredes interiores del ascensor, las cuales se han vuelto tan resbaladizas como el suelo transparente de cristal. Las luces pasan deprisa y, kilómetros más abajo, el fondo de cemento ya es visible, un cuadrado azul minúsculo que crece mientras la cabina del ascensor cae a plomo. Sabe que durante casi tres minutos verá ese cuadrado azul acercarse, elevarse hasta aplastarlo. Colvin grita y la saliva flota en el aire delante de él, como suspendida, aunque descendiendo a la misma velocidad. Las luces pasan deprisa. El cuadrado azul crece.

Colvin tomó un trago de vodka, dejó el vaso en el orificio circular del brazo de su asiento y tecleó en su calculadora.

Los objetos en caída libre dentro de un campo gravitatorio obedecen reglas matemáticas precisas, tanto como los vectores de fuerza y las velocidades de combustión en las cargas huecas y los combustibles sólidos que Colvin llevaba veinte años diseñando, pero, así como el oxígeno afecta a la tasa de combustión, el aire controla la rapidez con la que cae un cuerpo. La velocidad terminal depende de la presión atmosférica, la distribución de la masa y el área superficial tanto como de la gravedad.

Colvin bajó las pestañas, como si dormitara, y vio lo que veía cada noche cuando fingía dormir: la nube blanca henchida, que se expandía como en una película a cámara rápida de un estratocúmulo inclinado, amenazador, floreciendo sobre un fondo de cielo azul oscuro; el interior pardo rojizo de la llama de tetraóxido de dinitrógeno y —solo visible bajo las dos despreocupadas estelas que

emergían de los cohetes aceleradores de combustible sólido— el cuadrado borroso del fuselaje delantero cayendo en picado, cabina de vuelo incluida. Ni siquiera las imágenes con mayor aumento revelaban los pormenores: el recipiente a presión que era el módulo de la tripulación intacto, con el lado derecho calcinado, hacia el cual el acelerador a la fuga había dirigido su llama, dando vueltas, en caída libre, dejando tras de sí un reguero de hilos y cables y jirones de fuselaje, como un cordón umbilical y una placenta. Las primeras imágenes no habían mostrado esos detalles, pero Colvin los había visto, los había tocado, tras el impacto demoledor contra el implacable mar azul. Capas de percebes diminutos crecían en la piel lacerada. Colvin se imaginó la oscuridad y el frío que aguardaban al final de esa caída; los peces alimentándose.

—Roger —dijo Steve Cahill—, ¿dónde nació tu miedo a volar?

Colvin se encogió de hombros, apuró el vodka.

—No lo sé.

En Vietnam —no «el Nam» ni «el país»—, un lugar que Colvin aún quería considerar como tal y como no un trastorno, había volado. Siendo ya un experto en cargas huecas y propulsores, viajaba al valle de Bong Son, cerca de la costa, para averiguar por qué no detonaban los explosivos plásticos C-4 de un cargamento enviado a una unidad de la armada del ejército de Vietnam, cuando la tuerca principal del rotor se desprendió del Huey y el helicóptero cayó, sin hélices, ochenta y cinco metros sobre la jungla, se abrió paso a través de casi treinta metros de espesa vegetación y se detuvo, invertido, enganchando en unas enredaderas a tres metros del suelo. Una rama que había atravesado el piso del Huey empaló limpiamente al piloto. El cráneo del copiloto se incrustó en el

parabrisas. El artillero salió despedido y se rompió el cuello y la columna y murió al día siguiente. Colvin salió andando con un esguince de tobillo.

Colvin bajó la mirada mientras sobrevolaban Nantucket. Estimaba que ese instante estaría a unos cinco mil quinientos metros de altitud, que iba aumentando a velocidad constante. Sabía que alcanzarían una altitud de crucero de casi diez mil metros. Se quedarían lejos de los catorce mil, sobre todo por carecer del vector de empuje vertical, aunque dependía en gran medida del área superficial.

En los años cincuenta, cuando Colvin era un niño, vio en el «antiguo» *National Enquirer* la fotografía de una mujer que se había tirado desde el Empire State y había aterrizado sobre el techo de un coche. Tenía las piernas cruzadas de forma casi casual por los tobillos; había un agujero en el dedo de una de sus medias de nailon. El techo del vehículo se había achatado, combado hacia dentro, casi como un gran colchón de plumas de ganso que se hubiera adaptado al peso de una persona dormida. La cabeza de la mujer parecía como hundida en una almohada blanda.

Colvin tecleó en la calculadora. Una mujer que saltara del Empire State caería durante casi catorce segundos antes de estrellarse contra la calle. Alguien que cayera dentro de una caja de metal desde catorce mil metros de altura tardaría dos minutos y cuarenta y cinco segundos en impactar en el agua.

¿En qué había pensado ella? ¿Y ellos? ¿En qué habían pensado ellos?

«La mayoría de las canciones pop y los vídeos de rock duran unos tres minutos», pensó Colvin. Era un buen espacio de tiempo; no

demasiado largo como para aburrir, lo suficiente para contar una historia completa.

—Nos alegra la hostia que estés con nosotros —volvió a decir Bill Montgomery.

—Joder, Roger —le había susurrado Bill Montgomery veintisiete meses antes, fuera de la sala de teleconferencias—, ¿te vas a poner de nuestro lado en esto o no?

Una teleconferencia se asemejaba bastante a una sesión de espiritismo. El grupo se sentaba en habitaciones en penumbra a cientos o miles de kilómetros de distancia y se comunicaba con voces que surgían de la nada.

—Bueno, pues esa es la situación meteorológica aquí. —La voz procedía del Centro Espacial Kennedy—. ¿Qué van a hacer?

—Hemos visto el fax —dijo la voz de Marshall—, pero seguimos sin comprender por qué deberíamos abortar por una anomalía tan pequeña. Nos aseguró que este material era a prueba de fallos y que, si uno quisiera, podía darle patadas hasta cansarse.

Phil McGuire, el ingeniero jefe del equipo de Colvin, se retorció en su asiento y habló con voz demasiado fuerte. Los cuatro teléfonos conectados al sistema de teleconferencia disponían de altavoces cerca de los asientos que podían captar hasta los tonos más débiles.

—Está claro que no lo entiende, ¿verdad? —casi gritó McGuire—. Es la combinación de las temperaturas frías y la probabilidad de actividad eléctrica en esa capa de nubes lo que causa problemas. En los últimos cinco vuelos se han producido tres eventos transitorios en las líneas de conexión que van desde las cargas huecas de los aceleradores a las antenas de mando...

—Eventos transitorios —le interrumpió la voz del Centro Espacial

Kennedy—, pero dentro de los parámetros de certificación de vuelo, ¿no?

—Bueno..., sí —admitió McGuire. Parecía a punto de echarse a llorar—. Pero está dentro de los parámetros porque no paramos de firmar documentos y reescribir los condenados parámetros. Lo que pasa es que ignoramos por qué las cargas de seguridad C-12B en los aceleradores y el tanque externo registraron un flujo de corriente transitorio cuando no se había transmitido la activación de ninguna función. Roger cree que quizá las conexiones de la carga lineal o el propio compuesto C-12 permitan accidentalmente que la descarga estática simule una señal de mando... Por Dios, explícaselo, Roger.

—¿Señor Colvin? —inquirió la voz de Marshall.

Colvin se aclaró la garganta.

—Eso es lo que llevamos un tiempo observando. Los datos preliminares sugieren que las temperaturas inferiores a menos dos grados centígrados permiten al residuo de óxido de cinc en las pilas de C-12B conducir una señal falsa... si hay una descarga estática suficiente... en teoría...

—Pero todavía no cuentan con una base de datos sólida sobre esto, ¿no? —inquirió la voz de Marshall.

—No —respondió Colvin.

—¿Y firmaron la exención crítica uno que certificaba la disposición de los tres últimos vuelos?

—Sí —respondió Colvin.

—Bien —dijo la voz del Centro Espacial Kennedy—, tenemos el informe de los ingenieros de Beaunet-HCS, ¿cuál va a ser la recomendación de la dirección?

Bill Montgomery había solicitado un descanso de cinco minutos y

el equipo directivo se reunió en el pasillo.

—Joder, Roger, ¿te vas a poner de nuestro lado en esto o no?

Colvin había desviado la mirada.

—Hablo en serio —espetó Montgomery—. La división de cargas huecas ha aportado a la empresa unos beneficios de doscientos quince millones de dólares este año y tu trabajo ha sido una parte fundamental de ese éxito, Roger. Pero ahora pareces dispuesto a tirarlo todo por el retrete por unas puñeteras lecturas transitorias de telemetría que no significan nada en comparación con lo que hemos logrado como equipo. Dentro de unos meses quedará vacante un puesto de vicepresidente, Roger. No jodas tus opciones perdiendo la cabeza como ese histérico de McGuire.

—¿Listos? —preguntó la voz del Centro Espacial Kennedy cuando hubieron transcurrido los cinco minutos.

—Adelante —dijo el vicepresidente Bill Montgomery.

—Adelante —dijo el vicepresidente Larry Miller.

—Adelante —dijo el vicepresidente Steve Cahill.

—Adelante —dijo el director de proyecto Tom Weiscott.

—Adelante —dijo el director de proyecto Roger Colvin.

—De acuerdo —dijo el Centro Espacial Kennedy—. Trasladaré su recomendación. Lamento que no puedan estar aquí mañana para presenciar el despegue, caballeros.

Colvin volvió la cabeza cuando Bill Montgomery le llamó desde su lado de la cabina.

—Eh, creo que veo Long Island.

—Bill —dijo Colvin—, ¿cuánto ha ganado este año la empresa con el rediseño del C-12B?

Montgomery bebió un trago de su copa y estiró las piernas en el

espacioso interior del Gulfstream.

—Unos cuatrocientos millones, creo. ¿Por qué?

—¿Y la Agencia consideró en serio la posibilidad de irse después de... después?

—Mierda —dijo Tom Weiscott—, ¿adónde iban a irse? Los tenemos pillados por los huevos. Lo pensaron unos meses y luego volvieron arrastrándose. Eres el mejor diseñador de dispositivos de seguridad y combustibles hipergólicos sólidos del país, Rog.

Colvin asintió con la cabeza, trabajó con su calculadora un minuto y cerró los ojos.

La barra de acero cruzada sobre el regazo lo retenía en el vagón, que seguía ascendiendo con estrépito. El aire se enrarecía y se enfriaba, el chirrido de las ruedas sobre los raíles se diluyó en un aullido débil mientras la montaña rusa rebasaba pesadamente la señal de los diez kilómetros.

En caso de una despresurización en cabina, se abrirá automáticamente un compartimento situado encima de sus asientos que contiene las máscaras de oxígeno. Por favor, colóquesela sobre la nariz y la boca y respire con normalidad.

Colvin miró hacia delante, la terrible pendiente de la montaña rusa, presintiendo la cima de la subida y el vacío que había más allá.

El equipo personal compuesto por una minúscula combinación de máscara y tanque de aire para salidas de emergencia se denominaba PEAP. Se recuperaron del fondo del océano los dispositivos de cuatro de los cinco tripulantes. Todos se habían activado. Se habían consumido dos minutos y cuarenta y cinco segundos de los cinco minutos disponibles de suministro de aire.

Colvin veía llegar la cima de la primera colina de la montaña rusa.

Se produjo un crudo ruido metálico y un bandazo cuando el vagón sobrepasó la cima y se salió de los raíles. Detrás de Colvin, la gente empezó a chillar y siguió chillando. Colvin se inclinó hacia delante y asió la barra de seguridad mientras la montaña rusa se hundía a plomo en catorce kilómetros de vacío. Abrió los ojos. Un único vistazo por la ventanilla del Gulfstream le indicó que la fina hilera de cargas huecas que había colocado allí habían seccionado el ala de babor limpia, quirúrgicamente. La velocidad de caída sugería que el muñón del ala de estribor era suficiente para proveer el área superficial necesaria para mantener la velocidad terminal un poco por debajo de la máxima. Dos minutos y cuarenta y cinco segundos, cuatro segundos más o menos.

Colvin buscó su calculadora pero volaba por la cabina, chocando con botellas, vasos, cojines y cuerpos que no llevaban puesto el cinturón. Los gritos eran ensordecedores.

Dos minutos y cuarenta y cinco segundos. Tiempo para pensar en muchas cosas. Y tal vez, solo tal vez, tras dos años y medio acosado por las pesadillas, tal vez tendría el tiempo suficiente para una breve siesta sin sueños.

Colvin cerró los ojos.

DIABLITOS

Cody Goodfellow

¿Qué puede haber peor que ser parado en la aduana de un país sudamericano mientras intentas pasar algo de contrabando? ¿Qué tal estar confinado en un 727 a nueve mil metros de altitud con un artefacto robado, infernalmente vivo, en tu equipaje de mano? En este relato, Ryan Rayburn III se enfrenta a ambas situaciones. Su autor, Cody Goodfellow, es en cierto modo un misterio. ¿Estudió realmente Filología en UCLA? ¿Vive en Burbank? ¿En el pasado se ganaba la vida como «mediocre compositor de bandas sonoras de películas pornográficas»? Parte de lo anterior quizá sea cierto, quizá todo o quizá nada. Pero hay dos cosas seguras: sabe cómo helarte la sangre y darás gracias a Dios de que Ryan Rayburn no sea tu compañero de asiento.

Invisible e invencible, Ryan Rayburn III no mostraba indicio alguno de preocupación mientras cruzaba como si nada el control de seguridad del aeropuerto Guanacaste de Nicoya, un turista estadounidense sereno en todo momento hasta que lo sacaron de la fila, lo condujeron detrás de una mampara y le ordenaron que abriera su equipaje.

Con una sonrisa candorosa, le enseñó su tarjeta de embarque, el formulario de declaración y el pasaporte al alicaído agente de aduanas. «No te preocupes, solo está haciendo su trabajo.» Ninguno de los demás pasajeros miró en su dirección mientras desfilaban. Debía de ser aleatorio, pero él era un hombre blanco que viajaba

solo. No era probable que hiciera estallar el avión, pero las probabilidades de que estuviera en posesión de contrabando eran excelentes, quizá incluso fuera una mula de drogas...

Esa no era ninguna república bananera en la que desaparecían turistas. Costa Rica casi formaba parte de la civilización; diablos, era incluso mejor, pues no tenían siquiera ejército ni una «patrulla de seguridad» en vez de un cuerpo de policía estatal. Pero «la mordida» seguía reinando. Ryan buscó con la mirada un supervisor o una cámara, sonrió con aire despreocupado y sacó cinco billetes de veinte del cinturón monedero. El agente de aduanas se ajustó un par de guantes de goma azul de tamaño infantil antes de comenzar la autopsia de la bolsa de viaje de Ryan.

Guanacaste era más lujoso que la mayoría de los aeropuertos latinoamericanos modernos, pero solo una pizca, pues aún tenía el ambiente de una película barata de ciencia ficción de los años setenta ambientada en una prisión futurista. Carteles por doquier trataban de avergonzar a los viajeros con imágenes de prisioneros encapuchados y esposados que lucían globos de atormentados pensamientos: «¿Por qué se me ocurriría contrabandear?».

«Mantén el tipo. No sonrías ni intentes camelártelo. No les hagas su trabajo. Los idiotas a los que atrapan siempre transmiten unas tóxicas y espeluznantes ondas de culpabilidad que matarían a un canario.» No estaba haciendo nada malo. En el control de seguridad ni siquiera tenían ni idea de qué habían visto y, aunque ese tipo sí que lo supiera, no valía la pena retrasar el vuelo. No estaba pasando de contrabando drogas ni armas. No era más que otro turista que se llevaba a casa cosas de turistas.

El agente de aduanas dispuso la ropa, el equipo de fotografía y los

artículos de aseo con la rara delicadeza de un criado sirviendo un picnic. Excavó toda la bolsa y luego metió la mano, despegó el forro interior y abrió la cremallera del falso fondo.

—Solo es un souvenir, señor. —Ryan tragó saliva, como si respirara a través de una toalla mojada—. ¿Hay algún problema? Lo he comprado en una tienda de souvenirs...

El agente de aduanas no le prestó atención. Se limitaba a mirar con fijeza la bolsa de viaje de Ryan con las manos plantadas en la arañada mesa de acero inoxidable. Después se tapó la boca y tosió.

Ryan miró a su alrededor, abanicando el dinero, empujándolo hacia el agente. Una corriente estacionaria de pasajeros pasaba bajo el detector de metales hacia la puerta de embarque.

—Mi avión despega dentro de diez minutos, amigo.

Sin dejar de toser, el agente de aduanas soltó los documentos de viaje de Ryan y lo despidió con un gesto de la mano, como si ahuyentara un enjambre de mosquitos. Un chorro de mocos le salpicó el puño.

Ryan se apresuró a guardar sus cosas dentro de la bolsa y a guardarse el dinero en el bolsillo, se encaminó hacia una escalera mecánica averiada y luego recorrió una terminal larga y poco iluminada hasta la puerta de embarque, donde se percató de que sus documentos estaban pringosos de saliva moteada de sangre.

«Por Dios, menuda seguridad... Intentan cachearte y te pegan la tuberculosis.» No le hacía gracia, pero tuvo que reír para no gritar. Lo habían pillado in fraganti. La expresión en la mirada del agente cuando abrió el falso fondo, justo antes de empezar a toser... Se había puesto de un color verde oliva pálido y enfermizo, y los ojos casi parecieron rodarle por las mejillas hasta posarse en aquella cosa

oculta en el bolsillo de la ropa sucia. El desgraciado sabía qué estaba mirando. Lo sabía seguro, pero no había mencionado nada ni tampoco había tocado el dinero.

Si había algo en el mundo capaz de conseguir que Ryan se santiguara y musitase una oración, era la cosa oculta en su equipaje, pero no porque creyera en la magia. Por un kilo de coca colombiana sin cortar se podían ganar treinta de los grandes antes de que pisara la calle. Por los novecientos gramos de madera tallada a mano que llevaba en la bolsa de viaje, Ryan podría embolsarse el doble, pero, si lo capturaban allí, más le valía rezar, porque lo mejor que podía pasarle era que lo extraditaran y lo encerraran en una prisión federal estadounidense.

Ryan Rayburn III jamás se había propuesto forjar la vida que vivía. Había lanzado despreocupado las redes y le había venido así. Despilfarró su fondo de fideicomiso en un grado en Historia del Arte y luego dilapidó lo que restaba de la buena voluntad paterna vagando por Sudamérica en vez de buscar trabajo. Después de tres años de desventuras y hallazgos obtenidos a pulso en los rincones más oscuros del planeta, por fin aprendió la única lección que sus padres habían tratado de enseñarle, allá en Palo Alto. Ser pobre era un asco.

De vuelta en California, Ryan decidió convertir su poco práctico grado en una carrera. Rastreó la escena galerística y empezó a reunir contactos de coleccionistas privados de arte hasta darse de bruces con la viciada subcultura de los fanáticos de los artefactos precolombinos. Iba de compras desde México hasta Tierra del Fuego, eliminando capas de intermediarios hasta que tuvo a una docena de millonarios puntocom en su lista de clientes. La mitad de

las antigüedades de los museos de Sudamérica eran falsas y los arqueólogos trabajaban en secreto para mantener a raya a los saqueadores. Los servicios de aduanas de Naciones Unidas y de Estados Unidos habían desmantelado varias redes que operaban en el entorno de Palo Alto y Stanford, pero Ryan no se movía en círculos ostentosos. Sus clientes no iban exhibiendo sus trofeos saqueados de tumbas por las galas benéficas y él no comerciaba con la mierda que uno veía en el *National Geographic*.

Los xorocuas vivían en los altos valles alpinos de la cordillera de Talamanca, a menos de trescientos kilómetros de la capital, y aun así a un día de caminata de la carretera transitable más cercana. Al principio se creyó que eran una tribu de la Edad de Piedra que había permanecido virgen hasta 1950, cuando un fotógrafo del Smithsonian documentó su existencia.

Sus fotografías del ritual de la cosecha de los xorocuas narraban una historia trágica de contactos previos, enterrada en aquella extraña ceremonia. Un hombre con un burdo disfraz de toro embestía enfurecido contra las chozas del poblado durante toda la noche, hasta justo antes del amanecer, cuando una procesión de espíritus guardianes enmascarados aparecía para derrotar a la bestia escupiendo sangre sobre ella hasta que se debilitaba y moría. Los guardianes de las máscaras talladas bebían licor de maíz mezclado con diversos venenos para invocar en sus vientres a los *diablitos*, que resarcían los tormentos y el genocidio que diezmó a su tribu y condujo a los supervivientes a los bosques nubosos más remotos de Talamanca.

Los xorocuas eran primitivos desde cualquier punto de vista, pues habían estado luchando mucho por la supervivencia durante

demasiado tiempo como para legar cualquier elaborado tesoro cultural. Recibían a los forasteros con una petición formal de comida. Sin embargo, las máscaras del festival de la cosecha que mostraban aquellas fotografías supusieron toda una revelación.

Cada una de ellas se pintaba «a boca» —un proceso de aerografía mediante el cual se disparaban chorros de pintura a través de una caña— en colores lívidos y ardientes, con unos complejos motivos que parecían más runas que diseños abstractos. A pesar de su hostil rechazo al mundo exterior, las máscaras de los xorocuas provocaron un delirio coleccionista en los años setenta. Hacia 1982, el último xorocua había muerto a causa de una gripe, pero las tribus vecinas seguían temiendo sus máscaras.

Como no tenían parangón en ninguna parte de la región, eran más extrañas, elaboradas y terroríficas que cualquier deidad maya o azteca, casi polinesias por su fusión de rasgos humanos, insectiles, florales y animales, y estaban imbuidas de una malevolencia salvaje tal que, a su lado, hasta las gárgolas góticas más adustas parecían Osos Amorosos.

A partir de lo que pudo encontrar en diversas publicaciones, dedujo que constituían una variante horrenda de las hadas latinoamericanas, también conocidos como «duendes». La palabra derivaba de «dueños», porque eran los verdaderos amos de cualquier hábitat que compartieran con los humanos. Sin embargo, el nombre que le daban las tribus vecinas, y los propios xorocuas, se adecuaba más a espíritus nunca vistos del todo, pero que infundían un profundo terror: «diablitos».

En una batida por Colombia y Perú, Ryan se había agenciado varios amuletos funerarios mochicas increíbles, que logró enviar a su

contacto en California. Voló a la ciudad de Panamá, se adentró con un jeep en la cordillera de Talamanca y subió a pie el Cerro La Muerte solo para relajarse. No esperaba hallar ningún vestigio de los xorocuas en los rudimentarios museos y en las trampas para turistas de aquellas aldeas de montaña sin nombre, como así sucedió. Solo falsificaciones y pastiches, bazofia tallada en madera de balsa y aerografiada a troche y moche por catetos mestizos que sabían menos de los xorocuas que los clientes más tontos de Ryan.

Ryan Rayburn III nunca había llegado a ninguna parte cuando trataba de forzar el éxito. En ese camino acechaban la locura y las úlceras; bastaba con preguntar a los Ryan I y II. Se limitaba a dejar que las cosas gravitaran hacia él, como siempre había hecho. Delante de una choza, una anciana ciega con una nevera llena de Fantas a temperatura ambiente había efectuado un gesto extraño y había tosido en la mano cuando él le preguntó a su nieta por los xorocuas. Había esputado en una garra artrítica y, cuando la abrió, una mariposa roja alzó el vuelo desde la palma.

La chica se hizo la muda pero, mientras se bebía la tercera Fanta, Ryan escudriñó el lugar. Todos los hombres estaban fuera, cazando o cortando leña, y nadie lo vio excepto un niño desnudo al que aún le tenían que descender los testículos. Las chozas se apiñaban formando un octágono alrededor de un pozo junto a un ídolo de esteatita de un metro de altura, tan erosionado y deslucido que sus rasgos cincelados no eran más que vagos hoyuelos en la piedra.

Ryan casi soltó un grito y lanzó el refresco al aire. Era un poblado xorocua, o uno restaurado, lo cual rayaba lo imposible. Muchas tribus de la región enterraban a sus muertos bajo las casas y luego

se trasladaban. El escenario de una extinción tribal debería ser como un Chernóbil de la Edad de Piedra.

La anciana ciega apareció entonces y le vendió la máscara por doscientos dólares. Esa era la historia que contaría a quien preguntara. Ya se la había repetido a sí mismo las suficientes veces como para casi llegar a creérsela. Lo que ocurrió en realidad no se acercaba a lo peor que había hecho jamás y sencillamente no tenía sentido revivirlo.

La máscara era auténtica. Parecía pesar casi cincuenta kilos, pero estaba tallada en una madera de conífera que no identificó, de color negro purpúreo, menos densa que el agua. Las pinturas eran pigmentos indígenas; el índigo oscuro derivaba del «azul mata»; el oro, líquido y pálido, se extraía de la piel de la cebolla; el naranja encendido, de la fruta del achiote; el violeta chillón, casi púrpura, de las glándulas de un molusco en peligro de extinción llamado «múrice». La inesperada salpicadura roja, bastante más oscura y apagada, del interior de la máscara no parecía tanto un accidente como la firma de un bárbaro, algo que quizá solo aumentaría su valor.

Estaba pendiente de ello un cliente de categoría; en realidad, dos, y ambos eran competidores fieros y celosos. Cuando el avión tocara tierra en el aeropuerto de Los Ángeles, el LAX, podría colocar la máscara por cincuenta mil dólares, quizá el doble si la conservaba el tiempo suficiente para sembrar con discreción los rumores que desencadenarían una guerra de pujas.

La agotada sobrecargo le sostuvo la puerta sin comprobar los documentos. Pisar el asfalto fue como adentrarse en un torbellino de aliento animal. La selva cercaba la pista por los cuatro costados,

como muros de fuego esmeralda. El Pura Vida Air 727 aguardaba ocioso a los pasajeros rezagados, que subían aprisa la escalera móvil y franqueaban la entrada.

El avión estaba medio vacío. Cincuenta pasajeros, norteamericanos las dos terceras partes. La mayoría ya habían apagado sus luces y procuraban dormir, acurrucados bajo unas finas mantas de nailon y con la cabeza apoyada en almohadas de papel reciclado.

Refunfuñó al llegar a su plaza, la 11A, de ventanilla, a la popa del ala, junto a un caucásico barbudo de pelo largo y una mujer asiática pechugona que estaba acomodándose y trasteaba con los difusores defectuosos del techo. Ambos se animaron de forma alarmante al levantarse para permitir que se apretujara y metiera en el asiento de ventanilla; el hombre se presentó como Dan; su mujer se llamaba Lori.

—¿Necesita algo para leer? —le preguntó, ofreciéndole un libro de bolsillo—. Lo he escrito yo.

—Deja de molestar a la gente, cariño —murmuró su mujer.

Ryan lo rehusó negando con la cabeza y se recostó en los asientos vacíos que había al otro lado del pasillo.

La auxiliar de vuelo empezó la pantomima de las instrucciones de seguridad: estaba señalando las mascarillas y las salidas de emergencia al compás de una grabación con interferencias en español, cuando la última pasajera se tropezó en el estrecho pasillo y casi acabó sentada encima del equipaje de Ryan.

Ryan agarró la bolsa justo a tiempo para apartarla de la sombra del gran trasero que descendía.

—Mire por dónde pisa, idiota —empezó a decir, pero entonces vio

el bastón blanco enganchado a la gordezuela mano de la anciana.

Se puso completamente rígido. Retrocedió de espaldas hasta la ventanilla y, de haberse encontrado cerca de una salida de emergencia, quizá habría tirado de la palanca, habría abierto la escotilla y habría saltado al ala.

Levantó un brazo en posición defensiva y trató de abandonar el asiento. La mujer ciega chocó contra la azafata que la había acompañado hasta su sitio, luego rebotó en el 11C y estiró un brazo para frenarse antes de caer en los brazos de Ryan.

A segunda vista, resultó que su compañera de asiento no era más que una niña, quizá de trece años, de rostro equino y con unas feas cicatrices producidas por el acné. Los ojos saltones le sobresalían de la cabeza como bombillas sin enroscar. Las pupilas parecían mirar a través del techo, medio sombreadas por unos párpados pesados y adormecidos. El bastón blanco silbó en su dirección y le pinchó los tobillos.

Le llevó un segundo recobrar el aliento, pero necesitó más para ordenar sus ideas. Con tantos asientos vacíos, ¿por qué diantres tenían que ponerla a su lado? Un joven estadounidense que viajaba solo sentado junto a una niña ciega extranjera suponía buscarse problemas.

—¿Es que no hay muchos más asientos en el avión?

La auxiliar regresó al final del pasillo para ayudar con la sincronización en el final de las instrucciones de seguridad.

La chica, quizá sorda además de ciega —o tal vez no hablaba español—, se sentó en el 11D, con las rodillas bien apretadas y estrechando contra el pecho un bolso tejido a mano de artesanía autóctona.

El avión se puso en movimiento a trompicones y luego echó a rodar por la pista de despegue con una velocidad de rodadura que parecía aletargada y que indujo a Ryan a preguntarse quién pilotaba la nave. Quizá la chica ciega pudiera ir a la cabina de vuelo a socorrerlos.

Las turbinas aumentaban sus revoluciones cuando Ryan advirtió que la chica no se había puesto el cinturón.

—Señorita, deberías abrocharte el cinturón...

Ella se meció levemente, pero no respondió. Aferraba en las manos un crucifijo minúsculo y un rosario de cuentas de plástico que brillaban en la oscuridad, las cuales alzaba con frecuencia para besar sus labios gruesos y agrietados.

La azafata ocupaba su asiento en proa, bien atada, de modo que, por lo visto, la responsabilidad recaía en Ryan. «Por deber y humanidad», pensó mientras se estiraba para colocarle el cinturón.

—Deja que te ayude...

La chica le apresó las manos entre las tenazas de las suyas, temblorosas y empapadas de sudor. Profirió un grito, como si la hubiera despertado de un sueño profundo para descubrir que la estaban manoseando, con los ojos vacíos fijos en él, como si pudiera verle el rostro flotando en su oscuridad perpetua.

Liberó las manos de un tirón e intentó que se calmara, sin volver a tocarla, pero no sirvió de nada. Ella no parecía oírle o entenderle y ya había entrado en un estado de pánico por el vuelo y porque un extraño la hubiera manoseado en mitad del trayecto. Con una vaga sensación de vergüenza, miró alrededor en busca de ayuda, pero nadie parecía haberse dado cuenta. El aullido creciente de los

motores ahogó los gritos de la chica y entonces el tumbo ebrio de la aceleración los aplastó en sus asientos.

Una vez que se hubo plegado el tren de aterrizaje y el avión se estabilizó, la chica reanudó sus oraciones en silencio. Ryan volvió la cara hacia la ventanilla y enrolló su sudadera a modo de almohada. Fuera, la intermitente luz roja del ala danzaba y parecía sangrar mientras ríos de lluvia corrían por el cristal de la ventanilla. La pequeña ciudad costera estaba sumergida en penachos de niebla que parecían cometas gigantes enredadas en los árboles. Solo unas pocas luces dispersas que tal vez pertenecían a barcos anclados en el mar atestiguaban que la ciudad de la que acababa de huir continuaba allí abajo.

Ryan era un viajero avezado. Podía dormir en cualquier sitio y circunstancia. Envolvió con las piernas la bolsa depositada en el suelo y procuró vaciar la mente. Tardó un rato, sin embargo, porque cada vez que sentía que el sueño se apoderaba de él, la niña ciega tosía con fuerza en el puño.

Sus pensamientos seguían girando en torno a la máscara. El agente de aduanas había empezado a toser sangre al verla, pero le había dejado marchar. ¿Se trataba tan solo de alguna suerte de descabellada coincidencia? A los xorocuas los había exterminado una enfermedad, por lo que no resultaba extraño que su cultura hubiera concebido alguna especie de espíritu mágico de protección o venganza, pero no les sirvió de una puta mierda... Habían desaparecido hacía tiempo y su triste y rara religioncilla no era más que una nota a pie de página, una curiosidad antropológica que fascinaba a millonarios que necesitaban dioses paganos sedientos de sangre como socios de póquer. ¿Eran las máscaras algún tipo de

vector de propagación de virus? Eso explicaría algunas cosas si él hubiera enfermado pero, aparte de las habituales afecciones y erupciones tropicales, se encontraba bien. No creía en maldiciones, a menos que contara la pobreza.

Habían alcanzado una altitud de crucero de nueve mil metros cuando Ryan decidió no dormir y dedicarse a la tarea de emborracharse. Se frotó los ojos con los pulpejos de la mano durante un rato. Quizá debería intentar disculparse con la chica ciega o, mejor aún, cambiar de asiento. Se volvió para estudiarla y se encontró cara a cara con la máscara xorocua.

La chica la llevaba puesta. El blanco de sus ojos vacíos destellaba a través de las rendijas abiertas en la protuberante frente, moteada como el pelaje de un jaguar. Cada plano del anguloso rostro estaba pintado con una textura animal diferente, como para aglutinar toda la fauna de la selva en su semblante vengativo. Pero ahora, en la cara de la chica ciega, cobró vida.

Los cuernos estilizados y ramificados que sobresalían de la mandíbula y las sienes brillaban con el color azul cobalto de las llamas de un quemador de gas. Los colmillos trabados en un gruñido se separaron como los pines de una cerradura y un torrente de sangre rancia y negra manó de entre los labios curvados y se derramó por la camisa de Ryan.

Se levantó de un salto, se dio un violento golpe en la cabeza contra el compartimento de equipajes y se desplomó en el asiento. La sangre que lo bañaba era fría y pegajosa, un hervidero de cosas que se retorcían y se escabullían, que desaparecieron bajo su ropa antes de que pudiera quitársela. Sus gritos pasaron desapercibidos para el resto de pasajeros. Los brazos huesudos de la chica ciega le

impedían la fuga. Ella se arrimó, sin cesar de esputar sangre infestada, que lo calaba, en la que se ahogaba, hasta que al final alargó las manos para arrancarle la máscara del rostro.

El artefacto se desgajó con un sonido como el de unos clavos oxidados saliendo de un madero podrido. Se llevó consigo la piel de la cara de la chica y esta le aplastó contra la pared, presionándole el pecho con los pómulos fríos y viscosos.

Quizá había gritado al despertar. Tenía la mejilla pegada al cristal helado de la ventanilla. El resto de su cuerpo estaba bañado en sudor. Se sentía tan aturdido como si se hubiera tomado un par de somníferos después de haberse bebido unos chupitos de tequila.

Despacio, deliberadamente, se volvió y miró a la niña ciega. Estaba muy tiesa en su asiento, con la cabeza echada hacia atrás sobre el rígido reposacabezas, su respiración rítmica como agua borboteando por una cañería obstruida.

La bandeja estaba desplegada y en ella descansaba un vaso de poliestireno semivacío junto a una bolsita de aluminio, de la que se derramaba algún tipo de fruta encurtida, y su rosario de cuentas de plástico, que brillaban como plutonio en la penumbra azulada. El servicio de bebidas había venido y se había ido mientras dormía.

Su vestido era de algodón, de confección casera, con ricos bordados de mariposas y pájaros de colores chillones. Mientras la estudiaba, conteniendo el impulso de pellizcarse, la chica sufrió un ataque de tos asfixiante, roja y húmeda. «Que le den a este puñetero ruido», pensó Ryan y agarró la bolsa de viaje. Retiró con cautela la basura de la bandeja, la plegó contra el respaldo del 10C y se desabrochó el cinturón.

En la cabina hacía más calor que en el puto Yucatán. Le

palpitaban los oídos internos, como le ocurría siempre que volaba, pero tenía la sensación de estar sumergido bajo el agua y no surcando la estratosfera. La única iluminación provenía de las tiras irregulares de fibra óptica a lo largo del pasillo y de unas pocas lámparas individuales encima de varios pasajeros que cabeceaban sobre sus portátiles o leían en Kindle con auriculares en las orejas.

Con total concentración, moviendo las extremidades una después de otra, se levantó de su asiento y pasó una pierna sobre las rodillas de la chica para plantar un pie en el pasillo. Era un buen plan y lo estaba ejecutando con meticulosidad, pero resbaló con algo, se abrió por completo de piernas y sofocó un grito.

Las rodillas se la chica se le clavaron en el trasero. Se preparó para los chillidos y el batir de puños, pero no se produjeron. La chica tosía tan fuerte que a través de la camisa sintió la húmeda fuerza del aliento expelido. Mientras luchaba contra el pánico, pasó sobre ella a trompicones y salió al pasillo tirando de la bolsa de viaje, que sobrevoló la cabeza somnolienta de la ocupante del 10C, una madre rolliza con bigote que cargaba con dos revoltosos críos en el regazo.

Debía de haber estado fuera de combate varias horas. El avión brincaba sobre agitadas bolsas de turbulencia en algún lugar por encima del oscuro interior de México. El pasillo estaba despejado, a excepción de dos o tres vasos que rodaban y describían círculos alocados por las subidas y bajadas de la nave. No había rastro de la azafata.

Ryan corrió por el pasillo procurando esquivar las piernas y brazos oscilantes de los pasajeros. La última fila de asientos antes del aseo estaba vacía y se dirigió hacia ellos como un borracho mareado.

El avión descendió con alarmante brusquedad justo cuando

alcanzaba los asientos y se derrumbaba sobre ellos. El corazón le latía desbocado, los músculos le temblaban por los estallidos malgastados de adrenalina. La bolsa de viaje le pareció muy liviana cuando la dejó en el asiento de ventanilla. Se sentía alterado, la hostia. Necesitaba una copa. Quizá la azafata le vendiera una botella de licor del fuerte. Joder, puede que hasta la compartiera con él. Después de todo por lo que había pasado, se merecía algo bueno.

Estrechó la bolsa contra el regazo. Le parecía liviana porque estaba vacía.

La conmoción lo galvanizó. Abrió la cremallera, hundió la mano en la bolsa y se encontró mirándola de nuevo cuando reapareció por un agujero irregular en el fondo. En el equipaje solo quedaban dos o tres pares de calcetines enrollados y algunos calzoncillos, pero estaban mojados, adheridos al forro en una pasta viscosa y negra. El agujero no era un mero desgarrón en la doble capa de nailon. Era un puto círculo enorme, como si el material hubiera sido disuelto... o mordisqueado.

—¡Joder! —refunfuñó rechinando los dientes, y luego siguió con la mirada el reguero disperso de sus pertenencias, que se extendían por el pasillo hasta su antiguo asiento, como si estuvieran expuestas en un rastrillo de segunda mano. Avanzó dando tumbos por el pasillo y fue recogiendo montones de ropa viscosa. Por último, cerró la mano sobre un objeto pesado que se apresuró en agarrar con un gemido de agradecimiento, pero que resultó ser su kit de afeitado.

Lo invadió la sensación de que lo observaban, la inconfundible certeza de que alguien se reía de su apuro, pero todos los rostros estaban vueltos en otra dirección, hundidos en el hombro del vecino o echados hacia atrás, con la boca abierta.

El rugido de los motores parecía reducirse, el avión se balanceó de lado y los vasos en el pasillo se precipitaron hacia el morro. ¿Ya iniciaban el descenso?

Por fin, alcanzó su antiguo asiento. Dan y Lori dormían el quinto sueño. La moqueta se notaba esponjosa por el charco de fluido que rodeaba a la chica ciega del 11D. Debía de haber vomitado, pensó con desagrado, o quizá se había orinado. La máscara no estaba en ningún lugar del pasillo, de modo que debió de haberse caído bajo el asiento cuando Ryan huyó. Desde allí, podía haber rodado por culpa de las turbulencias y encontrarse ahora en cualquier lugar del condenado avión. No había nada que hacer más que ponerse a buscar.

Empezó a arrodillarse junto a la chica ciega. El morro del avión se inclinó hacia abajo y lo desequilibró. Se llevó una mano a la cabeza para protegerse y se dio en el ojo con un reposabrazos. Cayó al suelo y se echó a reír por su torpeza cuando algo lo apuñaló.

Una flecha de puro tormento le atravesó la pierna derecha, entró justo por debajo de la rótula y reventó la carne tierna entre la red de tendones y músculo de la cara interna de la rodilla.

Jamás había experimentado nada peor que aquello, al menos hasta que intentó estirar la pierna, cuando lo que fuera que hubiese perforado el delicado mecanismo de la rodilla se partió dentro de él y, entonces, el dolor engulló todo su mundo.

Se acurrucó en el suelo aullando y apretó la rodilla empalada contra el pecho. Profería un alarido tras otro, pero en el momento no cayó en la cuenta de lo extraño que resultaba que nadie en el avión hubiera reaccionado a los gritos.

Alargó el brazo hacia la pareja del 11B y el 11C, tiró de su manta y

la novela de Dan cayó al pasillo. Las cabezas de ambos chocaron y el marido se desplomó sobre la bandeja plegable. Un riachuelo rojo oscuro le manaba de la narina izquierda, de la cual sobresalía el mango de una cucharilla de plástico. Su mujer eructó y por la boca abierta salió algo reptando, una sombra roja untada en brillante sangre arterial.

Un gemido se le escapó de entre los labios, que temblaban flácidos. Se reclinó sobre la pierna y lo sacudió una nueva descarga de dolor. Tenía clavado un cuchillo en la pierna derecha. Al levantar la pernera de los vaqueros, vio una empuñadura blanca de plástico que sobresalía de la herida en la depresión bajo la rótula.

Mientras lo miraba, una oleada de náuseas amenazó con conducirle a la inconsciencia, pero siguió contemplándolo por pura incredulidad. Lo habían apuñalado con un cuchillo de plástico. La punta asomaba por el otro lado, limada o mordisqueada, afilada como un escalpelo.

Se dio la vuelta y toqueteó a la chica ciega con la esperanza de que se pusiera a aullar como una alarma de incendios, pero ella solo se derrumbó sobre el reposabrazos y su cráneo largo y hueco chocó contra la frente de Ryan. Tenía la mandíbula desencajada, los labios moteados de relucientes manchas rojas que casaban con el lodo en que se hallaba sentado. La piel estaba fría como el mármol, los miembros laxos e inertes como los de una muñeca, pero aun así se sacudía, presa de un ataque de tos *post mortem*.

Le brotaron de la boca. Acompañando a la tos convulsiva, reptaron sobre los labios y descendieron a la hondonada de su regazo para lanzarle miradas lascivas por encima del reposabrazos.

De tórax acanalado y un exoesqueleto con miembros ahusados,

parecían pequeños escarabajos o insectos palo. Los cuerpos tomaban con promiscuidad partes prestadas de clados de anfibios, reptiles e insectos, pero sus espantosos rostros eran (o se ocultaban tras) máscaras de la cosecha xorocua en miniatura.

El mayor de ellos alcanzaba los veinte centímetros de altura, pero por el modo en que lo observaban desde sus pedestales, eran sus amos.

Ryan se arrastró de espaldas hacia la cabina de vuelo. Dondequiera que mirase, los veía reptando sobre cadáveres, escudriñándolo desde detrás de los reposacabezas. Pasó junto a la madre y sus dos hijos —hinchados y negros por la asfixia—, junto a un hombre de negocios encorvado sobre su portátil —con un par de bolígrafos metidos en las ruinas de sus ojos—, junto a la azafata —el cuello roto de una botella de cerveza Imperial le sobresalía de una boca recién abierta en la garganta—. Se arrastró de espaldas hasta que la puerta blindada de la cabina lo frenó.

Todos los ocupantes del avión estaban muertos, pero en esa época las cabinas de los pilotos eran como la cámara acorazada de un banco. Arremetió contra la puerta y pidió a gritos que le abrieran antes de que lo mataran, que algo había matado a todo el mundo, pero que él no había sido, que él era inocente y no se merecía morir...

«Damas y caballeros, les damos las gracias por volar con Pura Vida Air. Les rogamos que permanezcan en sus asientos y mantengan apagados sus dispositivos electrónicos hasta que el avión se haya detenido por completo...»

Era una voz sosegada, casi somnolienta, tranquilizadora... y

pregrabada. La llegada a Los Ángeles no estaba prevista hasta al menos una hora más tarde.

La puerta continuaba cerrada a cal y canto. Quizá los tripulantes que había al otro lado también estuvieran muertos o quizá ignoraban por completo lo que ocurría. Se volvió para buscar un teléfono.

La oscuridad saltó de los asientos, anegó el pasillo y fluyó hacia él como una marabunta. Aporreó la puerta, aullando lo indecible, pero no se habían acercado para matarlo.

Querían que tuviera la máscara. Se la habían llevado y la habían depositado en el suelo.

Querían que se la pusiera.

El avión empezó a vibrar en medio de un viento atronador cuando se desplegó el tren de aterrizaje. La cabina era aún una caverna sin iluminación, pero el feo resplandor ambarino de las farolas de Tijuana se vertía por las ventanillas como el líquido rebosante de un urinario público.

Acurrucado contra la puerta, empezó a comprender que no tenía que morir. Aturdido, recogió la máscara, que estaba viendo demasiado tarde con unos nuevos ojos. No era una baratija ni un tesoro, ni siquiera una máscara.

Era una puerta.

La sangre que él había derramado la había abierto. Para dejarles que abandonaran este lugar, solo tenía que volver a abrirla. Era sencillo cuando no quedaba más remedio que aceptarlo.

Ryan se puso la máscara. De la superficie interior, dura y áspera, brotaron unas astillas que le acariciaron la piel y se entrelazaron debajo de ella.

Se encaramaron unos encima de otros para alcanzarle los labios.

La boca estrecha solo les permitía pasar de uno en uno y eran incontables. Le trepaban por el cuerpo tembloroso y franqueaban el portal de dientes, pero los sentía amontonarse en el vientre, impacientes, ávidos de problemas, y percibía un mundo totalmente nuevo, frío, negro e infinito, en su interior.

Antes de que el último hubiera desaparecido en su boca, el 727 se posó en tierra con una violenta sacudida y derrapó por la pista como si hubiera aterrizado en una llanura de rocas sueltas.

Cuando el avión se detuvo por fin y las luces de cabina se encendieron, ni un solo pasajero se movió para activar el teléfono ni para sacar el equipaje de los compartimentos superiores. Ryan se puso en pie con esfuerzo y llamó una vez más a la puerta de la cabina de vuelo, pero quienquiera que se encontrase al otro lado se contentaba con permanecer allí.

Tiró de la palanca de la salida y giró la rueda. Dos mozos de equipaje se apretaron contra la ventanilla con rostros suspicaces y dieron unos golpecitos en el cristal. Ryan les dirigió una sonrisa, olvidando que llevaba puesta una máscara, y abrió la puerta.

Intentó explicarles la situación, pero no lo veían. Cayeron de rodillas y se ahogaron en flema roja. Los apartó a un lado, se deslizó escaleras abajo y se postró para besar la pista de aterrizaje con una lengua negra y bífida.

Después de todos sus peregrinajes, era maravilloso estar en casa...

ASALTO AÉREO

John Varley

John Varley nació en Texas y estudió en la Universidad Estatal de Michigan con una beca al Mérito Escolar, según parece porque, de entre las universidades que se podía permitir, la UEM era la que más lejos se encontraba de Texas. Dentro de la ciencia ficción, hay autores que tienen ideas brillantes y otros que son grandes estilistas de la prosa. Varley es uno de los pocos afortunados que pertenecen a ambas categorías. «Asalto aéreo» se publicó en 1977 (bajo el seudónimo de Herb Boehm, una mezcla entre su segundo nombre y el apellido de soltera de su madre, porque otro relato suyo ya aparecía también en el mismo número de *Asimov's*) y fue nominado a los premios Hugo y Nébula, se expandió en la novela *Millenium*, de 1983, y se convirtió en película en 1989. Una vez que empieces esta historia, no podrás dejarla. Así que bienvenido a bordo del vuelo 128 de las aerolíneas Sun-Belt, con salida de Miami y llegada a Nueva York. Los pasajeros, sin embargo, quizá terminen en un destino muy diferente.

Me desperté sobresaltada por la alarma silenciosa que me vibraba en el cráneo. No se detiene hasta que una se levanta, de modo que me incorporé. A mi alrededor, en el dormitorio a oscuras, los miembros del Equipo de Captura dormían, solos o en pareja. Bostecé, me rasqué las costillas y le di a Gene una palmada en su velludo costado. Se dio la vuelta. Y hasta aquí la despedida romántica.

Me restregué los ojos para despejarme del sueño y luego recogí la

pierna del suelo, ajusté las correas y la acoplé. Al momento estaba corriendo a lo largo de las filas de literas en dirección a Operaciones.

El panel de situación resplandecía en la penumbra. Vuelo 128 de las aerolíneas Sun-Belt, de Miami a Nueva York, 15 de septiembre de 1979. Llevábamos buscándolo tres años. Debería estar contenta, pero ¿quién puede permitirse ese lujo cuando acaba de despertarse?

Liza Boston balbuceó algo al pasar junto a mí de camino a Preparativos. Le devolví el saludo y la seguí. Había luces encendidas alrededor de los espejos y avancé a tientas hacia uno de ellos. Detrás de nosotras, entraron a trompicones tres personas más. Me senté, me conecté y por fin puede reclinarme y cerrar los ojos.

No permanecí así mucho tiempo. ¡Qué subidón! Me senté muy erguida cuando el suero energético sustituyó al fango que tengo por sangre. Miré alrededor y me topé con una serie de sonrisas idiotas. Allí estaba Liza; también Pinky y Dave. En la pared del fondo, Cristabel ya giraba despacio frente al aerógrafo mientras le aplicaban una mano de pintura caucásica. Parecía un buen equipo.

Abrí el cajón y empecé con los arreglos preliminares de mi rostro. Es una tarea cada vez más ardua. Con transfusión o sin ella, tenía el aspecto de la muerte. La oreja derecha había desaparecido por completo. No podía cerrar los labios; las encías presentaban una desnudez permanente. La semana anterior, se me había caído un dedo mientras dormía. Pero ¿qué más te da, desgraciada?

Mientras trabajaba, se encendió una de las pantallas que rodeaban el espejo. Una mujer joven y risueña, rubia, de frente ancha, cara redonda. Más o menos. El rótulo inferior rezaba: «Mary Katrina Sondergard, nacida en Trenton, New Jersey, edad en 1979: 25». Cariño, este es tu día de suerte.

El ordenador disolvió la piel de la cara para mostrarme la estructura ósea, la rotó, me enseñó secciones transversales. Estudié los elementos en común con mi propio cráneo, observé las diferencias. No estaba mal; me habían tocado peores.

Me encajé una dentadura que incluía la brecha entre los dos incisivos frontales. Me rellené las mejillas con masilla. Del dispensador cayeron unas lentes de contacto y me las puse. Unos tampones nasales me ensancharon la nariz. No necesitaba orejas; la peluca las taparía. Me estiré sobre la cara una máscara virgen de plasticarne y aguardé a que se fundiera. Solo tardó un minuto en moldearse a la perfección. Me sonreí en el espejo. Qué agradable era tener labios.

La ranura de entregas se abrió con un ruido metálico y dejó caer una peluca rubia y un atuendo rosa en mi regazo. La peluca salía caliente de la máquina de estilismo. Me la calé y luego me enfundé en los pantis.

—¿Mandy? ¿Te ha llegado el perfil de Sondergard? —No alcé la vista; había reconocido la voz.

—Recibido.

—La hemos localizado en las cercanías del aeropuerto. Podemos introducirte antes del despegue, así que serás el comodín.

Se me escapó un gemido y miré hacia la pantalla. En ella, Elfreda Baltimore-Louisville, directora de Equipos Operacionales: un rostro sin vida y rendijas diminutas por ojos. ¿Qué se puede hacer cuando todos tus músculos están muertos?

—De acuerdo. —Era lo que había.

Se desconectó y dediqué los dos minutos siguientes a intentar vestirme mientras mantenía los ojos fijos en la pantalla. Memoricé

los nombres y las caras de los tripulantes, además de los pocos datos que se conocían de ellos. Luego salí a toda prisa y alcancé al resto. Tiempo transcurrido desde la primera alarma: doce minutos y siete segundos. Sería mejor que nos pusiéramos en marcha.

—Condenada Sun-Belt —rezongó Cristabel, abrochándose el sujetador.

—Al menos han dejado de usar los tacones altos —señaló Dave.

Un año antes, habríamos recorrido los pasillos bamboleándonos sobre plataformas de siete u ocho centímetros. Llevábamos vestidos sueltos y cortos de color rosa, con franjas azules y blancas que cruzaban en diagonal la parte delantera, y bolsos a juego. Me crispé tratando de prenderme con un imperdible el ridículo sombrero casquete.

Entramos al trote en la oscura sala de control de Operaciones y nos alineamos ante el portal. La situación ya no estaba en nuestras manos. Hasta que el portal estuviera preparado, solo nos quedaba esperar.

Yo encabezaba la expedición, a unos pocos metros de distancia del portal. Le di la espalda; me producía vértigo. En vez de eso centré mi atención en los gnomos sentados a las consolas, bañados en el resplandor amarillo que emitían sus monitores. Ninguno de ellos me devolvió la mirada. No les caíamos demasiado bien; ellos a mí tampoco. Marchitos, demacrados, todos ellos. Nuestros pechos, traseros y piernas gordas son un oprobio para ellos, un recordatorio de que los Captores comen cinco veces sus raciones a fin de permanecer presentables para la mascarada. Entretanto, seguimos pudriéndonos. Algún día también terminaré sentada a una consola.

Algún día seré incorporada a una, con las vísceras por fuera y con un cuerpo que solo conservará el hedor. Al diablo con ellos.

Sepulté la pistola en el bolso, bajo un batiburrillo de pañuelos y barras de labios. Elfreda me estaba mirando.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

—En la habitación del motel. Estuvo sola desde las diez de la noche hasta el mediodía del día del vuelo.

La hora de salida estaba fijada para la una y cuarto de la tarde. Ella no dispondría de mucho margen y andaría con prisas. Bien.

—¿Puedes cazarla en el cuarto de baño o, mejor aún, en la bañera?

—Estamos trabajando en ello. —Pergeñó una sonrisa pasándose la yema de un dedo por los labios sin vida. La directora conocía cómo me gustaba actuar en las operaciones, pero estaba insinuando que me apañara con lo que hubiera. Preguntar nunca hace daño y la gente siempre está más indefensa cuando se encuentra tendida, sumergida en agua hasta el cuello.

—¡Adelante! —gritó Elfreda.

Crucé y las cosas empezaron a torcerse.

La orientación era la equivocada; salí por la puerta del cuarto de baño y de cara al dormitorio. Me di la vuelta y distinguí a Mary Katrina Sondergard a través de la bruma del portal. No había forma de que pudiera llegar hasta la mujer sin retroceder y volver a cruzar. Ni siquiera podía disparar sin herir a alguien del otro lado.

Sondergard se encontraba frente al espejo, el peor sitio posible. Pocas personas se reconocen enseguida a sí mismas, pero ella estaba mirándose. Me vio y abrió los ojos como platos. Di un paso a un lado, fuera de su vista.

—¿Qué está...? ¿Eh? Oiga, ¿quién es...? —Me fijé en la voz, que a veces es lo que más cuesta imitar.

Me figuré que tendría más curiosidad que miedo y mi suposición resultó atinada. Salió del cuarto de baño y atravesó el portal como si no estuviera allí, y de hecho no lo estaba, pues solo tiene un lado. La mujer se envolvía en una toalla.

—¡Virgen santa! ¿Qué está haciendo en mi...? —En momentos así, una no encuentra las palabras. Ella sabía que debería decir algo, pero ¿qué? «Perdone, ¿no acabo de verla en el espejo?»

Me calcé mi mejor sonrisa de azafata y extendí la mano.

—Disculpe la intrusión. Puedo explicárselo todo. Verá, estoy... —le propiné un puñetazo en la sien, se tambaleó y se derrumbó; la toalla cayó al suelo— tratando de pagarme la universidad.

Empezó a levantarse, de modo que la sujeté poniéndole la rodilla artificial por debajo de la barbilla. Permaneció tendida.

—¡El puñetero aceite de siempre! —siseé, frotándome los nudillos doloridos.

Pero no había tiempo. Me arrodillé al lado de la mujer y le comprobé el pulso. Se recuperaría, pero creo que le había aflojado varios dientes. Hice una breve pausa. ¡Dios, tener ese aspecto sin maquillaje ni prótesis! Casi se me partió el corazón.

La agarré por debajo de las rodillas y la arrastré hasta el portal. Era un saco de huesos. Alguien alargó los brazos desde el otro lado, la asió por los pies y tiró de ella. «¡Hasta la vista, querida! ¿Te gustaría emprender un largo viaje?»

Me senté en su cama a recobrar el aliento. En el bolso había unas llaves de coche y cigarrillos, tabaco auténtico, que valía su peso en sangre. Encendí seis, calculando que podría disfrutar de cinco

minutos para mí sola. La habitación se llenó de un humo dulce. Ya no los hacen como antes.

El sedán de Hertz estaba en el aparcamiento del motel. Me monté en él y me dirigí al aeropuerto. Respiraba hondo el aire, rico en hidrocarburos. Abarcaba con la vista cientos de metros de distancia. La perspectiva casi me mareó, pero vivo para esos momentos. No existe forma de explicar las sensaciones que se experimentan en el mundo premec. El sol era una pelota de un amarillo fiero a través de la bruma.

Las demás azafatas estaban embarcando. Algunas de ellas conocían a Sondergard, así que no hablé mucho, aduciendo una resaca. Esa parte se desarrolló sin problemas, con muchas risas de complicidad y comentarios maliciosos. Estaba claro que no era algo atípico de mi personaje. Subimos a bordo del 707 y nos preparamos para la llegada de los chivos.

Aquello tenía buena pinta. Los cuatro comandos que esperaban al otro lado eran gemelos idénticas de las mujeres con las que estaba trabajando. Hasta la hora de salida no había nada que hacer salvo actuar de azafata. Confiaba en que no hubiera más fallos técnicos. Invertir un portal para que un comodín cruzara a una habitación de motel era una cosa, pero en un 707 a seis mil metros...

El avión estaba casi completo cuando la mujer a la que suplantaría Pinky cerró herméticamente la puerta delantera. Rodamos hasta el final de la pista y al cabo de unos momentos nos encontramos en el aire. Empecé a atender pedidos de bebidas en primera.

Los chivos eran un grupo típico para los estándares de 1979. Gordos y frescos, todos ellos, y tan poco conscientes de vivir en un paraíso como un pez lo es de encontrarse en el mar. «Damas y

caballeros, ¿les gustaría viajar al futuro? ¿No? No me sorprende, para qué engañarles. ¿Y si les dijera que este avión va a...?»

El brazo empezó a pitarme cuando alcanzamos la altitud de crucero. Consulté el indicador bajo mi Lady Bulova y eché una mirada a la puerta de uno de los lavabos. Sentí que una vibración recorría el avión. «Mierda, todavía no.»

El portal estaba allí dentro. Me moví rápido y con un gesto indiqué a Diana Gleason —el pichón de Dave— que se acercara a la sección delantera.

—Mira esto —dije con expresión asqueada.

Empezó a entrar en el servicio y se detuvo cuando vio el resplandor verdoso. Le planté una bota en el culo y la empujé. Perfecto. Dave tendría la oportunidad de oír su voz antes de cruzar. Aunque ella no haría mucho más que gritar cuando echara un vistazo a su alrededor...

Dave salió del portal ajustándose el estúpido sombrerito. Diana debía de haber forcejeado.

—Pon cara de asco —le susurré.

—Qué porquería —dijo él mientras salía del servicio. Era una imitación aceptable del tono de voz de Diana, aunque le fallaba el acento. Dentro de un rato ya no importaría.

—¿Qué sucede? —Era una de las azafatas de clase turista. Nos apartamos para que pudiera mirar y Dave la envió al otro lado de un empujón. Enseguida apareció Pinky.

—Tenemos menos tiempo —dijo—. Hemos perdido cinco minutos al otro lado.

—¿Cinco? — berreó Dave-Diana, con voz aguda.

Yo me sentía igual. Teníamos que procesar a ciento tres pasajeros.

—Sí. Perdieron el control después de que despacharas a mi pichón. Tardaron eso en realinearlo.

Una se acostumbra. El tiempo corre a distinta velocidad a cada lado del portal, aunque siempre es secuencial, del pasado al futuro. Una vez que se inició la Captura con mi transferencia a la habitación de Sondergard, no había manera de retroceder, ni en un lado ni en otro. Allí, en 1979, disponíamos estrictamente de noventa y cuatro minutos para concluir el trabajo. En el otro lado, el portal no podía mantenerse abierto más de tres horas.

—Cuando partiste, ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que se activó la alarma?

—Veintiocho minutos.

Tenía mala pinta. Se necesitarían al menos dos horas para caracterizar a los peleles. Suponiendo que no hubiera más desfases en el tiempo de 1979, quizá lo consiguiéramos. Pero siempre se produce alguno. Me dieron escalofríos solo de pensar en las consecuencias.

—No hay tiempo para juegos, entonces —dije—. Pink, vuelve a clase turista y llama a las otras dos para que vengan. Diles que tenemos un problema. Y que vengan de una en una. Ya sabes el truco.

—Contener las lágrimas. Entendido.

Corrió a popa y al cabo de nada se presentó la primera. Llevaba estampada en el rostro su amistosa sonrisa de las aerolíneas Sun-Belt, pero tendría un nudo en el estómago. «¡Ay, Dios, nos llegó la hora!»

La agarré del codo y la atraje a la sección delantera tras la cortinilla. Respiraba con fuerza.

—Bienvenida a la dimensión desconocida —dije, y la aticé en la cabeza con la pistola.

Se desplomó y la sujeté antes de que golpeara el suelo. Pinky y Dave me ayudaron a hacerla cruzar el portal.

—¡Joder, el podrido trasto se ha puesto a parpadear!

Pinky tenía razón. Una señal ominosa. Pero el resplandor verde se estabilizó mientras mirábamos, con quién sabe cuánto desfase en el otro lado. Cristabel cruzó agachada.

—Estamos en más treinta y tres —dijo.

No tenía sentido expresar en voz alta lo que todos pensábamos: las cosas se estaban poniendo feas.

—Vuelve a clase turista —dije—. Sé valiente, sonríe a todo el mundo, pero date un poco de brío, ¿entendido?

—Vale —respondió Cristabel.

Procesamos rápido a la otra, sin incidentes. No había tiempo para hablar de nada. Dentro de ochenta y nueva minutos, el vuelo 128 iba a quedar esparcido por una montaña tanto si habíamos acabado como si no.

Dave entró en la carlinga para evitar que la tripulación de vuelo nos incordiara. Según el plan trazado, Pinky y yo nos ocuparíamos de la primera clase y después ayudaríamos a Cristabel y Liza en la turista. Usamos la estrategia habitual del «café, té o leche», confiando en nuestra velocidad y en la inercia de ellos.

Me incliné sobre los dos primeros asientos de la izquierda.

—¿Disfrutan del vuelo?

Pum, pum. Dos tirones del gatillo, cerca de la cabeza y ocultos a la vista del resto de chivos.

—Hola, amiguitos, me llamo Mandy. Volad conmigo.

Pum, pum.

A medio camino de la galera, algunas personas nos observaban con curiosidad. Pero la gente no arma escándalos hasta que le das algún motivo de peso. Un chivo de la última fila se levantó y recibió lo suyo. A esas alturas solo quedaban despiertos ocho. Abandoné la sonrisa y descerrajé cuatro tiros rápidos. Pinky se encargó del resto. Nos apresuramos hacia la clase turista, justo a tiempo.

Estaba gestándose un revuelo en el fondo, con ya el sesenta por ciento de chivos procesados. Cristabel me consultó con la mirada y asentí.

—Muy bien, amiguitos —bramó—. Quiero que os calléis. Que os calméis y que prestéis atención. ¡Eh, tú, imbécil! Cierra el pico o te meto un pie por el culo.

Al menos, la impresión de oírla hablar así bastó para que ganáramos un poco de tiempo. Habíamos formado una línea de escaramuza a lo ancho del avión, con las pistolas en ristre, apoyadas en los respaldos de los asientos, apuntando a un grupo agitado y confundido de treinta chivos.

Las pistolas infunden respeto a cualquiera, excepto a los más insensatos. En esencia, un aturdidor reglamentario no es más que un cilindro de plástico con dos electrodos separados unos quince centímetros. No contienen suficiente metal como para activar una alarma de secuestro. Y, para la gente de épocas comprendidas entre la Edad de Piedra y el año 2190, no tienen más pinta de arma que un bolígrafo. Así que la Sección de Equipamiento las disfraza de blásteres estilo Buck Rogers, enfundándolas en una carcasa de plástico con botones y luces que parpadean y un cañón parecido al hocico de un cerdo. Casi nadie se atreve a ponerse delante.

—Corremos un gran peligro y se nos agota el tiempo. Tienen que hacer exactamente lo que yo les diga y estarán a salvo.

No puedes darles tiempo para pensar, hay que confiar en tu condición de Voz de la Autoridad. No importa cómo les expliques la situación, no va a tener ningún sentido para ellos.

—Espere un momento, creo que nos debe...

Un abogado en el aire. Tomé una pronta decisión, accioné con el pulgar el conmutador de fuegos artificiales del arma y disparé contra él.

La pistola emitió el sonido de un platillo volante con hemorroides, escupió chispas y pequeñas llamaradas y extendió un dedo láser verde que le alcanzó en la frente. Cayó.

Pura fanfarria, todo, naturalmente. Pero vaya si impresiona.

Y se corre un riesgo del copón. Tenía que elegir entre el pánico que desataría el imbécil si conseguía incitar a los otros a pensar y el que podría provocar el rayo de la pistola. Sin embargo, cuando la gente del siglo XX habla sobre sus «derechos» y sobre lo que se le «debe», las cosas pueden descontrolarse. Es contagioso.

Funcionó. Hubo un montón de gritos, gente que se agachó detrás de los asientos, pero ningún motín. Podríamos haberlo manejado tal cual, pero necesitábamos conscientes a varios de ellos si queríamos concluir alguna vez la Captura.

—Levantaos. ¡En pie, babosas! —vociferó Cristabel—. Está aturdido, nada más. Pero mataré al próximo que se pase de la raya. Conque poneos de pie de una vez y haced lo que os diga. ¡Los niños primero! Deprisa, a la parte delantera del avión, todo lo rápido que podáis. Obedeced a la azafata. ¡Venga, niños, moveos!

Regresé corriendo a primera clase tras adelantar a los niños y, al

llegar a la puerta abierta del lavabo, me giré y me puse de rodillas.

Estaban petrificados. Había cinco —algunos de ellos llorando, lo cual siempre me anuda la voz— mirando a diestro y siniestro a la gente muerta en los asientos de primera clase, dando traspiés, aterrorizados.

—Vamos, niños —los llamé, dedicándoles mi sonrisa especial—. Vuestros padres estarán con vosotros en un minuto. Todo saldrá bien, os lo prometo. Venid.

Conseguí pasar a tres, pero la cuarta se resistió, tenaz. Estaba resuelta a no cruzar esa puerta. Extendió brazos y piernas y no pude empujarla. Nunca pegaré a un niño, jamás. Me arañó la cara con unas uñas como rastrillos. Se me despegó la peluca y la niña miró boquiabierta mi cabeza calva. Entonces la envié al otro lado.

El número cinco estaba sentado en el pasillo, berreando. Tendría unos siete años, quizá. Corrí a por él y lo levanté, lo abracé y le di un beso. Después lo lancé a través del portal. Dios, necesitaba un descanso, pero también hacía falta mi presencia en la clase turista.

—Tú, tú, tú y tú. Vale, tú también. ¿Por qué no echáis una mano?

Pinky tenía un ojo experto para distinguir a quienes no serían de ninguna ayuda para nadie, ni siquiera para sí mismos. Los condujimos como ganado hacia la sección delantera del avión y luego nos desplegamos a largo de la parte izquierda de la cabina, desde donde los tendríamos a tiro. No tardamos mucho en azuzarlos para que se pusieran a trabajar. Los teníamos arrastrando cuerpos inermes hacia la proa tan rápido como podían. Cristabel y yo estábamos en turista, los demás en primera.

Mi organismo ya estaba catabolizando la adrenalina; el subidón de la acción me abandonó y empecé a sentirme muy cansada. Hay una

sensación inevitable de compasión por los pobres chivos idiotas que empieza a afectarme en esta fase del juego. Claro que estarán mejor; claro que morirían si no los sacábamos del avión. Pero cuando vieran el otro lado les iba a costar creerlo.

Los primeros regresaban a por una segunda tanda, aturdidos por lo que acababan de ver: decenas de personas a las que metían en un cubículo que estaba ya abarrotado aunque se veía vacío. Un universitario tenía pinta de haber recibido un puñetazo en el estómago. Se detuvo junto a mí con una mirada suplicante.

—Mire, quiero ayudarles, solo que... ¿qué está pasando? ¿Es algún procedimiento de rescate nuevo? Quiero decir, ¿vamos a estrellarnos...?

Conmuté la pistola a modo aguijón y le rocé la mejilla. Soltó un jadeo y cayó de espaldas.

—Cierra la puta boca y muévete o te mato. —Pasarían horas hasta que la mandíbula estuviera en condiciones de hacer más preguntas estúpidas.

Despejamos la clase turista y avanzamos. Para entonces, unos cuantos de la cuadrilla de trabajo parecían hechos cisco. Tienen músculos de caballo, todos ellos, pero apenas podían subir corriendo un tramo de escaleras. Dejamos que algunos pasaran al otro lado, incluida una pareja de al menos cincuenta años. ¡La hostia! ¡Cincuenta! Nos habíamos quedado con un núcleo de cuatro hombres y dos mujeres que parecían fuertes y los explotamos hasta que casi se derrumbaron. Pero conseguimos procesar a todo el mundo en veinticinco minutos.

Enviaron el portapak mientras nos quitábamos la ropa. Cristabel llamó a la puerta de la carlinga y salió Dave, ya desnudo. Mala señal.

—He tenido que freírlos —dijo—. El condenado comandante tenía que hacer su Marcha Triunfal por el avión. Lo probé todo.

A veces nos veíamos obligados a ello. El aparato volaba en piloto automático, lo normal en esta etapa del vuelo. Pero si alguno de nosotros hacía algo perjudicial para la nave, cambiaba el curso fijado de los acontecimientos de alguna manera, se acabaría. Todo el trabajo en balde, el vuelo 128 inaccesible para nosotros por toda la eternidad. No sé una mierda sobre teoría del tiempo, pero conozco las facetas prácticas. Podemos hacer cosas en el pasado solo en tiempos y lugares en los que no influyan. Y tenemos que cubrir nuestras huellas. Hay flexibilidad; en cierta ocasión, un Captor se dejó atrás su arma y se perdió con el avión. Nadie la encontró y, si lo hicieron, no tuvieron ni la más neblinosa idea de lo que era, así que no ocurrió nada.

El vuelo 128 estaba clasificado como «fallo mecánico». Esos eran los mejores; significa que no tenemos que mantener al piloto ignorante de la situación en la cabina hasta que toque tierra. Podemos freírlo y manejar nosotros mismos el avión, porque de todas formas no habría nada que pudiera hacer para salvarlo. Un vuelo que se estrella debido a un error del piloto es casi imposible de arrebatar. Trabajamos sobre todo con colisiones aéreas, bombas y fallos estructurales. Si hay un solo superviviente, no podemos tocarlo. No tendría cabida en el tejido del espacio-tiempo, que es inmutable (aunque se puede estirar un poco), y nos desvaneceríamos hasta aparecer de vuelta en la sala de preparación.

Me dolía la cabeza. Necesitaba urgentemente ese portapak.

—¿Quién tiene más horas en un 707?

Esa era Pinky, así que la envié a la cabina de mando, junto con

Dave, que podía imitar la voz del piloto para comunicarse con los controladores de tráfico aéreo. La caja negra ha de contener un registro de vuelo creíble. Del portapak brotaban dos tubos largos y las demás nos enchufamos. Permanecimos allí, cada una fumando un puñado de cigarrillos, deseando acabarlos pero esperando que no hubiera tiempo. El portal se había desvanecido en cuanto arrojamos a través de él nuestra ropa y a los tripulantes.

Pero no nos preocupamos mucho tiempo. La Captura tiene otras cosas buenas, pero nada es comparable al subidón de conectarse a un portapak. La transfusión al despertar no es otra cosa que sangre fresca, rica en oxígeno y azúcares. Lo que nos inyectábamos ahora era un brebaje demencial compuesto de adrenalina concentrada, hemoglobina sobresaturada, metanfetaminas, whisky de garrafón, TNT y cítricos. Era como un petardo directo al corazón; una bota en el trasero que te envía al cielo.

—Me está saliendo pelo en el pecho —dijo Cristabel con solemnidad.

Todas nos reímos como tontas.

—¿Me pasa alguien los globos oculares?

—¿Los azules o los rojos?

—Creo que se me ha caído el culo.

Los habíamos escuchado antes, pero de igual forma nos tronchamos de risa. Éramos fuertes, ¡fuertes!, y por un instante dorado no teníamos ninguna preocupación. Todo era hilarante. Podría haber cortado una chapa de metal con las pestañas.

Pero uno se acelera con esa mezcla. Como el portal no aparecía, y no aparecía, y seguía sin aparecer, empezamos a inquietarnos. El pájaro no seguiría volando mucho más tiempo.

Entonces apareció y nos pusimos en marcha. Llegó el primer pelele, vestido con la ropa del pasajero al que iba a suplir por su parecido.

—Tiempo transcurrido, dos treinta y cinco arriba —anunció Cristabel.

—Joder.

Es una rutina que mata de aburrimiento. Coges al pelele por el arnés alrededor de los hombros y lo arrastras por el pasillo tras consultar el número de asiento, que lleva escrito en la frente. La tinta se borra al cabo de tres minutos. Luego lo sientas, le abrochas el cinturón, liberas el arnés y lo devuelves a través del portal mientras coges el siguiente. Hay que suponer que en el otro lado han realizado bien su trabajo: empastes en la dentadura, huellas dactilares, coincidencia exacta en altura, peso y color de pelo. La mayoría de estas cosas no importan mucho, sobre todo en el caso del vuelo 128, que se estrelló y se incendió. Solo quedarían fragmentos carbonizados. Pero no se pueden correr riesgos. Los equipos de rescate son muy meticulosos con las partes que encuentran; en especial, el trabajo dental y dactilar son de vital importancia.

Detesto a los peleles. De verdad que los odio. Cada vez que cojo el arnés de uno, si se trata de una niña, me pregunto si es Alice. «¿Eres tú mi hija, babosa vegetal, gusano viscoso?» Me uní a los Captores justo después de que los parásitos cerebrales carcomieran la vida de mi pequeña. No podía soportar la idea de que ella pertenecía a la última generación, los últimos humanos de la historia que vivirían sin nada en la cabeza, clínicamente muertos según los criterios que prevalecían incluso en 1979, con ordenadores que les

trabajaban los músculos para mantenerlos a tono. Creces, alcanzas la pubertad aún fértil —un caso de cada mil—, te apresuras a quedarte embarazada en tu primer celo. Entonces averiguas que tu madre o tu padre fallecieron de una enfermedad crónica ligada a sus genes y que ninguno de tus hijos será inmune. Yo conocía la paralepra; crecí con los dedos de los pies pudriéndose. Pero esto ya era demasiado. ¿Qué se puede hacer?

Solo uno de cada diez peleles tenía facciones adaptadas a medida. Se necesita tiempo y mucha habilidad para construir un rostro nuevo que resista a la autopsia de un médico. El resto llegó premutilado. Tenemos millones de ellos; no resulta difícil encontrar cuerpos con el aspecto deseado. La mayoría siguen respirando, demasiado estúpidos para dejar de hacerlo, hasta el final.

El avión dio una fuerte sacudida. Miré el reloj. Cinco minutos para el impacto. Debería darnos tiempo. Estaba ocupándome de mi último pelele y oía a Dave llamar a tierra frenéticamente. Llegó una bomba a través del portal y la envié a la carlinga. Pinky activó el sensor de presión del detonador y salió corriendo, seguida de Dave. Liza ya había cruzado. Cogí las muñecas flácidas vestidas de azafata y las tiré al suelo. Entonces el motor se desprendió y una pieza atravesó la cabina. El aparato empezaba a despresurizarse. La bomba voló parte de la carlinga (el equipo de investigación de tierra leería —eso esperábamos— que un fragmento del motor había penetrado en la cabina y había matado a los tripulantes; no había ninguna palabra más del piloto en la caja negra) y empezamos a virar, despacio, hacia la izquierda y hacia abajo. Me vi impulsada hacia el agujero en el metal, pero conseguí asirme a un asiento. Cristabel no tuvo tanta suerte. Fue lanzada hacia atrás.

El avión entró en pérdida. De pronto era cuesta arriba desde donde Cristabel yacía en el pasillo. Le salía sangre de la sien. Miré hacia atrás; no había nadie y tres peleles con vestidos rosa estaban amontonados en el suelo. El avión perdió velocidad, el morro empezó a bajar y mis pies se despegaron del suelo.

—¡Vamos, Bel! —grité.

Solo me separaba un metro del portal, pero empecé a impulsarme hasta donde ella flotaba. El avión dio una sacudida y Cristabel golpeó el suelo. Increíblemente, eso pareció despertarla. Empezó a acercarse, como si nadara, y la agarré de la mano mientras el suelo volvía a elevarse para estamparse contra nosotras. Avanzamos a rastras mientras el avión atravesaba su agonía final y llegamos a la puerta. El portal se había esfumado.

No había nada que decir. Nos íbamos a quedar dentro. Ya resulta difícil mantener en posición el portal en una aeronave que se mueve en línea recta. Cuando un pájaro empieza a caer en espiral y se desintegra, las matemáticas son tremendas. O eso me han explicado.

Abracé a Cristabel y le sostuve la cabeza ensangrentada. Estaba atontada, pero se las arregló para sonreír y encogerse de hombros. Era lo que había. Entré deprisa en el servicio y nos pegamos al suelo. De espaldas al mamparo de proa, Cristabel entre mis piernas, recostada contra mi pecho. Como en los entrenamientos. Apoyamos los pies en la pared de enfrente. La estreché entre mis brazos y lloré sobre su hombro.

Y entonces apareció. Un resplandor verde a mi izquierda. Me lancé hacia él y arrastré a Cristabel, agachada, mientras arrojaban dos peleles por encima de nuestras cabezas. Unas manos nos asieron y

tiraron de nosotras. Me abrí paso con uñas y dientes, recorriendo unos buenos cinco metros por el suelo. Se te puede quedar una pierna en el otro lado y no me sobraba ninguna de repuesto.

Me incorporé mientras trasladaban a Cristabel a Enfermería. Le di una palmadita en el brazo al pasar la camilla junto a mí, pero se había desmayado. A mí tampoco me habría importado perder el conocimiento.

Durante un rato cuesta asimilar que todo haya ocurrido realmente. A veces resulta que no ha pasado. Regresas y descubres que todos los chivos confinados en el corral se han desvanecido de repente, en silencio, porque el continuo no tolera los cambios y las paradojas que has provocado. La gente que tanto te ha costado rescatar queda esparcida como confeti por alguna puñetera ladera de Carolina y lo único que te queda es un puñado de peleles arruinados y un equipo Captor agotado. Pero no esta vez. Vi a los chivos pululando por la celda de retención, desnudos y más desconcertados que nunca. Ahora empezaban a asustarse de verdad.

Elfreda me tocó al pasar. Inclinó la cabeza, lo que, en su limitado repertorio de gestos, significaba «bien hecho». Me encogí de hombros, mientras me preguntaba si acaso me importaba, pero el excedente de adrenalina seguía en mis venas y me sorprendí dirigiéndole una sonrisa. Asentí en respuesta.

Gene esperaba junto a la zona de confinamiento. Me acerqué a él, lo abracé. Sentí que los jugos empezaban a fluir. «Maldita sea, vamos a derrochar una pequeña ración y a darnos un homenaje.»

Alguien aporreaba la pared de cristal esterilizado del corral y nos dirigía palabras airadas que se le leían en los labios. «¿Por qué? ¿Qué nos habéis hecho?» Era Mary Sondergard. Imploraba a su

gemela calva y de una sola pierna que se lo hiciera entender. Creía que tenía problemas. Dios, qué guapa era. No podía verla ni en pintura.

Gene me apartó de la pared. Me dolían las manos y me había partido todas las uñas postizas sin arañar el cristal. Estaba sentada en el suelo, sollozando. Oí la voz del oficial de comunicaciones en el altavoz exterior.

—... Centauri 3 es habitable, con un clima similar al terráqueo. Y con ello me refiero a la Tierra de la que provienen, no al planeta en que se ha convertido. Tendrán oportunidad de verla más tarde. El viaje durará cinco años, en tiempo de la nave. Tras la llegada, tendrán derecho a un caballo, un arado, tres hachas, doscientos kilos de semillas...

Me apoyé en el hombro de Gene. En el punto más bajo de sus vidas, en este mismo momento, eran mucho mejores que nosotros. Puede que a mí me quedaran diez años, la mitad de eso majareta y amputada de los cuatro miembros. Ellos son nuestra mejor esperanza, la más prometedora. Todo depende de ellos.

—... que no se obligará a nadie. Queremos volver a señalar, no por última vez, que todos ustedes habrían muerto sin nuestra intervención. Sin embargo, hay cosas que deben saber. No pueden respirar nuestro aire. Si permanecen en la Tierra, nunca abandonarán este edificio. No somos como ustedes. Somos el resultado de una criba genética, un proceso de mutación. Somos los supervivientes, pero nuestros enemigos han evolucionado a la par. Y van ganando. Sin embargo, ustedes son inmunes a las enfermedades que padecemos...

Se me crispó el rostro y me alejé.

—... otro lado, si emigran, tendrán la oportunidad de iniciar una nueva vida. No será fácil, pero, como norteamericanos, deberían enorgullecerse de su herencia colonizadora. Sus antepasados sobrevivieron, y ustedes también lo harán. Puede ser una experiencia gratificante y les animo...

Claro. Gene y yo nos miramos y nos echamos a reír.

«Escuchad esto, colegas. El cinco por ciento de vosotros sufrirá una crisis nerviosa en los próximos días y nunca se marchará. Más o menos el mismo número se suicidará, aquí y durante la travesía. Cuando lleguéis allí, entre el sesenta y el setenta por ciento perderéis la vida durante los primeros tres años. Moriréis al dar a luz o seréis devorados por animales, enterraréis a dos de cada tres niños, pasaréis hambre cuando arrecie la sequía. Si sobrevivís, será para romperos el espinazo detrás de un arado desde la salida hasta la puesta de sol. ¡Tierra Nueva es el Paraíso, amigos!

Dios, ojalá pudiera ir con ellos.

QUEDAN LIBERADOS

Joe Hill

Joe Hill empezó su carrera literaria hace casi veinte años con un relato corto titulado «Mejor que en casa» y publicó su primera novela —*El traje del muerto*, que fue un éxito de ventas— en 2007. Ha escrito otras tres novelas bien consideradas, un libro de novelas cortas (*Tiempo extraño*), decenas de relatos (muchos de ellos publicados en la antología *Fantasmas*) y la galardonada serie de novelas gráficas *Locke & Key*. Es hijo de este humilde editor, que no podría estar más orgulloso del parentesco. A continuación, escrita especialmente para la ocasión, te presento una de sus historias más terroríficas. Recemos para que nunca se haga realidad.

GREGG HOLDER, CLASE PREFERENTE

Holder va por su tercer whisky y aguanta el tipo ante la mujer famosa que ocupa el asiento contiguo cuando todos los televisores de la cabina se funden en negro y en las pantallas aparece un aviso en letras mayúsculas blancas. MENSAJE A BORDO EN EMISIÓN.

De la megafonía brota un siseo de estática. El piloto tiene una voz joven, la voz de un adolescente inseguro que se dirige a una multitud en un funeral.

—Amigos, les habla el comandante Waters. He recibido un mensaje de nuestro equipo de tierra y, tras meditarlo, me parece

apropiado que se lo transmita. Se ha producido un incidente en la base de las fuerzas aéreas de Guam y...

El mensaje se corta. Un largo silencio crea un cierto suspense.

—... me han dicho —prosigue Waters de repente—, el Mando Estratégico ha perdido el contacto con nuestras fuerzas allí y con la oficina del gobernador regional. Se han recibido informes desde la costa de... de que se ha visto un destello. Algún tipo de destello.

Holder se aprieta inconscientemente contra el asiento, como en respuesta a una turbulencia. ¿Qué coño significa eso de que «se ha visto un destello»? ¿Un destello de qué? En este mundo, pueden verse destellos de muchas cosas. El destello de una pierna bajo una falda. El destello del billetero de un derrochador. El destello de un relámpago. El destello de toda una vida que pasa ante tus ojos. ¿Puede destellar Guam? ¿Una isla entera?

—Pero hable claro, por favor. Un misil nuclear —murmuró la famosa sentada a su izquierda con aquella voz suya tan educada, adinerada, melosa.

El comandante Waters continúa:

—Siento no saber más y que lo poco que sé sea tan... —Su voz se extingue poco a poco.

—¿Sobrecogedor? —sugiere la famosa—. ¿Descorazonador? ¿Desalentador? ¿Devastador?

—Preocupante —concluye Waters.

—Estupendo —dice la famosa, con cierta insatisfacción.

—Es lo único que sabemos por ahora —dice Waters—. Les daremos más información conforme la recibamos. En estos momentos volamos a once mil metros y estamos a mitad de

trayecto. Deberíamos aterrizar en Boston un poco antes de la hora prevista.

Se oye un sonido áspero y un clic agudo y en los televisores se reanudan las películas. En preferente, la mitad de los pasajeros están viendo el mismo film de superhéroes, al Capitán América lanzando su escudo como un disco volador de filo metálico, liquidando criaturas grotescas que parecen haber salido arrastrándose de debajo de la cama.

Una niña negra de unos nueve o diez años que está sentada al otro lado del pasillo mira a su madre y dice, con una voz que se proyecta lejos:

—¿Dónde está Guam exactamente?

El hecho de que haya usado así la palabra «exactamente» produce un cosquillo en Holder, por su tono profesoral, tan impropio de un niño.

La madre de la niña dice:

—No lo sé, cariño. Creo que está cerca de Hawái.

No mira a su hija. Movía los ojos de un lado a otro, con expresión desconcertada, como si leyera un texto invisible para obtener instrucciones: *Cómo hablar de un incidente nuclear con tu hija*.

—Está más cerca de Taiwan —dice Holder, inclinándose hacia el pasillo para dirigirse a la niña.

—Al sur de Corea —añade la mujer famosa.

—Me pregunto cuánta gente vivirá allí —dice Holder.

La celebridad arquea una ceja.

—¿Se refiere a ahora mismo? Según las noticias que acabamos de oír, me atrevería a decir que muy poca.

ARNOLD FIDELMAN, CLASE TURISTA

El violinista Fidelman tiene la impresión de que la adolescente sentada a su lado, muy guapa y de aspecto muy enfermizo, es coreana. Cada vez que se ha quitado los auriculares —para hablar con un auxiliar de vuelo o para escuchar el reciente aviso— ha oído lo que parece música K-Pop brotando de su Samsung. Durante varios años, el propio Fidelman estuvo enamorado de un coreano, un hombre diez años menor que él, que disfrutaba leyendo cómics y tocaba una brillante aunque quebradiza viola, y que se suicidó plantándose delante de un tren de la Línea Roja. Se llamaba So, como cuando uno dice «¡so!» o «so cabrón» o «so pena de». El aliento de So siempre olía a dulce, como a leche de almendras, sus ojos eran siempre tímidos y le incomodaba ser feliz. Fidelman nunca lo había creído una persona deprimida hasta que saltó como un bailarín de ballet al camino de una locomotora de cincuenta y dos toneladas.

Fidelman quiere consolar a la chica y, al mismo tiempo, no desea contribuir a su ansiedad. Entabla una lucha mental sobre qué decir, si es que pronuncia algo, y al final la empuja suavemente. Cuando ella se quita los auriculares, él pregunta:

—¿Necesitas beber algo? Me queda media lata de Coca Cola que no he tocado. No tiene gérmenes, he utilizado el vaso.

La chica le dirige una sonrisilla asustada.

—Gracias. Tengo un nudo en las entrañas. —Coge la lata y toma un trago.

—Si tienes el estómago revuelto, el gas te vendrá bien —asegura él—. Siempre he dicho que, en mi lecho de muerte, lo último que

quiero probar antes de abandonar este mundo es una Coca-Cola fría. —Fidelman ha repetido esto mismo muchas veces antes, pero en cuanto las palabras le brotan de la boca, desea poder recuperarlas. En estas circunstancias, le parece un comentario bastante desafortunado.

—Tengo familia allí —dice la chica.

—¿En Guam?

—En Corea —aclara ella, y le dirige una nueva sonrisa nerviosa. El piloto no mencionó en ningún momento Corea, pero cualquiera que haya visto la CNN en las últimas tres semanas sabe de qué va el asunto.

—¿Qué Corea? —pregunta un hombre corpulento al otro lado del pasillo—. ¿La buena o la mala?

El hombretón lleva un jersey de cuello vuelto de un rojo insultante que le resalta el color en el melón verde de su cara. Es un tipo enorme, que desborda de su asiento. Su vecina —una mujer menuda de cabellos negros con la nerviosa intensidad de un galgo de crianza endogámica— se ha apiñado contra la ventanilla. El hombre luce en la solapa de la chaqueta un pin esmaltado de la bandera de Estados Unidos. Fidelman ya sabe que nunca podrían ser amigos.

La chica le dirige una mirada de asombro y se alisa el vestido sobre los muslos.

—Corea del Sur —dice ella, rehusando entrar en el juego de «buenos» contra «malos»—. Mi hermano acaba de casarse en Jeju y ahora vuelvo a la universidad.

—¿Qué universidad? —pregunta Fidelman.

—El MIT.

—Me sorprende que hayas podido entrar —dice el hombretón—. Tienen que reclutar a un cierto número de chicos no cualificados de los barrios pobres del centro para cumplir con su cuota. Eso deja muchas menos plazas para gente como tú.

—¿Gente como qué? —pregunta Fidelman, pronunciando lenta y pausadamente. «Gente. Como. ¿Qué?» Casi cincuenta años siendo gay le han enseñado que supone un error dejar que ciertas declaraciones queden sin respuesta.

El hombretón es inverecundo.

—Gente cualificada. Gente que se lo ha ganado. Gente que domina las matemáticas, porque no vale con saber contar el cambio cuando alguien te compra dos gramos. Muchas de las comunidades inmigrantes modelo han sufrido a causa de las cuotas. Sobre todo las orientales.

Fidelman se ríe; es una risa forzada, seca y cortante, de incredulidad. Pero la chica del MIT cierra los ojos y guarda silencio, y él abre la boca para abroncar al hijoputa y se lo piensa mejor. Sería cruel para ella que montara una escena.

—Es Guam, no Seúl —le dice a la chica—. Y no sabemos qué ha pasado. Podría ser cualquier cosa. Quizá ha habido una explosión en una central eléctrica. Un accidente normal y no... una catástrofe de algún tipo. —La primera palabra que se le ocurrió fue «holocausto».

—Una bomba sucia —dice el hombretón—. Le apuesto cien dólares. No le sentó bien que falláramos en Rusia.

Se refiere al Líder Supremo de la República Popular Democrática de Corea. Corren rumores de que alguien le disparó durante una visita de Estado a la parte rusa del lago Jasán, una masa de agua en la frontera entre las dos naciones. Hay informes no confirmados de

que una bala lo alcanzó en el hombro, de que lo alcanzó en la rodilla, de que ni siquiera lo rozó; de que murió un diplomático que se encontraba a su lado; de que asesinaron a uno de los dobles del Líder Supremo. Según internet, el asesino era un anarquista radical anti-Putin, un agente de la CIA que se hacía pasar por miembro de Associated Press o una estrella del K-pop llamada Extra Value Meal. El departamento de Estado de EE.UU. y los medios norcoreanos, en un raro caso de complicidad, insisten en que no se produjo ningún tiroteo durante la visita del Líder Supremo a Rusia, ningún intento de asesinato. Como otros muchos al tanto de la noticia, Fidelman lo interpreta como una prueba de que el Líder Supremo estuvo muy cerca de morir.

También es cierto que, hace ocho días, un submarino estadounidense que patrullaba el mar de Japón derribó un misil en pruebas en el espacio aéreo norcoreano. Un portavoz de la RPDC lo calificó de acto de guerra y prometió represalias: pagarían con la misma moneda. Bueno, no. En realidad prometió llenar de cenizas las bocas de todos los norteamericanos. El Líder Supremo no dijo nada. Nadie lo ha visto desde el intento de asesinato que no tuvo lugar.

—No serían tan estúpidos —le dijo Fidelman al hombretón, hablando por encima de la chica coreana—. Piense en las consecuencias.

La mujer menuda y enjuta de cabellos oscuros contempla al hombretón sentado junto a ella con orgullo servil y, de pronto, Fidelman comprende por qué tolera que la panza de él invada su espacio personal. Están juntos. Ella lo quiere. Tal vez lo adore.

—Cien pavos —replica el hombretón con serenidad.

LEONARD WATERS, CABINA DE VUELO

Dakota del Norte se encuentra en algún lugar por debajo de ellos, pero lo único que Waters divisa es una extensión montañosa de nubes que se pierde de vista en el horizonte. Waters nunca ha visitado Dakota del Norte y, cuando trata de imaginárselo, le vienen a la cabeza máquinas agrícolas antiguas y herrumbrosas, actos furtivos de sodomía en los silos de grano y Billy Bob Thornton. En la radio, el controlador de Minneapolis da instrucciones a un 737 para que ascienda al nivel de vuelo tres-seis-cero y aumente la velocidad a mach cero siete ocho.

—¿Has estado alguna vez en Guam? —pregunta su primera oficial, con un ánimo falso y frágil.

Waters nunca había volado con una mujer de copiloto y apenas soporta mirarla: posee una belleza desgarradora. Con un rostro como el suyo, debería estar en las portadas de las revistas. Hasta el momento en que la conoció en la sala de reuniones del LAX, dos horas antes del vuelo, solo sabía de ella que se llamaba Bronson. Se había imaginado a alguien como el tipo de *El justiciero de la ciudad*.

—He estado en Hong Kong —dice él, pensando que ojalá ella no fuera tan terriblemente hermosa.

Waters tiene cuarenta y tantos, pero aspecto de diecinueve; es un hombre delgado, con el pelo rojo, cortado a cepillo, y un mapa de pecas en la cara. Acaba de casarse y pronto será padre: ha fijado al cuadro de instrumentos una foto de su esposa embarazada en un vestido de verano. No quiere sentirse atraído por nadie más. Se avergüenza incluso de observar a una mujer guapa. Pero, al mismo tiempo, no quiere mostrarse frío, formal, distante. Está orgulloso de

que su aerolínea contrate a más mujeres piloto que ninguna otra, quiere dar su aprobación, su apoyo. Todas las mujeres preciosas le afligen el alma.

—En Sidney. Y en Taiwan. Pero no en Guam.

—Mis amigas y yo solíamos practicar buceo a pulmón libre en la playa de Fai Fai. Una vez me acerqué lo bastante a un tiburón punta negra como para poder acariciarlo. Bucear desnuda es lo único que hay mejor que volar.

La palabra «desnuda» lo traspasa como la descarga de un vibrador de mano. Esa es su primera reacción. La segunda es que naturalmente que ella conoce Guam; estuvo en la armada, donde aprendió a pilotar. La observa de reojo y se sorprende al advertir lágrimas en sus pestañas.

Kate Bronson le atrapa la mirada y le dirige una sonrisa torcida y avergonzada que muestra la pequeña brecha entre los dos incisivos frontales. Trata de imaginársela con la cabeza rapada y placas de identificación. No le resulta difícil. A pesar de su aspecto de chica de portada, en ella subyace algo levemente fiero, algo nervudo y temerario.

—No sé por qué lloro. Hace diez años que no voy. Tampoco es que tenga amigos allí.

Waters evalúa posibles afirmaciones tranquilizadoras y las descarta una a una. No hace ningún favor diciéndole que quizá no sea tan malo como piensa cuando, en realidad, lo más probable es que sea mucho peor.

Se oye un golpe en la puerta. Bronson se incorpora de un salto, se enjuga las mejillas con el dorso de la mano, echa un vistazo a través de la mirilla, gira los pestillos.

Es Vorstenbosch, el auxiliar de vuelo de más antigüedad, un hombre rollizo y afectado, con aire quisquilloso, ondulados cabellos rubios y unos ojos pequeños tras unas gafas gruesas con montura de oro. Es una persona tranquila, profesional y pedante cuando está sobrio, y una verdulera con pluma cuando prueba el alcohol.

—¿Han tirado una bomba nuclear sobre Guam? —pregunta sin preámbulos.

—No he recibido nada de tierra salvo que hemos perdido contacto —dice Waters.

—¿Qué significa eso concretamente? —inquiere Vorstenbosch—. Tengo a un montón de gente asustada y no sé qué decirles.

Bronson se golpea en la cabeza al agacharse para volver a sentarse a los mandos. Waters finge no verlo. Finge no darse cuenta de que le tiemblan las manos.

—Significa que... —arranca Waters, pero salta una señal de alerta y entonces el controlador empieza a transmitir a todos los aparatos en el espacio del Centro de Control de Tráfico Aéreo del Área de Minneapolis.

La voz procedente de Minnesota es arenosa, fluida, sosegada. Podría estar hablando de algo sin más importancia que una región de altas presiones. Los enseñan a entonar de esa forma.

—Aquí el Centro de Minneapolis con instrucciones de alta prioridad para todas las aeronaves en esta frecuencia. Les informamos de que hemos recibido órdenes del Mando Estratégico de Estados Unidos de despejar este espacio aéreo para permitir operaciones desde Ellsworth. Empezaremos a redireccionar todos los vuelos al aeropuerto más cercano disponible. Repito: vamos a hacer aterrizar todos los aviones comerciales y de recreo dentro del espacio aéreo

del CCTA de Minneapolis. Permanezcan a la escucha y listos para responder con prontitud a nuestras instrucciones. —Se produce un silbido momentáneo y luego, con lo que parece auténtico pesar, Minneapolis añade—: Lamento la situación, damas y caballeros. El tío Sam necesita el cielo esta tarde para una guerra mundial no programada.

—¿El aeropuerto de Ellsworth? —pregunta Vorstenbosch—. ¿Qué tienen en el aeropuerto de Ellsworth?

—El 28.º Escuadrón de Bombarderos —dice Bronson, frotándose la cabeza.

VERONICA D'ARCY, CLASE PREFERENTE

El avión se inclina de manera abrupta y Veronica D'Arcy se encuentra mirando de frente el edredón arrugado de nubes que tienen debajo. Los rayos cegadores del sol traspasan las ventanillas del otro lado de la cabina. El hombre guapo y ebrio a su lado —le cae un mechón de cabello negro sobre la frente que le recuerda, o bien a Cary Grant, o bien a Clark Kent— estruja inconscientemente los reposabrazos. Se pregunta si tendrá pánico a volar o si es un mero alcohólico. Se tomó el primer whisky en cuanto alcanzaron la altitud de crucero, hace tres horas, poco después de las diez de la mañana.

Las pantallas se funden en negro y emiten otro MENSAJE A BORDO EN EMISIÓN. Veronica lo escucha con los ojos cerrados, concentrándose como en una lectura de guion mientras otro actor lee sus frases por primera vez.

COMANDANTE WATERS (VOZ EN OFF)

Señoras y señores pasajeros, les habla de nuevo el comandante Waters. Siento comunicarles que hemos recibido una solicitud imprevista del control de tráfico aéreo para desviarnos hacia Fargo y tomar tierra en el aeropuerto internacional Hector. Nos han ordenado despejar el espacio aéreo, con efecto inmediato... (pausa incómoda) a causa de unas maniobras militares. Es evidente que la situación en Guam ha creado..., eh, complicaciones para todos los que nos encontramos hoy en el aire. No existen motivos para alarmarse, pero vamos a tener que aterrizar. Esperamos tomar tierra en Fargo dentro de cuarenta minutos. Les mantendré informados en cuanto sepa algo más. (pausa)

Mis más sinceras disculpas, amigos. Esta no es la tarde que ninguno de nosotros deseaba.

Si se tratara de una película, el comandante no sonaría como un muchacho que está atravesando la peor parte de la adolescencia. Le habrían dado el papel a alguien rudo y autoritario. A Hugh Jackman, quizá. O a un británico, si quisieran sugerir erudición, una insinuación de sabiduría adquirida en Oxford. Tal vez a Derek Jacobi.

Veronica ha actuado con Derek de manera intermitente durante casi treinta años. La sostuvo tras las bambalinas la noche en que murió su madre y le habló en susurros tiernos y tranquilizadores. Una hora después, ambos estaban vestidos de romanos ante cuatrocientas ochenta personas y, Dios, qué bien estuvo él esa noche, y qué bien estuvo ella también, y aquel día supo que podría superar cualquier cosa actuando, y superaría esto del mismo modo. Ya nota cómo crece la calma en su interior y la aligera de toda preocupación, de toda inquietud. Han pasado años desde la última vez que sintió algo que no hubiera decidido antes sentir.

—Pensaba que usted había empezado a beber demasiado pronto —le dice al hombre sentado a su lado—. Pero resulta que he sido yo la que ha comenzado demasiado tarde. —Levanta la copita de plástico con el vino que le sirvieron en el almuerzo y dice «chin-chin» antes de vaciarla.

El hombre le brinda una sonrisa encantadora y natural.

—Nunca he estado en Fargo, aunque he visto la serie. —Entorna los ojos—. ¿Usted salió en *Fargo*? Me suena que hiciera algo relacionado con la investigación forense y que luego Ewan McGregor la estrangulase hasta matarla.

—No, querido. Está pensando en *Contrato: Asesinato* y fue James McAvoy con un garrote.

—Es verdad. Ya sabía yo que la había visto morir una vez. ¿Le pasa mucho?

—Oh, continuamente. Hice una película con Richard Harris y tardó todo un día en matarme con un candelero. Cinco montajes, cuarenta tomas. El pobre hombre quedó agotado al final.

Los ojos de su compañero de asiento parecen salírsele de las órbitas y comprende que ha visto la película y se acuerda de su papel. Ella tenía veintidós años a la sazón y salía desnuda en todas las escenas, sin exageración. En cierta ocasión, su hija le preguntó: «Mamá, ¿cuándo descubriste exactamente que existía la ropa?». A lo que Veronica respondió: «Justo después de que nacieras, cariño».

Su hija posee la belleza suficiente como para salir en películas pero, en vez de eso, se dedica a diseñar sombreros. Cuando Veronica piensa en ella, el pecho le duele de alegría. Nunca se ha merecido tener una hija tan sana, feliz y con los pies en la tierra. Cuando Veronica se juzga a sí misma —cuando considera su

egoísmo y su narcisismo, su indiferencia hacia la maternidad, su preocupación por su carrera—, le parece imposible que haya una persona tan buena en su vida.

—Me llamo Gregg —dice su vecino—. Gregg Holder.

—Veronica D'Arcy.

—¿Qué le traía a Los Ángeles? ¿Un papel? ¿O vive allí?

—Tenía que asistir al apocalipsis. Interpreto a una sabia anciana de las tierras baldías. Bueno, supongo que serán tierras baldías. Lo único que veía era una pantalla verde. Espero que el verdadero apocalipsis se aplace el tiempo suficiente para que se estrene la película. ¿Cree que lo hará?

Gregg contempla el paisaje de nubes.

—Por supuesto. Es Corea del Norte, no China. ¿Con qué pueden atacarnos? No habrá apocalipsis para nosotros. Para ellos, quizá sí.

—¿Cuánta gente vive en Corea del Norte? —Es la niña del otro lado del pasillo, la que lleva unas gafas de un tamaño tan grande que parece cómico. Los ha estado escuchando con atención y ahora se inclina hacia ellos con un ademán muy de adulto.

La madre dirige a Gregg y Veronica una sonrisa tensa y le da a su hija una palmadita en el brazo.

—No molestes a los demás pasajeros, cariño.

—No me molesta —replica Gregg—. Pues no lo sé, cielo. Pero mucha gente vive en granjas, que están dispersas por el campo. Solo hay una ciudad grande, creo. Pase lo que pase, estoy seguro de que a la mayoría no les ocurrirá nada.

La niña se recuesta y medita sobre esta información unos momentos; al cabo se gira en su asiento para susurrarle algo a su madre, que aprieta los ojos y sacude la cabeza. Veronica se

pregunta si la mujer es consciente de que sigue palmeando el brazo de su hija.

—Tengo una niña de la misma edad —dice Gregg.

—Y yo tengo una chica de la misma edad que usted —replica Veronica—. Ella es para mí lo mejor del mundo.

—Sí. Para mí también. Me refiero a mi hija, claro, no a la suya, aunque estoy seguro de que ella también es estupenda.

—¿Vuelve usted a casa para reunirse con ella?

—Sí. Mi mujer me llamó para preguntarme si podía acortar un viaje de negocios. Se ha enamorado de un hombre que conoció en Facebook y quiere que cuide de la niña para poder viajar a Toronto para conocerlo.

—Ay, Dios, no habla en serio. ¿No percibió ninguna señal?

—Pensaba que pasaba demasiado tiempo en internet pero, para ser justos, ella pensaba que yo pasaba demasiado tiempo borracho. Supongo que soy alcohólico. Y supongo que debería hacer algo al respecto ya. Creo que empezaré terminándome esto. —Y se bebe de un trago el whisky que le queda.

Veronica se ha divorciado dos veces y siempre ha sido muy consciente de que era ella el agente primario de la ruina doméstica. Cuando piensa en lo mal que se portó, en cómo utilizó a Robert y a François, se avergüenza y se enfada consigo misma, de modo que experimenta una alegría natural por poder ofrecer su compasión y solidaridad al hombre agraviado que se sienta junto a ella. Un acto de expiación, por pequeño que sea.

—Cuánto lo siento. Le ha debido de caer como una bomba.

—¿Qué ha dicho? —pregunta la niña del otro lado del pasillo, volviéndose a inclinar hacia ellos. Tras las gafas, los ojos marrón

oscuro parecen no parpadear nunca—. ¿Que vamos a lanzarles una bomba nuclear?

Suena más curiosa que asustada pero, como consecuencia de esto, a su madre se le escapa un aterrado jadeo asmático.

Gregg se inclina hacia la niña, con una sonrisa tan amable como irónica, y Veronica de repente lamenta no ser veinte años más joven. Podría haber sido buena para un tipo como él.

—No conozco cuáles son las opciones militares, así que no podría asegurarlo, pero...

Antes de que pueda terminar, la cabina se llena de un aullido sónico de infarto.

Un avión hiende el aire, seguido de dos más volando en tándem, uno de los cuales pasa tan cerca del ala de babor que Veronica alcanza a vislumbrar al piloto en la carlinga, con un casco y una especie de equipo de respiración que le enmascara el rostro. Estos aparatos guardan escasa semejanza con el 777 que los transporta hacia el este... Son inmensos halcones de hierro, con la tonalidad gris de las puntas de bala, el color del plomo. Su potencia zarandea el avión de línea. Los pasajeros gritan, se agarran unos a otros. El ruido de los bombarderos al cruzarse en su trayectoria castiga las entrañas, es visceral. Al cabo de un instante han desaparecido, tras haber arado en el azul brillante del cielo unas largas estelas de condensación.

Un silencio sobresaltado y terrorífico estremece la cabina.

Veronica D'Arcy mira a Gregg Holder y ve que ha aplastado el vaso y lo ha reducido a una pelota resquebrajada de la que brotan esquirlas de plástico. El hombre se da cuenta al mismo tiempo, se ríe y deja los restos en el reposabrazos.

Luego se vuelve hacia la niña y concluye la frase como si no se hubiera producido ninguna interrupción.

—Pero diría que todas las señales apuntan a que sí.

JENNY SLATE, CLASE TURISTA

—Aviones B-1 —le dice su amor, en un tono de voz relajado, casi complacido—. «Lanceros». Antes transportaban cargas útiles nucleares, pero el Jesucristo negro las restringió. Todavía tienen suficiente potencia de fuego a bordo para freír a todos los perros de Pyongyang. Lo cual tiene su gracia porque, normalmente, si quieres comer perro frito en Corea del Norte, necesitas hacer una reserva antes.

—Deberían haberse sublevado —dice Jenny—. ¿Por qué no lo hicieron cuando tuvieron la oportunidad? ¿Es que querían campos de trabajo? ¿Querían morirse de hambre?

—Esa es la diferencia entre la mentalidad occidental y la visión oriental del mundo —dice Bobby—. Allí, el individualismo se ve como algo aberrante. —En susurros, añade—: Hay una cierta cualidad de colonia de hormigas en su forma de pensar.

—Disculpe —interviene el judío de la fila central, que está sentado junto a la chica asiática. No podría ser más judío aunque llevara la barba y los cabellos en tirabuzón y el *talit* sobre los hombros—. ¿Podría bajar la voz, por favor? Mi compañera de asiento está alterada.

Bobby ya lo había hecho; sin embargo, incluso cuando procura

contenerse, tiene tendencia a hablar con un vozarrón atronador. No sería la primera vez que sus bramidos les causan problemas.

—No debería —dice Bobby—. Mañana por la mañana, Corea del Sur podrá por fin dejar de preocuparse por los psicópatas al otro lado de la zona desmilitarizada. Las familias volverán a reunirse. Bueno. Algunas familias. Las bombas de destrucción masiva no discriminan entre población civil y militar.

Bobby habla con la certeza despreocupada de un hombre que ha pasado veinte años produciendo bloques informativos para una empresa de comunicación que posee unas setenta canales locales de televisión y que se especializa en la distribución de contenidos libres del sesgo de los medios convencionales. Ha estado en Irak, en Afganistán. Viajó a Liberia durante el brote de ébola con el fin de investigar un complot del Estado Islámico para utilizar el virus como arma. Nada asusta a Bobby. Nada le pone nervioso.

Jenny era una madre embarazada soltera, sus padres la habían expulsado de casa y dormía entre turnos en el almacén de una gasolinera el día en que Bobby le compró un menú extragrande y le dijo que no le importaba quién era el padre. Le aseguró que querría al bebé tanto como si fuera suyo. Jenny ya había programado el aborto. Bobby le dijo, con calma, en voz baja, que, si se iba con él, les proporcionaría a ambos una buena vida y serían felices, pero que si acudía a la clínica, mataría a un niño y perdería su alma. Se había ido con él, que había cumplido sus promesas, todas ellas. La había amado bien, la había adorado desde el principio; él era su milagro. No necesitaba los panes y los peces para tener fe. Bobby le bastaba. A veces, Jenny fantaseaba con que un progresista —un activista radical, quizá, o alguien del equipo de Bernie— trataba de asesinarlo

y ella se las apañaba para interponerse entre Bobby y el arma para recibir el disparo. Siempre había querido morir por él. Besarlo con el sabor de su propia sangre en la boca.

—Ojalá tuviéramos teléfonos —dice de repente la bonita chica asiática—. Algunos de estos aviones disponen de teléfonos. Ojalá hubiera una manera de llamar... a alguien. ¿Cuánto tardarán en llegar los bombarderos?

—Aunque pudiéramos hacer llamadas desde este avión —dice Bobby—, sería difícil realizarlas. Una de las primeras cosas que hace Estados Unidos es cortar las comunicaciones en la región, y es posible que no se limiten solo a Corea. No querrán arriesgarse a la presencia de agentes en el sur (un gobierno durmiente) para que estos coordinen un contraataque. Además, todos cuantos tengan familia en la península de Corea estarán ahora mismo intentando ponerse en contacto con ellos. Sería como probar a llamar a Manhattan el once de septiembre, solo que esta vez es su turno.

—¿Su turno? —dice el judío—. ¿Su turno? Debo de haberme perdido el informe que declaraba a Corea del Norte culpable de derribar las Torres Gemelas. Pensaba que fue Al Qaeda.

—Corea del Norte les vendió armas e información durante años —le explica Bobby—. Está todo conectado. Corea del Norte lleva décadas siendo el exportador número uno de la Fiebre de Destrucción de América.

Jenny arrima el hombro a Bobby e interviene:

—Por lo menos así era antes. Creo que los ha sustituido la gente de Black Lives Matter.

En realidad, solo repite algo que Bobby comentó a sus amigos

hace tan solo unas noches. A ella le pareció ingenioso y sabe que a él le gusta oír sus mejores frases en boca de otros.

—¡Hala, hala! —exclama el judío—. Es lo más racista que he escuchado en la vida real. Si millones de personas están a punto de morir, es porque millones de personas como usted pusieron a un puñado de imbéciles ineptos y llenos de odio a cargo de nuestro gobierno.

La chica cierra los ojos y se recuesta en el asiento.

—¿Que mi mujer es qué clase de persona? —pregunta Bobby, alzando una ceja.

—Bobby —le previene Jenny—. Estoy bien. No me ha molestado.

—No he preguntado si te había molestado. Le he preguntado a este caballero de qué clase de personas cree que está hablando.

Unas manchas rojas que revelan agitación salpican la mejilla del judío.

—Personas crueles, engreídas e ignorantes.

Se da la vuelta, temblando.

Bobby besa a su mujer en la sien y se desabrocha el cinturón.

MARK VORSTENBOSCH, CABINA DE VUELO

Vorstenbosch pasa diez minutos calmando a los pasajeros en clase turista y otros cinco limpiando la cerveza de la cabeza de Arnold Fidelman y ayudándolo a cambiarse de jersey. Advierte a Fidelman y a Robert Slate que, como vuelva ver a cualquiera de los dos fuera de sus respectivos asientos antes de que aterricen, los dos serán detenidos en el aeropuerto. El llamado Slate lo acepta tranquilo, se

aprieta el cinturón y apoya las manos en el regazo, mirando con serenidad hacia delante. Fidelman parece que quiere protestar; tiembla de impotencia, tiene mal color y solo se apacigua cuando Vorstenbosch lo arropa con una manta alrededor de las piernas. Al inclinarse hacia el asiento de Fidelman, le susurra que, cuando el avión aterrice, presentarán juntos una declaración y que denunciarán a Slate por una agresión verbal y física. Fidelman le dirige una mirada de sorpresa y aprecio, de un gay a otro, cuidándose entre ellos en un mundo plagado de gente como Robert Slate.

El veterano auxiliar de vuelo siente náuseas y se mete un rato en el servicio para calmarse. La cabina huele a vómito y miedo, de proa a popa. Los niños lloran desconsolados. Vorstenbosch ha visto a dos mujeres rezando.

Se atusa los cabellos, se lava las manos, respira hondo una vez tras otra. El modelo a seguir de Vorstenbosch siempre ha sido el personaje de Anthony Hopkins en *Lo que queda del día*, una película que nunca ha visto como una tragedia, sino más bien como una alabanza a una vida de servicio disciplinado. Vorstenbosch a veces lamenta no ser británico. En preferente, reconoció enseguida a Veronica D'Arcy, pero su profesionalidad le exige que no lo manifieste de forma abierta.

Una vez que se ha serenado, sale del servicio y se encamina a la cabina de vuelo para comunicar al comandante Waters que van a necesitar a la seguridad del aeropuerto cuando aterricen. Hace un alto en preferente para atender a una mujer que está hiperventilando. Cuando Vorstenbosch la coge de la mano, se acuerda de la última vez que acarició la de su abuela; ella estaba en

su ataúd y tenía los dedos igual de fríos, sin vida. Vorstenbosch se siente preso de una indignación trémula cuando piensa en los bombarderos —esos idiotas fanfarrones— volando tan cerca del avión. La carencia de la más simple consideración humana le pone enfermo. Practica la respiración profunda con la mujer, le asegura que pronto pisarán tierra.

La cabina rebosa de sol y calma. No le sorprende. En este oficio, todo está diseñado para convertir incluso una crisis —y esto es una crisis, aunque nunca se haya practicado en simuladores de vuelo— en una cuestión de rutina, de listas de verificación y procedimientos.

La primera oficial es un diablillo de chica que se trajo al avión el almuerzo en una bolsa de papel marrón. Se le había subido la manga izquierda y Vorstenbosch alcanzó a ver parte de un tatuaje, un león blanco, justo por encima de la muñeca. La mira y percibe en su pasado un parque de caravanas, un hermano enganchado a los opiáceos, padres divorciados, un primer empleo en un Walmart, una huida desesperada al ejército. Le cae muy bien, ¿cómo no? Su propia infancia no difirió mucho, pero, en lugar de alistarse, huyó a Nueva York para poder vivir su homosexualidad. Cuando le abrió la puerta de la cabina la vez anterior, ella trataba de ocultar las lágrimas, un gesto que a Vorstenbosch le retuerce el corazón. Nada lo angustia como la angustia de los demás.

—¿Qué está pasando? —pregunta Vorstenbosch.

—Aterrizaremos dentro de diez minutos —dice Bronson.

—Puede —replica Waters—. Hay media docena de aviones por delante de nosotros.

—¿Alguna noticia del otro lado del mundo? —quiere saber Vorstenbosch.

Por un momento ninguno responde. Luego habla Waters, con voz distraída y forzada:

—El Servicio Geológico de Estados Unidos informa de que se ha registrado un evento sísmico en Guam de magnitud seis coma tres en la escala de Richter.

—Equivaldría a doscientos cincuenta kilotones —especifica Bronson.

—Ha sido una ojiva nuclear —dice Vorstenbosch. No es una pregunta.

—También ha ocurrido algo en Pyongyang —continúa la copiloto —. Una hora antes de lo de Guam, la televisión estatal dejó de emitir. Parece que han asesinado a un montón de oficiales de alto rango con pocos minutos de diferencia entre uno y otro. Así que, o bien se trata de un golpe de palacio o hemos intentado socavar su liderazgo con varios asesinatos quirúrgicos y no se lo han tomado muy bien.

—¿Qué podemos hacer por ti, Vorstenbosch? —pregunta el comandante.

—Ha habido una pelea en clase turista. Un hombre le tiró una cerveza por encima a otro...

—Me cago en la puta —suelta Waters.

—Han sido advertidos, pero quizá nos vendría bien tener a mano a la policía de Fargo cuando descendamos. Creo que la víctima querrá presentar cargos.

—Avisaré por radio, pero no te prometo nada. Tengo la sensación de que el aeropuerto va a ser un manicomio. La seguridad podría estar desbordada.

—También hay una mujer en preferente con un ataque de pánico.

No quiere asustar a su hija, pero le cuesta respirar. La tengo resoplando en una bolsa para el mareo. Pero me gustaría que los servicios de emergencia la estuvieran esperando con una bombona de oxígeno cuando aterricemos.

—Hecho. ¿Algo más?

—Están desarrollándose once o doce minicrisis más, pero la tripulación las tiene bajo control. Hay una cosa más, supongo. ¿Os apetece una cerveza o una copa de vino y violar todas las regulaciones?

Los pilotos vuelven la vista hacia él. Bronson sonríe.

—Quiero un hijo tuyo, Vorstenbosch —dice ella—. Tendríamos un niño encantador.

—Ídem —dijo Waters.

—¿Eso es un sí?

Waters y Bronson se miran.

—Mejor no —decide Bronson, y Waters asiente.

Luego el comandante añade:

—Pero me tomaré la Dos Equis más fría que puedas encontrar en cuanto estemos estacionados.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de volar? —pregunta Bronson—. A esta altitud siempre hace sol. Parece imposible que esté sucediendo algo tan espantoso en un día tan soleado.

Todos están admirando el paisaje de nubes cuando el suelo blanco y esponjoso debajo de ellos es sajado en un centenar de puntos. Cien columnas de humo blanco se proyectan hacia al cielo y se erigen desde todas partes. Es como un truco de magia, como si las nubes poseyeran púas ocultas que han emergido de repente. Un momento después, el trueno los alcanza y, con él, las turbulencias,

que propinan una patada al avión, lo vapulean, hacia arriba y de costado. Una docena de luces rojas tartamudean en el tablero de instrumentos. Las alarmas chillan. Vorstenbosch lo percibe todo en un instante mientras los pies se despegan del suelo. Por un momento flota, suspendido como un paracaídas, un hombre hecho de seda, lleno de aire. Se golpea en la cabeza contra la pared. Cae rápido y con fuerza, como si una trampilla se hubiera abierto en el suelo de la cabina y lo hubiera arrojado a bastante brazas de profundidad en el cielo brillante que hay debajo.

JANICE MUMFORD, CLASE PREFERENTE

—¡Mamá! —grita Janice—. ¡Mamá, mira! ¿Qué es eso?

Lo que sucede en el cielo es menos alarmante que lo que sucede en cabina. Alguien está gritando: un reluciente hilo plateado de sonido que se cose a la cabeza de Janice. Los adultos gimen de una forma que la lleva a pensar en fantasmas.

El 777 se escora a babor y luego alabea con repentina violencia hacia la derecha. El avión navega a través de un laberinto de columnas gigantescas, los claustros de una catedral de dimensiones imposibles. Janice tuvo que deletrear CLAUSTROS (una fácil) en el torneo regional de Englewood.

Su madre, Millie, no responde. Respira con ritmo regular en una bolsa blanca de papel. Millie nunca ha volado antes, nunca ha salido de California. Janice tampoco pero, a diferencia de su madre, ella lo había estado deseando con impaciencia. Janice siempre ha querido subirse a un avión grande; también le gustaría sumergirse algún día

en un submarino, aunque se conformaría con un paseo en un kayak con suelo de cristal.

La orquesta de desesperación y horror se hunde en un suave decrescendo (Janice deletreó DECRESCENDO en la primera ronda de la final del estado y estuvo cerquísima de pifiarla y recibir una humillante derrota temprana). Janice se inclina hacia el hombre guapo que lleva todo el viaje bebiendo té helado.

—¿Han sido los cohetes? —pregunta Janice.

La actriz le responde con su adorable acento británico. Janice solo los ha oído en películas y le encantan.

—Son misiles MBIC —dice la estrella de cine—. Van de camino del otro lado del mundo.

Janice se percata de que la actriz está cogida de la mano del hombre que se ha bebido todo ese té helado, que es mucho más joven que ella. Sus facciones componen una expresión de calma casi glacial. El hombre junto a ella, por otro lado, parece como si quisiera vomitar. Aprieta la mano de la mujer mayor con tanta fuerza que se le han puesto los nudillos blancos.

—¿Sois familia? —pregunta Janice. No se le ocurre por qué si no iban a agarrarse de la mano.

—No —dice el hombre guapo.

—Entonces ¿por qué os cogéis de la mano?

—Porque estamos asustados —admite la estrella de cine, aunque ella no lo parece—. Y nos hace sentir mejor.

—Ah —dice Janice, y luego se apresura a estrechar la mano libre de su madre, que le dirige una mirada de gratitud por encima de la bolsa que no deja de inflar y desinflar como si fuera un pulmón de

papel. Janice se vuelve a mirar al hombre guapo—. ¿Quieres cogerme de la mano?

—Sí, por favor —dice el hombre, y entrelazan las manos sobre el pasillo.

—¿Qué significa MBIC?

—Misil balístico intercontinental —explica el hombre.

—¡Esa palabra me salió! Tuve que deletrear «intercontinental» en el regional.

—¿De veras? Yo no creo que fuera capaz así a bote pronto.

—Oh, es fácil —dice Janice, y se lo demuestra.

—Te tomo la palabra. Tú eres la experta.

—Voy a Boston para un torneo de ortografía. Son las semifinales internacionales y, si lo hago bien, puedo ir a Washington y salir en la televisión. No imaginaba que iría alguna vez a alguno de esos sitios. Pero, bueno, tampoco imaginaba que visitaría Fargo. ¿Todavía vamos a aterrizar en Fargo?

—No sé qué otra cosa podríamos hacer —dice el hombre guapo.

—¿Cuántos MBIC han debido de pasar? —pregunta Janice, estirando el cuello para mirar las torres de humo.

—Todos —dice la estrella de cine.

—Me pregunto si nos perderemos el torneo —dice Janice.

Esta vez es su madre quien responde. Tiene la voz ronca, como si le doliera la garganta o hubiera estado llorando.

—Me temo que a lo mejor sí, cariño.

—¡Oh! —exclama Janice—. ¡Ay, no!

Se siente un poco como cuando el año pasado hicieron el amigo invisible y ella fue la única que se quedó sin regalo, porque su Santa

Claus secreto era Martin Cohassey, que no estuvo porque tenía mononucleosis.

—Habrías ganado —dice su madre y cierra los ojos—. Y no solo las semifinales.

—No es hasta mañana por la noche —replica Janice—. A lo mejor podemos coger otro avión por la mañana.

—No estoy seguro de que mañana por la mañana vaya a haber vuelos —dice el hombre guapo en tono de disculpa.

—¿Por algo que está pasando en Corea del Norte?

—No —dice su amigo del otro lado del pasillo—. Por algo que va a pasar allí.

Millie abre los ojos.

—Chisss. La asustará.

Pero no es que Janice tenga miedo, sino que no entiende. El hombre del otro lado del pasillo balancea la mano de adelante atrás, de atrás adelante.

—¿Cuál es la palabra más difícil que te ha tocado? —pregunta.

—Antropoceno —responde Janice con prontitud—. Por eso perdí el año pasado, en semifinales. Pensé que había una «i». Significa «en la era de los humanos». Como en la frase: «la era del antropoceno parece muy corta comparada con otros periodos geológicos».

El hombre se queda mirándola durante un instante y luego suelta una carcajada.

—Tú lo has dicho, chica.

La estrella de cine contempla por la ventanilla las enormes columnas blancas.

—Nadie ha visto jamás un cielo así. Estas torres de nubes. El día desgarbado y luminoso, enjaulado en sus barrotes de humo. Parece

como si estuvieran sosteniendo el cielo. Qué tarde tan preciosa. Es posible que pronto me vea representar otra muerte, señor Holder, aunque no estoy segura de que pueda prometerle que interpretaré el papel con mi elegancia habitual. —Cierra los ojos—. Extraño a mi hija. No creo que vaya a... —Abre los ojos, mira a Janice y enmudece.

—He pensado lo mismo sobre la mía —dice el señor Holder. Luego vuelve la cabeza y escudriña a su madre por encima de ella—. ¿Sabe la suerte que tiene? —Pasea la mirada entre Millie y Janice y, cuando la niña mira, su madre está asintiendo, un pequeño gesto de agradecimiento.

—¿Por qué tienes suerte, mamá? —le pregunta Janice.

Millie la achucha y le da un beso en la sien.

—Porque hoy estamos juntas, boba.

—Ah. —No logra ver dónde está la suerte. Están juntas todos los días.

En algún momento, Janice se da cuenta de que el hombre guapo le ha soltado la mano y, cuando vuelve a mirar, está abrazando a la estrella de cine, y ella también a él, y están besándose con ternura. Se queda sorprendida, estupefacta, porque la estrella de cine es mucho mayor que su compañero de asiento. Se besan como amantes al final de una película, justo antes de que aparezcan los créditos y todo el mundo se vaya a casa. Es tan raro que Janice se tiene que reír.

A RA LEE, CLASE TURISTA

En la boda de su hermano en Jeju, A Ra creyó ver por un instante a su padre, que lleva muerto siete años. La ceremonia y la recepción se celebraron en un extenso y encantador jardín privado, dividido en dos por un río profundo, fresco y artificial. Los niños arrojaban puñados de pan a la corriente y observaban el agua hervir de carpas arcoíris, un centenar de brillantes peces que reflejaban todos los colores del tesoro: oro rosado, platino y cobre recién acuñado. La mirada de A Ra se desplazó de los niños hacia el puente de piedra ornamental que cruzaba el arroyo y allí se encontraba su padre con uno de sus trajes baratos, apoyado en la pared, sonriéndole, su carota hogareña marcada por profundas arrugas. La visión la sobresaltó tanto que tuvo que apartar la mirada, sin aliento durante unos instantes por la sorpresa. Cuando volvió a mirar, había desaparecido. Durante la ceremonia había llegado a la conclusión de que solo había visto a Jum, el hermano pequeño de su padre, que se cortaba el pelo de la misma forma. Sería fácil, en un día tan emotivo, confundir por un momento a uno con otro... y más teniendo en cuenta su decisión de no ponerse las gafas para la boda.

En tierra, la estudiante de Lingüística Evolutiva del MIT deposita su fe en aquello que puede ser demostrado, documentado, conocido y estudiado. Pero ahora se halla en las alturas y se siente con una mentalidad más abierta. El 777 —sus trescientas y pico toneladas al completo— se precipita a través del cielo, elevado por inmensas fuerzas invisibles. Nada carga con todo a la espalda. Así ocurre con los muertos y los vivos, con el pasado y el presente. El ahora es un ala y la historia lo sustenta desde abajo. Al padre de A Ra le encantaba divertirse; regentó una fábrica de artículos de broma

durante cuarenta años, así que la diversión era su verdadero negocio. Aquí en el cielo, ella está dispuesta a creer que no habría permitido que la muerte se interpusiera entre él y una tarde tan alegre.

—Ahora mismo tengo un miedo de cojones —dice Arnold Fidelman.

Ella asiente. También está asustada.

—Y un cabreo de cojones. De tres pares.

A Ra deja de mover la cabeza. No está enfadada, así lo ha elegido. En este momento, más que en cualquier otro, ha escogido no enfadarse.

—Ese hijo de puta —continúa Fidelman—, el señor «Que América vuelva a ser la hostia» de allí. Ojalá pudiéramos recuperar el cepo, solo por un día, para que la gente pudiera tirarle mierda y fruta podrida. ¿Crees que si Obama siguiera en el cargo ocurriría algo de esto, de esta locura? Escucha. Cuando aterricemos, si es que llegamos a hacerlo, ¿te quedarías conmigo en el *finger* para denunciar lo sucedido? Eres una voz imparcial en este caso. La policía te escuchará. Detendrán a ese gordo espeluznante por tirarme la cerveza encima y podrá disfrutar el fin del mundo desde una celda húmeda, repleta de borrachos de mierda.

Ella ha cerrado los ojos, tratando de regresar al jardín nupcial. Quiere encontrarse junto al río artificial, volver la cabeza y ver de nuevo a su padre en el puente. No quiere tenerle miedo esta vez. Quiere mirarlo a los ojos y devolverle la sonrisa.

Pero no va a poder permanecer en el jardín nupcial de su mente. La voz de Fidelman ha ido subiendo de volumen junto con su

histeria. El hombretón del otro lado del pasillo, Bobby, capta lo último que ha dicho.

—Mientras declaras ante la policía —dice Bobby—, espero que no te olvides de la parte en la que llamaste engreída e ignorante a mi mujer.

—Bobby —suplica la esposa del hombretón, la mujercita de los ojos admirativos—. No.

A Ra exhala un largo y lento suspiro.

—Nadie va a denunciar nada a la policía de Fargo.

—Te equivocas —replica Fidelman con voz trémula. También le tiemblan las piernas.

—Para nada —dice A Ra—. Estoy segura de ello.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunta la mujer de Bobby. Tiene los mismos ojos brillantes y rápidos ademanes de pájaro.

—Porque no vamos a aterrizar en Fargo. El avión dejó de sobrevolar en círculos el aeropuerto unos minutos después del lanzamiento de los misiles. ¿No os habéis dado cuenta? Abandonamos nuestro patrón de espera hace ya un rato. Ahora nos dirigimos hacia el norte.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta la mujercita.

—El sol está a la izquierda del avión. Por lo tanto, volamos hacia el norte.

Bobby y su mujer miran por la ventanilla. La esposa emite un susurro de interés y apreciación.

—¿Qué hay al norte de Fargo? —pregunta la mujer—. ¿Y por qué vamos hacia allí?

Bobby se lleva la mano a la boca despacio, un gesto que podría indicar que está meditando el asunto, pero que A Ra percibe como

freudiano. El hombre ya sabe por qué no van a aterrizar en Fargo y no tiene intención de decirlo.

A Ra solo necesita cerrar los ojos para visualizar en su mente dónde estarán exactamente las cabezas nucleares ahora, fuera de la atmósfera terrestre, superada ya la cresta de su mortal parábola y cayendo en el pozo de la gravedad. Quizá queden menos de diez minutos hasta que impacten en el otro lado del planeta. A Ra contó al menos treinta misiles, que son veinte más de los necesarios para destruir un país más pequeño que Nueva Inglaterra. Y los treinta que todos han visto elevándose en el cielo serán tan solo una fracción del arsenal desplegado. Un ataque semejante solo puede encontrar una respuesta proporcional y sin duda los misiles estadounidenses se han cruzado con cientos de cohetes volando en sentido contrario. Algo ha salido terriblemente mal, como era inevitable cuando se encendió la mecha de esta ristra de petardos geopolíticos.

Sin embargo, A Ra no cierra los ojos para imaginar un intercambio de golpes. Prefiere retornar a Jeju. La revuelta de las carpas en el río. La tarde es fragrante, huele a flores lujuriosas y a césped recién cortado. Su padre apoya los codos en el pretil del puente y sonríe con picardía.

—Este tipo... —dice Fidelman—. Este tipo y su condenada mujer. Llama «orientales» a los asiáticos. Habla de tu gente como de hormigas. Acosa a la gente tirándoles cerveza por encima. Este tipo y su condenada mujer pusieron a unos estúpidos imprudentes iguales que ellos al mando de este país y ahora aquí estamos. Los misiles están volando. —La voz se le quiebra por la tensión y A Ra percibe lo cerca que se encuentra de echarse a llorar.

Una vez más, A Ra abre los ojos.

—Este tipo y su condenada mujer están con nosotros en el avión. Todos estamos en este avión. —Mira a Bobby y a su mujer, que la están escuchando—. No importa cómo hayamos llegado aquí, todos estamos ahora en este avión. En el aire. En problemas. Huyendo a la carrera. —Esboza una sonrisa, que la siente igual que la de su padre —. La próxima vez que tenga ganas de tirar una cerveza, démela a mí. Me vendría bien un trago.

Bobby le clava por un instante unos ojos pensativos y fascinados, y luego se ríe. Su esposa lo mira y dice:

—¿Por qué huimos hacia el norte? ¿De verdad crees que podrían atacar Fargo? ¿De verdad crees que podrían atacarnos aquí, en el centro de Estados Unidos?

Su marido no responde, de modo que dirige su mirada hacia A Ra.

En su corazón, sopesa si la verdad supondría una bendición o solo un asalto más. Su silencio, sin embargo, es respuesta suficiente.

La boca se le contrae. Mira a su marido.

—Si vamos a morir, quiero que sepas que me alegro de estar a tu lado cuando suceda. Has sido bueno conmigo, Robert Jeremy Slate.

El hombre se vuelve hacia su mujer, le da un beso y se reclina.

—¿Bromeas? Aún no me creo que un gordo como yo haya terminado casado con una mujer como tú. Sería más fácil ganar un millón de dólares a la lotería.

Fidelman los observa y luego vuelve la cara.

—No me jodas. No intentes ahora demostrarme tu humanidad.

Arruga una servilleta de papel y se la tira a Bob Slate. Le rebota en la sien. El hombretón vuelve la cabeza y mira a Fidelman... y se ríe. Calurosamente

A Ra cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo de su asiento.

Su padre la observa mientras ella se acerca al puente a través de la sedosa noche de primavera.

Cuando sube por al arco de piedra, él estira el brazo, le coge la mano y la conduce hasta un huerto, donde la gente está bailando.

KATE BRONSON, CABINA DE VUELO

Para cuando Kate termina de vendarle la herida en la cabeza, Vorstenbosch refunfuña, tendido en el suelo de la cabina. Ella le guarda las gafas en el bolsillo de la camisa. El cristal izquierdo se ha rajado con la caída.

—En veinte años en este oficio —dice Vorstenbosch— jamás he perdido el equilibrio. Soy el puñetero Fred Astaire de los cielos. No. La puñetera Grace Kelly. Puedo hacer el trabajo de todas las demás auxiliares, pero de espaldas y en tacones.

—Nunca he visto una película de Fred Astaire —dice Kate—. Siempre he sido más una chica Stallone.

—Plebeya —dice Vorstenbosch.

—Has dado en el clavo —conviene Kate, y le aprieta la mano—. No te levantes todavía.

Kate se pone en pie de un saltito y se desliza en el asiento junto a Waters. Cuando se lanzaron los misiles, el radar se llenó de contactos fantasma, cien pinchazos rojos y más, pero ahora solo se detectan los aviones en las inmediaciones. La mayoría se encuentran detrás de ellos, aún sobrevolando Fargo en círculos. El comandante

Waters ha virado hacia un nuevo rumbo mientras Kate atendía a Vorstenbosch.

—¿Qué está pasando? —pregunta ella.

Se asusta al ver su semblante, tan céreo que casi se ha tornado incoloro.

—Está ocurriendo —dice él—. Han trasladado al presidente a una localización segura. Las noticias afirman que Rusia también ha lanzado sus misiles.

—¿Por qué? —pregunta ella, como si eso importara.

El comandante se encoge de hombros en un gesto de impotencia, pero luego responde:

—Rusia, o China, o los dos desplegaron sus escudos defensivos para obligar a retroceder a nuestros bombarderos antes de que pudieran llegar a Corea. Un submarino en el Pacífico Sur respondió atacando un portaaviones ruso. Y entonces. Y entonces.

—¿Y? —pregunta Kate.

—No vamos a Fargo.

—¿Adónde? —Kate parece no poder articular más de una palabra a la vez. Siente algo que le oprime el esternón, que le roba el aire.

—Debe de haber algún sitio al norte en el que podamos aterrizar, alejado de... de lo que se nos viene encima. Debe de haber un sitio que no suponga una amenaza para nadie. ¿En Nunavut, quizá? El año pasado aterrizaron un 777 en Iqaluit. Es una pista corta en el fin del mundo, pero técnicamente es posible y puede que dispongamos de suficiente combustible para conseguirlo.

—Tonta de mí —dice Kate—. Me he olvidado el abrigo de invierno.

—Debes de ser novata en vuelos de larga distancia. Nunca sabes

adónde te enviarán, así que asegúrate siempre de meter en la maleta un bañador y unos mitones.

Es cierto que no tiene experiencia en vuelos de larga distancia —obtuvo su habilitación de tipo 777 hace solo seis meses—, pero no cree que merezca la pena tomarse en serio el consejo de Waters. Kate no cree que vuelva a pilotar nunca otro avión comercial. Tampoco Waters. No quedará ningún sitio al que volar.

Kate no verá a su madre, que vive en Pennsylvania, nunca más, pero no eso no supone una gran pérdida. Su madre se abrasará, junto con el padrastro que intentó introducir una mano por dentro de sus vaqueros Wranglers cuando Kate tenía catorce años. Se lo contó a su madre, que le echó la culpa a ella por vestirse como una fulana.

Tampoco volverá a ver a su hermanastro de doce años, y eso sí que la entristece. Liam es una dulzura, es tranquilo y pacífico, y es autista. Kate le regaló un dron por Navidad y ahora su afición favorita en el mundo es sacar fotografías aéreas. Ella entiende el encanto. También es desde siempre su parte favorita de volar, ese momento en que las casas se encogen hasta parecer modelos a escala en una maqueta de tren. Camiones del tamaño de mariquitas brillan y destellan mientras se deslizan, sin fricción, por las carreteras. La altitud reduce los lagos al tamaño de espejos de mano plateados. Desde dos mil metros de altitud, una ciudad entera te cabe en la palma de la mano. Su hermanastro Liam dice que quiere ser pequeño, como la gente en las fotos que saca con su dron. Dice que si fuera tan pequeño como ellos, Kate podría metérselo en el bolsillo y llevarlo con ella.

Se elevan sobre la región más septentrional de Dakota del Norte,

planeando como cuando una vez hendió las tibias aguas de la playa de Fai Fai hasta cortar el verde cristalino del Pacífico. Qué sensación tan maravillosa, navegar como si fuera ingrávida sobre el mundo oceánico. En su opinión, librarse de la gravedad es experimentar lo que debe de sentir un espíritu puro al escapar de la misma carne.

Minneapolis los llama.

—Delta dos-tres-seis, se han desviado de su curso. Están a punto de abandonar nuestro espacio aéreo. ¿Cuál es su rumbo?

—Minneapolis —responde Waters—, nuestro rumbo es cero-seis-cero, solicito permiso para dirigirnos a Yankee Foxtrot Bravo, aeropuerto de Iqaluit.

—Delta dos-tres-seis, ¿por qué no pueden aterrizar en Fargo?

Waters se inclina sobre los instrumentos durante un rato. Una gota de sudor salpica el cuadro de instrumentos. Mueve un poco los ojos y Kate lo descubre mirando la fotografía de su mujer.

—Minneapolis, Fargo es un objetivo primario. Tendremos más opciones en el norte. Transportamos doscientas cuarenta y siete almas a bordo.

La radio crepita. Minneapolis se lo piensa.

De pronto, un intenso fogonazo de luz los deslumbra, casi cegándolos, como si una bombilla del tamaño del sol hubiera explotado en algún lugar del cielo, detrás del avión. Kate vuelve la cabeza, se aparta de las ventanillas y cierra los ojos. Hay un zumbido sordo y grave, que se siente más que se oye, una especie de estremecimiento existencial en el fuselaje del avión. Cuando Kate vuelve a levantar la vista, persisten en su retina imágenes borrosas de color verde, que se desplazan a la deriva. Es como volver a

bucear en Fai Fai; está rodeada de frondas de neón y medusas fluorescentes que se retuercen sin cesar.

Kate se inclina hacia delante y estira el cuello. Algo resplandece bajo la capa de nubes, es posible que a cien o doscientos kilómetros de distancia detrás de ellos. La propia nube está empezando a deformarse y a expandirse, a abombarse.

Cuando vuelve a acomodarse en el asiento, se produce otro crujido ahogado, grave y discordante, otro estallido de luz. El interior de la cabina se convierte por un momento en una imagen negativa de sí misma. Esta vez Kate siente una ráfaga de calor en el lado derecho de la cara, como si alguien encendiera y apagara una lámpara solar.

—Recibido, Delta dos-tres-seis. Póngase en contacto con el centro de Winnipeg uno-dos-siete-punto-tres. —El controlador de tráfico aéreo habla con una indiferencia casi casual.

Vorstenbosch se incorpora.

—Veo destellos.

—Nosotros también —dice Kate.

—Cielo santo —musita Waters. Se le quiebra la voz—. Debería haber llamado a mi mujer. ¿Por qué no intenté llamarla? Está embarazada de cinco meses y está sola.

—No puedes —dice Kate—. No podías.

—¿Por qué no la llamé para decírselo? —continúa Waters, como si no la hubiera oído.

—Ya lo sabe —le consuela Kate—. Ya lo sabe. —Si está hablando de amor o del apocalipsis, Kate no podría asegurarlo.

Otro destello. Otro golpe seco, resonante, significativo.

—Llamen ahora al centro de información de vuelos de la región de

Winnipeg —les dice Minneapolis—. Llamen ahora a NavCanadá. Delta dos-tres-seis, quedan liberados.

—Recibido, Minneapolis —responde Kate, porque Waters ha enterrado el rostro entre las manos, solloza de angustia y no puede hablar.

—Gracias. Cuídense, muchachos. Aquí Delta dos-tres-seis. Nos vamos.

JOE HILL

Exeter, New Hampshire

3 de diciembre de 2017

Nota del autor: mi agradecimiento al piloto de aerolíneas Bruce Black, ya jubilado, por explicarme en detalle los procedimientos de cabina. Cualquier error técnico es mío y solo mío.

LOS PÁJAROS DE LA GUERRA

David J. Schow

A David Schow quizá se le conozca más por su obra en el subgénero del *splatterpunk* (se dice que él acuñó el término), pero también ha escrito historias de ficción más convencionales, relatos policíacos y guiones, entre ellos *El cuervo* y el mejor de los reinicios de *La matanza de Texas* (*La matanza de Texas: El origen*, por si eres de los que llevan la cuenta). «Los pájaros de la guerra» recrea con asombroso detalle los bombardeos sobre Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. También es un poderoso retrato de las fuerzas que se desatan cuando los hombres van a la guerra. «Creo que despertamos algo en aquellos días, con todo ese conflicto —dice el viejo Jorgensen—. Todo ese odio. Todas esas vidas...» Lo que puede (o no) explicar lo que vio la tripulación del *Shady Lady* mientras a su alrededor volaban las balas y se incendiaba el aire.

—Los pájaros de la guerra eran reales —dijo el anciano sentado a la mesa enfrente de mí—. Los he visto. Son más reales que los duendes, por ejemplo, pero no tanto como el peso de una pistola en la mano.

Había viajado varios cientos de kilómetros para escuchar los recuerdos que tenía este hombre sobre mi difunto padre y me estaba contando una historia de monstruos voladores, midiendo con las telarañas de sus cejas blancas la cantidad de patrañas que podría tragarme. Nunca nos habíamos visto antes y toda la confianza asumida de forma implícita entre nosotros era pura cortesía, a la espera de que algo más sólido pudiera reemplazarla.

Debería haber prestado más atención a esa parte sobre la pistola.

—Tu padre era un buen hombre —dijo Jorgensen, artillero de torreta dorsal.

En el B-24D, esa era una torreta Martin. Culpa de haber hecho mis deberes. Conocía a cada miembro de la tripulación por el puesto que ocupaban; había basado gran parte de mi anticipación en una foto de 1943 que había encontrado, una de las raras ocasiones en las que el equipo base al completo consiguió permanecer junto el tiempo suficiente para inmortalizarlo. Añadí los apellidos a cada hombre; mi lista les privaba de sus nombres completos y motes, aunque en aquel entonces todos tenían un apodo, por lo general un diminutivo de su nombre de pila: Bobby, Willy, Frankie; no muy diferentes de los chavales de una pandilla de barrio. Y estos tipos eran chavales. Me encontraba allí sentado, bebiendo un café que había servido la hermana de Jorgensen, Katie, y mientras esa foto desenfocada en blanco y negro tenía sesenta y cinco años y la mayoría de aquellos rostros lozanos apenas habían abandonado la adolescencia. Al menos dos miembros de la tripulación mintieron sobre su edad para alistarse. Jorgensen, hoy, no rayaba los ochenta; los arrastraba. Una carga más. Padecía de artritis, que le había cerrado las manos hasta convertirlas en garras acalambradas. Jorgensen no admitiría que estaba algo sordo, a pesar de que su audífono saltaba a la vista (un modelo grande, de los viejos, que se colocaba detrás de la oreja y se unía mediante un cable trenzado de «color carne» a una caja metida en el bolsillo de la camisa). Tenía los ojos azules, empalidecidos por una pátina de esclerótica amarillenta. Gafas de metal. Estaba encorvado, pero no doblegado

por el tiempo, y esperaba que me creyera su relato, porque, al fin y cabo, era la voz de la edad y ¿qué iba a saber un chaval?

Brett Jorgensen, como buena parte de los tripulantes de bombarderos en la Segunda Guerra Mundial, terminó la instrucción y aterrizó en Europa como sargento. Bromeó diciendo que, antes de la invasión de Normandía, los campos de prisioneros alemanes estaban abarrotados de miles de sargentos abatidos. Filtraba perlas así para intentar calarme; ¿iba en serio y sabía de lo que hablaba, o no era más que otro soldadito de infantería que había considerado conveniente suprimir la última Gran Guerra de la historia y la memoria?

—Sargentos y tenientes —apostillé, mientras vertía unas sustancias químicas en polvo en mi café tibio. Jorgensen se bebió el suyo solo, negro. Naturalmente. Si repites lo que te cuenta una persona, por lo general se le ilumina el rostro.

Se echó hacia atrás y luego volvió a inclinarse sobre la mesa. Las pasaba canutas tratando de encontrar cosas que hacer con las manos, pues habían degenerado en una especie de pinzas rudimentarias. Sentí una punzada de compasión, no por primera vez.

—Tu padre también era sargento, de Chicago. Se entrenó con los AT-6, pero no era muy buen piloto y pasó al fondo del autobús, con las ametralladoras gemelas. —Soltó una risita ahogada y buscó una servilleta—. Hubo una vez en que se le chamuscó el trasero por un fragmento de metralla que atravesó el fuselaje, le desgarró el uniforme de vuelo y se le pegó al culo.

—Sí, me lo contó. Aeropuerto de Bernberg, parte del anillo exterior de bases que protegían Berlín, misión número tres, marzo del 44.

—Vaya, has estado prestando atención —dijo Jorgensen—. Bien, pues entonces puede que esta historia no te parezca tan rara. Habrás visto películas de guerra, pero ¿has entrado alguna vez en combate?

—No, señor. —Estaba en el instituto cuando se instigó el reclutamiento por sorteo. Saqué un número bastante alto en la primera selección.

—Bueno, no se parecen en nada el uno y el otro, y el combate aéreo está a otro nivel. Sobre todo, lo que hay es un montón de ruido y de pánico, y si, por alguna razón sobrevives, luego intentas averiguar por qué no estás muerto. En el momento, todo es adrenalina y miedo, del que hace que uno se cague encima. Aviones haciéndose pedazos a tu alrededor, bombas cayendo, las diez ametralladoras calibre cincuenta vomitando fuego exhaustas, todos los cazas enemigos disparando sus cañones de veinte milímetros y, a tu alrededor, en cualquier dirección en que mires, ves derribar a otros aviones, a tipos que conoces, echando humo por la cola, explotando en el aire y entonces quieres ir a buscar el paracaídas, pero no hay tiempo. ¿Has escuchado alguna vez heavy metal?

Había dibujado una escena tan vívida que por un instante me perdí en ella, sin una base sólida.

—¿Qué? Ah, sí. A veces. Lo normal.

—A mí nunca me ha gustado —dijo Jorgensen. Pausa para que yo construya una imagen mental de Jorgensen apoltronado en un sillón con un disco de grandes éxitos de Black Sabbath. Una dosis de Mudhoney. Tal vez una pizca de alguna banda noruega de speed metal y su concepto de fusión nuclear—. ¿Sabes por qué? Porque suena a combate, por eso.

El B-24 Liberator de nombre *Turk*, según el emblema pintado en el morro, mordió el suelo y escupió pedazos en llamas por el margen de la pista mientras lo que quedaba de su tripulación se dispersaba. La explosión arrasó a dos hombres aún enfundados en trajes térmicos. Solo uno se levantó para darse de manotazos. Las cuadrillas de bomberos acudieron a toda prisa desde una conflagración medio extinguida a esta que acababa de producirse mientras otros aparatos averiados trataban de esquivar los escombros y aterrizar. Los Liberators —de diecinueve toneladas cada uno— se aproximaban volando en formación y caían literalmente del cielo. En la torre, un observador se ocupaba de contar los aviones que retornaban y registrar el número de víctimas.

El tiempo, típico de Inglaterra, era un velo opresivo de niebla y nubes. Aviones en llamas abrían mirillas dolorosamente brillantes en la bruma, puntos de luz que expulsaban estelas negras de humo hacia el cielo.

Wheatrow, un artillero ventral recién llegado de Oklahoma City, rubio como el trigo, corrió hacia el teniente Harry Mars, que era el copiloto del *Shady Lady*. Mars permanecía inmóvil con las manos metidas en los bolsillos de atrás, una pose que adoptaba cuando no tenía ni idea de qué arreglar primero.

—¡La Virgen! —exclamó Wheatrow—. ¿Con qué lo han alcanzado?

—Entró con la rueda delantera torcida y supongo que el piloto no vio el choque —dijo Mars—. Bienvenido a Shipdham, chaval.

Shipdham era un distrito perteneciente el condado de Norfolk, al noreste de Londres, ahora el hogar del 44.º Escuadrón de Bombarderos y uno de los puntos costeros de repliegue para las misiones europeas de los Aliados. Aquella postal británica de pubs y

casas de campo había sido devastada por los cobertizos Nissen y las pistas de aterrizaje, ceñida por baterías antiaéreas y por último invadida por presuntuosos aviadores estadounidenses que exigían saber qué estaba ocurriendo realmente; por lo general, a voz en cuello y con una incisiva carencia de tacto: un choque cultural a gran escala.

La visión de un B-24 con las tripas acribilladas deslizándose por la pista era casi operística en su extravagante horror. Los Liberators eran pájaros de vientre amplio que dejaban de parecer desgarbados solo en vuelo. En zanjas de agua tendían a «aplastarse», lo que disminuía diez veces la probabilidad de supervivencia con respecto a los B-17, las «fortalezas voladoras». El capitán del *Turk* aceptó las pésimas cartas que le habían repartido y realizó una jugada de manual, estabilizando los dos motores en funcionamiento, aplicando flaps y manteniendo el morro lejos de la pista el mayor tiempo posible. La rueda bloqueada de estribor se había partido con el impacto, arrastrándolo al fango, y el ala derecha se resquebrajó entre los enormes motores Pratt-Whitney. Entonces se había prendido algo. Sin cargas de bombas, con escasa munición y aún menos combustible, pero algo a bordo había detonado y había reventado a la bestia por la cintura como lo haría un petardo con una botella de cerveza.

En cualquier caso, la práctica totalidad de lo que había a bordo de esos aviones era inflamable y el fuego no se extinguiría debido al omnipresente aire gris, frío y cargado de humedad del Reino Unido.

Todos recibieron más malas noticias de Madsen en la cantina, que hacía las veces de centro de operaciones donde se impartían las órdenes. Wheatrow buscó el *Shady Lady* en el tablón de misiones.

Su casilla seguía en blanco. Madsen ejercía el papel de británico estirado, ceñido en un cinturón estilo «Sam Browne», con un bastón de mando que utilizaba como puntero para aporrear los mapas, mientras se dirigía a una dotación completa de oficiales y suboficiales que se removían inquietos en el reducido cobertizo de metal corrugado.

—... un total de ciento nueve coma dos toneladas de bombas de quinientas y de mil libras, con espoletas de retardo de una décima de segundo en el morro y un cuarto de segundo en la cola, se arrojaron con éxito desde altitudes comprendidas entre los cinco mil quinientos y los seis mil metros. Aparte de la planta Messerschmitt en Ratisbona...

El bastón de Madsen atizó el mapa, lo que fue acogido con una ovación general.

—Sí, sí. —Madsen esperó a que se apaciguara—. Se alcanzaron otros dos objetivos en las inmediaciones y se cortaron con éxito líneas eléctricas, conductos de agua y de aire comprimido: una fábrica de tornillos y una planta de caucho. Naturalmente, podrán recuperar parte de la maquinaria, pero no sin importantes reparaciones y pruebas previas.

El humo de casi novecientos cigarrillos encendidos formaba una capa de inversión bajo la bóveda del cobertizo. Wheatrow reconoció de su adiestramiento en Casper, Wyoming, las caras de varios novatos; tipos con los que había embarcado, tipos con nombres olvidables. Pero ahora era parte de una nueva tripulación, carne fresca en su plato. Se sentó junto al sargento Jorgensen, que se mecía en su silla plegable.

—Este inglés solo habla de eso —dijo Jorgensen—. Tornillos y

caucho.

Alvin Tewks, un vaquero de California, se inclinó desde el otro lado para apuntar con el pulgar al navegante del *Shady Lady*.

—El bueno del teniente Max se casó con una inglesita nada más pisar la playa. ¡Boom!

Tewks se encogió de inmediato ante el escrutinio del teniente Keith Stackpole, artificiero y artillero frontal. Al fin y al cabo, estaba hablando de un oficial.

—Mierda —dijo—. Lo siento, señor.

Stackpole, que, con veintidós años, era uno de los mayores del grupo, extendió la palma de la mano. «Ahórrate las tonterías.» Así como ellos atacaban las fuerzas del Eje, un contingente igual de combativo de damas británicas cazaba yanquis con nostalgia del hogar, en una potente atmósfera de privación material y muerte inminente. Max Gentry, el navegante de ojos verdes, afirmaba algo distinto. Se había enamorado. Por supuesto. También se había comprado un camión lleno de chanzas y sandeces, lo que provocaba la admiración de Stackpole, pues lo soportaba con una calma y deferencia que sugerían que empezaba a acostumbrarse a la flema indígena. Mientras Gentry no empezara a ponerse bufandas de piloto o a hablar con acento nasal, Stackpole no tendría nada en contra del hombre de los mapas del *Lady*.

Stackpole le pasó un cigarrillo al sargento Jones, el operador de radio, que lo dividió en dos, una mitad para él y la otra para el sargento Smith, su mejor amigo, ingeniero y artillero lateral derecho. Smith y Jones. A veces uno tenía que reírse para no llorar.

—Al cuerno —rezongó Jones—. ¿Cuántos?

—Cuarenta, cincuenta o algo así —dijo Smith. Los dos hombres

encendieron sus pitillos con el mismo fósforo.

A Wheatrow se le cuajó el semblante.

—¿De cuántos?

—Doscientos o algo así. —Jimmy Beck apareció detrás de ellos, pues no quedaban asientos libres. El artillero de cola llevaba gafas militares y transfirió su pitillo de una mano a la otra para hacer hueco al teniente Mars y a su piloto, el teniente Coggins. Cada dato y cada estadística, por muy claros que estuvieran, eran «algo así».

Wheatrow perdió el aliento.

—¡¿Doscientos...?!

—De un total de ciento setenta y siete B-24 —retumbó la voz de Madsen desde la tarima ridículamente pequeña que había al frente —, al menos ciento veintisiete, y quizá hasta ciento treinta y tres, alcanzaron y bombardearon el objetivo. Cuarenta y dos aparatos fueron derribados o se estrellaron en ruta...

—¿Eh? —dijo Tewks, aún con la fascinación de un recién llegado por la manía de los británicos de no hablar en cristiano.

—... quince de los cuales, según calculamos, se perdieron sobre el blanco.

—No estamos en el tablón de misiones. Otra vez —le dijo Coggins a Stackpole.

—Además —proseguía Madsen—, ocho aviones aterrizaron en el territorio neutral de Turquía y han sido internados. Ciento cuatro regresaron a la base y otros veintitrés consiguieron llegar a otras bases aliadas, con lo que se han perdido un total de cincuenta aparatos. El recuento de bajas al presente asciende a cuatrocientos cuarenta hombres muertos o desaparecidos en combate. Tenemos

información de que el Eje retiene a veinte de las tripulaciones desaparecidas.

Wheatrow sintió que se le hundía en el estómago. Una misión, casi cuatrocientos cincuenta muchachos perdidos. Las tripulaciones de cuarenta y cinco aviones perdidos. «O algo así.»

—Putos krauts —masculló Jorgensen.

El dato que proporcionó Madsen a continuación sirvió de poco consuelo:

—Un total de cincuenta y un cazas enemigos fueron derribados.

—Qué bien —dijo Tewks—. Casi un caza por bombardero y tripulación.

Varios de los hombres aplaudieron de todos modos.

El teniente Mars lo había superado enseguida y se reía a costa de Beck.

—Oye, Jimmy, ¿sabes cuál es la esperanza de vida en combate de un artillero de cola?

Era una broma antigua para esos jóvenes.

—¡Nueve segundos! —respondieron al unísono al menos tres de ellos.

—Gracias, muchachos —dijo Beck, exhalando humo—. Ya me siento mucho mejor. Me embarga la emoción.

Coggins valoró en silencio la reacción de su tripulación. Bien. Un número elevado de muertes acrecentaría un poco más el odio hacia el Führer al día siguiente, y quizá ese odio podría ayudar a que regresaran todos sanos y salvos, no a la parrilla en los restos de un bombardero, como esos pobres desgraciados a bordo del *Turk*, cuyo capitán consignaba ahora tiempo de descanso en el hospital, con el

brazo izquierdo frito, vuelta y vuelta, y la pierna fracturada por cuatro sitios.

Aquello era la guerra. Aquello era importante. En 1941, seis meses antes del ataque a Pearl Harbor, el cuerpo aéreo del ejército de Estados Unidos pasó a llamarse fuerzas aéreas del ejército de Estados Unidos, bajo el mando del general Hap Arnold, y aquel grupo de estadounidenses beligerantes tenían mucho que defender. Mucho que demostrar. Ahora, su orgullo se veía herido a diario. Los guerreros de las nubes eran casi tan legítimos y autónomos como la armada o los pilotos de tanques. Tras la entrada de Estados Unidos en la contienda, el departamento de Guerra reorganizó las fuerzas terrestres y aéreas en mandos de igual jerarquía, pero la mezcla no cuajaría en algo llamado fuerza aérea de Estados Unidos hasta después de la guerra. Muchos de los aviadores veteranos todavía lucían sus insignias del cuerpo aéreo con comprensible amor propio, aun cuando ahora todos formaban parte de las fuerzas aéreas del ejército.

El orgullo no vale para mucho cuando a uno lo sacan de su litera a la una de la mañana. La mitad de los ocupantes del barracón ya eran conscientes de la presencia del intruso antes incluso de que este encendiera su linterna. Se trataba de Carlisle, el oficial al mando, que enfocó el haz de la linterna sobre el cráneo calvo como una bola de billar de Coggins, desde donde se reflejó hacia la oscuridad gélida.

—Coggins —susurró Carlisle—. Despierta.

—Estoy despierto —rezongó con voz descascarillada, y se dio la vuelta.

Carlisle se sentó en el borde del camastro.

—Escucha, siento hacerte esto, pero...

—¿Qué hora es? —Solo Tweaks seguía dormido.

—La una y cuarto. Mira..., en cuanto a la misión, ¿podréis llevarla a cabo?

—Por supuesto —aseveró Coggins, como si estuviera seguro de todo.

—Esta mañana vamos a liderar la Octava y necesitamos que todo el grupo rinda al máximo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Wheatrow, restregándose la cara para recobrar los sentidos.

—Chisss —dijo Beck—. Es una sorpresa.

—No va a ser moco de pavo —continuó Carlisle ya en voz más alta, para el beneficio general—. Fuego antiaéreo pesado, seguido de cazas. Una refinería de petróleo. Sé que tu tripulación no está preparada al cien por cien para el combate, pero no podemos asignarte ningún copiloto más experimentado porque...

—Mi tripulación está lista para el combate —replicó Coggins, y nadie lo contradijo.

Helo ahí, pues. Lo que Coggins describiría más tarde como una «masacre».

Coggins había pintado las palabras «Shady Lady» en su nave durante su servicio en la campaña del norte de África. Esa tripulación, que aún estaba verde, dormía en un barracón que unos días antes había cobijado a hombres distintos, ahora desaparecidos en combate. Mañana, ¿quién sabía? Técnicamente, habían completado cuatro de las veinticinco misiones de su período de servicio, pero siempre les habían ordenado regresar o abortar. Aún no habían llegado a cruzar el canal. Su primera misión, muy

cacareada, había derivado en un completo bochorno cuando perdieron un compresor de sobrealimentación a tres mil quinientos metros de altitud y se vieron obligados a dar media vuelta y tirar sus bombas en el Atlántico Norte. Su artillero lateral derecho, un texano llamado MacCardle, había sido transferido a una tripulación de combate activa en su decimosegundo bombardeo, el *Hometown Gal*, lo que dejó una vacante que acababa de ocupar Wheatrow.

El artillero ventral de una nave llamada *Double Diamond* le había relatado la misión a Coggins.

—Vi que un obús del 88 impactaba de lleno en la carlinga del *Ratpacker*, que se escoró con la carga completa de bombas y cortó al *Hometown Gal* por la mitad. No vi ningún paracaídas.

¿MacCardle estaba vivo o muerto? Nadie lo sabía y, pasada una cierta inquietud mínima, era una mala idea preocuparse demasiado.

Así que allí estaban: bebiendo café hirviendo, con las articulaciones quejándose por la condenada humedad británica, afanándose con el equipo, con los ojos legañosos, transformándose en rollizos aviadores. Trajes aislantes, chalecos antibalas, paracaídas de espalda para los pilotos, paracaídas de pecho para el resto, chalecos salvavidas, cascos, gafas, máscaras de oxígeno. Todos olían a cuero y piel de borrego mojado.

—Puta niebla —dijo Tweaks en el camión, de camino al campo—. Demasiado fina para comerla y demasiado espesa para beberla.

La visibilidad era nula.

—Vamos a tener que seguir a un jeep para encontrar la pista —dijo Stackpole—. ¿Dónde estamos en la formación?

—En la esquina del ataúd —dijo Coggins, procurando que sonara normal.

—Ah, estupendo —refunfuñó Beck, el Tipo de Atrás.

—¿Qué? —preguntó Wheatrow, que tenía los rubios cabellos mojados, aplastados contra la cabeza por dentro del gorro de vuelo.

El teniente Mars dictó la sentencia condenatoria.

—Borde exterior del cajón, elemento de retaguardia.

—Para que al antiaéreo le sea más fácil matarnos —señaló Beck.

Jorgensen atizó a Wheatrow en un brazo gruesamente acolchado.

—La posición de los recién llegados. Para los vírgenes.

—Deberemos acompañar mientras no ordenen abortar —dijo Coggins—, para poder entrar en sustitución.

Era un progreso, al menos. Coggins había sacado el cable de su gorra Garrison con unas pinzas, a fin de permitirle experimentar la adecuada «tensión de la misión» cuando se colocara los auriculares.

Stackpole silbaba «The way you look tonight».

Y entonces el *Shady Lady* surgió de golpe ante ellos, imponente, ocupando todo el mundo. Verde apagado, madre arpía, amante de los cielos, su matriz, su destino.

El 44.º Escuadrón de Bombarderos, conocido como las «Bolas Negras Voladoras», formaba la primera unidad de Liberators de las fuerzas aéreas del ejército estadounidense, aunque no la primera destinada a Europa, un honor que recayó en los Pyramiders de la Novena Fuerza Aérea. Su primera misión de combate, en noviembre del 42, consistió en dar apoyo a las Fortalezas Voladoras B-17 y, conforme los demás escuadrones mutaban en aves de presa nocturnas, los Bolas Negras permanecieron en la nada envidiable situación de ser el único grupo de Liberators asignado a misiones de bombardeo diurnas.

Se hablaba mucho sobre cierto avión, *Boomerang* de nombre, que

el 9 de octubre participó en la incursión del 93.º Escuadrón de Bombardero sobre Lille. Había regresado a la base acribillado, con miles de agujeros, y estaba abocado al desguace, pero su piloto y el comandante lucharon por ella, parchearon los orificios de bala con aluminio y el avión se convirtió en el primer B-24 de la Octava que completó sus cincuenta misiones. Sus hombres habían defendido el honor de la nave y esta los recompensó con sus vidas. Siendo francos, risitas aparte, la misión de Lille también supuso un punto de inflexión para el alto mando, que se vio obligado a admitir de manera tajante que el B-24 era, sin ningún género de duda, mejor bombardero que su «glamurosa chica», el atractivo B-17: los Liberators eran más rápidos, con mayor autonomía de vuelo, capaces de transportar cargas de bombas más pesadas y con armamento superior. En esencia, la historia de los Bolas Negras fue la saga del Liberator en tiempos de guerra; forjado por el conflicto aéreo que le dio a luz, quedaría prácticamente obsoleto tras el día de la victoria sobre Japón. Muchos de los B-24 de la base de Shipdham habían llegado con los blindajes más recientes, depósitos de combustible autosellantes, turbocompresores y la torreta esférica retráctil Sperry.

Y allí se dirigía Wheatrow esa mañana.

—Hola, bruja barrigona —dijo Mars, repitiendo las palabras de un capitán llamado Keith Schuyler.

—A mí me gustan las mujeres rellenitas —comentó Tewks—. Hay más donde agarrar.

—Se mueven rápido por ser tan grandes —dijo Coggins. Podría estar hablando de su mujer allá en Estados Unidos o del avión,

pensó Jorgensen. Como si eso importara. Quizá la envergadura de su señora fuera mayor que el fuselaje del aparato.

La tripulación de vuelo había terminado de izar las bombas de quinientas libras a la bahía de carga del *Lady* y las diez ametralladoras de a bordo se atiborraron con once mil cartuchos de munición en cintas de eslabón desintegrable. Los hombres de Coggins empezaron a auparse a la sección inferior del avión. Allí pasarían las siguientes doce horas en un confinamiento casi insoportable, meando a través de tubos de alivio, aspirando aire artificial, luchando por no morir. Que Dios ayudara a quien pillara una diarrea en pleno vuelo.

Mars se encajó en el asiento del copiloto, a la derecha de Coggins, y observó que el capitán, como de costumbre, había echado el suyo totalmente hacia delante. Cualquiera pensaría que un hombre pequeño sería el tripulante ideal de un bombardero, pero los guasones de San Diego y Fort Worth gozaban situando los pedales fuera del alcance de un ser humano promedio.

—Puede que sea un viaje rutinario —dijo Mars mientras se acomodaba.

—Puede que sea una pesadilla —replicó Coggins, sin mirarlo— si los cazas deciden apalearnos. —Se aplastó la gorra (ahora inalámbrica) para ajustarse los auriculares.

A continuación, procedieron a realizar las comprobaciones previas con el ingeniero de vuelo. Mars guardó la traba de los mandos (para que más tarde no le abofeteara en la cara) y abrió la escotilla para revisar el movimiento de los alerones, del timón de profundidad y del de dirección. Dado que arrancarían los motores con la ayuda de un generador auxiliar, desconectó la llave de ignición. El ingeniero

giró a mano las hélices, seis vueltas o «palas» de cada una, empezando con la número 3, de dentro afuera. Era un proceso aburrido y burocrático, que ejecutaban de memoria pero, aun en esta etapa, cualquier desliz, cualquier negligencia en un intercambiador de calor o en un compresor, podría desencadenar una explosión. El ingeniero de vuelo colocó las cuñas de las ruedas y permaneció cerca, armado con un extintor de mano, durante el arranque de motores; primero el número 3, para impulsar el sistema hidráulico. A 1000 rpm, todos los diales arrojaban lecturas correctas: presión de aceite de entre 45 y 50 libras; bombas de vacío a 4,5 pulgadas; unas 975 libras de presión en los acumuladores de frenado.

Coggins subió gases a un tercio mientras que Mars regulaba la mezcla de combustible y la ponía en empobrecimiento automático. En la pista de despegue, Mars aceleraría los cuatro motores para «ejercitar» las hélices.

—Probando comunicaciones internas —transmitió Coggins por el interfono.

—Por Dios, no veo un pimiento más allá del morro —respondió Mars cuando la tripulación empezó a informar desde sus puestos. Como de costumbre, la niebla solo se disiparía cuando la traspasaran.

—Artificiero. Recibido. —La voz de Stackpole. Estaba agachado a sus pies, cerca de la estación de radio, desde la que Jones dijo:

—Operador de radio listo.

Detrás de Smith siempre iba Jones:

—Artillero izquierdo. Recibido.

—Recibido, cocodrilo. —Ese era Tewks, en la ametralladora del

flanco derecho.

—Aquí Jorgensen desde la torreta dorsal. —Si Mars o Coggins se volvieran, verían las botas del artillero en la plataforma de la torreta.

—Wheatrow. Torreta esférica en orden. —El pobre muchacho se introducía trabajosamente, encogido y sin paracaídas. No había sitio para uno. En caso de que lo necesitara, tendría que encaramarse al fuselaje (con ayuda) y abrochárselo, en teoría, mientras el avión caía en picado hacia tierra envuelto en una bola de fuego. Pan comido.

El teniente Gentry saltó de su puesto como impulsado por un resorte para mostrarles un pulgar hacia arriba. El procedimiento exigía que se le oyera, y así fue.

—Espabila, Jimmy —dijo Coggins.

—La cola está lista, capitán —dijo Beck desde lo que Jorgensen había llamado «el fondo del autobús».

En ese momento, Coggins pareció comprimirse por el peso de un yugo imaginario. Mars levantó las cejas. Al fin, el piloto esbozó una media sonrisa y dijo:

—Este puñetero asiento es demasiado corto.

A pesar del voluminoso equipo, del armamento y del desvelo, cuando el *Lady* se lanzó al cielo, fue como si viajaran en limusina. Por fin pudieron ver un poco de luz diurna y cielo azul. Saborear cada pequeña recompensa revestía vital importancia.

A novecientos metros, todos encendieron un cigarrillo, porque cuando alcanzaran los tres mil tendrían que respirar oxígeno embotellado. Luego, la pura tensión, el sudor de huevos, los sostendría hasta que, vacíos, le dieran la espalda al continente.

—Nos vimos desbordados por los Focke-Wulfs —dijo Jorgensen—. Ciento noventas por doquier. Tras el fuego antiaéreo siempre vienen los cazas. Y lo siguiente de lo que me doy cuenta es de que Mars está vociferando por el intercomunicador que el *Vargas Doll* está en llamas, al lado de nuestra ala izquierda. Yo no lo divisaba desde la torreta. Los antiaéreos alcanzaron una bombona de oxígeno cerca de la cabeza del bueno de Jonesy y le destrozaron la radio. Wheatrow sufrió quemaduras por un corte en el traje aislante. Todo el mundo está gritando, todas las armas vomitando fuego, los Focke-Wulfs nos pasan rozando como balas, tan cerca que podríamos darles con un escupitajo. Tewks desmontó la ametralladora del afuste y por accidente disparó al estabilizador derecho cuando intentaba acribillar a uno de esos hijos de puta, y el avión empezó a temblar como una fulana borracha. Y fue entonces cuando lo vi, por primera vez.

—El pájaro de la guerra —dije.

Katie había rellenado diligentemente nuestras tazas de café. La hermana mayor de Jorgensen también superaba los ochenta. La última señora Jorgensen había muerto hacía una década.

—Al principio creí que era uno de los Stukas —dijo Jorgensen—. Cuando bajaban en picado, aullaban de esa forma tan rara. Entonces los vi batir las alas y pensé: «Eso no es ningún avión». Tenía casi la envergadura de un caza. Alas de murciélago, el morro como uno de esos picaflores. Ojos como ónices y peltre. —Carraspeó—. Ahora estarás pensando para tus adentros, caramba, este vejestorio ha perdido la chaveta, ¿verdad? —Arqueó las tupidas cejas, con aire acusador.

—No, señor, en realidad no. Nunca pude conseguir que mi padre

me hablara de la guerra, pero algunos tripulantes del *Shady Lady* me han contado historias a lo largo de estos años que he pasado buscándolos. He oído cosas más raras.

Pareció llegar a una decisión interior trascendental.

—Bueno, está bien, pero siempre que Katie se quede en la cocina o se ponga a ver culebrones o hacer lo que sea que haga en su tiempo libre. —No se oyó ninguna protesta procedente del fondo de la casa, lo que satisfizo a Jorgensen; estábamos allí los dos solos, en confianza.

—Pensé lo mismo que seguramente habrás pensado tú —continuó —. Que había sido una alucinación. Pero no lo creo. Acababa de ver esa cosa gigantesca e imposible viniendo directa hacia mí, con las garras por delante. Lo siguiente que supe es que todo el plexiglás ha desaparecido y estoy tendido en el suelo con la cabeza abierta. Todavía tengo la cicatriz. —Se alisó el pelo, que apartó hacia atrás para enseñarme una línea blanca que zigzagueaba desde la ceja izquierda hasta el cuero cabelludo. Parecía una herida de cuchillo—. Bien cerca que estuve de perder el ojo. Para cuando regresamos a la base, me encontraba en estado de shock por la pérdida de sangre. Casi no recuerdo nada del trayecto de vuelta. Más tarde me contaron que, al aterrizar, la torreta ventral había desaparecido, igual que Wheatrow, el novato.

—¿La torreta entera se había desgajado del avión?

—Sí, es bastante difícil que eso ocurra solo con fuego de artillería o ametralladoras. Y todos habríamos sentido un impacto directo. Los «jerrys» utilizaban cañones antiaéreos de 128 milímetros, conque, si Wheatrow hubiera saltado por los aires por una explosión, lo habríamos notado, porque la mitad del avión habría estallado en

llamas. Llevábamos a bordo más de tres toneladas de bombas incendiarias y las alas estaban a rebosar de gasolina de alto octanaje.

—¿Cree que...?

Me interrumpió.

—Creer no. Lo sospecho. Hay cosas que sé. Ahora, lo que le ocurrió al bueno de Wheatrow solo puedo conjeturarlo, pero te diré lo que pienso: creo que una guerra de esa magnitud no termina simplemente con un apretón de manos y firmando un papel.

—O convirtiendo un par de ciudades en vapor con sabor japonés. —No pretendía que sonara frívolo, pero Jorgensen no perdió el hilo, bien porque no me prestó atención, bien por cortesía.

—Piénsalo: el mundo entero en guerra. Años de conflicto. Cada cumpleaños, cada Navidad, la guerra continúa ahí. Entonces, de repente, nos volvemos civilizados y aceptamos fingir que se ha acabado. A veces pienso... a veces... —Su voz se fue extinguiendo. ¿Por qué molestarse? Apenas me conocía. Yo no era más que el vástago inmaduro de uno de sus antiguos compañeros de tripulación, Jimmy Beck, que había muerto hacía cinco años y que jamás le había enviado una postal por Navidad.

—No se trata de heroicidades o de gloria —dijo, abriendo una vía de ataque distinta—. Cuando estás ahí arriba en el aire, disparando a discreción, con gente sangrando, con gente gritando, con explosiones, se trata de salvar el pellejo. Supervivencia pura y dura. Si crees en Dios, rezas sin cesar, en silencio: «Dios, por favor, no me dejes morir en esta misión». Si crees en amuletos de la suerte, los llevas contigo. Stackpole tenía a Kilroy, un muñeco de calcetín que le había hecho su mujer, y ten por seguro que todos considerábamos a

Kilroy uno más de la tripulación y nos preocupábamos por él en cada misión. Gentry llevaba una medalla de san Cristóbal. Wheatrow iba a todas partes con su pata de conejo, aunque no les trajo demasiada suerte ni a él ni al conejo. Y tu padre realizaba siempre el mismo ritual. Antes de revisar las armas, sacaba la primera bala del cargador, inscribía en él la fecha y se la guardaba en el bolsillo, junto al corazón.

Un cartucho del calibre cincuenta medía casi quince centímetros de largo y pesaba más que un rollo de monedas de veinticinco centavos. Mi padre había realizado con éxito al menos ocho incursiones aéreas sobre territorio enemigo. Me pregunté qué habría sido de la colección de balas.

—Todo el mundo hace cosas así —dije, aunque la rareza de mi padre me resultaba nueva—. No es necesario combatir para creer en pequeños rituales y hábitos. ¿A quién puede perjudicar?

—No lo estás entendiendo. —Agitó la mano con desdén.

Era como si yo formara parte de una imagen mayor, una que se desarrollaba justo detrás de mí, parte de una visión que Jorgensen percibía, pero que yo no. Y que en ese momento él contemplaba.

—Esa sensación..., la sensación de batalla, ha vuelto —dijo—. Todos los días. Una pizca al principio, pequeños fragmentos, pero cada vez más grandes. No son recuerdos recurrentes, ni imaginaciones fruto de los nervios. No estoy senil, maldita sea. Es tan real como tu pelo. Ahora te diré lo que creo, por respeto a tu padre, pero te llamaré embustero si se lo cuentas a alguna otra persona.

Me estaba transmitiendo algo, una carga más pesada de la que

esperaba, y tuve que esforzarme para no interrumpirlo con toda mi sabia modernidad.

—Creo que despertamos algo durante aquellos días, con todo ese conflicto. Todo ese odio. Todas esas vidas alimentando la guerra. Algo así de grande no se detiene sin más, no está un día allí y al siguiente desaparece. Creo que quizá quedó saciado y se echó a dormir un rato. Se han declarado otras guerras, aquí y allá, pero no han sido lo mismo. Esta guerra tuvo un hijo. Engendró algo malvado. Algo que despertó de su siesta y se dio cuenta de que, ¡anda!, volvía a tener hambre y nosotros aún seguíamos en el aire, donde se alimenta.

—El pájaro de la guerra. Pero ¿por qué usted? ¿Por qué ahora, después de todo este tiempo?

—¿Quieres una respuesta lógica? No la tengo. Solo tengo la impresión de que tal vez algunos de nosotros debimos morir en aquel entonces y no lo hicimos. Y eso sabe quiénes éramos, tiene una lista, como un menú. Y somos presa fácil, porque aguardó y ahora ya no estamos llenos de testosterona y acritud. No podemos huir ni disparar. El pájaro de la guerra ha vuelto a alzar el vuelo, acechando, devorando los restos de aquellos días, pero nada de esto importa, porque ¿quién cuernos va a creer a un viejo gruñón como yo?

—Sr. Jorgensen, mi padre murió de un infarto. Una trombosis. Técnicamente murió cuatro veces antes de fallecer de manera definitiva. Le implantaron un bypass cuádruple. Lo sometieron a una angioplastia. Tenía dos marcapasos en el pecho cuando le llegó su fin. Nadie era más terco que él cuando se trataba de vivir. Y no murió con miedo ni con dolor. Lo aceptó. No actuó como si

estuviera... —detesté obligarme a buscar una palabra apropiada— obsesionado.

—Sí —dijo Jorgensen. Se insinuaba cierta expresión de triunfo en sus ojos, más allá de las lágrimas que contenía varonilmente. Los hombres de su generación no debían llorar, en ninguna circunstancia —. Pero acabas de decirme que nunca te habló de la guerra, ¿no?

—Sin embargo, usted me ha hablado sobre el pájaro de la guerra.

No me engañaba como un charlatán chiflado de internet. Estaba muy serio y la confesión le había pasado una elevada factura emocional, había vaciado sus entrañas, desnudándole de forma poco elegante para someterse a un escrutinio. Tanto si me consideraba de fiar como si no, había caído en ese singular abismo que permite que las personas confíen a extraños intimidades que nunca revelarían a sus seres más allegados. Me había brindado una explicación. No parecía justo imponer ahora condiciones de manera retroactiva.

—Sí, es cierto, ¿no? —dijo, retornando a sí mismo—. Fue una estupidez por mi parte. Lo siento, joven. Lo siento por tu padre y lamento haber volcado esto en ti. Pareces un tipo cabal. Me habría sentido orgulloso de servir contigo. Pero, por favor, no dejes que estas tonterías te intimiden. Ya lo he superado. Estoy al límite de mis fuerzas y oigo cosas de vez en cuando. Y lo gracioso del asunto es que me estoy quedando sordo. La senescencia puede resultar liberadora. Seguro que no te imaginabas que conociera una palabra como «senescencia», ¿eh? La busqué.

Esa misma noche, Brett Jorgensen apretó el cañón de una Luger de época contra la barbilla y se voló la tapa de los sesos con una bala de nueve milímetros de punta hueca.

Lo había dejado solo para que se suicidara. Presenté mis

disculpas, me despedí y prometí sinceramente que seguiríamos en contacto. Comprendí que lo había abandonado.

Por los datos que pude recabar más tarde, poseía la pistola desde hacía más de medio siglo.

Brett Jorgensen, el hombre con quien acababa de hablar, era hijo de inmigrantes noruegos originarios de Oslo. Su segundo nombre era Eric. Después de la guerra, se graduó en Ciencias Políticas por la Universidad de Missouri, cortesía de la Ley del Soldado. Dos matrimonios, tres hijos. Su obituario sería breve. Trabajó durante un tiempo en una agencia de corredores de bolsa y se retiró con una pensión decente. Su acento sureño era en buena parte una imitación. A nadie le importaba que una vez hubiera arriesgado su vida a diario para escupir fuego sobre la maquinaria bélica del Eje. Fumaba dos paquetes de Lucky al día desde 1939, aunque nunca había contraído ni el menor indicio de cáncer.

Por lo visto, había intentado redactar varias notas de suicidio y las había quemado todas en un cenicero del tamaño de un cofre por ser demasiado autocompasivas. Cerca del cenicero y las colillas aplastadas, en un marco de peltre, había una fotografía de Teresa, su primera esposa, su gran amor en tiempos de guerra, la chica que esperaba en casa. La había enterrado en 1981 después de que los patólogos le extirparan un tumor del tamaño de un balón de voleibol desinflado. Contra todo pronóstico, había vuelto a enamorarse y también terminó enterrando a su segunda esposa, Millicent, en el mismo cementerio de New Jersey.

La Luger no procedía de ningún botín de guerra. Jorgensen luchó contra Alemania en abstracto, pero nunca vio a un nazi, salvo quizá en una ocasión en la que juraba que distinguió una cara

distorsionada, crispada tras unas gafas de vuelo y un casco de cuero, mientras le disparaba ráfagas de fuego con un cañón de veinte milímetros, directas a la cabeza, a tres mil metros de altitud, perdidos entre nubes extrañas. Había ocurrido durante la misión número seis, terminales ferroviarias en Bremen. O quizá hubiera sido en Hamburgo, una fábrica de municiones. O en cualquier otra factoría. Algo así.

Nunca pensó que llegaría a viejo. Sin embargo, era de lo único de lo que hablaban, varados en Shipdham o volando: casarse con esa chica que les esperaba en casa. Criar esa familia. Cortar una buena ración de la tarta roja, blanca y azul. Sobrevivir para lograrlo todo.

No había vuelto a confiar en ningún político desde Kennedy. Recordaba la indignación del mundo centrada en ese único asesinato y dónde estaba y qué hacía cuando se enteró de la noticia. Hoy, lo único que la gente sabía era que Kennedy había sido una especie de broma de mal gusto. Revelaciones sórdidas; trapos sucios sacados a la luz. John F. Kennedy había sido un héroe de guerra, maldita sea. Si las teorías revisionistas eran ciertas, ¿por qué había combatido Jorgensen? ¿Para preservar qué? Había visto aquella caricatura, la de la leyenda que rezaba: «Hemos conocido al enemigo y es nosotros», y pensó: «Me gustaría saber cuándo se celebró ese encuentro, porque me lo perdí». La bandera de su país seguía siendo la misma, pero había visto a demasiados hombres y mujeres, hipócritas todos, plantarse ante ella y mentir. Incluso su título en Ciencias Políticas se le antojaba una cruel ironía, pues le permitía entender demasiadas cosas, y dejó de contemplar ideas sobre luchar por un país en el que ya no parecía tener cabida.

Cargó la pistola a las tres y media de la mañana, solo en su

estudio, a poco menos de cinco metros de distancia de donde habíamos compartido café. Conocía el ruido de los aviones de combate en el aire, los nuestros y los suyos, y lo que oía en ese momento no eran helicópteros de la policía ni camiones desplazándose por la interestatal. Para cerciorarse, se quitó el audífono y lo único que persistió fue un chillido que no provenía de ningún tipo de nave, ni siquiera de un bombardero Stuka.

Son solo especulaciones, lo sé, pero ahora lo veo, claro como una cristalería de lujo: un anciano se arranca el audífono y el silencio se abate sobre el mundo. El reloj sobre la repisa de la chimenea deja de hacer tictac, el mundo exterior desaparece, los crujidos y gemidos de los tablones y vigas de su casa cesan de perforar la noche y se queda solo con el chillido del pájaro de la guerra. Se termina el bourbon, apaga el Lucky y aprieta el gatillo con los ojos cerrados y sin lágrimas, esperando que su hermana lo comprenda y lo perdone. Se oye un fuerte estallido y la guerra se derrama de su cabeza.

Solo otro viejo chiflado que se autodestruye.

Salvo que ahora yo también oigo esos mismos sonidos. Sonidos que no pueden confundirse con otra cosa. Ahora veo figuras negras y extrañas en el cielo nocturno. Hambrientas, todavía insatisfechas, que regresan a por más.

LA MÁQUINA VOLADORA

Ray Bradbury

Tras escribir al inicio de su carrera varios cuentos de terror efectivos (y a veces truculentos) como «El pequeño asesino» y «El emisario», Ray Bradbury llegaría a ser uno de los gigantes de la ficción fantástica del siglo XX. Escribió una novela clásica, *La feria de las tinieblas*, y sus historias ambientadas en Greentown, Illinois, rivalizan con las de Sherwood Anderson sobre Winesburg, Ohio. En el presente relato, sin embargo, Bradbury nos traslada a la China antigua y delinea con nitidez el lado oscuro de volar en menos de dos mil palabras. «He aquí un hombre que ha construido cierta máquina —dice el emperador—, y, sin embargo, nos pregunta qué ha creado. No lo sabe ni él mismo.» La historia de la máquina voladora de Ambrose Bierce es irónica; la de Bradbury resulta alegórica y plantea una pregunta engañosamente sencilla: ¿comprendemos las implicaciones de los artilugios que inventamos? Y debajo subyace otra: una vez creados, ¿podemos hacer algo para «descrearlos»?.

En el año 400 de nuestra era, el emperador Yuan mantenía su trono al amparo de la Gran Muralla de China y, en sus dominios, las tierras, enverdecidas por la lluvia, se aprestaban en paz para la cosecha y el pueblo vivía ni demasiado feliz ni demasiado afligido.

La mañana del primer día de la primera semana del segundo mes del nuevo año, el emperador Yuan tomaba un té a sorbos y se abanicaba, para ahuyentar una brisa cálida, cuando un sirviente cruzó a la carrera el piso de losas azules y escarlatas del jardín.

—Emperador, emperador, ¡un milagro! —gritaba.

—Sí —dijo el emperador—. El aire huele a limpio esta mañana.

—No, no, ¡un milagro! —replicó el sirviente, ejecutando unas rápidas reverencias.

—Y este té deja un sabor delicioso en la boca, sin duda eso es un milagro.

—No, no, excelencia.

—Permíteme adivinar, pues; el sol se ha levantado y un nuevo día se presenta ante nosotros. O el mar es azul. Ese, por cierto, es el mayor milagro de todos.

—Excelencia, ¡hay un hombre volando!

—¿Qué? —El emperador paró de abanicarse.

—Lo vi en el aire, un hombre volando, con alas. Oí una voz que llamaba desde el cielo y, cuando alcé la mirada, allí estaba, un dragón en los cielos con un hombre en las fauces, un dragón de papel y bambú, del color del sol y la hierba.

—Es temprano —sentenció el emperador— y acabas de despertar de un sueño.

—Es temprano, pero ¡he visto lo que he visto! Venid y vos también lo veréis.

—Siéntate aquí conmigo —ordenó el emperador—. Bebe un poco de té. Debe de resultar una experiencia extraña, de ser cierta, ver a un hombre volar. Has de dedicar un tiempo a meditar sobre ello, igual que yo debo hacerlo con objeto de prepararme para esa visión.

Bebieron té.

—Por favor —suplicó el sirviente al cabo—, o se marchará.

El emperador se irguió, con aire pensativo.

—Muéstrame ahora lo que has visto.

Se internaron en un jardín, cruzaron un prado, superaron un

puentecillo, atravesaron una arboleda y ascendieron una colina.

—¡Allí! —señaló el sirviente.

El emperador alzó la mirada al cielo.

Y en el cielo, riendo a tanta altura que apenas se oían sus risas, había un hombre; y el hombre estaba ataviado con papeles brillantes y cañas que formaban alas y una hermosa cola amarilla, y planeaba como la mayor ave en un universo de aves, como una nueva especie de dragón en una tierra de dragones ancestrales.

El hombre les gritó desde las alturas, en el viento fresco de la mañana.

—¡Estoy volando, estoy volando!

El sirviente lo saludó con la mano.

—¡Sí, sí!

El emperador Yuan no se inmutó. Se limitó a mirar la Gran Muralla de China, que ahora asomaba entre las nieblas más lejanas en las verdes colinas, una serpiente espléndida de piedras que se contorsionaba majestuosa de un extremo a otro del país. Esa maravillosa muralla que los protegía desde tiempos inmemoriales de hordas enemigas y había preservado la paz durante innumerables años. Divisó la ciudad, acurrucada entre un río y una carretera y una colina, que empezaba a desperezarse.

—Dime —preguntó a su sirviente—, ¿alguien más ha visto a este hombre volador?

—Yo soy el único, excelencia —dijo el sirviente, sonriendo al cielo, agitando la mano.

El emperador permaneció un minuto más observando los cielos y luego dijo:

—Ordénale que baje ante mí.

—¡Eh! ¡Baje, baje! ¡El emperador reclama su presencia! —gritó el sirviente, haciendo bocina con las manos.

El emperador miró en todas direcciones mientras el hombre volador se deslizaba sobre el viento matinal. Divisó a un labriego madrugador, ya en los campos, que oteaba el cielo y tomó buena nota del lugar en el que se encontraba.

El hombre volador se posó en tierra entre el crepitar del papel y el crujir de las cañas de bambú. Se acercó con aire orgulloso al emperador, entorpecido por sus atavíos, y al cabo inclinó la cabeza ante el anciano.

—¿Qué habéis hecho? —inquirió el emperador.

—He volado por el cielo, excelencia —respondió el hombre.

—¿Qué habéis hecho? —repitió el emperador.

—¡Acabo de decíroslo! —exclamó el hombre.

—No me habéis dicho nada en absoluto. —El emperador alargó una mano huesuda para tocar el bonito papel y las cañas aviares del aparato. Olía a fresco, por el viento.

—¿No es precioso, excelencia?

—Sí, demasiado.

—¡Es el único en el mundo! —proclamó el hombre, sonriendo—. Y yo soy el inventor.

—¿El único en el mundo?

—¡Lo juro!

—¿Quién más conoce este artefacto?

—Nadie, ni siquiera mi esposa, que pensaría que el sol me ha cocido los sesos. Se creía que estaba construyendo una cometa. Me levanté en mitad de la noche y fui andando hasta las montañas escarpadas en la lejanía. Y cuando sopló la brisa de la mañana y

despuntó el alba, me armé de valor, excelencia, y salté desde un risco. ¡Y volé! Pero mi mujer lo ignora.

—Mejor para ella, entonces —dijo el emperador—. Venid conmigo.

Regresaron a palacio. El sol ya brillaba entero en el cielo y el olor de la hierba era refrescante. El emperador, el sirviente y el hombre volador se detuvieron en los enormes jardines.

El emperador batió palmas.

—¡Guardias!

Aparecieron al momento.

—Detened a este hombre. —Los guardias apresaron al hombre volador—. Que venga el verdugo —ordenó luego.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre volador, desconcertado—. ¿Qué he hecho?

Se puso a llorar y el hermoso aparato de papel crujió, acompañando sus sollozos.

—He aquí un hombre que ha construido cierta máquina —declaró el emperador— y, sin embargo, nos pregunta qué ha creado. No lo sabe ni él mismo. Solo ha satisfecho su necesidad de crear, sin saber por qué lo ha hecho ni qué hará este artefacto.

El verdugo acudió a la carrera con una afilada hacha de plata. Se plantó frente al hombre, con los brazos musculosos y desnudos preparados, el rostro cubierto con una máscara blanca y serena.

—Un momento —dijo el emperador.

Se volvió hacia una mesa cercana sobre la que descansaba una máquina que él mismo había creado. Echó mano a una llavecita de oro que llevaba colgada al cuello. La encajó en la pequeña y delicada máquina y le dio cuerda. Y entonces la puso en marcha.

La máquina era un jardín de metal y piedras preciosas. Una vez

que se ponía en movimiento, los pájaros trinaban en árboles diminutos de metal, los lobos transitaban bosques en miniatura y personitas minúsculas corrían del sol a la sombra y de la sombra al sol, se abanicaban con abanicos en miniatura, escuchaban a los pajarillos de esmeralda y se paraban junto a fuentes cantarinas increíblemente pequeñas.

—¿No es precioso? —dijo el emperador—. Si me preguntáis qué he hecho aquí, os podría responder bien. He hecho cantar a los pájaros, he hecho murmurar a los bosques, he hecho que la gente camine por esta tierra frondosa, que disfrute de las hojas y de las sombras y de la música. Eso es lo que he hecho.

—Pero, ¡oh, emperador! —suplicó el hombre volador, de rodillas, con las lágrimas derramándose por el rostro—. ¡Yo he hecho algo similar! He hallado la belleza. He volado en el viento de la mañana. He contemplado casas y jardines que aún dormían. He olido el mar e incluso lo he divisado, más allá de las colinas, desde mi posición elevada. Y he planeado como un ave; ¡ay!, no puedo describir lo hermoso que es estar allí, en el cielo, rodeado por el viento, que me arrastraba como a una pluma, que me movía como a un abanico, ni tampoco el olor celeste de la mañana. ¡Y lo libre que uno se siente! ¡Es precioso, emperador, eso también es precioso!

—Sí —dijo el emperador con tristeza—. Sé que debe de ser cierto. Pues noté que mi corazón se movía con vos en el aire y me pregunté: ¿Cómo será? ¿Qué se sentirá? ¿Cómo se verán las distantes lagunas desde tan alto? ¿Y mis casas y mis súbditos? ¿Cómo hormigas? ¿Y las distantes ciudades que aún están por despertar?

—¡Entonces perdonadme la vida!

—Pero hay ocasiones —continuó el emperador, con aún más tristeza— en que uno ha de sacrificar un poco de belleza para conservar las cosas hermosas que uno ya posee. No os temo a vos, sino a otro hombre.

—¿A qué hombre?

—A cualquier hombre que, al veros, construya otro artefacto de papel y bambú como este. Pero ese otro hombre tendrá un semblante cruel y un corazón malvado, y la belleza se destruirá. Es a ese hombre a quien temo.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Quién puede asegurar que un hombre así, en un aparato similar de papel y cañas, no volará por el cielo y arrojará enormes piedras sobre la Gran Muralla de China? —dijo el emperador.

Nadie se movió ni pronunció palabra.

—Cortadle la cabeza —sentenció el emperador.

El verdugo blandió el hacha de plata y la bajó.

—Quemad la cometa y el cuerpo del inventor y enterrad juntas sus cenizas —ordenó el emperador.

Los sirvientes se retiraron prestos a obedecer.

El emperador se volvió hacia el fiel sirviente que había visto volar al hombre.

—Retén tu lengua. Todo ha sido un sueño, un sueño de lo más triste y hermoso. Y a aquel labriego en la distancia que lo vio, dile que le pagaré para que lo considere solo una visión. Si alguna vez el rumor se propaga, el campesino y tú moriréis en menos de una hora.

—Sois misericordioso, emperador.

—No, no es misericordia —dijo el anciano. Más allá de los muros

del jardín, vio a los guardias quemando la hermosa máquina de papel y cañas que olían al viento de la mañana. Vio el humo oscuro elevarse al cielo—. No, tan solo desconcierto y temor. —Vio a los guardias cavando una pequeña fosa donde enterrarían las cenizas—. ¿Qué es la vida de un solo hombre comparada con las de un millón de personas? He de hallar consuelo en ese pensamiento.

Se sacó la llave de la cadena que le colgaba del cuello y, una vez más, dio cuerda al hermoso jardín en miniatura. Oteó la tierra y contempló la Gran Muralla, la pacífica ciudad, los prados verdes, los ríos y arroyos. Suspiró. Se oyó el rumor de delicados engranajes ocultos y el jardín en miniatura se puso en movimiento; personitas diminutas caminaban por los bosques, rostros minúsculos de tez brillante y hermosa hollaban claros moteados de sol y, entre los diminutos árboles, volaban fragmentos de canciones y colores de vívido azul y amarillo, volando, volando, volando en ese reducido cielo.

—¡Oh! —exclamó el emperador, cerrando los ojos—. ¡Contemplad esos pájaros, contemplad esos pájaros!

ZOMBIS EN EL AVIÓN

Bev Vincent

Tu copiloto, Bev Vincent, ha publicado más de ochenta cuentos y un puñado de libros de ensayo, pero este es, hasta el momento, el único de sus relatos que tiene que ver con aviones. El título está inspirado en cierta película de Samuel L. Jackson, pero en el siguiente cuento no encontrarás ni un solo calificativo de diez letras. ¡Yipi ka yey!

El tío que llevaba una camiseta de los Phish le aseguró a Myles que sabía pilotar cualquier aparato y que se murieran todos allí mismo si mentía. Así de simple. El tío —Barry, que aparenta menos de treinta años— afirma que aprendió «por ahí», donde todo empezó, pero es parco en los detalles y lo que dice suena a vacua fanfarronada, la clase de pisto que alguien se tiraría en un bar a altas horas de la noche para impresionar a una mujer. Si las mujeres siguieran frecuentando los bares, claro.

—Mucha gente piensa que la guerra fue una mala idea. Yo la apoyé al principio —dice con un encogimiento de hombros—, pero jamás me imaginé que las cosas terminarían produciendo algo así. —Un eufemismo como Myles había oído pocos.

Myles se reunió con este reducido grupo de supervivientes —diecinueve en total, contándose a sí mismo— en el auditorio de un colegio de un barrio marginal, un lugar con puertas robustas y cerrojos fuertes que les ofrecían refugio provisional. Una vez que

Barry anunció que podría llevarlos por aire, Myles presentó un esbozo de plan. Y así, sin más, se convirtió en su líder.

—Iremos a algún lugar remoto —les cuenta a quienes se han congregado a su alrededor, al parecer atraídos por el aura de confianza en sí mismo que había cultivado durante treinta años como vendedor y director comercial—. Un lugar en el que estaremos a salvo hasta que todo esto acabe. —Nadie pregunta qué harán si «esto» no termina nunca.

Dirigirse al aeropuerto se antoja la mejor opción. La ciudad está infestada, buena parte de ella en llamas, y la gente muere en las calles. Quienes no son consumidos por sus atacantes se levantan al cabo de unos segundos para unirse a ese hambriento ejército de no muertos. A Myles no le gusta que su plan dependa de la destreza sin demostrar de un tío que tiene pinta de no haber trabajado ni un solo día en su vida.

Ahora bien, si los demás quieren tratarlo como si fuera su líder, pues los liderará, qué leches. Bajo su mando, asaltan la cafetería en busca de comida y un cobertizo en busca de herramientas y armas. Barry afirma, además, que podrá arrancar el autobús aparcado cerca del muelle de carga aunque no encuentren las llaves. Myles no le pregunta si también aprendió ese truco «por ahí», pero el tío cumple con la tarea. Quizá, después de todo, aún haya esperanza.

El indicador de combustible de ese anticuado autobús escolar registra menos de un cuarto de depósito. La última gasolinera que funcionaba en todo el condado se secó hace seis días y los camiones cisterna prometidos no aparecieron. Probablemente no vendrán nunca. Tienen la cantidad justa para llegar al aeropuerto —por poco —, pero, si Barry no descifra cómo poner en marcha uno de los

aviones, están jodidos. Diecisiete personas los siguen a él y a Barry como las ratas al flautista de Hamelin.

El autobús es una chatarra, pero circula, al menos mientras se lo tomen con calma. Cada vez que Barry supera los cincuenta kilómetros por hora, el testigo del motor se enciende, por lo que levanta el pie del acelerador. No pueden permitirse una avería. No han visto gran número de esas abominaciones en las afueras de Halifax, pero ningún sitio es seguro. Esos demonios surgen de la nada en cualquier lugar y momento y el grupo de Myles solo dispone de cuchillos y hachas para defenderse. Como la gasolina, las balas son un mercancía escasa y preciada.

No obstante, cincuenta kilómetros por hora es una velocidad razonable y, si hay algún avión con combustible suficiente para llevarlos adonde quiera que decidan ir, puede esperar mientras ellos recorren a trancas y barrancas la autovía. Cuando trabajaba en ventas de campo, antes de que se viera obligado a ocupar una mesa de despacho, Myles detestaba el largo trayecto hasta el aeropuerto internacional de Stanfield, pero hoy se alegra de poner tierra de por medio entre él y la ciudad.

El tráfico es inexistente hasta donde alcanza la vista, en cualquier dirección. Pasan junto a vehículos parados en el arcén, pero cuando reducen la velocidad para comprobar si sus ocupantes, en caso de haberlos, necesitan ayuda, el autobús resopla, hipa y amenaza con ahogarse. Barry lo alivia volviéndolo a poner a cincuenta, la única velocidad con la que parece estar contento. En cierto momento, al dejar atrás un coche, Myles cree vislumbrar una cabeza que asoma tras el volante, pero no está seguro y es fácil que sea uno de ellos en vez de una persona de verdad.

Se saca de la cabeza esa visión fugaz. Al fin y al cabo, podría deberse a un truco de la luz; aun cuando no lo haya sido, no pueden salvarlos a todos, ni siquiera está seguro de que puedan hacerlo ellos mismos. Sin embargo, nunca hay que rendirse, ese es su mantra. Sus ventas más gratificantes fueron aquellas en que el cliente tenía intención de comprar a la competencia y Myles se lo ganaba con persistencia y pasión.

Se pregunta qué sucederá después de que los zombis maten a casi todo el mundo. ¿Vagarán por el planeta en una búsqueda vana de comida hasta que descomponerse y retorcerse en el suelo como el juguete de un niño al que se le agotan las pilas? ¿Siete mil millones de zombis en busca de los pocos supervivientes que queden de la especie humana?

Luego está el hecho de que, aunque su grupo escape, no vivirán para siempre. Tarde o temprano morirán y, cuando eso ocurra, el virus —o lo que sea— los traerá de vuelta, a todos y a cada uno de ellos, transformados en esas criaturas. Solo pueden anticiparse a lo inevitable y esperar que en algún lugar haya gente trabajando en una solución.

«La humanidad ha sobrevivido miles de años. Esta calamidad no nos erradicará —piensa Myles—. Alguien hallará un modo de curar esta plaga. Siempre lo consiguen.»

Esta fe lo motiva a seguir. De lo contrario, más le valdría prenderse fuego y acabar de una vez por todas.

Cuando llegan al aeropuerto, Myles les aconseja que se agarren con fuerza y ordena a Barry que embista la valla que separa el aparcamiento de las pistas. El autobús da un bandazo y se desvía de golpe hacia un lado mientras la alambrada les envuelve como una

cota de malla alrededor del parachoques y el parabrisas, pero al final consiguen atravesarla y rodar por el asfalto.

Encuentran varios aviones Airbus y Boeing estacionados en la terminal, pero Barry opta por un jet regional, con el tamaño suficiente para que quepan todos, pero lo bastante pequeño como para aterrizar donde quieran, aunque sea una pista de aterrizaje remota diseñada para un avión privado. Es un Embraer ERJ-145 con un alcance de al menos cuatro mil kilómetros, según Barry. Quizá más, pues volarán ligeros. Suficiente para alejarlos de aquí.

Sin embargo, ahí está la trampa: ¿adónde ir? Barry abre la puerta del avión, que al bajarla se convierte en una escalera. Entra agachado y al cabo de unos minutos sale con un conjunto de mapas de navegación. Myles los despliega en un asiento del autobús mientras que Barry y un antiguo taxista llamado Gilbert puentean un camión cisterna y lo acercan al ala del Embraer.

Alfie, que en una vida pasada era analista financiero, se inclina sobre el respaldo del asiento.

—¿Qué tal Alaska?

—Imposible ir tan lejos. Podemos llegar como mucho a Labrador o al norte de Ontario.

—Demasiado frío —dice Terri, la antigua instructora de yoga, abrazada a sí misma.

A Myles no le sorprende; no ha hecho más que quejarse desde que se unió al grupo.

—La nieve los ralentiza —dice un barbero llamado Phil.

Aunque sea cierto, necesitan encontrar un lugar que les permita sobrevivir, tal vez incluso cultivar alimentos. También deben poder mantenerse en contacto con el resto del mundo, para que, cuando la

situación mejore, puedan enterarse. Sin embargo, Myles no comparte sus reflexiones con los demás. No quiere que se den cuenta de que abriga tantas dudas como ellos.

—Mirad —grita Emily. Es la más joven del grupo, una adolescente que apenas ha pronunciado una palabra desde que abandonaron la ciudad, concentrada en su iPhone, intentando comunicarse con alguien (quien sea) mientras martillea el teclado con los pulgares.

Myles mira en la dirección que señala el brazo extendido de la chica. Varios zombis emergen de la terminal del aeropuerto, arrastrando los pies por el asfalto hacia donde están ellos, guiados por algún instinto primario.

Barry y Gilbert están guardando la manguera del camión cisterna, por lo que deben de haber terminado. Myles agarra el fajo de mapas y se abalanza a la pista.

—Tenemos que irnos —grita—. ¡Ya!

Los dos hombres levantan la mirada y ven que los zombis se dirigen hacia ellos. Gilbert se pone al volante del camión y lo aparta del ala.

—Todo el mundo a bordo —grita Myles, y los demás pasan a su lado en tropel sin necesidad de apremiarlos, con mochilas repletas de comida y pertrechos colgadas al hombro, empuñando las armas con fuerza.

Puede que los zombis sean lentos, pero no se cansan, avanzan implacables y ya han cubierto casi la mitad de la distancia entre la terminal y el autobús. Unos minutos más y se les echarán encima, mordiendo, desgarrando y despedazando la última y mejor esperanza de la humanidad para la supervivencia.

Myles sube al jet en último lugar, resollando rápida y

entrecortadamente, procurando ignorar el dolor que le desciende por el brazo izquierdo. Dos hombres —Myles cree que se llaman Matt y Chet— cierran la puerta mientras Barry se dirige a la cabina de vuelo. Gilbert se ofrece voluntario para hacer de copiloto, a pesar de que nunca ha pilotado un avión. Helo aquí: el momento de la verdad. Si Barry no sabe poner el aparato en marcha y despegar, estarán perdidos, atrapados como sardinas en una lata.

Myles se recuesta en el asiento y trata de recobrar el aliento. Cuando cierra los ojos y se concentra, el dolor en el pecho remite. Solo le quedan tres pastillas en la cajita de plástico que lleva en el bolsillo del pantalón y las probabilidades de rellenarla oscilan entre escasas y nulas, conque no va a malgastar una ahora.

«Se me pasará. Se me pasará.»

Otro mantra.

Mira por la ventanilla. Los zombis han llegado al autobús y husmean alrededor de la puerta abierta. Al cabo de unos instantes reanudan su camino y se tambalean en dirección al avión.

«Saben que estamos aquí», piensa Myles. Se aparta del pequeño óvalo acristalado, pues no desea caer bajo su penetrante mirada.

Los demás pasajeros se aprietan contra las ventanas, observando la procesión, lenta pero constante, de no muertos. La puerta de la cabina está cerrada y por ahora se encuentran a salvo. Pero ¿y si las criaturas muerden los neumáticos antes de que empiecen a rodar? ¿Y si poseen la inteligencia suficiente para hallar una vía de entrada, quizá a través del maletero del avión?

Tan pronto como la idea irrumpe en su mente, oye un golpetazo procedente de la parte inferior de la aeronave. Le recuerda al ruido

que hacen los mozos de equipaje cuando abren o cierran las escotillas de la bodega de carga.

—Tenemos que irnos —grita a voz en cuello, con la esperanza de que su presunto piloto lo oiga.

Reza para que Barry no esté sentado en la cabina con la mirada clavada en el vertiginoso cuadro de instrumentos, abrumado por la cantidad de lecturas, diales e interruptores, mientras se pregunta cuál es la llave de ignición.

Otro golpetazo, este lo bastante fuerte para provocar que el fuselaje se balancee.

—Ya no los veo —dice Alfie—. Están debajo del avión.

—¿Cuántos son? —pregunta Terri, con una voz que apenas es más que un susurro.

—Ocho, puede que diez —responde Alfie—. Vienen más.

Myles vuelve a mirar por la ventanilla. Un segundo grupo, que consta al menos de cuarenta o cincuenta zombis, está cruzando el asfalto.

—¿Por qué tarda tanto? —masculla Myles. Respira hondo, evalúa la opresión en el pecho y decide que moverse no lo matará. Además, si no se elevan pronto, un infarto será la menor de sus preocupaciones.

Se lanza desde el asiento hacia la cabina de vuelo. A través de la puerta, ve a Barry accionando interruptores mientras Gilbert lee las instrucciones de un documento sujeto a un portapapeles.

—¿Sabes pilotar este trasto o no? —inquiere Myles, temiendo la respuesta.

—Por supuesto —dice Barry.

Gilbert levanta la vista de la hoja de verificación y se encoge de

hombros.

Bajo los pies de Myles, continúan aporreando el avión.

—Ahora sería un buen momento. Los refuerzos vienen de camino, pero no son de los nuestros.

Barry asiente, despacha a Gilbert con la mano y acciona varios interruptores.

—A la mierda el protocolo —dice—. Ya me encargo yo.

El jet tiembla cuando los motores cobran vida, rugiendo, uno detrás de otro. Myles percibe la potencia en aumento, la energía mecánica que los elevará del suelo y los propulsará hacia... ¿dónde? Con todo el pánico y la confusión, aún no ha elegido un destino. Los demás esperan de él que decida por ellos.

—Sácanos de aquí —le dice a Barry.

Este empuja una palanca y el avión empieza a rodar.

—Espero que una turbina no absorba ninguna de esas cosas —masculla.

Los golpetazos bajo el avión son ya continuos. No hay nada que puedan hacer al respecto, conque Myles se niega a preocuparse. Si alguno consigue colarse en la bodega, se ocuparán de él una vez que estén en el aire. Aún tienen sus hachas y cuchillos y, en su mayoría, los integrantes del grupo forman parte de él porque saben cómo eludir a esas criaturas.

A medida que el jet adquiere velocidad, los golpes se atenúan y al final cesan. Myles mira por la ventanilla, tratando de divisar lo que dejan atrás, pero la visión es limitada. Lo único que observa es el segundo grupo de zombis, parado en el asfalto, contemplándolos como un grupo de admiradores que les deseara *bon voyage*.

Respira hondo.

—¿Se ha puesto todo el mundo el cinturón? —pregunta—. Estamos a punto de despegar.

Confía en que sea verdad y no estén a punto de estrellarse contra los árboles al final de la pista. Si se diera ese escenario, en el mejor de los casos el avión se incendiaría y los consumirían las llamas. Al menos eso pondría fin a sus desgracias.

Los demás ocupan sus asientos y se abrochan el cinturón. Myles se pregunta si deberían preocuparse por la distribución de peso, pero Barry no mencionó nada al respecto y hasta ahora parece que sabe lo que hace. Coge las cartas de navegación. Ha de tomar una decisión pronto.

El jet da un brusco viraje a la izquierda y se detiene. Han alcanzado la cabecera de la pista. Los motores rugen y el avión se abalanza hacia delante, acelerando a todo gas. Los árboles desfilan como balas por las ventanillas laterales. Myles echa la espalda hacia atrás, a la espera de que el morro se yerga, lo que ocurre unos segundos después. La gravedad lo aplasta en el asiento cuando el avión salta al aire, zarandeado por la presión invisible de las corrientes bajo las alas. Todos los problemas del mundo se disipan debajo de ellos. Sería estupendo si pudieran permanecer volando durante toda la eternidad.

Al cabo de unos minutos el avión se nivela. Por la fuerza de la costumbre, los ojos de Myles están fijos en la señal de cinturones, pero es probable que a Barry le traigan sin cuidado los detalles de las aerolíneas comerciales. Se desabrocha el cinturón y centra su atención en las cartas de navegación. Bien podría cerrar los ojos y seleccionar un punto al azar. No cuenta con ninguna información que respalde su decisión. ¿Existe algún lugar al que aún no se haya

propagado la plaga? ¿Tal vez una isla, como Islandia, situada a una distancia cómoda? Quizá Barry pueda captar algo en la radio.

Solo dispone de una oportunidad para hacerlo bien. La necesidad de elegir un destino antes de que consuman demasiado combustible lo paraliza.

«¿Por qué esperan que tome yo todas las decisiones? Solo quiero echarme a dormir —piensa—. Estoy tan cansado.»

Un peso le oprime la caja torácica, la misma sensación que experimentó durante el despegue. Pero ya no tendría que notar la presión de la aceleración; vuelan a altitud de crucero, la que minimiza la fricción del aire a su alrededor y maximiza su autonomía. Intenta inspirar, pero tiene constreñido el pecho. De repente se ve incapaz de recobrar el aliento; la sensación de peso se intensifica, es tan grande que los pulmones se niegan a expandirse.

Los demás están mirando por las ventanas, como zombis. No se divisa nada, solo nubes y alguna esporádica visión fugaz de la tierra más abajo.

«Se estarán preguntando qué nos espera —piensa—. Qué nos encontraremos al aterrizar.»

A Myles ya no le importa. Sabe qué le aguarda y no hay nada que pueda hacer al respecto. Un dolor lancinante lo inmoviliza. Se ve incapaz de echar mano al bolsillo del pantalón y sacar la cajita de plástico o de emitir un sonido para atraer la atención de alguien. El aliento brota en ráfagas cortas. La presión en el pecho aumenta, como un muro de agua en un dique a punto de reventar.

Confía en que los demás estén preparados cuando vaya a por ellos. Se pregunta si los zombis sienten dolor.

«No podrá ser peor que esto, ¿verdad?»

NO LLEGARÁN A VIEJOS

Roald Dahl

Aunque Dahl es más conocido por sus libros infantiles —*Charlie y la fábrica de chocolate* y *James y el melocotón gigante*—, también fue un talentoso cuentista. Su relato más famoso tal vez sea «Cordero asado», en el cual una mujer cocina la pierna de cordero congelada con la que ha asesinado a su marido y se la sirve a la policía. Dahl fue un as de la aviación en la Segunda Guerra Mundial y sobrevivió a un accidente, además de derribar muchos aviones enemigos, entre ellos al menos dos Junkers 88. Volaba en un Hawker Hurricane como en el que Aleta vuela en este relato, que se publicó originalmente en el *Ladies' Home Journal* poco antes del final de la guerra.

Estábamos los dos sentados sobre unas cajas de madera, ante el hangar.

Era mediodía. El sol estaba alto y quemaba como un incendio. Hacía un calor del diablo y se notaba el aire tórrido acariciando el interior de los pulmones al respirar. Uno se sentía mejor entreabriendo los labios y respirando rápidamente: así se refrescaba el aire. El sol brillaba sobre nuestros hombros y nuestras espaldas y el sudor no dejaba de rezumarnos por la piel y de fluir cuello abajo, por el pecho y el abdomen. Se acumulaba justo donde el cinturón se ajusta sobre la cinturilla del pantalón, traspasaba este y mojaba la entrepierna, donde la humedad se hacía incomodísima y provocaba sarpullidos.

Nuestros dos Hurricanes estaban aparcados a unos metros de nosotros, ambos con ese aspecto paciente y engreído que tienen los cazas con el motor apagado. Tras ellos se extendía la pista, una franja negra que descendía en dirección a las playas y el mar. La oscura superficie de la pista y la arena blanca y la hierba que había a los lados refulgía y refulgía bajo el sol. La calima colgaba como vapor sobre el aeródromo.

El Ciervo miró su reloj.

—Ya debería estar de vuelta.

Los dos estábamos a la espera, aguardando la orden de despegar. El Ciervo removió los pies sobre el suelo ardiente.

—Ya debería estar de vuelta —repitió.

Habían pasado dos horas y media desde la marcha de Aleta y, ciertamente, tendría que haber vuelto ya. Escudriñé el cielo y escuché. Se oía al personal del aeródromo charlando junto al camión cisterna y el tenue romper de las olas contra la playa, pero ningún indicio sonoro de un avión. Nos quedamos callados por unos momentos.

—Parece que no hay nada que hacer —dije.

—Sí —dijo el Ciervo—. Eso parece.

El Ciervo se levantó y se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos militares. Yo también me levanté. Nos quedamos contemplando el cielo cristalino, hacia el norte, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro por la blandura del asfalto y por el calor.

—¿Cómo se llamaba esa chica? —preguntó el Ciervo sin mirarme.

—Nikki —respondí.

El Ciervo volvió a sentarse en su caja de madera sin sacar las manos de los bolsillos y clavó la mirada en el suelo, entre sus pies.

El Ciervo era el piloto de más edad del escuadrón; tenía veintisiete años. En la cabeza le crecía una mata de pelo crespo y rojizo que nunca se peinaba. Tenía la piel del rostro clara, incluso tras incontables horas al sol, y sembrada de pecas. Su boca era ancha y apretada. No era alto, pero bajo la camisa caqui sus hombros eran igual de anchos que los de un boxeador. Era un tipo tranquilo.

—Seguro que está bien —dijo, alzando la mirada—. Y, de todos modos, no estaría mal conocer al francés de Vichy capaz de echarle el guante a Aleta.

Estábamos en Palestina, luchando contra los franceses de Vichy movilizados en Siria. Nos encontrábamos en Haifa y, tres horas antes, nos habían puesto en guardia al Ciervo, a Aleta y a mí. Aleta había despegado tras una llamada urgente de la armada, que anunciaba que en el puerto de Beirut había dos destructores franceses a punto de zarpar. Acudan de inmediato, sobrevuelen la costa, echen un vistazo y vuelvan cuanto antes para comunicar adónde se dirigen, había dicho la armada.

Así que Aleta salió en su Hurricane. Había pasado el tiempo y no volvía. Sabíamos que no quedaban muchas esperanzas. Si no lo habían derribado, se habría quedado sin combustible hacía tiempo.

Yo bajé la mirada y vi su gorra azul de la Royal Air Force en el suelo, donde Aleta la había tirado al salir corriendo hacia su avión. Vi las manchas de aceite en el plato de la gorra y la visera ajada y doblada. Resultaba difícil creer que no lo volveríamos a ver. Había servido en Egipto, en Libia y en Grecia. Siempre estábamos juntos en el aeródromo y en el comedor. Era alegre, alto y risueño, el bueno de Aleta, con el pelo negro y una nariz larga y recta que se acariciaba arriba y abajo con la yema del dedo. Tenía un particular

modo de escuchar cuando alguien contaba una historia, recostado en la silla con el rostro dirigido al techo pero mirando hacia abajo. Justo la noche anterior, durante la cena, anunció de repente:

—¿Sabéis qué? No me importaría casarme con Nikki. Creo que es una buena chica.

El Ciervo estaba sentado frente a él, comiendo judías con tomate.

—Quieres decir de cuando en cuando —apuntó. Nikki trabajaba en un cabaret de Haifa.

—No —corrigió Aleta—. Las chicas de cabaret son unas esposas estupendas. Nunca te engañan. No les aporta nada nuevo, sería como volver a su antiguo trabajo.

El Ciervo levantó la mirada de las judías.

—No seas idiota, Aleta, joder. Casarte con Nikki es una estupidez.

—Nikki —explicó Aleta muy serio— es de buena familia. Es una buena chica. No usa almohada para dormir. ¿Sabes por qué?

—No.

El resto de la mesa puso atención. Todos querían escuchar lo que Aleta iba a decir sobre Nikki.

—Bueno, cuando era muy joven la prometieron en matrimonio a un oficial de la armada francesa. Ella estaba muy enamorada. Entonces, un día, mientras tomaban el sol en la playa, él le contó que nunca usaba almohada para dormir. Una de esas cosas sin importancia que la gente dice por decir. Pero Nikki no lo olvidó nunca. Lo probó y desde entonces durmió sin almohada. Un día, el oficial francés murió atropellado por un camión. Aunque le resultaba muy incómodo, siguió durmiendo sin almohada para guardar el recuerdo de su amante —Aleta se llevó una cucharada de judías a la boca y las masticó despacio—. Es una historia triste. Y a mí me

demuestra que es una buena chica. Creo que me gustaría casarme con ella.

Eso había contado Aleta la noche anterior, durante la cena. Y resulta que lo habíamos perdido y yo me preguntaba qué cosa sin importancia haría Nikki en su memoria.

El sol me ardía en la espalda e instintivamente me giré para recibir el calor en el otro lado del cuerpo. Al darme la vuelta, el monte Carmelo y la ciudad de Haifa quedaron ante mis ojos. Vislumbré la empinada ladera verde claro que descendía en dirección al mar y, a su pie, vi la ciudad y los vivos colores de las casas refulgiendo al sol. Las casas de muros encalados cubrían las faldas del Carmelo y los tejados rojos eran como un sarpullido en el rostro del monte.

Se nos acercaban caminando lentamente tres hombres, los siguientes pilotos de guardia, que acababan de salir del hangar gris de hierro ondulado. Portaban sobre los hombros los salvavidas amarillos, los Mae West, como los llamábamos, y se acercaban caminando despacio hacia nosotros con los cascos en la mano.

Cuando ya se encontraban muy cerca, el Ciervo dijo:

—Hemos perdido a Aleta.

—Sí, lo sabemos —respondieron.

Se sentaron en las cajas de madera que habíamos estado usando nosotros y de inmediato el sol empezó a tostarles los hombros y la espalda, y se pusieron a sudar. El Ciervo y yo nos alejamos.

El día siguiente era domingo. Por la mañana volamos hasta el valle del Líbano para bombardear un aeródromo llamado Rayak. Dejamos atrás el monte Hermón con su sombrerete de nieve. Descendimos desde detrás del sol sobre Rayak y los bombarderos franceses que había en el aeródromo, sobre los cuales soltamos nuestras bombas.

Recuerdo que mientras hacíamos pasadas, las puertas de los bombarderos franceses se abrían. Recuerdo ver a un montón de mujeres vestidas de blanco corriendo por el aeródromo. Me acuerdo especialmente de los vestidos blancos.

Al parecer, los pilotos franceses habían invitado a sus chicas de Beirut a que echaran un vistazo a sus bombarderos. Los pilotos de Vichy les habían dicho: «Venid el domingo por la mañana y os enseñaremos nuestros aviones». Algo muy de los franceses de Vichy.

De modo que cuando empezamos a disparar, salieron dando tumbos y corriendo como locas por el aeródromo con sus vestidos blancos de domingo.

Recuerdo oír la voz del Mono por la radio diciendo: «Dejadlas, dejadlas», y el escuadrón al completo comenzó a volar en círculos mientras las mujeres corrían por la hierba en todas direcciones. Una de ellas tropezó y se cayó dos veces, y había otra que cojeaba y a la que ayudaba un hombre. Les dimos tiempo. Recuerdo los breves fogonazos de una ametralladora antiaérea; pensé que ellos deberían dejar de disparar mientras nosotros esperábamos a que sus mujeres vestidas de blanco se quitasen de en medio.

Aquello fue al día siguiente de que Aleta desapareciese. Al otro, nos tocó guardia otra vez al Ciervo y a mí. Nos sentamos en las cajas de madera, a la puerta del hangar. Paddy, un muchacho rubio y grandote, había reemplazado a Aleta y estaba sentado con nosotros.

Era mediodía. El sol estaba alto y quemaba como un incendio. Brillaba sobre nuestros hombros y nuestras espaldas y el sudor no dejaba de rezumarnos por la piel y de fluir cuello abajo, por el pecho y el abdomen. Ahí nos quedamos sentados, esperando el momento

en que nos relevaran. El Ciervo estaba cosiendo la correa de su casco con una aguja e hilo de algodón y nos contaba que la noche anterior había visto a Nikki en Haifa y que le había dicho lo de Aleta.

Súbitamente oímos el motor de un avión. El Ciervo se calló y todos miramos arriba. El ruido provenía del norte y se hacía más y más fuerte conforme el aparato se acercaba.

—Es un Hurricane —anunció el Ciervo súbitamente.

Al momento lo vimos volando en círculos sobre el aeródromo y bajar el tren de aterrizaje.

—¿Quién es? —preguntó el rubio Paddy—. No ha salido nadie esta mañana.

Entonces, al pasar frente a nosotros sobre la pista, leímos el número de la cola del avión, H4427, y supimos que era Aleta.

Nos quedamos en pie, observando el aparato rodar por la pista en dirección a nosotros. Cuando ya estaba cerca giró sobre sí mismo para estacionarse y vimos a Aleta en la cabina. Nos saludó con la mano sonriendo y salió. Corrimos hacia él preguntándole: «¿Dónde has estado?», «¿Dónde cojones has estado?», «¿Hiciste un aterrizaje forzoso y te escapaste otra vez?», «¿Has conocido a una chica en Beirut?», «¿Aleta, dónde cojones has estado?».

Llegó más personal y al final se vio rodeado por una muchedumbre, los mecánicos y los del camión de bomberos, todos esperaban escuchar las explicaciones de Aleta. Este permaneció donde estaba, se quitó el casco y se echó para atrás el pelo negro. Estaba tan sorprendido por nuestro comportamiento que al principio no hizo más que mirarnos sin decir palabra. Al final lanzó una carcajada y preguntó:

—¿Qué coño pasa? ¿Qué os pasa?

—¿Dónde has estado? —gritamos—. ¿Dónde has estado estos dos últimos días?

En el rostro de Aleta se dibujó una sorpresa mayúscula. Luego se apresuró a consultar su reloj.

—Las doce y cinco —dijo—. Despegué a las once, hace una hora y cinco minutos. Dejad de hacer el idiota. Tengo que ir a informar de inmediato. En la armada querrán saber que esos destructores siguen atracados en Beirut.

Se dispuso a salir de allí. Yo le cogí del brazo.

—Aleta —dije en voz baja—, has estado fuera desde antes de ayer. ¿Qué es lo que te pasa?

Aleta me miró y rio.

—Os he visto montar bromas mucho mejores que esta. Esta no tiene gracia. Ni pizca.

Y se alejó.

Nos quedamos paralizados: el Ciervo, Paddy y yo, los mecánicos y los del camión de bomberos, mirando cómo Aleta se marchaba. Luego nos miramos unos a otros, sin saber qué decir ni qué pensar, sin entender ni saber nada, salvo que Aleta hablaba en serio y se creía lo que decía. Estábamos seguros de ello porque lo conocíamos y porque, cuando se ha disfrutado de una amistad tan íntima como la nuestra, no hay duda alguna sobre nada de lo que se diga el otro al hablar sobre un vuelo. Uno solo puede dudar sobre sí mismo. Esos hombres estaban dudando de sí mismos, ahí, al sol, dudaban de sí mismos; también el Ciervo, que permanecía junto al ala del avión de Aleta, arrancando con las uñas pequeñas costras de pintura seca y resquebrajada por el sol.

—No me lo creo —dijo alguien.

Los hombres se dieron la vuelta y en silencio cada uno puso rumbo a sus quehaceres. Los siguientes tres pilotos de guardia se acercaban lentamente hacia nosotros desde el hangar gris de hierro ondulado, caminando despacio bajo el sol, mientras balanceaban los cascos en la mano. El Ciervo, Paddy y yo nos dirigimos hasta el comedor de oficiales para almorzar y beber algo.

El comedor era un pequeño edificio de madera pintado de blanco y con un porche. Dentro había dos salas, un salón con sillones y revistas y una taquilla en la que comprar bebidas, y un comedor con una larga mesa de madera. Allí encontramos a Aleta hablando con el Mono, nuestro oficial al mando. El resto de pilotos estaba sentado a su alrededor escuchando y todo el mundo bebía cerveza. Sabíamos que aquello era un asunto muy serio, pese al alcohol y los sillones, y que el Mono estaba haciendo lo que debía de la única manera que era posible. El Mono era un tipo especial, alto y guapo, con una bala italiana incrustada en la pierna y un carácter resolutivo pero informal y amistoso. Nunca se reía a carcajadas, sino que ahogaba la risa en lo hondo de la garganta y terminaba emitiendo una especie de gruñido.

—Mono, tranquilízate —decía Aleta—. No querrás que termine pensando que me he vuelto loco.

Aleta se mostraba serio y sensato, pero estaba perdiendo los nervios por la preocupación.

—Te he dicho todo lo que sé —insistió—. Que he despegado a las once en punto, he ascendido a buena altura, he volado hasta Beirut, he visto los dos destructores y he vuelto. He aterrizado a las doce y cinco. No te puedo decir más, te lo juro.

Aleta miró a su alrededor: al resto de personal, al Ciervo y a mí, a

Paddy, a Johnny y a la media docena de pilotos que había en la sala, y nosotros le sonreímos en respuesta y asentimos con la cabeza para demostrar que estábamos con él, no contra él, y que le creíamos.

—¿Qué coño voy a decirles a los del centro de mando de Jerusalén? Informé de que habías desaparecido. Ahora insistirán en saber dónde has estado.

Era obvio que todo aquello era demasiado para Aleta. Estaba sentado muy tieso, golpeteando con los dedos de la mano izquierda contra el brazo del sillón de cuero, tamborileando con un ritmo ágil, mientras se inclinaba hacia delante para pensar, cavilando, esforzándose, golpeteando contra el brazo del sillón, y entonces comenzó a golpetear sobre el suelo también con el pie. El Ciervo no aguantó más.

—Mono —dijo—. Mono, vamos a dejarlo un momento. Vamos a dejarlo, quizá Aleta se acuerde de algo en un rato.

—Sí, y mientras tanto podríamos decirle al cuartel general que Aleta tuvo que hacer aterrizaje forzoso en un aeródromo en Siria, que le llevó dos días reparar el avión y que luego voló de vuelta —agregó Paddy, que estaba sentado sobre el brazo del sillón del Ciervo.

Todo el mundo apoyaba a Aleta. Todos los pilotos le mostraban su respaldo. Todos sabíamos de alguna manera que aquello nos concernía directamente. Eso era lo único que Aleta sabía. Y el resto también era consciente, se les notaba en la cara. Se respiraba tensión, una tensión sutil que inundaba la sala, porque por primera vez nos encontrábamos ante algo que no eran balas ni fuego ni el carraspeo de un motor ni neumáticos reventados ni sangre en la

cabina ni ayer ni hoy, ni siquiera mañana. El Mono también lo sabía y dijo:

—Sí, vamos a tomar algo y dejémoslo por un rato. Le contaré al cuartel general que hiciste un aterrizaje forzoso en Siria y que luego volviste como pudiste.

Nos tomamos unas cuantas cervezas más y fuimos a almorzar. El Mono pidió unas botellas de vino blanco de Palestina para celebrar la vuelta de Aleta.

Después nadie mencionó el tema. Ni siquiera hablamos sobre ello cuando Aleta se ausentó. Pero todos y cada uno de nosotros seguíamos pensando en ello para nuestros adentros, totalmente convencidos de que se trataba de algo importante y que todavía no había acabado. La tensión se extendió rápidamente entre los pilotos del escuadrón.

Mientras, los días pasaban y el sol brillaba sobre el aeródromo y sobre los aviones y Aleta volvió a ocupar su puesto y a volar con nosotros como de costumbre.

Entonces, un día, creo que una semana después, volvimos a bombardear el aeródromo de Rayak. Éramos seis: el Mono encabezaba la formación y Aleta volaba a su estribor. Entramos sobre Rayak volando raso y hubo mucho fuego antiaéreo ligero. En la primera pasada, la máquina de Paddy fue alcanzada. Mientras hacíamos el círculo para hacer una segunda pasada, vimos su Hurricane con el ala levemente escorada cayendo al suelo, justo en el límite del aeródromo. Se levantó una gran columna de humo al estrellarse, y luego llamas, y, mientras estas se extendían, el humo se oscureció. Paddy estaba ahí. De repente, la radio hizo ruido y escuché la voz de Aleta, que gritaba al micrófono muy excitado:

—¡Ya me acuerdo! Mono, escucha, ¡ya me acuerdo de todo!

Y el Mono contestó en voz baja, lentamente:

—De acuerdo, Aleta, de acuerdo, no lo olvides.

Hicimos la segunda pasada y el Mono nos sacó de allí rápidamente, caracoleando entre los valles, con las pardas montañas desnudas a ambos lados y muy por encima de nosotros. Aleta no dejó de gritar por el transmisor de radio en toda la media hora de vuelo:

—Oye, Mono, me he acordado de todo, de todo, hasta del último detalle. —Y luego dijo—: Hola, Ciervo, me he acordado de todo, de todo; ahora ya no se me olvida.

Luego me llamó a mí y a Johnny y al Deseoso; nos llamó a todos uno a uno, una y otra vez; y se mostraba tan excitado que en ocasiones gritaba demasiado y ni siquiera entendíamos lo que decía.

Cuando aterrizamos, los aviones se dispersaron porque, por alguna razón, Aleta tuvo que aparcar el suyo al final del aeródromo. El resto llegamos a la sala de operaciones antes que él.

La sala de operaciones se encontraba junto al hangar. Era una habitación desnuda con una gran mesa en el medio sobre la que se había extendido un mapa de la zona. Había otra mesita con dos teléfonos, unas pocas sillas de madera y, en uno de los extremos, un montón de salvavidas, paracaídas y cascos. Cuando Aleta llegó estábamos quitándonos los trajes de vuelo y dejándolos en un montón. Venía corriendo. Se detuvo en el umbral de la puerta. Tenía el pelo negro de punta y desordenado por haberse quitado el casco bruscamente, su rostro brillaba de sudor y su camisa estaba oscurecida de humedad. Tenía la boca abierta y respiraba con agitación. Parecía que hubiese venido corriendo; un niño que, tras

correr escalera abajo, hubiese entrado en un salón lleno de adultos para contar que la gata ha parido cachorritos en el cuarto de servicio, y que no supiera por dónde empezar.

Todos lo habíamos oído llegar porque es lo que estábamos esperando. Todos dejamos de hacer lo que estábamos haciendo y nos quedamos inmóviles mirándole.

—Hola, Aleta —dijo el Mono.

—Mono, tienes que creerme —contestó este—, porque lo que voy a contarte es lo que ocurrió.

El Mono se encontraba al lado de la mesa de los teléfonos. El Ciervo estaba junto a él, un retaco pelirrojo, de pie, bien erguido, mirando a Aleta con un salvavidas en la mano. El resto estaba al otro extremo de la sala. Cuando Aleta habló, comenzaron a acercarse silenciosamente a la gran mesa del mapa, sobre la que se apoyaron con las manos. Ahí se quedaron mirándolo y aguardando a que empezara.

No esperó un instante. Empezó atropelladamente, luego se calmó y habló más lento conforme se fue metiendo en la historia. Nos contó todo desde ahí, en pie en el umbral de la puerta, con el salvavidas amarillo todavía puesto y el casco y la máscara de oxígeno en la mano. Los otros se quedaron donde estaban y escucharon. Yo también. Olvidé que era Aleta quien hablaba y que estábamos en la sala de operaciones de Haifa. Lo olvidé todo y lo seguí en su viaje, y no regresé hasta que hubo terminado.

—Volaba a unos seis mil metros. Sobrevolé Tiro, Sidón y el río Damur, y luego me adentré en las montañas de Líbano, porque quería llegar a Beirut por el este. De repente entré en una nube blanca y espesísima, tan espesa y densa que no veía nada más que

el interior de la carlinga. No entendía nada, porque un momento antes el cielo estaba despejado y azul y no se veían nubes por ningún sitio.

»Comencé a perder altura para salir de la nube y descendí y descendí, pero la nube no se acababa. Sabía que no debía bajar demasiado por las montañas, y a mil ochocientos metros la nube seguía rodeándome. Era tan espesa que no podía ver nada, ni siquiera el morro del avión ni las alas. La condensación corría por el cristal de la carlinga en pequeños ríos que salían volando por el rebufo. Jamás había visto una nube así. Todo era blanco, hasta el mismo cristal de la carlinga. Me sentí como si estuviera volando en una alfombra mágica, sentado en mi cabinita, sin alas, ni cola, sin motor, ni siquiera avión.

»Sabía que tenía que salir de aquella nube, así que viré y volé hacia el oeste en dirección al mar y lejos de las montañas; entonces comencé a bajar prestando atención al altímetro. Bajé a ciento cincuenta metros, ciento veinte, noventa, sesenta, treinta, y la nube seguía envolviéndome. Reflexioné durante un momento. Sabía que bajar más era peligroso. Entonces, de repente, como una ráfaga de viento, me invadió la sensación de que no había nada debajo de mí, ni mar ni tierra ni nada, y, lentamente, sabiendo perfectamente lo que hacía, aceleré, empujé la palanca y me lancé en picado.

»Ni siquiera miré el altímetro. Fijé la vista adelante en la blancura de la nube, al otro lado del cristal de la carlinga, y seguí en picado. Mantuve la palanca hacia abajo, con el aparato en picado, observando la vasta blancura que se aferraba al avión. En ningún momento me pregunté adónde iba. Fui hacia allí, sin más.

»No sé cuánto tiempo estuve así. Quizá minutos, quizá horas. Lo

único que sé es que durante todo el tiempo que caí en picado con el aparato, estaba seguro de que debajo de mí no había ni montañas, ni ríos, ni tierra, ni mar, y no tenía miedo.

»Entonces dejé de ver. Era como cuando estando medio dormido en la cama alguien enciende la luz.

»Salí de la nube tan repentina y rápidamente que me deslumbré. No había espacio temporal entre el estar en la nube y el dejar de estar en ella. En un instante estaba dentro, envuelto en una densa blancura, y en el mismo momento estaba fuera, y la luz era tan fuerte que me cegó. Cerré los ojos y los mantuve apretados durante varios segundos.

»Cuando los abrí todo era azul. Más azul que ninguna otra cosa que haya visto nunca. No era un azul oscuro ni claro. Era un azul, azul; un color puro y brillante que jamás había visto antes y que no sabría describir. Miré alrededor. Miré arriba y atrás. Me incorporé y me asomé al cristal de la carlinga y todo era azul. Todo era luminoso y claro, como un sol agradable, pero no había sol.

»Entonces los vi.

»Muy por delante y por encima de mí vi una línea de aviones volando a través del cielo. Avanzaban en una única fila oscura, todos a la misma velocidad y con el mismo rumbo, muy cerca unos de otros, siguiéndose cola con cola. La línea se extendía atravesando el cielo hasta donde alcanzaba la vista. Fue por cómo avanzaban, por la urgencia con que apretaban el ritmo de vuelo, como barcos navegando con un fuerte viento en popa. Viéndolos lo supe todo. No sé por qué ni cómo, pero fui consciente de que aquellos eran los pilotos y las tripulaciones que habían muerto en el campo de batalla

y que ahora, en sus aviones de siempre, hacían su último vuelo, su último viaje.

»Ascendí y me acerqué a ellos. Pude reconocer las máquinas. La larga procesión estaba formada por casi todos los tipos de avión que existen. Vi Lancasters y Dorniers, Halifaxes y Hurricanes, Messerschmitts, Spitfires, Sterlings, Savoias 79, Junkers 88, Gladiators, Hampdens, Macchis 200, Blenheims, FockeWulfs, Beaufighters, Swordfish y Heinkels. Vi todos esos y muchos más, y la línea en movimiento atravesaba todo el cielo azul de un lado al otro hasta desaparecer de la vista.

»Yo volaba ya cerca y comencé a sentir que hiciera lo que hiciese algo me atraía hacia ellos. Noté que un viento atrapaba mi aparato, lo hacía volar y revolotear como la hoja de un árbol. Me sentí absorbido por un torbellino gigantesco que me empujó hacia el resto de aviones. No había nada que pudiera hacer, pues mi avión estaba en manos del viento. Todo esto ocurrió muy rápido, pero lo recuerdo con claridad. Sentí que el impulso del motor de mi avión se hacía más potente y noté sacudidas hacia delante cada vez más rápidas; y de repente me encontraba volando dentro de la procesión, avanzando con los demás, a la misma velocidad y con el mismo rumbo. Delante de mí, tan cerca que podía verle la pintura de las alas, volaba un Swordfish, un viejo Swordfish de la Fleet Air Arm. Veía las cabezas y los cascos del observador y el piloto en sus carlingas, uno detrás del otro. Delante del Swordfish volaban un Dornier, un Flying Pencil y otros que no era capaz de reconocer desde mi posición.

»Volamos y volamos. No podría haberme dado la vuelta y haberme marchado de allí aunque hubiese querido. No sé cómo,

aunque tendría que ver probablemente con el torbellino y con el viento aquel, pero sabía que no podía marcharme. Además, ni siquiera estaba pilotando: el avión volaba solo. No había que maniobrar, ni que consultar velocidad ni altura, ni manejar el acelerador ni la palanca, ni nada. Una vez miré los instrumentos y ninguno funcionaba, como si el avión estuviese en tierra.

»Así que el vuelo continuó. Yo no tenía ni idea de a qué velocidad volábamos. No tenía sensación alguna de velocidad pero, si tuviera que decirlo, íbamos a un millón de kilómetros por hora. Ahora que pienso en ello, ni una vez durante todo ese tiempo sentí calor, frío, hambre o sed. No sentí nada de eso. No sentí miedo porque sabía que no había nada que temer. No sentí preocupación porque no recordaba ni podía imaginar nada de lo que preocuparme. No sentí deseos de hacer nada que no estuviese haciendo en ese momento ni de tener nada que no tuviese, porque no había nada que quisiera hacer o tener. Solo sentí el placer de estar donde estaba, de ver la maravillosa luz y el hermoso color que me rodeaba. En un momento distinguí mi rostro reflejado en el cristal de la carlinga y me vi sonriendo, tanto con los labios como con la mirada, y cuando aparté los ojos supe que seguía sonriendo, simplemente así lo sentía. En un momento dado, el observador del Swordfish que llevaba delante se giró y saludó con la mano. Descorrí la compuerta de la carlinga y lo imité. Recuerdo que ni si quiera al descorrer la compuerta sentí corriente alguna de aire, ni fría ni caliente, no sentí presión ni rebufo en la mano. Entonces me di cuenta de que todos nos estábamos saludando unos a otros, como niños en una montaña rusa, y entonces me giré y saludé al piloto del Macchi que venía detrás de mí.

»Pero algo ocurría en la comitiva. Muy por delante vi que algunos aviones habían virado a babor y comenzaban a perder altura. La procesión al completo, llegado cierto punto, se escoraba hacia un lado y comenzaba a descender trazando un amplio círculo. Miré instintivamente hacia abajo, asomado al cristal de la carlinga, y vi que allá se extendía una vasta llanura verde. Era de un verde suave y hermoso, y se extendía hasta el horizonte más lejano, donde el azul del cielo se encontraba con el verde de la llanura y se fundía con él.

»Y entonces vi la luz. A babor, muy a la izquierda, brillaba una poderosa luz blanca, refulgente e incolora. Era como el sol, pero algo mayor. No tenía forma ni contorno y su luz resplandecía sin cegar. Se encontraba en uno de los extremos de la llanura verde. La luz nacía en un centro luminoso y radiaba hacia el cielo y sobre la llanura, hasta el otro extremo. Cuando la vi, no pude apartar la mirada. No quería volar hacia ella ni entrar en la luz con mi avión y, sin embargo, algo ocurrió de súbito y lo deseé tan intensamente que una y otra vez intenté salirme de la fila de aviones y volar directamente hacia ella. Pero era imposible. Tuve que seguir volando con el resto.

»Los acompañé en el viraje y el descenso. Planeamos sobre la verde planicie que se extendía a nuestros pies. Ahora que me encontraba más cerca, podía ver muchos aviones en el suelo. Estaban por todos lados, moteaban la llanura como pasas esparcidas sobre una alfombra. Eran cientos y cientos, y cada minuto, cada segundo casi, su número crecía conforme quienes me precedían en la cola aterrizaban y rodaban por la tierra hasta detenerse.

»Perdíamos altura rápidamente. Pronto vi a los aviones que

llevaba delante desplegar el tren de aterrizaje y prepararse para aterrizar. El Dornier que iba dos posiciones por delante de mí se niveló y tocó tierra. Luego lo hizo el viejo Swordfish. El piloto giró un poco a babor para no tocar el Dornier y aterrizó a su lado. Yo giré a la derecha del Swordfish y estabilicé el avión. Me asomé para calcular la altura sobre el suelo y vi cómo el verde de la llanura se desdibujaba mientras yo la sobrevolaba.

»Esperé a que mi aparato perdiera sustentación y tocase tierra. Me pareció una eternidad. "Vamos", me dije. "Vamos, vamos". Estaba solo a dos metros, pero no descendía. "Por favor, baja", grité. Empecé a perder los nervios. Me asusté. De repente me di cuenta de que estaba ganando velocidad. Cerré todos los contactos, pero no ocurrió nada. El avión seguía acelerando y volando cada vez más rápido. Yo miré alrededor y vi tras de mí la larga procesión de aviones descendiendo del cielo y aterrizando. Vi la masa de aparatos en el suelo, dispersos por toda la llanura y, a lo lejos, a un lado, vi la luz, la luz blanca y brillante que refulgía tanto sobre la llanura y hacia la que anhelaba ir. Sé que si hubiera podido aterrizar, habría salido corriendo en dirección a ella en cuanto hubiese saltado del avión.

»Y ahora me alejaba de la luz. Me asusté aún más. Volaba cada vez más rápido y más lejos, y el miedo se apoderó de mí hasta que al poco me vi revolviéndome como un loco dentro de la carlinga, tirando de la palanca, luchando contra el avión, tratando de hacerlo girar hacia la luz. Cuando vi que era imposible, intenté matarme. Quería suicidarme en ese momento, de verdad. Traté de estrellar el avión contra el suelo, pero fue imposible, seguía volando recto. Traté de saltar de la carlinga, pero una mano que me sujetaba del hombro

me lo impidió. Traté de romperme la cabeza contra el cristal de la carlinga, pero fue inútil. Así que me quedé ahí sentado, luchando contra la máquina y contra todo, hasta que de repente me di cuenta de que había entrado en una nube. Era tan espesa como la anterior y el aparato parecía ascender. Miré a mi espalda, pero la nube se había cerrado tras de mí. Todo era de una impenetrable blancura. Empecé a sentir náuseas, aturdido. Ya no me importaba lo que ocurriese, me quedé sin fuerzas, dejando que el avión volara solo.

»Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo; estoy seguro de que fueron horas. Debí de quedarme dormido. Soñé. No con lo que acababa de ver, sino con cosas de mi vida cotidiana, con el escuadrón, con Nikki y el aeródromo de Haifa. Soñé que estaba de guardia, en la puerta del hangar con otros dos pilotos, que llegaba orden de la armada de que alguien saliera a hacer un rápido reconocimiento sobre Beirut. Como yo era el primero, salté a mi Hurricane y partí. Soñé que sobrevolaba Tiro, Sidón y el río Damur, y que ascendía hasta los seis mil metros de altitud. Entonces me adentraba en las montañas libanesas, giraba y me acercaba a Beirut por el este. Estaba sobrevolando la ciudad, me asomaba de la carlinga para localizar el puerto y los dos destructores franceses. En el sueño, los veo enseguida, claramente, amarrados uno junto a otro en el muelle; me doy la vuelta y desciendo rápidamente de altura camino a casa, lo más rápido posible.

»Los de la armada están equivocados, pienso en el camino de vuelta. Los destructores siguen en el puerto. Consulto el reloj. Una hora y media. No he tardado nada, pienso. Estarán contentos. Trato de llamar por radio para dar la información, pero no encuentro señal.

»Cuando aterrizo, todos me rodeáis y me preguntáis que dónde he estado los dos días anteriores. Pero yo no me acuerdo de nada. No re cuerdo nada, salvo el vuelo de ida a Beirut, hasta que veo el avión de Paddy derribado. Cuando su aparato se estrella contra el suelo, me sorprendo a mí mismo diciendo "¡Qué suerte tienes, cabrón!, ¡qué suerte tienes, cabrón!". Y conforme lo digo, soy consciente de por qué lo digo y entonces lo recuerdo todo. En ese momento me puse a gritar por la radio. Fue entonces cuando lo recordé.

Aleta había terminado. Nadie se había movido ni había dicho una palabra en todo ese tiempo. Entonces habló el Mono. Dio un par de pasos con aire cansado, se giró, se asomó a la ventana y dijo en voz baja, casi susurrando:

—Pues muy bien. Esto es increíble.

El resto fuimos poco a poco volviendo a nuestras tareas, terminamos de quitarnos los trajes de vuelo y los amontonamos en la esquina de la sala, sobre el suelo; todos menos el Ciervo, el retaco, que se quedó ahí mirando a Aleta hasta que este atravesó lentamente la habitación para colocar su traje.

Tras la historia de Aleta, el escuadrón regresó a la normalidad. La tensión que se había despertado entre nosotros desapareció. El aeródromo fue un lugar más feliz. Pero nadie mencionó nunca más el viaje de Aleta. Nunca volvimos a hablar de ello, ni siquiera cuando nos emborrachamos por la noche en el hotel Excelsior de Haifa.

La campaña siria tocaba a su fin. Todos sabíamos que acabaría pronto, aunque la gente de Vichy seguía peleando con uñas y dientes al sur de Beirut. Nosotros continuamos volando. Volábamos mucho con la flota que estaba bombardeando la costa. Teníamos el

cometido de protegerla contra los Junkers 88 que venían de Rodas. En el último de esos vuelos murió Aleta.

Volábamos alto sobre los barcos cuando los Junkers aparecieron en manada y se desató una batalla. Solo había seis Hurricanes en el aire y los Junkers eran muchos. Fue una buena pelea, aunque no recuerdo muy bien cómo ocurrió. Casi nunca te acuerdas. Pero sí sé que fue una persecución frenética, con los Junkers lanzándose en picado a por los barcos, los barcos ladrándoles de vuelta, tirándoles con todo hasta que el cielo se llenó de flores blancas que se abrían, crecían y se desvanecían en el viento. Recuerdo que un alemán estalló en el aire, rápido, con un fogonazo blanco; donde había estado el bombardero no quedaban más que trocitos de fuselaje que caían poco a poco. Recuerdo que a otro le volaron la torreta trasera, pero siguió volando y el artillero se quedó colgando en el aire del arnés, luchando por subirse otra vez al aparato. Recuerdo a otro, un valiente que se quedó arriba a plantarnos cara mientras los otros se lanzaban en picado para bombardear. Recuerdo que lo tiroteamos y que se dio la vuelta lentamente, con la panza verde claro hacia arriba, como un pez muerto, hasta que al final cayó en barrena.

Y recuerdo a Aleta.

Estaba muy cerca de él cuando su aparato se incendió. Veía las llamas saliendo del morro de su aparato y lamiendo el capó. El escape de su Hurricane escupía humo negro.

Me aproximé a él y le hablé por radio.

—Oye, Aleta —llamé—, será mejor que saltes. Su voz me llegó suave y calmada:

—No es tan fácil.

—¡Salta! —grité—. ¡Salta ya!

Lo veía ahí sentado, bajo la compuerta de cristal de la carlinga; me miró y negó con la cabeza.

—No es tan fácil —contestó—. Me han dado de refilón. Me han dado en los brazos y no puedo soltar el arnés.

—¡Sal de ahí! —grité de nuevo—. ¡Por Dios, sal de ahí! —Pero él no contestó. Su avión siguió volando por un momento, recto y manteniendo altura, pero, poco a poco, como un águila moribunda, hundió una de las alas y se precipitó hacia el mar. Lo observé descender; observé el delgado rastro de humo negro que dejó a través del cielo y, mientras lo observaba, me llegó la voz de Aleta por radio, clara y calmada, una y otra vez:

—¡Qué suerte tengo, joder! ¡Qué puta suerte!

ASESINATO EN EL AIRE

Peter Tremayne

Ningún libro de relatos con aviones estaría completo sin al menos un misterio de habitación cerrada (un avión es la habitación cerrada definitiva), pero en esta ocasión no encontrarás solo uno, sino dos cuartos. Bienvenido a bordo de un Jumbo de Global Airways, donde está a punto de descubrirse el cadáver de un desafortunado viajero. Por suerte para la tripulación del vuelo 162, entre los pasajeros figura el criminólogo Gerry Fane, que se muestra muy interesado en el caso. Peter Tremayne es el seudónimo de Peter Ellis, que, además de ser el autor de casi un centenar de novelas y más de cien cuentos, posee un máster en Estudios Celtas. Nació en Coventry, trabajó de periodista y se convirtió en escritor a tiempo completo a mediados de los años setenta. Este relato es una joya.

El sobrecargo Jeff Ryder advirtió la expresión preocupada en el rostro de la auxiliar Sally Beech en el mismo momento en que ella entró en la cocina de primera clase del Global Airways 747, vuelo GA 162. Se quedó sorprendido por un instante, pues nunca había visto a la azafata sénior tan perturbada.

—¿Qué pasa, Sal? —la saludó en un intento de devolverle su habitual sonrisa pícara—. ¿Hay un lobo entre nuestros pasajeros de primera dándote problemas?

Ella negó con la cabeza sin alterar su semblante pensativo.

—Creo que uno de los pasajeros se ha encerrado en el servicio —empezó a decir.

La sonrisa de Jeff Ryder se ensanchó, a punto de soltar un comentario procaz.

—No —interrumpió ella como si hubiera interpretado sus intenciones—. Hablo en serio. Creo que puede haberle sucedido algo. Lleva ahí dentro un buen rato y su compañero de viaje me pidió que comprobara si iba todo bien. He llamado a la puerta, pero no ha habido respuesta.

Ryder reprimió un suspiro. Un pasajero encerrado en el lavabo era algo poco común, pero no inaudito. En cierta ocasión había tenido que rescatar a un texano de ciento veinte kilos. No era una experiencia que deseara rememorar.

—¿Quién es el desafortunado pasajero?

—Aparece en la lista como Henry Kinloch Gray.

A Ryder se le escapó un gruñido audible.

—Se atasca la puerta del lavabo y tiene que ser Kinloch Gray quien se quede encerrado. ¿Sabes quién es? El presidente de Kinloch Gray and Brodie, la multinacional de medios de comunicación. Tiene reputación de comerse vivos a los directivos, pero a las personas como tú y yo, pobres pececillos de agua dulce en el gran océano de la vida... —Torció los ojos en un expresivo gesto de resignación—. ¡Ay, Dios! Será mejor que me ocupe de ello.

Con Sally a la zaga, Ryder se encaminó hacia los aseos de primera clase. No había nadie alrededor y enseguida vio la puerta con la señal de OCUPADO. Se acercó y llamó en voz baja:

—¿Señor Kinloch Gray? ¿Va todo bien, señor? —Esperó y luego golpeó respetuosamente la puerta con los nudillos.

No hubo respuesta.

Ryder echó una mirada a Sally.

—¿Sabemos cuánto tiempo lleva aquí, más o menos?

—Su compañero de viaje ha dicho que fue al servicio hace media hora.

Ryder arqueó una ceja y se volvió hacia el lavabo. Alzó la voz una octava.

—Señor Kinloch Gray, suponemos que tiene alguna clase de problema ahí dentro, señor. Voy a romper el pestillo. Apártese de la puerta si puede, por favor.

Retrocedió un paso, levantó un pie y lo estrelló cerca de la cerradura. El endeble mecanismo se soltó de los tornillos de fijación y una parte de él quedó colgando hacia dentro.

—¿Señor...?

Ryder empujó la puerta con todo el cuerpo, pero no era tarea fácil; algo obstruía el paso. Con algo de fuerza, se las apañó para abrirla lo suficiente como para introducir la cabeza en el cubículo, pero solo lo hizo durante un momento. La retiró rápidamente; sus facciones habían palidecido. Miró a Sally, mudo por unos segundos. Al cabo articuló algunas palabras.

—Creo que le han disparado —susurró.

Aislaron los aseos con una cortina y mandaron a buscar al comandante de la nave, Moss Evans, uno de los pilotos más veteranos de Global Airways, a quien le contaron en pocas palabras el problema. El piloto, de cabellos plateados y constitución robusta, había ocultado su preocupación mientras se abría camino a través de la sección de primera clase, sonriendo a los pasajeros con inclinaciones afables de cabeza. Albergaba un sentimiento de

irritación, pues hacía tan solo unos instantes que la aeronave había superado el punto medio, el «punto de no retorno», de la travesía. Aún faltaban cuatro horas más de vuelo y no le gustaba la perspectiva de tener que desviarse a otro aeropuerto ahora y retrasarse dios sabía cuánto tiempo. Le esperaba una cita importante.

Ryder acababa de emitir un mensaje dirigido a los pasajeros de primera clase, con la poco convincente excusa de una avería mecánica en los aseos, para que se dirigieran a los de la sección central por su seguridad y comodidad. Era la jerga típica de aerolíneas. Ahora esperaba junto a Sally Beech al comandante Evans. Este conocía bien a Ryder, pues Jeff llevaba volando con él dos años. Se percató enseguida de que el habitual buen humor del sobrecargo se había esfumado; la chica tenía el semblante pálido y parecía conmocionada.

Evans la miró compasivo; luego se volvió hacia el pestillo destrozado del lavabo.

—¿Es este el lavabo?

—Este es.

Evans cargó su peso contra la puerta y consiguió introducir la cabeza en el pequeño cubículo.

El cadáver se encontraba despatarrado en el inodoro, en precario equilibrio, completamente vestido. Los brazos inertes pendían a los costados; tenía las piernas extendidas y así impedía que la puerta se abriera. El cuerpo inerte guardaba un equilibrio precario. La zona entre el pecho y la boca se antojaba una masa sanguinolenta. De las mejillas le colgaban trozos de carne desgarrada. La sangre había

salpicado las paredes laterales del cubículo. Evans sintió náuseas, pero las contuvo.

Tal y como Ryder le había advertido, daba la impresión de que el hombre hubiera recibido un disparo en la boca. Evans inspeccionó el suelo de forma automática, sin saber qué estaba buscando hasta que se dio cuenta de que su objetivo era una pistola. Se sorprendió de no encontrarla. Volvió a escudriñar el cubículo. Las manos que pendían a los costados del cuerpo no sujetaban nada. Cualquier arma que hubiera empuñado debía de haberse caído, pero no se veía rastro de ella. Evans arrugó el ceño y se retiró. Una voz en lo profundo de su mente insistía en que algo no encajaba en la escena que acababa de ver, pero no supo identificar qué era.

—Una cosa nueva que incluir en el manual de emergencias de la compañía —murmuró Ryder, en un intento de introducir algo de humor a la situación.

—Veo que has trasladado a los pasajeros de esta sección —observó Evans.

—Sí. He cambiado a todos los pasajeros de primera clase de esta sección y hemos instalado una cortina. Supongo que el siguiente paso será sacar el cadáver de ahí, ¿no?

—¿Se ha informado ya a su colega, a la persona con la que viajaba?

—Le hemos dicho que ha habido un accidente. Sin dar detalles.

—Muy bien. Deduzco que nuestro hombre era el jefazo de una gran corporación, ¿no?

—Kinloch Gray. Era Henry Kinloch Gray.

Evans frunció los labios en un silencioso silbido.

—Así que hablamos de un tipo influyente que estaba montado en

el dólar, ¿eh?

—No los fabrican más ricos.

—¿Has revisado si en la lista de pasajeros figura algún médico? Parece que nuestro hombre escogió un momento y un lugar cojonudos para suicidarse. Pero creo que alguien debería examinarlo antes de tocar nada. Procederé según el protocolo de la compañía en caso de emergencia médica y lo notificaremos a la oficina central.

Ryder asintió con la cabeza.

—Le pedí a Sally que comprobara si había médicos a bordo. La suerte ha querido que llevemos a dos en primera clase. Viajan juntos. Asientos C1 y C2.

—Bien. Dile a Sally que traiga a uno de ellos. ¡Ah! ¿Y dónde está el colega del señor Gray?

—Asiento B3. Se llama Frank Tilley y tengo entendido que es el secretario personal de Gray.

—Me temo que tendrá que hacer una identificación formal. Vamos a seguir estrictamente las normas de la compañía —repitió, como si buscara reafirmación.

Sally Beech se acercó a los dos hombres que ocupaban los asientos C1 y C2. Eran de la misma edad, cuarenta y tantos; uno iba vestido informal, con una mata de pelo rojo intenso y un aspecto que difería mucho del estereotipo de médico. El otro lucía un atuendo más elegante y parecía más arreglado. La azafata se detuvo a su lado y se inclinó hacia ellos.

—¿Doctor Fane? —Era el primero de los dos nombres que había memorizado.

El hombre vestido con elegancia levantó la mirada con una sonrisa inquisitiva.

—Soy Gerry Fane. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Doctor, me temo que tenemos una urgencia médica con uno de los pasajeros. El comandante le manda sus saludos y le agradecería enormemente si pudiera venir a examinarlo.

Sonaba a fórmula repetida. De hecho, era la que se incluía en el manual de la compañía. Sally no sabía de qué otra forma expresarla si no era con la impasibilidad en que había sido instruida.

El hombre pergeñó una mueca irónica.

—Lamento decirle que mi doctorado es en Criminología, señorita. No les seré de mucha ayuda. Me parece que a quien necesitan es a mi compañero, Hector Ross, que sí es doctorado en Medicina.

La chica miró con aire de disculpa al hombre pelirrojo del asiento contiguo y se alegró al ver que se ponía en pie y la salvaba de recitar la misma cantinela.

—No se preocupe, muchacha. Le echaré un vistazo, pero no llevo mi maletín médico. En realidad, soy patólogo y vuelvo de un congreso, ¿entiende? No soy médico de cabecera.

—Disponemos de un equipo de emergencia a bordo, doctor, pero no creo que lo necesite.

Ross le dirigió una mirada de desconcierto con el ceño fruncido, pero la azafata ya se había girado y enfilaba el pasillo.

Hector Ross se retiró del cubículo y miró a la cara al comandante Evans y a Jeff Ryder. Ojeó el reloj.

—He dictaminado la hora del deceso a las trece quince horas, comandante.

—¿Y la causa? —Evans se agitaba inquieto.

Ross se mordió el labio.

—Preferiría que trasladaran el cadáver a un lugar en el que poder practicarle un examen completo. —Volvió a titubear—. Pero me gustaría que mi colega, el doctor Fane, le echara antes un vistazo. Es psicólogo criminal y guardo un gran respeto por su opinión.

Evans escrutó al médico, tratando de descifrar si sus palabras ocultaban un significado más profundo.

—¿De qué serviría un psicólogo criminal en este asunto a no ser que...?

—Aun así, agradecería que pudiera examinarlo, comandante. —Ross elevó persuasivamente el tono.

Momentos después, Gerry Fane se retiraba de la misma puerta del lavabo y miraba con fijeza y cierta seriedad a su compañero de viaje.

—Curioso —observó. Pronunció la palabra con lentitud deliberada.

—¿Y bien? —inquirió impaciente el comandante Evans—. ¿Qué se supone que significa eso?

Fane, con ademán elocuente, se encogió de hombros a pesar de lo reducido del espacio en el que se congregaban.

—Significa que nada va bien, comandante —respondió con una nota de sarcasmo—. Creo que deberíamos sacar el cuerpo para que mi colega aquí presente pueda establecer la causa de la muerte y luego podamos determinar cómo llegó a encontrar este hombre ese fin.

Evans resolló, en un intento de ocultar su irritación.

—Tengo al presidente de mi compañía esperando en la radio, doctor. Me gustaría poder transmitirle algo más positivo. Creo que me entenderá usted si le digo que conoce al señor Gray. Del club de golf o algo así.

—Conocía, me temo. En pasado. —Fane se mostró irónico—. Bueno, puede informar a su presidente que tiene toda la pinta de que han asesinado a su compañero de golf.

Evans puso cara de asombro.

—Eso es imposible. Tiene que haber sido un suicidio.

Hector Ross se aclaró la garganta y miró inquieto a su amigo.

—Muchacho, ¿no estás exagerando? —murmuró el médico—. Al fin y al cabo...

Fane no se inmutó y lo interrumpió con un tono calmado y decidido.

—Cualquiera que haya sido el método exacto empleado para infligir la herida fatal, creo que coincidirás conmigo en que fue prácticamente instantáneo. Casi le han volado la cara por debajo de la nariz y los ojos. Asqueroso. Parece un balazo en la boca.

Evans había recuperado la facultad de hablar. En ese instante, mientras cavilaba, comprendió el motivo de su desconcierto. Ahora le tocaba a él ser sarcástico.

—Si hubieran disparado una pistola ahí dentro, aunque fuera una de pequeño calibre con un cuerpo para amortiguar el impacto de la bala, habría tenido la fuerza suficiente para perforar la pared y provocar una despresurización. ¿Sabe lo que puede hacer una bala si agujerea el fuselaje de un avión a once mil metros de altitud?

—No he afirmado en ningún momento que fuera una pistola. —Fane conservaba su sonrisa amable—. He dicho que parecía un balazo.

—Aunque muriera de un disparo, ¿por qué no podría haber sido un suicidio? —intervino el sobrecargo—. ¡Estaba en un lavabo cerrado, por el amor de Dios! Y tenía el pestillo echado por dentro.

Fane lo observó con indulgencia.

—Solo expuse la naturaleza instantánea de la herida. Nunca he visto un cadáver capaz de levantarse y esconder un arma después de un intento de suicidio exitoso. El hombre está ahí despatarrado con una herida mortal feísima que le causó una muerte prácticamente instantánea... y no hay ni rastro del arma. Curioso, ¿verdad?

Evans se quedó mirándolo, incrédulo.

—Eso es ridículo... —Su voz carecía de convicción—. No puede estar hablando en serio. El arma debe de estar oculta detrás de la puerta o en algún otro sitio.

Fane no se molestó en replicar.

—Pero... —Evans se lanzó a la desesperada, consciente de que Fane había expresado lo que llevaba un rato rondándole por la cabeza: el arma desaparecida—. ¿Está insinuando que mataron a Gray y luego lo metieron en el lavabo?

El criminólogo negó con la cabeza.

—Me temo que es más complicado que eso. A juzgar por la sangre que brotó de la herida y salpicó las paredes del cubículo, el hombre ya se encontraba en el lavabo cuando lo mataron y con el pestillo echado por dentro, según el sobrecargo aquí presente.

Jeff Ryder se agitó incómodo.

—La puerta estaba cerrada por dentro —confirmó a la defensiva.

—Entonces ¿cómo...? —empezó Evans.

—Eso es algo que debemos resolver. Comandante, no quisiera usurpar su autoridad, pero ¿podría aconsejarle algo?

Evans no respondió. Aún estaba contemplando la imposibilidad de lo que Fane había sugerido.

—¿Comandante?

—¿Sí? Lo siento, ¿qué me ha preguntado?

—Si podría aconsejarle algo. Mientras Hector realiza un examen preliminar para intentar establecer la causa de la muerte, ¿me permitiría interrogar al colega de Gray? Así quizá descubramos el porqué, además del cómo.

El comandante apretó los labios en actitud pensativa.

—No me siento capacitado para autorizarlo. Tendré que hablar con el presidente de la compañía.

—Cuanto antes mejor, comandante. Esperaremos aquí —replicó Fane con tranquilidad—. Entretanto, el doctor Ross y yo sacaremos el cadáver del servicio.

Transcurrió muy poco tiempo antes de que Moss Evans regresara. Para entonces, Ross y Fane se las habían apañado para sacar el cadáver de Kinloch Gray y tenderlo en el espacio entre el mamparo y la primera fila de asientos de primera clase.

Evans carraspeó con torpeza.

—Doctor Fane. El presidente de la compañía le ha concedido permiso para actuar como considere oportuno en este asunto... hasta que el avión aterrice, claro. Después, naturalmente, deberá dejarlo en manos de las autoridades locales. —Se encogió de hombros y, como si necesitara alguna explicación, añadió—: Parece que el presidente conoce su reputación como... ¿criminólogo? Se alegra de que usted y el doctor Ross se encarguen del asunto.

Fane inclinó la cabeza con gesto serio.

—¿Va a cambiar el rumbo? —preguntó.

—El presidente nos ha ordenado que continuemos hasta nuestro punto de destino, doctor. Como el hombre está muerto, no tiene sentido desviar el avión para buscar asistencia médica.

—Bien. Entonces disponemos de algo más de tres horas para resolver el misterio. ¿Puede su azafata proporcionarme un rincón donde pueda hablar con el colega de Gray? Ella me ha dicho que es su secretario personal. No quiero alarmar a los demás pasajeros.

—Ocúpate de ello, Jeff —ordenó el comandante Evans al sobrecargo y luego miró a Fane—. ¿No dicen que los asesinatos suelen cometerlos personas que la víctima conocía? ¿Eso no convierte al secretario en el principal sospechoso? ¿O habrá que comprobar si los demás pasajeros tienen alguna conexión con Gray?

Fane sonrió de oreja a oreja.

—Muy a menudo me encuentro con que en estos casos no existen reglas generales.

Evans se encogió de hombros.

—Si sirve de ayuda, podría dirigirme a los pasajeros y pedirles que vuelvan a sus asientos y se abrochen el cinturón. Les diré que esperamos turbulencias. Así evitaría que los espíritus curiosos intentaran acceder a esta zona.

—Sería muy útil, comandante —le aseguró Hector Ross, levantando la mirada desde su posición junto al cadáver.

Evans vaciló durante unos segundos.

—Regresaré a la cabina de vuelo. Manténganme informado de los progresos.

A los pocos minutos de la marcha de Evans, les llegó el sonido de unas voces airadas. Fane alzó la mirada y vio a la azafata, Sally

Beech, afanándose en impedir que un hombre joven avanzara hacia ellos.

Pero el hombre parecía empeñado en pasar.

—Le repito que trabajo para él —protestó, elevando la voz—. Tengo derecho a estar aquí.

—Usted viaja en clase turista, señor. No tiene derecho a estar en esta sección.

—Si le ha ocurrido algo al señor Gray, exijo...

Fane se acercó deprisa. El joven era alto, bienhablado y, por lo que observó Fane, su aspecto atractivo se beneficiaba de un bronceado obtenido mediante lámparas y no tomando el sol. Vestía de manera impecable y lucía un sello de oro en los dedos finos y afilados. Fane acostumbraba a fijarse en las manos, que, en su opinión, podían revelar mucho acerca de una persona, del mismo modo que las uñas; la esmerada manicura indicaba a todas luces que ese joven prestaba una especial atención a su cuidado.

—¿Es este el secretario del señor Gray? —le preguntó a Sally.

La azafata negó con la cabeza.

—No, doctor. Es un pasajero de clase turista. Afirma que trabaja para el señor Gray.

—¿Y su nombre es...? —inquirió Fane con prontitud, posando unos ojos perspicaces en las atractivas facciones del joven.

—Oscar Elgee. Soy el criado del señor Gray. —El joven hablaba con una voz modulada que traicionaba a las claras su formación en un colegio privado—. Pregúntele a Frank Tilley, que viaja en primera y es el secretario personal del señor Gray. Le confirmará quién soy.

Fane brindó una sonrisa alentadora a Sally Beech.

—¿Podría hacerme ese favor, señorita Beech, y también decirle al

señor Tilley que me gustaría encontrarme con él aquí cuando considere oportuno? —La azafata se alejó deprisa y Fane se centró en el nuevo visitante—. Bien, señor Elgee, ¿cómo se ha enterado de que ha habido un... un accidente?

—Oí a una de las azafatas mencionárselo a otra en clase turista —dijo Elgee—. Si el señor Gray ha resultado herido...

—El señor Gray ha muerto.

Oscar Elgee se quedó mirándolo por un instante.

—¿Ha sufrido un infarto?

—No exactamente. Ya que está aquí, quizá pueda identificar el cadáver de su difunto empleador. Necesitamos una identificación para el informe del doctor Ross.

Se echó a un lado y dejó que el joven se encaminase hacia donde habían dispuesto el cadáver para el examen de Ross. El médico se movió para permitir que el joven le viera la cara. Elgee se detuvo junto al cuerpo y bajó la mirada un instante.

—*Terra es, terram ibis* —musitó, y la angustia le descompuso el rostro—. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Por qué tiene sangre en la cara? ¿Qué clase de accidente ha ocurrido?

—Eso es precisamente lo que tratamos de averiguar —le dijo Ross —. ¿Reconoce formalmente a este hombre como Henry Kinloch Gray?

El joven asintió brevemente con la cabeza y se apartó. Fane lo retuvo al otro lado de las cortinas que aislaban la zona.

—¿Durante cuánto tiempo llevaba trabajando para él, señor Elgee?

—Dos años.

—¿Qué tareas desempeñaba en concreto?

—Era su criado. Hacía de todo: chófer, mayordomo, cocinero,

valet, manitas. Era su factótum.

—¿Y le acompañaba en sus viajes al extranjero?

—Por supuesto.

—Pero veo que era un purista en cuanto al orden social, ¿eh? —comentó Fane con una sonrisa.

—No le comprendo. —Se había sonrojado.

—Usted viaja en clase turista.

—Sería inapropiado que un criado viajara en primera clase.

—Perfecto. Sin embargo, a juzgar por cómo ha reaccionado, ¿le tenía cariño a su empleador?

El joven irguió la barbilla con aire desafiante y se le colorearon las mejillas.

—El señor Gray era un empleador ejemplar. Un empresario duro, cierto. Pero era un hombre justo. Jamás tuvo una mala palabra. Era un hombre para el que daba gusto trabajar. Un gran hombre.

—Entiendo. ¿Y usted cuidaba de él? ¿Se ocupaba de sus necesidades domésticas? Si no recuerdo mal lo que contaban los periódicos, siempre se describió a Harry Gray como un soltero cotizado.

Fane percibió un cambio sutil en el semblante del joven.

—Si hubiera estado casado, no habría precisado de mis servicios, ¿verdad? Lo hacía todo por él. Hasta le reparaba el equipo de alta fidelidad o el frigorífico. No, no estaba casado.

—Perfecto. —Fane sonrió y volvió a fijarse en las manos de Elgee —. Reparar un equipo de alta fidelidad requiere cierta delicadeza, un toque de precisión. ¿No es raro que un manitas que, por lo que entiendo, se ocupa de las chapuzas del hogar arregle ese tipo de aparatos?

—Tengo como hobby el modelismo. Construyo maquetas funcionales. —Se desprendía una nota jactanciosa de su voz.

—Entiendo. Dígame, ya que está en una posición inmejorable para saberlo, ¿su empleador tenía enemigos?

El joven se estremeció.

—Los empresarios como Harry Gray siempre están rodeados de enemigos. —Alzó la vista y observó que Sally Beech hacía pasar a un hombre con gafas al interior del compartimiento—. Algunos trabajan con él y fingen ser sus confidentes —añadió con tono mordaz. Hizo una pausa, frunció el ceño; daba la impresión de que un pensamiento terrible le acudía a la mente—. ¿Está diciendo que su muerte ha sido... sospechosa?

Fane observó con aprobación que Sally no se había acercado a interrumpirlo, sino que, con un gesto, había indicado al nuevo pasajero a su cargo que se sentara.

—Eso tendremos que averiguarlo —dijo, centrándose en el joven —. Ahora, señor Elgee, ¿le importaría regresar a su asiento? Le mantendremos informado de la situación.

El joven dio media vuelta y se marchó, sin molestarse en saludar al recién llegado, quien, a su vez, bajó los ojos para evitar el contacto visual. Era evidente que criado y secretario no se guardaban ningún aprecio.

Dejó a Hector Ross con el examen, para el que se servía del kit médico de emergencias, y fue hasta donde Sally Beech esperaba sentada junto al pasajero. La azafata le dirigió una sonrisa nerviosa.

—Este es el señor Francis Tilley. Viajaba con el señor Gray.

Frank Tilley era un hombre de unos treinta y cinco años, delgado, de tez pálida y muy poco atractivo. La mandíbula mostraba una

perpetua sombra azul, que por más que se afeitara no lograba borrar. Llevaba unas gafas gruesas con montura de carey que de algún modo no terminaban de encajar con sus facciones. El cabello, fino y ralo, había empezado a retroceder. Un tic nervioso le contraía la comisura de los labios.

Fane le indicó a la azafata que permaneciera cerca de la puerta para impedir que nadie entrara en el compartimento de primera clase y se volvió hacia Tilley.

—Está muerto, ¿eh? —La voz de Tilley era casi un falsete. Soltó una risita nerviosa—. Bueno, supongo que tenía que pasar tarde o temprano, ni la flor y nata se salva.

Fane arrugó la frente ante el tono del hombre.

—¿Está diciendo que el señor Gray estaba enfermo? —preguntó.

Tilley levantó una mano y la dejó caer como si, habiendo estado a punto de plantear una cuestión importante, hubiera cambiado de opinión. Fane advirtió en el acto el tembleque de la mano, los dedos gruesos y trémulos, manchados de nicotina, y las uñas cortadas de forma desigual.

—Era propenso al asma, nada más. Consecuencia del estrés.

—Entonces ¿por qué...?

Tilley pareció un poco avergonzado.

—Una frivolidad por mi parte, supongo.

—No parece que la muerte de su colega le haya alterado demasiado.

—¿Colega? —Resopló con desprecio—. Era mi jefe. Nunca dejaba que los que trabajaban para él olvidaran quién mandaba, quién arbitraba sus destinos en la compañía. Ya fuera el portero o su vicepresidente sénior, Harry Kinloch Gray era un presidente «activo»

y su palabra era ley. Si le cogía antipatía a alguien, lo echaba a la calle sin importar cuánto tiempo llevara en la empresa. Era el arquetipo de empresario victoriano, hecho a sí mismo. Autocrático, mezquino y rencoroso. No debería tener cabida en el mundo empresarial moderno.

Fane se recostó y percibió la amargura en la voz del hombre.

—Entonces ¿era la clase de hombre que tenía enemigos?

La pregunta le hizo gracia a Tilley, quien, de hecho, sonrió.

—Era la clase de hombre que no tenía amigos.

—¿Durante cuánto tiempo llevaba trabajando para él?

—Me incorporé hace diez años a la compañía y he pasado los últimos cinco como su secretario personal.

—Mucho tiempo aguantando a alguien que le cae mal, ¿no? Ha debido de hacer bien su trabajo para que no le echara a la calle si, como asegura, ese era su método habitual de tratar a los empleados.

Tilley se removió inquieto ante el sarcasmo de Fane.

—¿Qué tiene eso que ver con la muerte del señor Gray? —objetó de repente.

—Solo busco un poco de contexto.

—¿Qué ha ocurrido? —prosiguió Tilley—. Supongo que le habrá dado un infarto.

—¿Acaso padecía del corazón?

—No hasta donde yo sé. Tenía sobrepeso y comía como un cerdo. Con todo el estrés que soportaba, no me extrañaría que esa haya sido la causa.

—¿Este viaje resultó particularmente estresante?

—No más de lo normal. Íbamos de camino a una reunión con los

ejecutivos de las filiales norteamericanas.

—Y, hasta donde fue capaz de percibir, ¿el señor Gray se comportó de la manera habitual?

Tilley soltó una risita. Era un sonido desagradable.

—Como el matón de siempre, agresivo y arrogante. Iba a despedir a media docena de personas y quería celebrar una especie de ritual público para abochornarlos. Estaba disfrutando de ello. Y luego... —Tilley titubeó y una expresión pensativa le llenó los ojos—. Estaba revisando varios documentos del maletín. Uno pareció fascinarlo y, al cabo de unos momentos, empezó a sufrir uno de sus ataques...

—¿Ataques? Creí que había dicho que no tenía problemas de salud.

—Lo que he dicho en realidad es que era propenso al asma. Le daban ataques por la ansiedad.

—Cierto. Entonces ¿empezó a sufrir un ataque de asma? ¿Tomó algo?

—Llevaba siempre encima uno de esos inhaladores. Era vanidoso y se pensaba que no lo sabía nadie. Al gran presidente no le gustaba confesar una debilidad física. Conque, cuando le daban los ataques, desaparecería para utilizar el inhalador. Era muy obvio. Es irónico que tuviera una cita favorita del Eclesiastés: «*Vanitas vanitatum, omnis vanitas*».

—Entonces ¿afirma que se encerró en el baño para tomar una dosis del inhalador?

—Exacto. Después de que hubiera pasado un tiempo considerable, empecé a preocuparme.

—¿Preocuparse? —Fane esbozó una fría sonrisa—. Por lo que me

está contando, el bienestar de su jefe no era precisamente una prioridad para usted.

Los labios de Tilley se diluyeron en una mueca de desdén.

—Los sentimientos personales se quedan al margen. No soy como Elgee, que se entrega en cuerpo y alma. Me pagaban por desempeñar una labor y la realizaba con integridad y profesionalidad. No tenía por qué caerme bien Harry Gray. No me importaba lo que hiciera o dejara de hacer fuera del trabajo por el que me pagaba. No me importaba con quién se acostaba ni quiénes eran sus enemigos mortales.

—Muy bien. Entonces ¿fue al baño y ya no volvió?

—Como he dicho, al cabo de un rato llamé a la azafata y ella se ocupó de comprobar si todo iba bien. Esa era ni más ni menos la preocupación a la que me obligaba mi puesto de secretario.

—Espere aquí un momento, señor Tilley.

Fane se acercó a donde se apostaba Sally Beech, aún pálida y un tanto nerviosa, y dijo en un susurro:

—¿Le importaría ir al asiento del señor Gray y buscar su maletín? Me gustaría que me lo trajera.

La azafata regresó al poco tiempo con él; era pequeño, de cuero marrón, y Fane se lo enseñó a Frank Tilley.

—¿Lo identifica como perteneciente al señor Gray?

El hombre asintió a regañadientes.

—No puede hacer eso —protestó mientras Fane abría los cierres.

—¿Por qué no?

—Es material confidencial. Propiedad de la compañía.

—Creo que la investigación de un posible homicidio invalidará esa objeción.

Frank Tilley puso cara de sorpresa.

—¿Homicidio...? Pero eso significa... asesinato. Nadie ha dicho nada sobre un asesinato.

Fane, atareado en revisar los documentos, no respondió. Extrajo un papel y se lo mostró a Tilley.

—¿Era este el que miraba justo antes de empezar a tener dificultades para respirar?

—No lo sé. A lo mejor. Era un trozo de papel parecido, es lo único que sé.

Era una hoja arrancada de un listado impreso por ordenador. Contenía dos frases cortas:

> Morirás antes de que el avión aterrice. *Memento, «homo»*, *quia pulvis es et in pulverem revertis*.

Fane se recostó con una sonrisa distraída. Le tendió el papel al secretario.

—Usted es latinista, señor Tilley. ¿Cómo traduciría esta frase de aquí?

Tilley arrugó la frente.

—¿Qué le lleva a pensar que soy latinista?

—Hace un momento recitó una frase en latín. Supuse que conocía su significado.

—Mi latín es casi inexistente. Al señor Gray le apasionaban las muletillas y los dichos en latín, de modo que yo trataba de mantenerme al corriente memorizando algunos de los que usaba con frecuencia.

—Entiendo. ¿No sabe entonces qué significa esto?

Tilley estudió la nota impresa y negó con la cabeza.

—*Memento* significa «recordar», ¿no?

—¿Alguna vez ha escuchado la expresión «*memento mori*»? Sería una versión más popular de lo que reza aquí.

Tilley negó con la cabeza.

—«Recuerda algo», supongo.

—¿Por qué cree que la palabra «hombre», *homo* en latín, aparece entre comillas?

—No tengo ni idea. No sé latín.

—Lo que significa, más o menos, es: «Recuerda, hombre, que polvo eres y al polvo volverás». Está claro que lo han escrito usando un ordenador, un procesador de textos. ¿Reconoce el tipo?

Tilley volvió a negar con la cabeza.

—Podría ser cualquiera de los cientos de estándares de la compañía. Espero que no esté insinuando que le envié una amenaza de muerte al señor Gray.

—¿Cómo habrá llegado hasta su maletín? —preguntó Fane, ignorando el comentario.

—Supongo que alguien lo metería ahí.

—¿Quién tendría acceso a él?

—No me estará acusando, ¿verdad? Yo le odiaba. Pero no tanto como para cavar mi propia tumba. Era un cabrón, sí, pero también era la gallina de los huevos de oro. No tenía sentido deshacerse de él.

—Cierto —murmuró Fane, pensativo. Posó los ojos sobre un bloc de notas en el maletín y hojeó las páginas mientras Frank Tilley miraba incómodo. Fane encontró una lista de iniciales en cuyo cabecera se leía DESPIDO INMEDIATO y la fecha de ese mismo día.

—¿Son estas las personas a las que iba a echar? —observó el

criminólogo.

—Ya le he contado que iba a disfrutar de una purga pública de ejecutivos; me mencionó algunos nombres.

—La lista contiene solo iniciales y en primer lugar está O. T. E. —Miró a Tilley con una ceja arqueada—. ¿Oscar Elgee?

—Para nada —respondió Tilley con una sonrisa de condescendencia—. Se refiere a Otis T. Elliott, el director general de nuestra filial de base de datos en Estados Unidos.

—Entiendo. A ver si podemos identificar a los demás.

Repasó las otras iniciales, a las que Tilley fue añadiendo nombres. Los cuatro siguientes también eran ejecutivos de las empresas de Gray. Las últimas iniciales aparecían como Ft.

—F. T. está subrayado tres veces, con las palabras «no compensa» escritas encima. ¿Quién es F. T.?

—Sabe usted bien que F. T. son las iniciales de mi nombre —observó Tilley en un susurro. Su semblante se había puesto blanco y de repente muy serio—. Le juro que nunca dejó entrever nada acerca de despedirme cuando hablamos de las personas incluidas en la lista. Nunca lo mencionó.

—Bueno, ¿había alguien más en la compañía a quien puedan corresponder las iniciales F. T.?

Tilley arrugó la frente, tratando de recordar, pero finalmente negó con la cabeza y se encogió de hombros, resignado.

—No. Solo podría ser yo. ¡El muy cabrón! Nunca me contó lo que planeaba. Una pequeña y agradable humillación pública, supongo.

Hector Ross salió de la sección aislada y le hizo señas a Fane para que se reuniera con él.

—Creo que sé cómo pasó —anunció con satisfacción.

Fane sonrió a su amigo.

—Yo también. Corrígeme si me equivoco. Gray fue al baño a usar el inhalador para aliviar un ataque de asma. Se lo colocó en la boca, presionó el pulsador con normalidad y... —Concluyó con un encogimiento de hombros.

Ross puso cara de asombro.

—¿Cómo...? —Dirigió la mirada a la espalda de Fane, hacia donde Frank Tilley permanecía sentado, removiéndose nervioso—. ¿Ha confesado que lo manipuló?

Fane negó con la cabeza.

—No. Pero ¿he acertado?

—Es una buena hipótesis, aunque hace falta un laboratorio para confirmarla. He hallado pequeñas partículas de aluminio en la boca y algo de plástico. No cabe duda de que algo estalló con fuerza y envió un proyectil de acero al cielo de la boca a tal velocidad que penetró en el cerebro. La muerte fue instantánea, como conjeturaste al principio. El mecanismo que disparó el proyectil se desintegró; de ahí que solo hubiera pequeños fragmentos incrustados en la boca y las mejillas. Aparecieron algunos más al inspeccionar el cubículo. Diabólico.

—Esto lo dispuso alguien que sabía que el amigo Gray tenía un punto débil y se apoyó en él. A Gray no le gustaba usar el inhalador en público, por lo que buscaría un rincón tranquilo. El plan funcionó bien y casi se perpetró un crimen imposible, casi irresoluble. Al principio, daba la impresión de que la víctima había recibido un disparo en la boca en el interior de un baño cerrado.

Hector Ross sonrió con indulgencia a su colega.

—¿Insinúas que ya lo has resuelto?

—Oh, sí. ¿Recuerdas la canción que solíamos cantar en el colegio?

¡La vida es real! ¡La vida es algo serio!
La meta no es el cementerio;
polvo eres y al polvo volverás,
del alma no se decía nada, como verás.

Hector Ross asintió.

—Han pasado muchos años desde la última vez que canté eso, muchacho. ¿No era de Longfellow?

—En efecto, sí. —Fane sonrió de oreja a oreja—. Está basado en unos versículos del Génesis; «*terra es, terram ibis*», «polvo eres, al polvo volverás». Vaya a buscar al comandante Evans, por favor. —La petición iba dirigida al sobrecargo, Jeff Ryder, que había estado aguardando al servicio de Ross. Cuando se hubo marchado, Fane volvió a mirar a su amigo—. Hay algo que decir sobre los latinismos.

—No te sigo, muchacho.

—Nuestro asesino era demasiado aficionado a las bromas en latín que compartía con su jefe.

—¿Te refieres al secretario? —Miró a Frank Tilley.

—Tilley afirma que ni siquiera sabe traducir «*memento mori*».

—¿Recuerda la muerte?

Fane lanzó a su amigo una mirada de desaprobación.

—En realidad significa «recuerda que vas a morir» y un *memento mori* por lo general se asocia a una calavera humana o algún otro objeto que nos recuerde nuestra mortalidad.

El comandante Evans llegó y paseó una mirada expectante entre Fane y Ross.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad?

—Para ahorrarle una escena desagradable en el avión, comandante, le sugiero que avise por radio para que la policía nos esté esperando en el aeropuerto y arreste a uno de los pasajeros bajo el cargo de asesinato. No es necesario dar ningún paso más hasta que aterricemos. El hombre no irá muy lejos.

—¿Qué hombre? —inquirió Evans con expresión seria.

—Figura en la lista como Oscar Elgee, clase turista.

—¿Cómo pudo...?

—Sencillo. Elgee no solo era el criado de Gray; creo que, gracias a los numerosos indicios que me brindó el señor Tilley, descubrirán que también era su amante. Elgee parece confirmarlo por una nota, un vaticinio de su muerte, que contenía una frase en latín en la que enfatizaba la palabra «homo». Significa «hombre», pero en mi generación a veces también se usaba en argot para referirse a los homosexuales.

—¿Cómo supiste que Elgee era capaz de entender los juegos de palabras en latín? —preguntó Ross.

—En el momento en que vio el cadáver de Gray, el joven Elgee murmuró las mismas palabras. *Terra es, terram ibis*: «polvo eres, al polvo volverás».

—¿Una riña entre amantes? —preguntó Ross—. ¿El amor tornado en odio... y todo eso, como sucintamente lo expresó Billy Shakespeare?

Fane asintió.

—Gray iba a darle la patada a Elgee, en sentido tanto laboral como sentimental, por lo que el joven decidió poner fin a la carrera de su amante en pleno vuelo, por así decirlo. En el maletín está

anotado que iba a despedir a Elgee de inmediato y sin compensación.

Tilley, que había permanecido sentado sin mediar palabra, negó con la cabeza con vehemencia.

—No, él no aparecía en la lista —interrumpió—. La revisamos. Como le dije, las iniciales O. T. E. corresponden a Otis Elliott. Yo mismo envié por fax la notificación de despido antes de embarcar.

Fane esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Se olvida de F. T.

—Pero ese es mi...

—Usted no comparte la pasión de su jefe por los latiguillos en latín, ¿verdad? Las letras F. T. me confundieron. Debería haber supuesto que una persona con la reputación de Gray no habría escrito unas iniciales con una F mayúscula seguida de una t minúscula si quería escribirlas en mayúscula. No lo entendí. Las letras no corresponden a sus iniciales, señor Tilley. Eran una abreviatura. En concreto, *fac*, de *facere*, «hacer», y *tatum*, «todas las cosas». Factótum. ¿Y quién era el factótum de Gray?

Se hizo el silencio.

—Creo que descubriremos que el asesinato se planeó durante al menos una o dos semanas. Una vez que empecé a comprender cuál era el mecanismo que mató a Gray, lo único que me faltaba era buscar a la persona capaz de idear el dispositivo y que tuviera el motivo y la oportunidad. Extienda las manos, señor Tilley.

El secretario obedeció de mala gana.

—Siendo serios, uno no puede imaginarse esas manos construyendo un mecanismo delicado, ¿verdad? —dijo Fane—. No, Elgee, el modelista y manitas, manipuló uno de los inhaladores de

Gray para que, cuando se presionara el pulsador, explotara con un impacto en la boca y disparara una aguja al cerebro. Simple, pero eficaz. Sabía que a Gray no le gustaba que lo vieran usando el inhalador en público. El resto lo dejó al azar y tuvo una buena oportunidad. Casi resultó ser el crimen imposible definitivo. Podría haber funcionado, de no ser por la afición de nuestra víctima y su asesino a los latinismos.

EL EXPERTO EN TURBULENCIAS

Stephen King

Stephen King —ese soy yo— ha escrito al menos dos historias sobre terrores aéreos. Una se titula «Los langoliers» y se adaptó en una miniserie de televisión. La otra, «El piloto nocturno», que trata sobre un vampiro que vuela en una avioneta privada en vez de transformarse en murciélago, se convirtió en película. El siguiente relato es totalmente nuevo.

1

Craig Dixon se encontraba sentado en la salita de una suite júnior del Four Seasons, comiendo manduca cara que había pedido al servicio de habitaciones y viendo una película en pago por visión, cuando sonó el teléfono. El corazón, que hasta entonces le latía tranquilo, perdió su magia y se aceleró. Dixon era un hombre soltero, sin ataduras, la definición perfecta de un culo inquieto, y solo una persona sabía que estaba allí, en ese hotel de campanillas frente al Boston Common. Consideró la posibilidad de no contestar, pero el hombre, a quien en su mente denominaba «el facilitador», volvería a llamar y seguiría haciéndolo hasta que recibiera respuesta. Si se negaba a contestar, habría consecuencias.

«Esto no es el infierno —pensó—. El alojamiento es demasiado

lujoso, pero sí que es el purgatorio. Y sin perspectivas de jubilarse en mucho tiempo.»

Silenció el televisor y descolgó el teléfono. No saludó.

—Esto no es justo —respondió directamente—. He llegado de Seattle hace dos días y aún sigo en modo de recuperación.

—Lo entiendo y lo *ziento* mucho, pero ha *zurgido* esto y eres el único disponible.

El facilitador tenía la voz relajante y adormecedora de un locutor de radio, estropeada solo por un ceceo leve y esporádico. Dixon nunca lo había visto, pero se lo imaginaba alto y delgado, con los ojos azules y un rostro terso y sin edad. En la realidad probablemente fuera gordo, calvo y moreno, pero Dixon tenía la convicción de que su imagen mental nunca cambiaría porque esperaba no ver nunca al facilitador. Había conocido a varios expertos en turbulencias durante sus años en la compañía —si es que se trataba de una compañía— y ninguno de ellos había visto jamás al hombre. Lo cierto era que ninguno de los expertos que trabajaban para él tenía el rostro sin arrugas; hasta aquellos de veintitantos y treinta y pocos parecían de mediana edad. No se debía al trabajo en sí, que no exigía gran esfuerzo físico, aunque a veces tocara trasnochar. Se debía a lo que los capacitaba para desempeñarlo.

—Cuéntame —dijo Dixon.

—Vuelo 19 de Allied Airlines. Boston a Sarasota, sin escalas. Sale esta noche, a las ocho y diez. Te da tiempo a cogerlo.

—Pero ¿es que no hay nadie más? —Dixon se dio cuenta de que casi gimoteaba—. Estoy cansado, tío. Cansado. El trayecto desde Seattle fue jodido.

—El asiento habitual —dijo el facilitador, pronunciando la segunda palabra como «*aziento*». Luego colgó.

Dixon miró el pez espada, que había dejado de apetecerle. Miró hacia la película de Kate Winslet que nunca terminaría de ver, al menos en Boston. Pensó —¡y no por primera vez!— en hacer las maletas, alquilar un coche y dirigirse al norte, primero a New Hampshire, luego a Maine, por último a Canadá. Pero cruzar la frontera no impediría que lo atraparan. Eso lo sabía. Se rumoreaba que los expertos que huían eran electrocutados, eviscerados o incluso hervidos vivos. Dixon no se creía los rumores..., aunque un poco sí.

Empezó a recoger sus cosas. No tenía muchas.

Los expertos en turbulencias viajaban ligeros de equipaje.

2

El billete le esperaba en el mostrador. Como siempre, le habían asignado una plaza en turista, a popa del ala de estribor, en el asiento de en medio. Cómo era posible que ese en particular estuviera siempre disponible constituía otro misterio, al igual que quién era el facilitador, desde dónde llamaba o para qué tipo de organización trabajaba. Al igual que el billete, el asiento siempre estaba esperándole.

Dixon colocó su bolsa en el compartimento superior de equipaje y miró a sus compañeros de viaje de esa noche: en el pasillo, un hombre de negocios con los ojos enrojecidos y el aliento con olor a ginebra; en la ventanilla, una mujer de mediana edad con aspecto

de bibliotecaria. El hombre de negocios rezongó algo ininteligible cuando Dixon pasó por delante de él, de lado y murmurando una disculpa. El tipo estaba leyendo un libro de bolsillo con el encantador título de ¡*No dejes que el jefe te pu*ee*! La mujer con pinta de anciana bibliotecaria observaba por la ventanilla los diversos equipos y aparatos que se movían pesadamente de acá para allá, como si fuera lo más fascinante que hubiera visto nunca. Tenía una labor de punto en el regazo. A Dixon le pareció un jersey.

La mujer se giró, le brindó una sonrisa y extendió la mano.

—Hola, soy Mary Worth. Como la chica de la tira cómica.

Dixon no conocía a ninguna chica de tira cómica llamada Mary Worth, pero le estrechó la mano.

—Craig Dixon. Encantado de conocerla.

El hombre de negocios gruñó y pasó una página de su libro.

—Este viaje me hace mucha ilusión —dijo Mary Worth—. No he tenido unas vacaciones de verdad desde hace doce años. Voy a compartir un apartamento en Siesta Key con unas amigotas.

—Amigotas —rezongó el hombre de negocios. El gruñido parecía ser su tono por defecto.

—¡Sí! —Le brillaban los ojos—. Lo hemos alquilado por tres semanas. Nunca nos hemos visto, pero somos todas viudas. Nos conocimos por internet, en un chat. El internet es maravilloso. En mi juventud no había nada parecido.

—Los pedófilos también creen que es maravilloso —dijo el hombre de negocios, y pasó otra página.

La sonrisa de la señora Worth flaqueó unos instantes, pero enseguida se fortaleció.

—Encantada de conocerle, señor Dixon. ¿Viaja por negocios o por

placer?

—Negocios —dijo él.

Sonó un ding dong por los altavoces.

—Buenas noches, damas y caballeros, les habla el comandante Stuart. Verán que ya dejamos atrás el área de estacionamiento y entramos en la calle de rodaje hacia la pista 3, donde somos los terceros en la cola para el despegue. La duración estimada del vuelo al SRQ es de dos horas y cuarenta minutos, por lo que poco antes de las once se encontrarán disfrutando de la tierra de las palmeras y las playas de blancas arenas. Tenemos cielos despejados y prevemos una travesía tranquila. Ahora, por favor, les ruego que se abrochen el cinturón, recojan sus bandejas si las han bajado...

—Como si tuviéramos algo que poner en ellas —rezongó el hombre de negocios.

—... y coloquen en lugar seguro sus objetos personales. Gracias por volar con Allied esta noche. Sabemos que disponen de muchas otras opciones.

—Mis cojones —rezongó el hombre de negocios.

—Usted lea su libro —le espetó Dixon. El hombre le lanzó una mirada sorprendida.

El corazón de Dixon latía ya con fuerza y la ansiedad le constreñía el estómago y le secaba la garganta. Se decía a sí mismo que todo saldría bien, que siempre salía bien, pero no le servía de ayuda. Temía las profundidades que pronto se abrirían debajo de él.

El vuelo 19 de Allied despegó a las 20.13, con solo tres minutos de retraso sobre el horario previsto.

3

En algún lugar sobre Maryland, una auxiliar de vuelo empujaba un carrito de bebidas y aperitivos por el pasillo. El hombre de negocios dejó a un lado el libro y se puso a esperar con impaciencia a que se acercara. Cuando llegó hasta él, pidió una lata de tónica Schweppes, dos botellitas de ginebra y una bolsa de Fritos. La azafata deslizó la MasterCard por el datáfono y, como fue rechazada, el hombre le dio su American Express, fulminándola con la mirada, como si ella tuviera la culpa del fallo de la primera tarjeta. Dixon se preguntó si no habría superado el límite de crédito y si don Hombre de Negocios reservaría la Amex para esas situaciones de «romper el cristal en caso de emergencia». Quizá. Su corte de pelo era malo y el hombre parecía crispado, deshilachado. En cualquier caso, a Dixon no le importaba, pero le daba algo en lo que distraerse y que le permitiera olvidar el terror constante y sordo. La anticipación. Volaban a diez mil metros y esa era una larga caída.

Mary Worth pidió un poco de vino y lo echó con cuidado en el vasito de plástico.

—¿No toma nada, señor Dixon?

—No. No como ni bebo en aviones.

Don Hombre de Negocios gruñó. Ya se había terminado el primer gin-tonic y comenzaba el segundo.

—Le da vértigo volar, ¿no? —preguntó compasiva Mary Worth.

—Sí. —No había razón para no admitirlo—. Me pongo muy tenso.

—No tiene por qué —dijo don Hombre de Negocios. Revitalizado por la bebida, pronunciaba palabras reales en vez de proferir gruñidos—. Es el medio de transporte más seguro jamás inventado.

No ha habido accidentes de aviones comerciales desde el año de la polka. Al menos en este país.

—A mí no me importa —dijo Mary Worth. Había vaciado la mitad de su botellita y ahora florecían rosas en sus mejillas. Le centelleaban los ojos—. No he montado en avión desde que murió mi marido hace cinco años, pero antes los dos solíamos volar juntos tres o cuatro veces al año. Aquí arriba me siento cerca de Dios.

Como si le hubieran dado el pie, un bebé empezó a llorar.

—Si el cielo es un lugar tan abarrotado de gente y ruidoso —observó don Hombre de Negocios, recorriendo con la mirada la cabina de clase turista del 737—, no quiero ir.

—Dicen que es cincuenta veces más seguro que viajar en automóvil —apuntó Mary Worth—. Quizá incluso más. Puede que cien.

—Pruebe mejor con quinientas. —Don Hombre de Negocios se inclinó sobre Dixon y le tendió la mano a Mary Worth. La ginebra había obrado su milagro temporal y había convertido su actitud hosca en afabilidad—. Frank Freeman.

La mujer se la estrechó con una sonrisa. Craig Dixon permaneció sentado en medio, erguido y miserable, pero cuando Freeman le ofreció la mano, no la rechazó.

—Vaya —dijo Freeman y, para su sorpresa, se echó a reír—. Sí que está asustado. Pero ya sabe lo que dicen: manos frías, corazón caliente. —Se atizó el resto de su copa.

Las tarjetas de crédito de Dixon siempre funcionaban. Se alojaba en hoteles de primera y comía manjares de primera. A veces pasaba la noche con mujeres guapas, pagando un extra para satisfacer caprichos que no eran, al menos a juzgar por ciertos sitios de

internet que seguramente Mary Worth no visitaba, demasiado extravagantes. Contaba con amigos entre los demás expertos en turbulencia. Formaban una cuadrilla hermanada, unida no solo por su ocupación, sino también por sus temores. El salario era mucho más que bueno, gozaba de todos los incentivos y beneficios sociales..., pero, en momentos como ese, nada parecía importar. En momentos como ese solo existía el miedo.

Saldría bien. Siempre salía bien.

Pero, en momentos como ese, mientras esperaba a que se desatara la tormenta, ese pensamiento carecía de poder. Que era, naturalmente, la razón por la que era tan bueno en su trabajo.

Diez mil metros. Una larga caída.

4

TAC, turbulencias de aire claro.

Dixon conocía bien el fenómeno, aunque nunca se encontraba preparado para él. El vuelo 19 de Allied surcaba el cielo sobre Carolina del Sur cuando ocurrió. Una mujer se dirigía hacia el lavabo de cola. Un hombre joven en vaqueros y con una barba desaliñada a la moda hablaba con una mujer en un asiento de pasillo a babor, encorvado; los dos se reían de algo. Mary Worth dormitaba con la cabeza apoyada en la ventana. Frank Freeman iba por la mitad de su tercera copa y la segunda bolsa de Fritos.

La aeronave escoró a babor de repente y pegó un gigantesco salto hacia arriba, acompañado de crujidos y golpes secos. La mujer de camino al trono fue arrojada a los asientos de la última fila. El

hombre de la barba desaliñada salió despedido hacia el mamparo superior, aunque levantó una mano a tiempo para amortiguar el golpe. Varias personas que se habían desabrochado el cinturón se elevaron por encima de los respaldos como si levitaran. Se oyeron gritos.

El avión se desplomó como una piedra en un pozo y luego, retumbando, volvió a subir, esta vez inclinado en sentido contrario. A Freeman lo había sorprendido cuando alzaba el vaso y ahora llevaba su contenido puesto encima.

—¡Joder! —exclamó.

Dixon cerró los ojos y aguardó la muerte. Sabía que no moriría si hacía su trabajo, pues para eso estaba allí, pero siempre era lo mismo. Siempre aguardaba la muerte.

Sonó el ding dong.

—Les habla el comandante. —La voz de Stuart era, en las palabras que había popularizado un comentarista deportivo, tan fresca como el otro lado de la almohada—. Parece que hemos topado con unas turbulencias inesperadas, amigos. He...

El avión volvió a elevarse de forma espantosa, sesenta toneladas de metal lanzadas hacia arriba como un trozo de papel chamuscado en una chimenea, y luego descendió con otro de aquellos crujidos y ruidos sordos. Hubo más gritos. La señora del baño, que se había puesto de pie, se tambaleó, agitó los brazos como aspas de molino y cayó de espaldas en los asientos de estribor. Don Barbudo estaba acuclillado en el pasillo, aferrado a los reposabrazos de ambos lados. Dos o tres compartimientos superiores se abrieron de golpe y vomitaron el equipaje.

—¡Joder! —volvió a exclamar Freeman.

—He encendido la señal de cinturones —prosiguió el piloto—. Lo siento, amigos, todo volverá a la calma...

El avión empezó a subir y bajar en una sucesión de sacudidas espasmódicas, como un guijarro rebotando sobre la superficie de un estanque.

—... en unos momentos, así que aguanten ahí.

Una vez más, el avión descendió y luego volvió a ser impulsado hacia arriba, como de una patada. El equipaje de mano en el pasillo se elevó en el aire y cayó al suelo rodando. Entretanto Dixon apretaba los ojos. El corazón le palpitaba tan deprisa que sus latidos individuales parecieron solaparse. La adrenalina le llenó la boca de un regusto agrio. Notó que una mano le cubría la suya y despegó los párpados. Mary Worth lo miraba, un rostro con una palidez de pergamino, clavándole unos ojos enormes.

—¿Vamos a morir, señor Dixon?

«Sí —pensó—. Esta vez sí que vamos a morir.»

—No —dijo él—. No nos va a pasar...

Entonces el avión pareció estrellarse contra una pared de ladrillos y se vieron arrojados hacia delante, frenados por los cinturones, y luego se ladeó a babor: treinta grados, cuarenta, cincuenta. Cuando Dixon ya estaba seguro de que quedarían invertidos, se niveló. Oía a la gente chillar. El bebé lloraba. Un hombre gritaba:

—No pasa nada, Julie, esto es normal, ¡no pasa nada!

Dixon volvió a cerrar los ojos y dejó que el terror se apoderara de él. Era horrible; era la única manera.

Los vio balanceándose, esta vez sin fin hasta dar una vuelta completa. Vio que el enorme jet abandonaba su sitio en el misterio termodinámico que antes lo había sustentado en el aire. Vio que el

morro se levantaba vertiginosamente, que perdía velocidad y luego se inclinaba hacia abajo como el vagón de una montaña rusa que iniciaba su primer picado. Vio el avión zambulléndose en el vacío, la caída definitiva; a los pasajeros que llevaban el cinturón desabrochado ahora aplastados contra el techo; las máscaras amarillas de oxígeno ejecutando una tarantela frenética en el aire. Vio al bebé volando hacia adelante y desapareciendo en clase preferente, aún llorando. Vio el impacto del avión, el morro y el compartimento de primera clase convertidos en un buqué de acero arrugado que florecía hacia la cabina de turista, retoños de alambre y plástico y miembros mutilados, mientras estallaba el fuego y Dixon inspiraba una última bocanada de aire que le incendiaba los pulmones como si fueran bolsas de papel.

Todo en apenas unos segundos —tal vez treinta, no más de cuarenta— y tan vívido que podría haber ocurrido en la realidad. Entonces, tras un último brinco bufonesco, el avión se estabilizó y Dixon abrió los ojos. Mary Worth lo miraba con los ojos anegados de lágrimas.

—Creí que íbamos a morir —dijo la mujer—. No, no lo creía. Lo sabía. Sabía que íbamos a morir. Porque lo vi.

«Yo también», pensó Dixon.

—¡Tonterías! —Aunque sonaba cordial, Freeman tenía mala cara —. Estos aviones, por la forma en que los construyen, podrían volar en un huracán. Los...

Un eructo líquido interrumpió su disquisición. Freeman extrajo una bolsa para mareos del bolsillo de delante del asiento, la abrió y se la colocó sobre la boca. Siguió un ruido que a Dixon le recordó a un

molinillo de café, pequeño pero eficiente. Hubo una pausa y luego volvió a oírse.

Sonó el ding dong.

—Lo siento, amigos —dijo el comandante Stuart. Aún parecía tan fresca como el otro lado de la almohada—. Ocurre de vez en cuando, un fenómeno meteorológico que llamamos «turbulencias de aire claro». La buena noticia es que ya he informado sobre él y otras aeronaves serán desviadas de su rumbo para esquivar ese punto problemático. Pero la mejor noticia es que aterrizaremos dentro de cuarenta minutos y les garantizo que disfrutaremos de una travesía tranquila durante el resto del vuelo.

Mary Worth soltó una risa temblorosa.

—Es lo mismo que dijo antes.

Frank Freeman estaba doblando la parte superior de la bolsa para mareos con la pericia de un hombre experimentado.

—No ha sido por el miedo, no se hagan esa idea. Sufro de cinetosis. Ni siquiera puedo viajar en el asiento trasero de un coche sin sentir náuseas.

—Volveré a Boston en tren —dijo Mary Worth—. Ya he tenido suficiente, muchas gracias.

Dixon observó que los auxiliares de vuelo se aseguraban primero de que los pasajeros con el cinturón desabrochado estuvieran bien y luego recogían el equipaje desparramado y despejaban el pasillo. La cabina se inundó de cháchara y risas nerviosas. Dixon observaba y escuchaba mientras los latidos de su corazón retornaban a la normalidad. Estaba cansado. Salvar un avión lleno de pasajeros siempre lo dejaba agotado.

El resto del vuelo fue rutinario, tal como había prometido el

comandante.

5

Mary Worth se apresuró a buscar su equipaje, que llegaría por el carrusel 2 de la planta baja. Dixon, que viajaba con solo una bolsa de mano, se detuvo a tomar una copa en el Dewar's Clubhouse. Invitó a don Hombre de Negocios a acompañarle, pero Freeman negó con la cabeza.

—Vomité la resaca de mañana en algún lugar sobre la frontera entre Carolina del Sur y Georgia y creo que me retiraré mientras voy ganando. Buena suerte con sus negocios en Sarasota, señor Dixon.

Dixon, que se había ocupado de sus negocios en esa misma frontera entre Carolina del Sur y Georgia, asintió y le dio las gracias. Mientras se terminaba su whisky con soda, recibió un mensaje de texto. Lo enviaba el facilitador y solo constaba de dos palabras: «Buen trabajo».

Bajó por las escaleras mecánicas. Había un hombre con traje oscuro y una gorra de chófer al fondo, sosteniendo un cartel con su nombre escrito en él.

—Ese soy yo —dijo Dixon—. ¿En qué hotel tengo reserva?

—En el Ritz-Carlton —respondió el conductor—. Muy elegante.

Desde luego que sí; habría una suite de lujo esperándolo, probablemente con vistas a la bahía. Habría un coche de alquiler esperándolo en el aparcamiento del hotel, por si le apetecía visitar una playa cercana o alguna de las atracciones locales. En la habitación encontraría un sobre que contendría una lista de servicios

femeninos, pero esa noche no le interesaban. Esa noche, lo único que quería era dormir.

Cuando el conductor y él salieron de la terminal, vio a Mary Worth parada en la acera, sola, con cierto aspecto de tristeza y desamparo. Tenía una maleta a cada lado (de tartán y, naturalmente, a juego). Sujetaba el teléfono en la mano.

—Señora Worth —llamó Dixon.

La mujer alzó la mirada y sonrió.

—Hola, señor Dixon. Sobrevivimos, ¿verdad?

—Pues sí. ¿Ha quedado con alguien, con alguna de sus amigotas?

—En teoría, con la señorita Yeager, o sea, Claudette, pero no le arranca el coche. Estaba a punto de pedir un Uber.

Recordó lo que la mujer había dicho cuando las turbulencias (cuarenta segundos que habían parecido cuatro horas) amainaron por fin: «Sabía que íbamos a morir. Porque lo vi».

—No hace falta. Podemos llevarla a Siesta Key. —Señaló hacia la limusina aparcada un poco más abajo y luego se dirigió al conductor —. ¿Verdad?

—Faltaría más, señor.

La mujer lo miró recelosa.

—¿Está seguro? Es tardísimo.

—Será un placer —dijo él—. En marcha.

6

—¡Oooh, qué gusto! —exclamó Mary Worth al acomodarse en el

asiento de cuero y estirar las piernas—. Sean cuales sean sus negocios, deben de irle bien, señor Dixon.

—Llámame Craig. Tú eres Mary, yo soy Craig. Tendríamos que tutearnos, porque quiero hablar contigo. —Presionó un botón.

Mary Worth observó con nerviosismo que subía el cristal de privacidad y luego miró a Dixon.

—No irás, como suele decirse, a tirarme los tejos, ¿no?

—No, no —aseguró él con una sonrisa—. Conmigo estás a salvo. Dijiste que harías el viaje de regreso en tren. ¿Hablabas en serio?

—Totalmente. ¿Recuerdas que comenté que volar me hacía sentir cerca de Dios?

—Sí.

—Pues no me sentía muy cerca de Dios mientras nos removíamos como una ensalada a diez u once kilómetros de altitud. Nada de eso. Solo me sentía cerca de la muerte.

—¿Volverías a volar alguna vez?

La mujer meditó bien la respuesta, sin dejar de observar el desfile de palmeras, concesionarios de automóviles y franquicias de comida rápida mientras circulaban por la Ruta Tamiami en dirección sur.

—Supongo que sí. Si alguien se encontrase en su lecho de muerte, por ejemplo, y tuviera que llegar rápido. Solo que no sé quién podría ser esa persona, porque no es que tenga mucha familia. Mi marido y yo no tuvimos hijos y mis padres han muerto, lo cual me deja con unos pocos primos a los que no veo nunca y casi ni escribo.

«Cada vez mejor», pensó Dixon.

—Pero tendrías miedo.

—Sí. —La mujer volvió la mirada hacia él, con los ojos bien abiertos—. De verdad creí que íbamos a morir. En el cielo, si el avión

se desarmaba. O, si no, en tierra, donde no quedaría nada de nosotros salvo pedacitos carbonizados.

—Déjame plantearte una hipótesis —dijo Dixon—. Pero no te rías, piénsalo en serio.

—Vale...

—Supón que existe una organización cuya función es mantener a los aviones a salvo.

—Existe —replicó Mary Worth, sonriendo—. Creo que se llama Administración Federal de Aviación.

—Supón que se trata de una organización que puede predecir qué aviones tropezarán con turbulencias graves e inesperadas en un vuelo concreto.

Mary Worth batió palmas con suavidad y ensanchó su sonrisa. Entregada.

—¡Sin duda contratarían a precognitivos! Son personas que...

—Personas que ven el futuro —asintió Dixon. ¿Y acaso no era eso posible? ¿Probable, incluso? ¿Cómo si no obtenía la información el facilitador?—. Pero imaginemos que su capacidad para ver el futuro se limita a este único tipo de eventos.

—¿Por qué? ¿Por qué no iban a ser capaces de predecir el ganador de unas elecciones... o resultados deportivos... o el derby de Kentucky...?

—No lo sé —respondió Dixon, pensando: «A lo mejor sí que pueden. A lo mejor pueden predecir toda clase de sucesos, esos hipotéticos precognitivos en alguna hipotética sala. A lo mejor los predicen». No le importaba—. Ahora vayamos un poco más lejos. Supongamos que el señor Freeman se equivocaba y que las turbulencias con la intensidad de las que atravesamos esta noche

son mucho más peligrosas de lo que la gente y las aerolíneas creen o están dispuestas a admitir. Supón que solo se puede sobrevivir a ese tipo de turbulencias si a bordo del avión que se las encuentra viaja un pasajero aterrado y con un cierto talento. —Hizo una pausa —. Y supón que, en el vuelo de esta noche, el pasajero aterrado y con ese talento era yo.

La mujer dejó escapar una risa alegre, un tintineo de campanillas que solo se interrumpió al percatarse de que Dixon no la acompañaba. Se puso seria.

—¿Qué pasa con los aviones que vuelan en huracanes, Craig? Creo que el señor Freeman mencionó algo sobre eso antes de que necesitara usar la bolsa para mareos. Esos aviones seguro que sobreviven a turbulencias peores que las que experimentamos esta noche.

—Pero las personas que los pilotan saben en qué se meten —replicó Dixon—. Están preparados mentalmente. Lo mismo ocurre con muchos vuelos comerciales. El piloto se pondrá en marcha incluso antes del despegue y dirá: «Amigos, lo siento, pero esta noche vamos a tener un vuelo movidito, así que permanezcan en sus asientos con el cinturón abrochado».

—Ya lo pillo —dijo ella—. Los pasajeros preparados mentalmente podrían usar... No sé, me figuro que podrías llamarlo una fuerza telepática conjunta para mantener el avión en el aire. Solo para las turbulencias inesperadas se requiere la presencia de alguien ya predispuesto. Un pasajero aterrorizado, un... mmm..., no sé cómo llamar a una persona así.

—Un experto en turbulencias —dijo Dixon en voz baja—. Puedes llamarlos así. Puedes llamarme así.

—Estás de broma.

—No. Y estoy seguro de que ahora mismo piensas que vas en un coche con un hombre que sufre delirios graves y no ves el momento de bajarte. Pero, en realidad, se trata de mi trabajo. Me pagan bien...

—¿Quién?

—No lo sé. Un hombre se pone en contacto conmigo. Los expertos en turbulencias (somos varias decenas) lo llamamos el facilitador. A veces pasan semanas entre una misión y otra. Una vez fueron dos meses. Esta última fueron solo dos días. Llegué a Boston desde Seattle, sobrevolando las Rocosas... —Se frotó la boca con el dorso de la mano, sin querer recordarlo, pero haciéndolo de todos modos —. Digamos que fue malo. Hubo varios brazos rotos.

Torcieron. Dixon miró por la ventanilla y vio un cartel que indicaba: SIESTA KEY, 3 KILÓMETROS.

—Si es cierto —dijo ella—, válgame Dios, ¿por qué lo haces?

—El salario es bueno. Brinda servicios excelentes. Me gusta viajar..., bueno, me gustaba. Al cabo de cinco o diez años, todos los sitios empiezan a parecer iguales. Pero sobre todo... —Se inclinó hacia delante y le cogió una mano entre las suyas. Dixon pensó que quizá se apartaría, pero no se movió. Lo contemplaba fascinada—. Se trata de salvar vidas. Esta noche viajaban en ese avión más de ciento cincuenta personas. Solo las aerolíneas no las llaman personas; las llaman almas, que es la forma correcta de expresarlo. Esta noche he salvado ciento cincuenta almas. Y desde que empecé a hacer este trabajo, he salvado miles. —Sacudió la cabeza—. No. Decenas de miles.

—Pero te aterra volar. Te vi esta noche, Craig. Tenías un miedo

cerval. Igual que yo. A diferencia del señor Freeman, que solo vomitó porque se mareó.

—El señor Freeman nunca podría desempeñar este trabajo —dijo Dixon—. No lo logras a menos que estés convencido de que morirás cuando empiecen las turbulencias. En cada vuelo. Estás convencido de que morirás, aunque sepas que eres el único que garantiza que no ocurra.

El conductor habló por el intercomunicador, casi en susurros.

—Cinco minutos, señor Dixon.

—He de admitir que ha sido una conversación fascinante —dijo Mary Worth—. ¿Puedo preguntarte cómo conseguiste el trabajo?

—Fui reclutado —respondió Dixon—. Como yo te estoy reclutando a ti ahora mismo.

Mary Worth sonrió, pero esta vez no hubo risas.

—Vale, jugaré. Supongamos que me reclutas. ¿Qué ganarías tú? ¿Una gratificación?

—Exacto —dijo Dixon.

Dos años de servicio perdonados, esa era la gratificación. Dos años más cerca de la jubilación. No había mentido en lo referente a sus motivos altruistas (salvar vidas, salvar almas), pero también era cierto que los viajes acababan cansando. Lo mismo podía decirse de salvar almas cuando el precio a pagar eran unos interminables momentos de terror en las alturas.

¿Debería contarle que, una vez que ingresabas, no había forma de salir? ¿Que, en esencia, era un pacto con el diablo? Debería. Pero se lo calló.

Doblaron hacia una rotonda privada en la entrada de un edificio

de apartamentos en primera línea de playa. Dos señoras —sin duda las amigotas de Mary Worth— estaban esperando allí.

—¿Me darías tu número de teléfono? —preguntó Dixon.

—¿Qué? ¿Para llamarme tú? ¿O para pasárselo a tu jefe, a tu facilitador?

—Eso —dijo Dixon—. Por agradable que haya sido nuestro encuentro, Mary, es muy probable que nunca nos volvamos a ver.

La mujer permaneció un momento inmóvil y en silencio, pensando. Las amigas casi bailaban de entusiasmo. Entonces Mary abrió el bolso, sacó una tarjeta y se la entregó a Dixon.

—Este es mi número de móvil. También puedes contactar conmigo en la Biblioteca Pública de Boston.

Dixon se echó a reír.

—Sabía que eras bibliotecaria.

—Todo el mundo lo adivina —dijo ella—. Es un trabajo un poco aburrido, pero paga las facturas, como suele decirse. —Abrió la portezuela. Al verla, las amigas chillaron como grupis en un concierto de rock.

—Hay ocupaciones más emocionantes —observó Dixon.

Ella lo miró con gesto grave.

—Hay una gran diferencia entre una emoción temporal y el terror cerval, Craig. Como creo que ambos sabemos.

No pudo rebatirle esa afirmación, pero bajó y ayudó al conductor con las maletas mientras Mary Worth abrazaba a dos de las viudas que había conocido en un chat de internet.

Mary estaba de regreso en Boston y casi había olvidado a Craig Dixon cuando, una noche, sonó el teléfono. La persona que llamaba era un hombre con un ceceo muy leve. Hablaron durante un rato.

Al día siguiente, Mary Worth viajaba en el vuelo 694 de Jetway, de Boston a Dallas sin escalas, sentada en clase turista, a popa del ala de estribor. En el asiento de en medio. Rehusó cualquier comida o bebida.

Las turbulencias los azotaron sobre Oklahoma.

CAYENDO

James Dickey

Antes de que empieces a quejarte, a negar con la cabeza y a decir «Yo no leo poesía», deberías recordar que James Dickey no solo era poeta; también escribió la novela clásica de supervivencia *Liberación* y la menos leída *Hacia el mar blanco*, que trata de un artillero de un B-29 que se ve obligado a lanzarse en paracaídas sobre territorio enemigo. Dickey se basaba en la experiencia; fue piloto de combate en la Segunda Guerra Mundial y en Corea. «Cayendo» posee el mismo pulso narrativo y el maravilloso control del lenguaje que *Liberación*. Una vez leído, resulta imposible olvidarlo. Una nota al pie interesante: en una entrevista a sí mismo, Dickey admitió que la idea central del poema (una mujer que cae desde esa altura se congelaría en el acto, dijo) era improbable, pero lo cierto es que ocurrió de verdad: en 1972, la azafata Vesna Vulovic cayó desde diez mil metros de altitud de un DC-9 que probablemente fue destruido por una bomba... y sobrevivió. El texto citado al principio del poema proviene de un artículo del *New York Times* del 29 de octubre de 1962 acerca de un suceso relacionado con un avión bimotor Convair 440 de las aerolíneas Allegheny al aproximarse al aeródromo Bradley Field, en Windsor Locks, Connecticut. Otras dos azafatas habían muerto en incidentes similares el mes anterior.

Una azafata de veintinueve años se precipitó [...] esta noche a su muerte tras ser succionada hacia una puerta de emergencia que se abrió de repente [...] El cuerpo [...] fue hallado [...] tres horas después del accidente.

The New York Times

Los estados cuando apagados y serpentinos yacen cuando a mirar se vuelven
Hacia un ente transcontinental se mueven arrancando rayos de luna
De la gran roca truncada suspendida del ala de estribor algún durmiente que escolta
Un motor gime por un café y filtrándose por algún lugar se oye leve
el vasto silbido animal del espacio. En la cocina con sus carritos
Llenos de bandejas ella rebusca una manta y camina en su esbelto uniforme
entallado a prenderla en el dintel sobre el aullido. Como si soplara

La puerta abajo con muda ráfaga que de sus pulmones escapa helada se encuentra
Con desmayo fuera del avión ido y asiéndole el cuerpo por la garganta
El imperecedero lamento del vacío cayendo viviendo empezando a ser
Algo que jamás nadie ha sido y ha sobrevivido gritando sin aire suficiente
Aún elegante con labios pintados medias faja reglamentaria el gorro
Aún puesto brazos y piernas en un mundo inexistente mas todavía separados extrañamente
Con absoluta y plácida corrección en el aire ralo robándole el tiempo mas lo retiene
En sus múltiples lugares y ahora, a miles de metros aún de su

muerte parece
Ralentizarse ella manifiesta interés vuelve su cuerpo maniobrable

Para observar. Está en las alturas suspendida en el abrumador medio de todo
Su ser en un cuerpo ceñido por un quedo silbido en el baile oscuro de la gravedad
Bajando de un salto maravilloso con la pausada, desconcertante facilidad
De un sueño en que es atraída como un rayo de luna sin fin hacia el terreno cultivado
De un estado interior del país con una intensa y gradual calidez que se abate
Sobre ella flotando encontrando su respiración en el aire que para respirar
Emplea mientras la atmósfera se humaniza viendo nubes dispuestas con honestidad
Por debajo a izquierda y derecha acercándose despacio lo abraza todo
Hacia ella y puede tender manos y pies adoptando peculiares formas y
Con los ojos bien abiertos por el viento, puede abrir igual la boca dilatarla y absorber
El calor entero de los campos de maíz puede tirarse de espaldas con la sensación
De hundirse en formidables almohadas apiladas y puede dar vueltas y vueltas como acostada

En una cama sonreír, implícita en la oscuridad puede irse ladearse deslizarse
De bruces en el emblema de un pájaro con las alas a medio desplegar
O entregarse a un alocado torbellino con cabriolas sin fin en la creciente calidez
De los campos de trigo que se elevan hacia la luna cosechadora.
Queda tiempo para vivir
Con salud sobrehumana viendo luces mortales inalcanzables en el lejano fondo viendo
Una autopista definitiva explorada por un tardío vehículo inestimable que llega
A una ciudad cuadrada y del brazo de estribor el destello del agua atrapa
La luna por su única cara temblorosa plata escamada, errante Santo Dios es el bien
Y es el mal adoptando una tras otra todas las posturas del amor
Del baile del sueño y ahora la nube la arrebuja en volutas de vapor
Se moja mas no importa los pueblos que con brillo quebrantado destacan
Desde la nube ella los barre como lluvia prorrumpe para contemplar un autobús
Greyhound despidiendo luz por los flancos es la señal para lanzarse derecha
Cual glorioso buceador los pies primero la falda deliciosamente levantada
El rostro en tejidos perfumados de miedo las piernas

delirantemente desnudadas
Estira los brazos se pone del revés se estabiliza aguarda a que algo grandioso
Tome las riendas de ella tiembla como una pluma en un planeo descendente
Los rápidos movimientos de un cuello de pájaro le vuelven la cabeza sus ojos dorados
De búho llamean perspicaces al avistar un gallinero una apetencia a pollo la abruma
Su vista de halcón agranda en la distancia las luces humanas de los coches
Los trenes de mercancía los puentes y agranda la luna que discurre lenta
A través de los meandros de un río toda la negrura del medio oeste arde
Desde arriba. Un conejo en un arbusto se vuelve blanco los pollos sofocados
Se encogen pues por encima algo aún dispone de tiempo para vivir
Con la idea a medio cuajar de fluir en un largo picado un descenso acelerado una caída
Que es controlada que lastra a su antojo troca la gravedad
En una nueva condición, revelando su otra cara como una luna que alumbra
Nuevos Poderes hay tiempo aún para vivir en un suspiro no hecho de nada
Sino de la noche entera tiempo para que recuerde arreglarse la falda

En un prototipo de un murciélago firme guía para ella con este pellejo para volar
Elaborado de prendas y están esos paracaidistas en televisión surcando
Los rayos de sol sonriendo bajo las gafas pasándose el testigo adelante y atrás
Y aquel que saltó sin paracaídas y uno le llegó entregado por un amigo
Acróbata. En ninguna parte ella ve una sonrisa blanca un compañero risueño
Ella está gritando entonando himnos extendidas las finas alas humanas
Desde los pulcros hombros el aire le canta con susurro animal un gorjeo
Y ya no puede ella contemplar la enorme fracción del mundo ahora
Observa que el país pierde su evocada forma maestra observa que pierde
Y que gana que recupera sus casas y gentes observa que esparce
Sus luces locales de hogares de lámparas en tejados de graneros si cayera
En agua quizá viviera como un buceador hendiendo con perfecta zambullida

Otra plata densa irrespirable un elemento de frenado
Salvador: hay agua hay tiempo para perfeccionar los elegantes
Gestos del buceo los pies juntos los dedos en punta las

manos acomodadas
Para perforar el líquido como una saeta para emerger sanamente empapada
Y ser obsequiada con una Coca-Cola allí están allí están las aguas
De la vida un embalse que comprime la enroscada luna conque se permite empezar
A planear en el aire nocturno de Kansas abriendo los ojos que sobrehumanos
Brillan a la luz de la luna puñetera abriendo las alas naturales de mi chaqueta
De Don Loper moviéndome como un ave rapaz hacia el reflejo de las aguas
No puedes solo caer desplomarte gritando todo el tiempo debes usarlo
Ella ahora corta con todo a través de todo húmedas las nubes la melena
Erizada la última voluta de niebla despedazada en el rostro como lana que revela
Nuevas oscuridades nuevas sucesiones de faros a lo largo de polvorientas carreteras de caos

Y la noche un calentamiento gradual un mundo inevitable, recién forjado
De la tierra una gran roca de luz en las aguas pacientes aguanta busca
El agua: ¿quién sabe cuándo una mujer correcta habrá de gobernar su cuerpo

Y volar rumbo al enloquecido ojo lunar del agua cautiva
En el medio oeste durante años atesorada con las mangas de la chaqueta henchidas
Del aire que resbala sobre ella? ¿Qué últimas palabras pueden decirse
De quien la asciende puramente en cuerpo al cielo nocturno
A rastrear el agua como un conejo donde se extiende como la vida misma
En la diestra de Kansas? Se lanza hacia el resplandor desnudo del lago
Con la falda pulcra las manos y el rostro encendidos por el ardor del aire
Que remonta desde los pastos de judías y por debajo de ella arropadas en colchas de felpilla
Las chicas de granja están sintiendo a su diosa interior pelear y erguirse perturbadora
Sobre los postes de arañado brillo de la cama soñando con los símbolos femeninos
De la luna sangre masculina como hierro de lo que expresan los gemidos
De los aviones que las sobrevuelan en la medianoche del medio oeste sobrevolando
Hogueras de maleza que se consumen en silencio en las colinas y despertarán
Para observar a la mujer que deberían ser luchando en el caballete del tejado por mutar en
En estrellas: para ella el suelo se acerca el agua se aproxima la deja atrás

Luego alabea guiña las mangas aleteando indistintamente mientras vira
De cara al este, donde el sol despuntará sobre campos de trigo debe
Hacer algo con el agua volar hacia ella caer en ella beber de ella emerger
De ella pero no queda nada en la tierra las nubes se han embriagado
Las plantas la han sorbido solo permanecen a la espera
Los campos corrientes de la muerte ella retorna del vuelo a la caída
Retorna a un poderoso gemido al grito silencioso que echó abajo
La puerta acoplada del avión casi casi perdiendo el control
De lo que ha obrado recuerda recuerda la forma en el corazón
De nube arremolinada a la moda recuerda que aún le queda tiempo para morir
Más allá de explicaciones. Se permite sacarse ahora el gorro en el aire estival rayando
Los campos de maíz y aún queda tiempo suficiente para tirar un zapato tenaz
Con la punta del otro pie para desabrocharse las medias
Con dedos tranquilos, apreciando la facilidad fatal con que se desviste en el aire
Cerca de la muerte cuando el cuerpo asumirá sin esfuerzo cualquier postura
Menos aquella que lo preservará que le permitirá levantarse vivir
No morir nueve granjas se aglomeran se agrandan ocho de ellas se separan, dejando

Una en el centro luego los prados las imitan no existe
Vuelta atrás del suelo designado mas se despoja de la chaqueta
Con sus tristes impotentes alas de plata se despoja del timón de murciélago
De su falda de la enredadera cargada de electricidad de su blusa de las íntimas
Prendas de su combinación en las que cabalga como el espíritu santo
De una virgen se despoja de las largas mangas de viento de sus medias del absurdo
Sostén entonces siente que la faja exigida por las normas se le escurre
Del cuerpo: las nalgas se liberan nota que la faja ondea se agita
En la mano y flota hacia arriba sus ropas se desprenden ascienden
A la nube y pugna por espantar al último zapato afilado y peligroso
Como a un pájaro bobo y ahora caerá PRONTO ahora caerá

Así la más grandiosa criatura que alguna vez recaló en Kansas descendida
De las alturas la atmósfera americana estratificada en sus pulmones desde el frágil
Frío del espacio hasta la marga donde la extinción hiberna en las borlas de maíz
Y respira como granjeros ricos contando su dinero: los acompañará tras
Su último acto sobrehumano la última caricia lenta y tierna de sus

manos
Por su cuerpo ileso deseado en los sueños de cada soñador:
Muchachos que descubren sus genitales rebosantes de la sangre del corazón
Granjeros viudos cuyas manos se deslizan bajo cobertores ligeros para encontrarse
Erectos cuando se erige el sol la espléndida postura de la sangre milagrosamente atraída
Hacia las nubes todos sienten algo que pasa sobre ellos mientras ella se pasa
Las palmas por sus piernas largas por sus pechos pequeños y las hunde entre
Los muslos los cabellos se rebelan de las horquillas ondeando en el viento
De su cuerpo se permite acabar con descaro intentando aterrizar en el último momento
De espaldas ya está aquí YA

Todos quienes la encuentran incrustada
En la suave arcilla alojada arrastrados por la imagen de su cuerpo
Abriendo durante kilómetros surcos que convergen hacia donde yace hundida
En su contorno mortal así en la tierra como en las nubes nada pueden decir
Sino que está allí inexplicable incuestionable y recuerdan
Que algo se rompió en sus entrañas y empezaron a vivir y morir un poco más

Cuando salieron sin motivo a los campos hacia donde la tierra entera
La engulló donde interceptó su vuelo de doncella donde le indicó cómo yacer
No puede volverse marcharse no puede moverse no puede adoptar otra
Postura ningún paracaidista con ninguna sonrisa podría salvarla sostenerla en brazos
Lanzarse en picado desplegar sobre ella sus sedas nupciales ya no puede
Invocar la lluvia con mujeres giróvagas que reemplazan a una esposa muerta
O la diosa de las campesinas noruegas o todas las prostitutas deslomadas
De Wichita. Todo el aire conocido por encima de ella no cede ni un solo
Aliento todo se ha ido y no está sin embargo muerta ni en ningún otro sitio
Sino yaciendo inmóvil en el prado boca arriba percibiendo los olores
Del incesante cultivo que se empeña en elevarla un atisbo abandonado en el rabillo
Del ojo fundiéndose viendo algo ondular yace creyendo
Que podría haber alcanzado en el culmen de su breve y divino
Estado el agua entrado de cabeza salido sonriendo la invulnerable
Chica de un anuncio de bañadores mas yace como quien toma el sol al final
De un rayo de luna medio enterrada en su impacto contra el suelo

no lejos
De un puente de caballete un depósito de agua podría verlos si pudiera
Levantar de su modesto agujero la cabeza mientras sus ropas empiezan
A caer sobre todo Kansas en los arbustos en el rocío que cubre el hoyo seis
De un campo de golf un zapato su faja que se engancha increíblemente
En una cuerda de tender, donde pertenece su blusa en un pararrayos:

En los campos yace en este campo sobre la espalda quebrada como en
Una nube que no puede traspasar mientras granjeros sin sus mujeres salen
Dormidos de sus casas un paseo cual caída hacia las aguas distantes
De la vida a la luz de luna hacia el eterno significado soñado de sus granjas
Hacia el afloramiento de la cosecha en sus manos ese trágico coste
Siente que se marcha se desvanece respira al fin plenamente
No mas intenta al menos una vez intenta intenta
AY, DIOS...

EPÍLOGO

MENSAJE IMPORTANTE DESDE LA CABINA DE VUELO

Bev Vincent

Aunque volar puede ser una experiencia aterradora, he viajado por todo el planeta y no recuerdo haber vivido ninguna situación de miedo. Mientras trabajaba en esta antología, pasé más de veinticuatro horas en el aire y todas fueron travesías placenteras (salvo que, por culpa de las historias recopiladas aquí, era incapaz de no pensar en la infinidad de cosas que podrían torcerse). Un aterrizaje abortado por la niebla es lo peor que me ha ocurrido en todo mi historial de vuelos.

Sin embargo, la primera vez que monté en avión fue en marzo de 1978, en un viaje de instituto a Grecia. Nuestro 747 de Alitalia aterrizó en el aeropuerto Leonardo da Vinci de Roma el día después de que las Brigadas Rojas secuestrara al ex primer ministro Aldo Moro. El aeropuerto se encontraba en alerta roja y lleno de soldados armados con Uzis. Se palpaba la tensión. Cuando uno de mis compañeros de clase pasó por el detector de metales con una cámara colgada al cuello, casi provocó un incidente internacional.

En otra ocasión, cuando regresábamos a Estados Unidos de un viaje de negocios a Japón, mis colaboradores y yo nos enteramos de

que habían absuelto a los agentes de policía acusados de agredir a Rodney King, lo que desencadenó revueltas en Los Ángeles. Teníamos que hacer transbordo allí, pero decidimos desviarnos a San Francisco después de oír noticias no confirmadas de que había gente disparando contra los aviones que aterrizaban en el LAX.

En julio de 2017, antes del estreno de *La Torre Oscura*, Richard Chizmar y yo estábamos en un restaurante (casualmente frente al aeropuerto internacional de Bangor) cuando se nos acercó Stephen King. «He tenido una idea —nos contó—. Una antología de relatos sobre todas las cosas malas que pueden ocurrir cuando vuelas. Yo haré la introducción de cada uno.» A Rich le dijo: «Tú la editarás». Sugirió un par de títulos y luego dijo: «Alguien tiene que ayudarme a buscar más cuentos. —Se volvió hacia mí—: De eso te encargarás tú».

De modo que así nació esta antología. Al momento pensé en «Pesadilla a veinte mil pies» y me puse a buscar otros ejemplos de historias de miedo que tuvieran algo que ver con aviones y con el hecho de volar.

Existe una miríada de novelas y películas con escenas terroríficas que tienen lugar en aviones. El patrón oro es probablemente la novela de 1968 *Aeropuerto*, de Arthur Hailey, quien empezó su carrera de escritor con un guion titulado *Vuelo al peligro*, que bien podría servir también de título para una antología complementaria a esta. Leí la novelización, *Runway Zero-Eight*, de adolescente y estoy convencido de que también vi la película para televisión basada en ella: *Terror en el cielo*. Naturalmente, *Aeropuerto* se convirtió en un largometraje que derivó en varias secuelas durante los años setenta, aunque en la actualidad quizá se conozca más la hilarante parodia

Aterriza como puedas. Pero ¿quién podría olvidarse de *Air Force One*, *Vuelo nocturno* o *Serpientes en el avión*? La variedad de desastres que pueden ocurrir cuando uno se halla confinado en un tubo de metal a ocho, nueve o diez mil metros de altitud parece inagotable.

Descubrí que el sub-subgénero de los cuentos de terror en aviones estaba mucho menos explotado. Me costaba encontrar buenos candidatos. Los resultados de Google estaban dominados por terroríficas anécdotas reales de malas experiencias aéreas, muy parecidas a la que Steve relata en la introducción. También pedí sugerencias a la «mente colmena»: publiqué una consulta en Facebook y me vi recompensado con recomendaciones de historias que de otro modo no habría encontrado. Conque ¡muchas gracias, mente colmena!

Al mismo tiempo que buscaba candidatos para la antología, trabajaba en un ensayo para la Fundación de Poesía de Chicago y recordé que uno de los poemas favoritos de Steve —que ha mencionado en varias entrevistas— se inspiró en la historia real, ocurrida en 1962, de una auxiliar de vuelo que fue succionada hacia el exterior cuando la puerta de emergencia se abrió de repente en vuelo. Le pregunté a Steve si creía que debíamos incluirlo en la antología. Resultó que él había pensado lo mismo. Así terminamos con una tragedia real hecha metáfora y poesía.

Además, estaba leyendo *Tiempo extraño*, la colección de novelas cortas de Joe Hill. «En el aire» comienza con un joven lleno de ansiedad que trata de impresionar a una mujer saltando en paracaídas. Aparecen los nervios e intenta echarse atrás en el último momento, pero se ve obligado a abandonar el avión por un fallo del

motor. Nos alegramos cuando Joe nos contó que tenía otra idea, profundamente inquietante, para una historia que encajaba como un guante en este libro. Owen King, por otro lado, nos recomendó el relato de Tom Bissell.

¿Abarca esta antología todo aquello que podría salir mal en un vuelo? Rotundamente no. Mientras escribía estas notas, se emitió una alerta de posible contagio por sarampión en el aeropuerto O'Hare de Chicago. Así que, aunque tu vuelo aterrice sin complicaciones en su destino, ¿qué otros pasajeros podrías estar llevándote contigo a casa? Las posibilidades son infinitas. Es algo en lo que pensar cuando hagas la maleta para tu próximo viaje.

Aunque esta antología se compone en su mayor parte de relatos publicados con anterioridad, sospecho que no serán muchas las personas que conozcan más que un par de ellos. Yo mismo solo había leído cuatro antes de embarcarme en el proyecto. Ha sido un viaje de descubrimiento y hemos quedado muy satisfechos con el conjunto de historias recopiladas.

Una vez que tuvimos perfilado el contenido, volví a visitar «Los langoliers» por primera vez en bastantes años y hallé conexiones inesperadas entre esta novela corta (casi una novela normal y corriente, en realidad: es tan larga como toda esta antología) y los cuentos que habíamos seleccionado. Se trata del universo de Stephen King, naturalmente, por lo que no debería extrañarnos el hecho de que un personaje de «Los langoliers» llamado Jenkins reflexione sobre que «no se podía aparecer en el depósito de libros escolares de Texas el 22 de noviembre de 1963 y detener el asesinato de Kennedy»; aun así, resulta sorprendente.

Considera, por ejemplo, al mismo Jenkins, un autor que al

principio describe su difícil situación en términos de misterio de «habitación cerrada». En uno de los cuentos que había seleccionado, este enigma se desarrollaba en el cuarto de baño de un avión. Jenkins añade luego que un misterio de la vida real no servía como metáfora de su problema. «Es una pena que no tengamos a bordo a Larry Niven o a John Varley», dice. Espera, espera... ¿qué? ¿A quién teníamos en la lista sino al mismísimo señor Varley?

Y luego está el debate sobre cómo regresar a través del agujero de gusano. Su solución bien podría «convertir el avión en otro Jonestown», dice Jenkins. ¿Y cuál es el origen del cargamento en el relato que abre nuestra antología? Ajá. Jonestown.

Era como si todo estuviera predestinado a ocurrir. Me encantan este tipo de simetrías.

Y, para acabar, un mensaje importante de tus dos pilotos desde la cabina de vuelo. Queremos agradecerte que hayas elegido viajar con nosotros. Sabemos que dispones de muchas opciones y nos alegra que hayas aceptado acompañarnos a bordo. Esperamos que el vuelo no haya sido demasiado agitado, pero ya sabías en lo que te metías cuando embarcaste. Quizá alguno de los pasajeros ayudara a suavizar los tramos menos placenteros. Esas cosas a veces pasan, ya sabes.

Gracias también a las agencias de viajes, que se encargaron de las reservas y se aseguraron de que llegaran a sus destinos previstos. Muchos de los pasajeros de estos relatos no tuvieron tanta suerte.

También queremos dar las gracias a nuestra tripulación de cabina, encabezada por Chuck Verrill, que contribuyó a garantizar un viaje

tranquilo a todos los involucrados, y a la tripulación en tierra de Cemetery Dance Publications, que se ocupó del mantenimiento de la aeronave y se cercioró de que funcionara; en particular al jefe del equipo, Rich Chizmar, y al agente de operaciones, Brian Freeman.

Y, ahora, por favor, obedece las señales luminosas, mantén el respaldo de tu asiento en posición vertical y la mesita plegada, guarda todo tu equipaje de mano y desconecta los dispositivos electrónicos. Estamos a punto de aterrizar. Quizá nos movamos un poco, así que prepárate; este es el primer vuelo de tu copiloto. Permanece sentado hasta que el avión se haya detenido y se apague la señal de cinturones. Ten cuidado al abrir el compartimento superior, ya que es seguro que el equipaje se habrá desplazado durante el vuelo y esas maletas pesadas solo están esperando poder darte un buen porrazo en la cabeza.

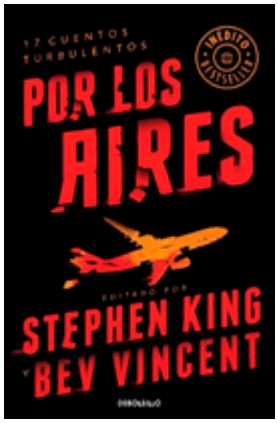
Ah, y si alguna vez ves a alguien leyendo este libro en un aeropuerto o, mejor aún, en un avión, saca una fotografía y envíanosla. ¡Molaría!

BEV VINCENT

The Woodlands, Texas

8 de marzo de 2018

Stephen King odia volar. Para saber por qué, solo tienes que abrir este libro.



¿Qué tienen en común Sir Arthur Conan Doyle, Roald Dahl, Ambrose Bierce, Ray Bradbury y Stephen King? Pues que a ninguno de ellos le hace mucha gracia eso de tomar un avión.

El presente libro reúne diecisiete narraciones breves que nos recuerdan todo lo que puede salir mal cuando uno está suspendido a nueve mil metros de altura, atravesando a toda velocidad el espacio y encerrado en un tubo metálico (¡como en un ataúd!) junto a cientos de extraños. Por los aires nos descubre todas las maneras por las que tu viaje por los cielos puede convertirse en una auténtica pesadilla, incluyendo algunas en las que nunca habías pensado..., pero que seguro cruzarán tu mente la próxima vez que te acerques a un aeropuerto.

Esta antología, que incluye dos relatos inéditos de Joe Hill y el propio King, es, en palabras del rey del terror, «una lectura ideal para el avión... especialmente durante los descensos tormentosos».

Stephen King, con más de cincuenta libros publicados, es el maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation por su contribución a las letras estadounidenses; en 2007 recibió el Grand Master Award, otorgado por la asociación Mystery Writers of America, y en 2015 fue distinguido con la Medalla Nacional de las Artes y Humanidades, entregada por el presidente de los Estados Unidos de América.

Entre sus títulos más célebres cabe destacar: *Carrie*, *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *Misery*, *Cementerio de animales*, *La larga marcha*, *La mitad oscura*, *It*, *Mientras escribo* y las novelas que componen el ciclo La Torre Oscura. Sus últimos libros publicados en castellano son *22/11/63*, *Joyland*, *Doctor Sueño*, *Mr. Mercedes*, *Revival*, *Quien pierde paga*, *El bazar de los malos sueños*, *Fin de guardia*, *Bellas durmientes*, *El visitante*, *La caja de botones de Gwendy* y *El instituto*.

Para más información, visita la página web del autor:
www.stephenking.com

También puedes seguir a Stephen King en Facebook y Twitter:
Stephen King
@StephenKing

Y conoce todas las novedades del autor en lengua castellana en:
Todo Stephen King
@todostephenking

Bev Vincent es el autor de *The Road to the Dark Tower*, la guía

oficial sobre el universo creado por Stephen King por la que ha recibido una nominación en los Bram Stoker Awards, y *The Stephen King Illustrated Companion*, que estuvo asimismo nominada a los premios Bram Stoker y Edgar. Ha publicado varios relatos cortos y editado, junto a King, la antología *Por los aires*.

Título original: *Flight or Fright*

Primera edición en Debolsillo: noviembre de 2019

© 2018, Stephen King y Bev Vincent, por la edición
© 2018, Stephen King, por la introducción y las notas
© 2018, Bev Vincent, por el epílogo
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2019, José Óscar Hernández Sendín, por la traducción
© Miquel Marqués, por la traducción de «No llegarán a viejos».

«Cargamento» de E. Michael Lewis, publicado por primera vez en *Shades of Darkness,* Barbara y Christopher Roden (eds.), Ash-Tree Press © 2008. Publicado con el permiso del autor.
«El horror de las alturas», de Arthur Conan Doyle, publicado por primera vez en *The Strand Magazine* © 1913.
«Pesadilla a veinte mil pies» de Richard Matheson, publicado por primera vez en *Alone by Night*, Michael & Don Congdon (eds.) Ballantine Books © 1961. Publicado con el permiso de los herederos del autor y de Don Congdon Associates, Inc.
«La máquina voladora» de Ambrose Bierce, publicado por primera vez en *Fantastic Fables*, Putnam © 1899.
«¡Lucifer!» de E.C. Tubb, publicado por primera vez en *Vision of Tomorrow #3* © 1969. Publicado con el permiso de Cosmos Literary Agency y de los herederos del autor.
«La quinta categoria» de Thomas Carlisle Bissell, publicado por primera vez en *The Normal School* © 2014. Publicado con el permiso del autor.
«Dos minutos y cuarenta y cinco segundos» de Dan Simmons, publicado por primera vez en *Omni Magazine* © 1988. Publicado con el permiso del autor.
«Diablitos» de Cody Goodfellow, publicado por primera vez en *A Breath from the*

Sky: Unusual Stories of Possession, Scott R Jones (ed.), Martian Migraine Press © 2017. Publicado con el permiso del autor.
«Asalto aéreo» de John Varley, publicado por primera vez en *Asimov's Science Fiction* © 1977. Publicado con el permiso del autor.
«Quedan liberados» © 2018, Joe Hill.
«Los pájaros de la guerra» de David J. Schow, publicado por primera vez en *A Dark and Deadly Valley*, Mike Heffernan (ed.), Silverthought Press © 2007. Publicado con el permiso del autor.
«La máquina voladora» de Ray Bradbury, publicado por primera vez en *The Golden Apples of the Sun,* Doubleday & Company © 1953**.** Publicado con permiso de Don Congdon Associates, Inc.
«Zombis en el avión» de Bev Vincent, publicado por primera vez en *Dead Set*, 23 House Publishing © 2010. Publicado con permiso del autor.
«No llegarán a viejos» de Roald Dahl, publicado por primera vez como *Over To You: Ten Stories of Flyers and Flying*, Reynal & Hitchcock © 1946. Publicado con el permiso de The Roald Dahl Story Company Limited.
«Asesinato en el aire» de Peter Tremayne, publicado por primera vez en *The Mammoth Book of Locked Room Mysteries and Impossible Crimes*, Mike Ashley (ed.), Robinson © 2000. Publicado con el permiso del autor.
«El experto en turbulencias» © 2018, Stephen King.
«Cayendo» © 1981 de James L. Dickey. Publicado en *Falling, May Day Sermon, and Other Poems*, Wesleyan University Press. Este poema fue publicado en *The New Yorker*. Publicado con el permiso de los herederos del autor y de Raines & Raines.

Adaptación del diseño de portada de David Litman para Simon and Schuster: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-5125-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

Índice

Por los aires

Introducción

«Cargamento», E. Michael Lewis

«El horror de las alturas», Arthur Conan Doyle

«Pesadilla a veinte mil pies», Richard Matheson

«La máquina voladora», Ambrose Bierce

«¡Lucifer!», E. C. Tubb

«La quinta categoría», Tom Bissell

«Dos minutos y cuarenta y cinco segundos», Dan Simmons

«Diablitos», Cody Goodfellow

«Asalto aéreo», John Varley

«Quedan liberados», Joe Hill

«Los pájaros de la guerra», David J. Schow

«La máquina voladora», Ray Bradbury

«Zombis en el avión», Bev Vincent

«No llegarán a viejos», Roald Dahl

«Asesinato en el aire», Peter Tremayne

«El experto en turbulencias», Stephen King

«Cayendo», James Dickey

Epílogo. Mensaje importante desde la cabina de vuelo, Bev Vincent

Sobre este libro

Sobre Stephen King y Bev Vincent

Créditos